

LOS SIETE
REINOS
DE PAZ
Y
GLORIA

PATRICIA LEÓN

Derechos de autor © 2026 Patricia León

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada: Patricia León

ISBN: 9798250565769

Número de Depósito Legal: TF 263 - 2026



LOS SIETE REINOS I

LOS **S** IETE

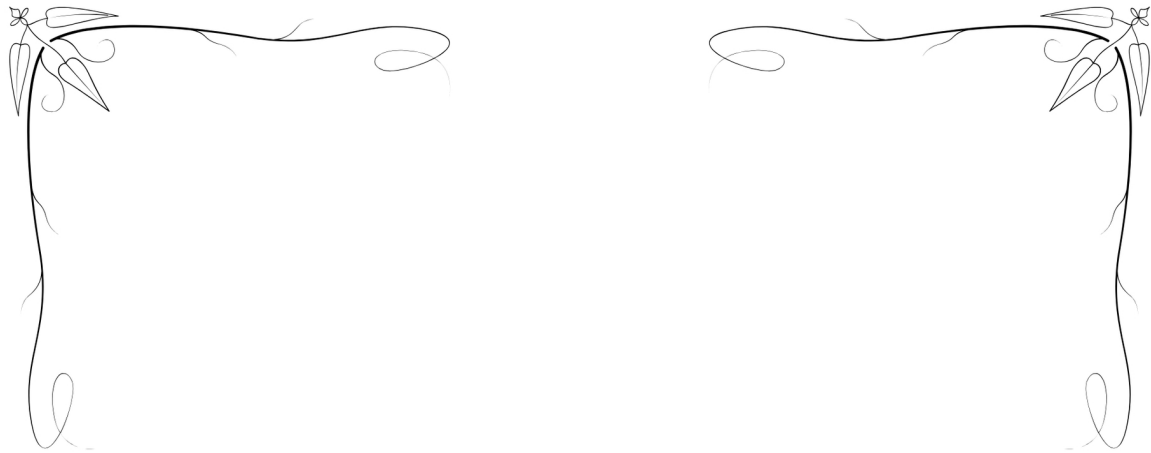
REINOS

DE PAZ

G LORIA

y





Nota de la autora

Este libro incluye escenas sexuales explícitas, así como lenguaje adulto y directo. Esto no es un romance al uso, en esta historia el sexo se trata de una forma libre y abierta. Si crees que este tipo de contenido no es para tí, espero que lo tengas en cuenta antes de adentrarte en esta historia. Por ello, no es un libro recomendado para menores de dieciocho años.

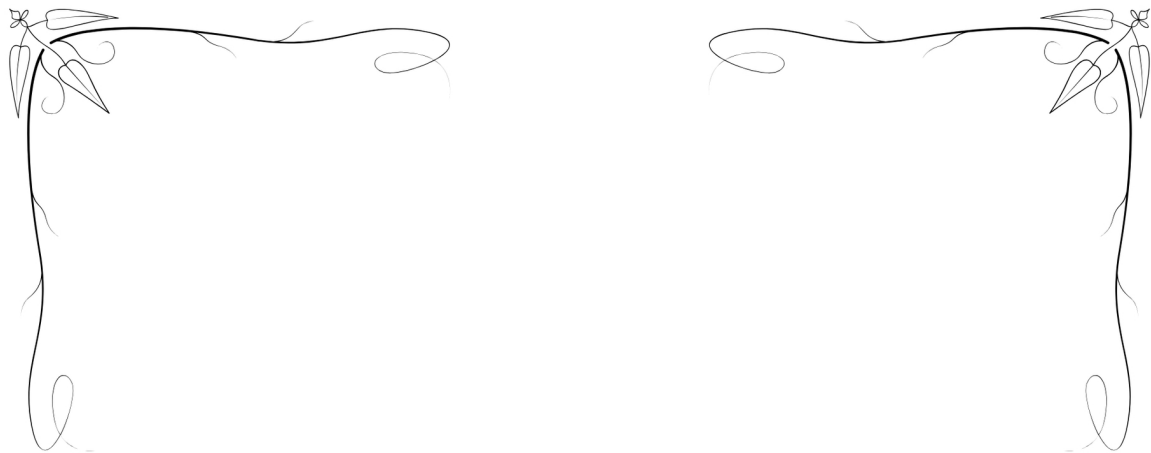
El libro también incluye escenas violentas, sangre explícita y mención de abuso sexual.

*A todos los que alguna vez se sintieron fuera de lugar. El mundo no está
preparado para tanta magia. Cuida mucho aquello que te hace especial.*

LOS SIETE REINOS I

LOS SIETE REINOS DE PAZ Y GLORIA

Patricia León.



Prólogo

Hace cientos de años la Tierra era un lugar oscuro y sombrío. Desbordada por la escasez de recursos y sustento, la población se vió abocada hacia el escenario más desolador: la más absoluta extinción. Las guerras, el hambre, las penurias y las pandemias mundiales, conducían a nuestro planeta al más catastrófico de los finales. Sin embargo, los dioses ancestrales, quienes habían permanecido dormidos durante largos años, despertaron. Quisieron otorgar a los seres humanos una segunda oportunidad. Pero tenían dudas. No debían arriesgarse, tomando una decisión apresurada que conllevara medidas desesperadas. Es bien sabido, que el ser humano está destinado a destruir todo cuanto posee. La sed de poder y pertenencia es, sin duda alguna, la gran debilidad de nuestra raza.

Por ello, los dioses decidieron llevar a cabo una selección. Los mejores hombres y mujeres, aquellos capaces de prosperar en esta nueva vida, dejando atrás todo lo que un día les hizo fracasar. Se crearía así una nueva civilización, formada por hombres y mujeres de un corazón puro, de excelentes habilidades físicas, técnicas y mentales; cuya inteligencia y superioridad moral, ayudarían a reestructurar la paz y el nuevo orden mundial.

El resto, los considerados por los dioses como "escoria de la humanidad", quedarían relegados a esa Tierra postapocalíptica hasta su completa extinción. Personas de moralidad gris, cuestionable, ladrones y malhechores, asesinos... Pero también enfermos degenerativos, personas con discapacidades o enfermedades hereditarias, transmitidas durante generaciones. Este nuevo mundo, no podía tener ningún error. Cualquier rasgo, por más insignificante que fuera, dejado al azar, podía suponer el fin. Ahora sí, para siempre.

Fue entonces, tras completarse la criba, cuando los dioses crearon un nuevo mundo en los cielos. Alzado sobre las nubes, se conformaron siete reinos. Reinos custodiados, cada uno de ellos, por los siete dioses principales. Los hicieron llamar: Los Sietes Reinos de Paz y Gloria.

Empezando por Andrómeda, el reino primigenio, creado por el Dios de Dioses, cuya máxima cualidad es la rica abundancia en su posesión. Custodiado por ángeles bellos y hermosos seres alados.

Seguido de Tecnara, el reino creado por el dios Ferion, el arquitecto de la luz. Un reino dotado de la tecnología y las ciencias más avanzadas. Dónde confluyen las grandes mentes de la humanidad y los más novedosos inventos. A años luz de sus reinos vecinos, dónde la inteligencia artificial convive con el ser humano en perfecta sincronización y armonía.

Atlantea, es el tercer reino, aquel creado por la diosa Poseidonis, la guardiana de las corrientes celestiales. Este reino juega un papel crucial en el comercio entre reinos, ya que poseen barcos y naves, siendo los mejor capacitados para surcar los cielos.

Armara, el reino protector del orden y de la paz, encabezado por su creador, el dios Forjador, el dios de la guerra. Armara es el reino que salvaguarda la paz y la gloria de nuestro orden establecido, un reino sin el que el resto estarían en peligro. De aquí salen los mejores luchadores y guerreros, para velar por la integridad de los Siete Reinos.

El quinto reino, corresponde a la Diosa Amonia, la guardiana del corazón. Esta diosa creó el reino de Cuora, cuyo cometido es custodiar el amor como el sentimiento más puro y leal de nuestro

mundo. Entretejiendo y preservando las conexiones puras entre las almas. El amor, como la guerra, es lo único capaz de destruirlo todo. Por ello, en Cuora, se trabaja para cuidar y generar vínculos puros y genuinos entre los humanos.

Oasis es el penúltimo de nuestros reinos, una tierra desértica, cuya fisonomía cubierta por dunas de arena y bañada por los rayos del sol, no debe llevar a engaño. Oasis es el paraíso de los Siete Reinos, regido por la paz y la armonía. En él, nuestro dios Zarothe, custodia y protege la magia oscura, evitando así su propagación.

Por último, el dios Erebo, dios de la muerte y creador de la Niebla, creó el reino de este mismo nombre: Niebla, donde se custodia y preserva la muerte de los habitantes de nuestro mundo. Cuya función crucial, evita la corrupción del orden mundial. Sus sombrías y oscuras calles están inundadas de humanos mentalmente superiores y criaturas inimaginables. Basando su régimen en el miedo, protegen aquello que es incluso más importante que la vida: el secreto de la muerte. Así mismo, custodian el Árbol Sagrado, la conexión vital entre los reinos, la cual funciona como el torrente sanguíneo en un cuerpo humano.

Tras la creación de los reinos, los dioses dotaron a los humanos de sus respectivos reinos con nuevas cualidades mágicas y poderosas, así como de nuevas responsabilidades dentro de este nuevo orden.

Buscaban conducir al buen funcionamiento del nuevo mundo. De esta forma, estas nuevas criaturas semihumanas cumplirían con un nuevo rol, estando siempre en deuda con los dioses por su bondad y consideración, al otorgarles esta segunda oportunidad. Convirtiéndose en esclavos de los dioses para toda la eternidad.

Pero no todo serían bendiciones, este nuevo mundo se levanta sobre pilares estrictos y se compone de fuertes y arraigadas normas preestablecidas, imposibles de romper. Convirtiendo a los dioses en jueces y los únicos capacitados para la toma de decisiones. Asegurando la unidad, la paz y prosperidad de este nuevo mundo celestial, en el que todos son iguales y todos deben culto a su dios.

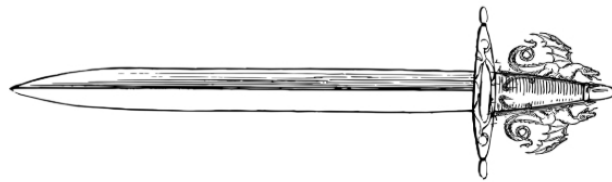
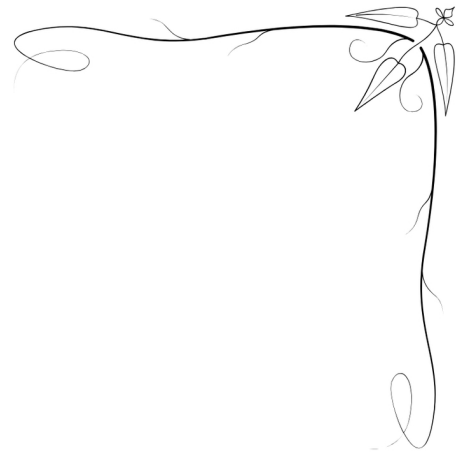
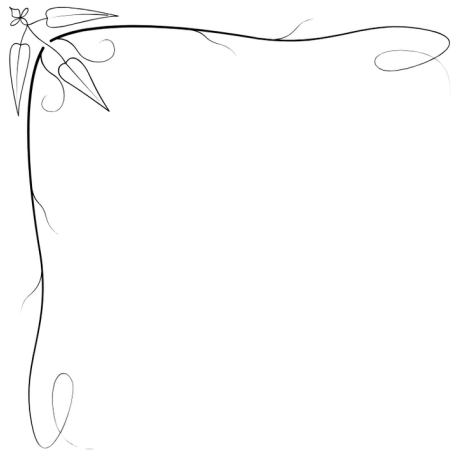
Los dioses eligieron en cada reino un rey o reina cuyo linaje asegurase la paz y el control de estos lugares, siendo los descendientes directos de los mismísimos dioses en cada reino. En los cuales delegaron determinadas funciones, para gestionar los reinos. Pero, como ya he comentado, no solo los reyes contaban con habilidades especiales. En cada dieciocho cumpleaños, cada habitante de cada reino recibe su don. Un don que cambiará y condicionará su vida para siempre, convirtiéndolos en súbditos de pleno derecho de su reino. Estos dones son adjudicados por el dios de cada reino de forma meticulosa, teniendo en cuenta el estatus social, así como el linaje familiar de cada individuo, siendo más poderosos cuanto mayor rango social se tenga en vida.

Para que nuestro mundo no se vea corrompido ni en peligro, los dioses establecieron una regla fundamental: la prohibición absoluta y expresa, de casarse o engendrar descendencia entre habitantes de diferentes reinos. Prohibiendo, en otras palabras, el mestizaje, ya que esto crearía superhombres y supermujeres con más de un poder o don y cuyo control se escaparía al de los dioses.

La Tierra por su parte, quedó absolutamente desamparada y los dioses condenaron a los humanos con el mayor de los castigos: la ignorancia. Dejándolos abandonados a su suerte y borrando de la memoria de sus habitantes lo acontecido el Día Glorioso, día en el que se llevó a cabo la criba y los ascendidos se ubicaron en los nuevos reinos. Así, los simples mortales nunca sabrían de la existencia del mundo celestial, protegiendo sobre todas las cosas a esta nueva civilización.

En la Tierra se crearon ciudades robóticas, con desechos tecnológicos y residuos que ellos mismos habían generado. Con ello, crearon una especie de ciudades errantes, constituidas por edificios enteros y un microorden dentro del reinante caos. Estas ciudades les permitían a los humanos vivir una vida nómada, sin establecerse en ningún lugar, protegiéndose de sus enemigos gracias al escapismo y la confusión. Aprovechando los pocos recursos que la Tierra contenía, de un lado para otro, sin descanso y para siempre.

Nuestro mundo estaba ahora en paz, reinaba la compasión, la lealtad y los hombres y mujeres vivían esta nueva vida adaptándose a sus normas, sin cuestionar ni por un segundo las decisiones de sus dioses. Nunca, hasta el día de hoy...



Capítulo 1

Elara

El sol se filtra por el gran ventanal de mi habitación, de forma inusual para una fría mañana de otoño. Abro los ojos aún adormilada, de fondo, muy a lo lejos en mi mente, la voz de mi doncella, repitiendo mi nombre una y otra vez. Como una canción familiar. Centro mis esfuerzos en despertarme. Mis oídos están tan acostumbrados a su voz, que tendría que volver a pedirle a mi padre

cambiar de doncella. O quizá instalar una campana de acero fundido en el dosel de mi cama surtiera más efecto. Por alguna razón, cada vez me costaba más despertarme por las mañanas. Puede que se deba a mi falta de motivación vital, quién sabe.

—Señorita Elara, el Rey quiere verla. —Me incorporo en la cama y me peino el cabello rojizo con las manos de inmediato. El nerviosismo se va asentando en mi estómago ante la extraña presencia de mi padre en mi habitación esta mañana.

Hasta que entiendo el porqué. Lejos de tratarse de un esfuerzo por afianzar lazos familiares, el verdadero motivo es bastante distinto. El rey, siempre se mueve por su propio interés.

— Dígle que pase —afirmo con parsimonia, aún adormilada. Los ojos encapotados bajo mis pestañas cobrizas.

Segundos después, la doncella abandona la estancia, esta se llena al instante con la imponente presencia del Rey Thoriam, mi padre. Las visitas de mi padre no son algo a lo que esté acostumbrada, ciertamente. Sin embargo, el día de hoy es diferente y especial supongo. Mi decimoctavo cumpleaños, el momento más esperado de toda mi vida y de la suya. Mis ojos se cruzan con los de mi padre, de azul cristalino, rodeados de piel arrugada. Ha llegado la hora de recibir mi don. Un nudo se instala en mi estómago al pensar en todo lo que eso conlleva y tengo que hacer un soberano esfuerzo por

tranquilizarme y no vomitar ahí mismo de puro nervio. La boca se me llena de bilis.

Recibir un don, sin duda, te hace la vida más fácil, pero también te condena. Resulta a la vez un privilegio y una carga "¡Y que los dioses no me malinterpreten!", me siento profundamente agradecida. Sin embargo y en mi opinión, encasillar a los seres humanos con una única cualidad específica, me resulta demasiado cuadriculado y estricto. Como si las personas pudiésemos definirnos con un solo trazo. Al menos, a mí, me cuesta definirme así. Me gusta leer, perderme entre las páginas de un buen libro, pero también entrenar, sentir el peso de la espada en mis manos. Siempre he apreciado la soledad de la noche, el susurro del viento moviendo las cortinas de mi habitación, observar las estrellas a través de mi telescopio y perderme en su negrura e infinitud. Yo, Elara, soy mucho más que un don, y no puedo reducir mi existencia a una única cosa, una simple etiqueta. La idea me resulta a la vez extraña y asfixiante. Aterradora, incluso.

Mientras la ansiedad se apodera de mí lentamente, dirjo la mirada a la derecha de la cama, una bandeja repleta de comida. El delicioso desayuno que mi doncella siempre se encarga de hacerme llegar, tostadas y algo de fruta cultivada en las inmediaciones del castillo, mi favorita. Alargo el brazo para coger la taza de té caliente, dejando caer unas gotas sobre la colcha, sin querer. Doy un largo sorbo que

me calienta la garganta y me ayuda, al momento, a respirar mejor. Mi padre da un paso más para acercarse a la cama, colocando su mano derecha en el dosel. La madera parece ceder un poco frente al peso de su potente figura.

—Hija... —Hace una pausa silenciosa, mientras sus ojos, brillantes de emoción contenida, me miran sobreponiendo aún más responsabilidad sobre mis hombros—. Ha llegado el día que tanto esperábamos. —Noto algo diferente en él. Tras sus espesas cejas de color gris y las incipientes arrugas que rodean su mirada, vislumbro una pizca de tristeza que le ensombrece las pupilas. Algo inusual en el temperamento inquebrantable de mi padre—. Hoy honrarás a tu pueblo, a tu reino, con un don que Armaria agradecerá durante años, con el que podrás venerar a nuestro Dios Forjador y ayudar a preservar la paz de los Siete Reinos.

Trago saliva con fuerza, mientras las palabras se repiten en mi mente. Me pitan los oídos con un grave zumbido, mientras permito que el peso de la responsabilidad se instale en mi pecho. Cada respiración es aún más trabajosa que la anterior.

Las palabras de mi padre, calan en lo más profundo de mi ser, haciéndome sentir realmente abrumada. La carga es inmensa, una responsabilidad a la que no estoy acostumbrada y para la que por supuesto no me siento nada preparada. Un miedo creciente se

instala en la boca de mi estómago y jugueteo con la sábana que cubre mi cuerpo, enredándola entre mis dedos, mientras no dejo de murmurar para mis adentros “¿Y si no puedo dar la talla? ¿Y si mi don no es lo bastante fuerte? ¿Y si ... No recibo ningún don? ¿Eso podía pasar?” Las preguntas me taladran el cerebro.

Desde muy temprana edad, me habían preparado para ello, llenando mi cabeza con ideas y pensamientos que no eran míos. Haciéndome creer que la única vida que podría vivir sería aquella. “Destinada a reinar”, tal como el nombre que mis padres habían elegido, daba significado. Salvaguardar la paz en Armaria. Sin poder alguno de decisión, sin escapatoria. Soy un auténtico despojo de nervios. La impaciente mirada de mi padre me escruta, por lo que me apresuro a responder.

— Padre... Yo... —Titubeo un poco —. Haré todo lo que esté en mi mano por honrar y proteger nuestro reino. —Las palabras salen de mí de forma automática, sin pensar. Como si, tras años de aleccionamiento, estas estuvieran grabadas a fuego en mí.

El Rey se acerca más. Decidido, alarga su mano para acariciarme el rostro de forma enternecedora. Aquel gesto me pilla por sorpresa, mi piel se estremece por el contacto de sus dedos callosos. Esa repentina muestra de afecto es muy impropia de él y sin poder evitarlo, me invade un poco la emoción.

— Ojalá mamá estuviera aquí... —No suelo mencionarla, mucho menos en su presencia.

Mi madre era un tema que siempre quedaba suspendido en el aire entre nosotros. Latente, pero nunca pronunciado con palabras. Siempre entendí que el dolor de su pérdida era demasiado fuerte como para expresarse sobre ella, un abismo que prefería no explorar. Sin embargo, hoy, el cúmulo de emociones que siento y el peso de lo que está por venir, me hace pensar en ella más que nunca. La siento dentro de mí, en cada latido de mi corazón.

— Ojalá hija, ojalá... —dice, mientras camina de nuevo en dirección a la puerta.

Con el rostro ensombrecido que oculta demasiadas cosas. Palabras que no se atrevería a pronunciar en voz alta. Avanza dando así por concluida nuestra conversación. El sonido de sus botas de cuero retumba en la habitación cuando se gira, haciendo arrastrar su capa de color borgoña.

Nunca conocí a mi madre, pero siempre la sentía cerca. En la brisa de la mañana o en el sol cálido del amanecer. Es extraño como se puede llegar a querer tanto a alguien que ni siquiera has visto, ni un solo retrato. A veces me pregunto cómo sería el sonido de su voz, cuáles eran sus aficiones o qué tanto me parezco a ella. A lo largo de los años, mi mente ha creado su propia versión, con los pocos

retazos que mi padre me ha dado. Así, de alguna forma que no sé cómo explicar, siempre está conmigo y algo me dice que con el tiempo comprenderé el porqué.

Murió al darme a luz y quizá ese vínculo, ese sacrificio en la unión de su muerte para darme a mí la vida, había dejado en mí gran parte de ella. Me gusta pensar que al darme la vida, parte de su espíritu se quedó conmigo, traspasando las barreras de la vida y la muerte, uniéndonos para siempre.

—Levántate y comienza a prepararte para la ceremonia de esta tarde. Todos esperamos mucho de tí —dice el rey, sacándome de mis reflexiones, apretando aún más la soga invisible que me presiona el cuello.

Me dirige una última mirada, llena de expectativas, antes de desaparecer tras el umbral de la puerta, añadiendo más tensión a todo mi cuerpo.

Pocos minutos después, la habitación se llena de gente, repleta de doncellas que van de aquí para allá. Estas se harán cargo de mi piel, mi pelo y mi higiene personal, para dejarme impecable para el gran evento. El más importante de mi vida. “Imposible de olvidar”. En nuestro mundo, la ceremonia de los dones es incluso más importante que la ceremonia de enlace matrimonial por ejemplo, mucho más trascendental en la vida de cualquier ser humano.

Pensar en el matrimonio, me hace ruborizarme un poco, como reina, pronto tendría que buscar un marido. Siempre supuse que debido a mi cargo no me faltarían pretendientes “¿Pero sentiría yo algo por alguno de ellos?¿Amor?” Sinceramente no tengo ni idea del amor, ni siquiera había tenido a mis padres como referentes. Mi experiencia romántica es literalmente nula, así que, llegado el momento, espero que mis doncellas estén ahí para darme las lecciones necesarias al respecto. No es lo mismo lo que se lee en los libros que la vida real, sin embargo, las novelas románticas ya habían depositado varias ideas en mí mente.

Las costureras e hilanderas reales, las cuales llevaban años confeccionando el vestido perfecto para mi decimoctavo cumpleaños, no tardan en aparecer. Vienen cargadas con telas de diversos colores y texturas. De un color azul cielo brillante y con una armadura en forma de corsé que enmarca mis pechos de forma sinuosa. Este vestido se ciñe a mi cuerpo a la perfección. La tela, decorada con cientos de miles de hilos de oro que dibujan líneas serpenteantes a lo largo de cada pieza de tul y seda. Sin duda, la parte de la armadura, es un homenaje a nuestro reino guerrero. Conocidos como los poderosos protectores de Los Siete Reinos.

No estoy para nada acostumbrada a andar vestida así, de forma tan “elegante”. En mi día a día, me paso la mayoría de la jornada con la armadura puesta, aunque no esté entrenando. Cuando debo usar

vestido, opto siempre por colores terrosos, sencillos y poco llamativos. Me miro al espejo y sinceramente, me cuesta reconocerme en él. Mientras, las doncellas trabajan en mi peinado, compuesto por numerosas y diminutas trenzas que hacen que mi pelo cobrizo parezca un auténtico nido de dragón. El peinado está además decorado con numerosas piedras preciosas y gemas, algunas de ellas, regalo de los reyes de Andrómeda el día de mi nacimiento. Las cuáles habían sido guardadas expresamente para la ocasión. Todo giraba en torno a ello, toda mi vida, en torno a un único y trascendental evento, que marcará el resto de mi existencia.

Una vez finalizadas las tareas de preparación, las doncellas orgullosas de su trabajo, dan saltos de alegría por toda la estancia. Sonrío tímida mientras continúo contemplándome en el espejo, incapaz aún de reconocerme. Han añadido un poco de color a mis mejillas con maquillaje y una sombra plateada me decora los párpados. Los labios lucen un tono rosado y sedoso gracias al brillo de labios.

—¡Está increíble señorita Elara! ¡Ya parece toda una reina! —dice una de ellas.

—Será un orgullo para su padre y para nuestro reino —se apresura a decir la mayor de todas.

Los nervios me producen una incapacidad extrema de articular palabra, comer o siquiera moverme durante las horas siguientes. A las cinco de la tarde la guardia real se presenta en mi alcoba para llevarme ante el rey. Ni siquiera sé cómo soy capaz de moverme, tengo el cuerpo rígido y bajo la sedosa tela del vestido y me cuesta hasta caminar.

Había ensayado y practicado para aquel día en innumerables ocasiones, pero en el momento en el que el día había amanecido, no me sentí ni una pizca de preparada. Recojo mi espada y la enfundo antes de salir de la habitación, uniéndola al cinturón plateado de pedrería que mis doncellas han amarrado a mis caderas. La empuñadura está repleta de detalles forjados, colas de dragón y llamaradas de fuego. Fue un regalo de mi padre, esta espada lleva acompañándome desde que tengo uso de razón y al ser uno de los pocos presentes que tengo de él, tiene un gran valor sentimental para mí, nunca me separo de ella.

La guardia me conduce, para mi sorpresa, hacia los establos reales. Quedan escasos minutos para que dé comienzo la ceremonia y mi mente no deja de recordarme que ya debería estar en el salón. Los establos se encuentran a las afueras del castillo, pero dentro de los muros del mismo. Observo la figura de mi padre, que me espera impaciente, de pie junto a una de las caballerizas.

—Hija, estás hermosa —asegura, mirándome con profunda admiración, mientras posa ambas manos sobre mis hombros. Deja un suave beso en mi mejilla izquierda y de nuevo, su repentina efusividad y muestra de cariño, me desconciertan —. Ha llegado el momento de darte tu regalo de cumpleaños, espero que te guste.

Las emociones del momento me han hecho olvidar casi por completo mi cumpleaños. Y el resto del reino parece que tampoco lo recuerda, ni una sola felicitación. Todos parecen demasiado centrados en la ceremonia de don. El rey aparta la puerta de la caballeriza, un movimiento brusco despierta al animal que descansa en su interior. La mano de mi padre se mueve rápido, acariciando el rostro del dragón. Su cola se agita con fuerza sobre las paredes del establo. Los jadeos, unidos a la calidez de su aliento, me sobresaltan. Nunca había tenido a un dragón tan cerca.

—Shhh... Tranquilo, solo voy a presentarte a una amiga.—Sus enormes ojos de un dorado intenso, se clavan en mí con curiosidad. Brillan con vetas, que van del ámbar al oro y danzan como el humo de una fogata.

Dubitativa, me acerco de forma temblorosa, temiendo asustarlo y temiendo también su imponente fuerza. Durante mi infancia, había estado siempre muy sobreprotegida por mi padre, apenas había salido del castillo un par de veces en toda mi vida. Por otro lado, mis

entrenamientos se habían centrado en la defensa personal y el manejo de la espada, nada que tuviera que ver con dragones. Mentiría si dijera que el regalo de mi padre no me había sorprendido.

Le acaricio el puente de la nariz con sutileza, su piel, de un color dorado, verdoso, según se mire y sus escamas le dan un brillo mágico, precioso. Es sin duda el animal más hermoso y aterrador que he visto nunca y ahora, me pertenece. Aún estoy decidiendo si eso me fascina o me horripila. Dentro de ese pequeño habitáculo, es difícil adivinar sus proporciones, pero puedo intuir que es mucho más grande que los dragones que se suelen ver por el reino, sobrevolando nuestros cielos. Un recuerdo infantil acude a mi cabeza, cuando recostada en el alféizar de la ventana observaba a los dragones y sus jinetes alzarse en los cielos.

—Su nombre es Kaffú, significa “llama ardiente”. —El rey Thoriam posa su mano en mi hombro de nuevo —. Me pareció perfecto para ti, Elara “Destinada a reinar” —dice haciendo alusión al significado de mi nombre, una vez más. Siempre aprovecha cualquier ocasión para recordarlo. Me estremezco ante la tentativa de tanto poder en mis manos —. Creo que tu don será maestra de dragones, estoy seguro. Desde que te vi por primera vez, siempre lo supe. —De pronto, sus palabras me parecen más una amenaza que una afirmación esperanzada.

—¿Y si no es así padre? —Me giro para mirarlo con preocupación, descubriendo el ceño fruncido, cubierto de arrugas, de mi progenitor.

—Así es como debe ser y será —dice con rostro impasible, implacable. Un témpano de hielo. Acababa de volver a su frialdad habitual —. Nos vemos ahora.

Dentro de mí, siempre hubo algo. Nunca supe si se trataba de una simple sospecha o de una premonición quizá, pero algo me decía que yo no era como los demás. Qué cualquier cosa que se esperara de mí, nunca sería la correcta.

El rey no tarda en desaparecer junto con la guardia, dejándome a solas en el establo con Kaffú. Sinceramente agradezco este momento de intimidad y soledad, antes de la ceremonia, aunque solo sean unos instantes. Antes de enfrentarme a mi destino. Al don que marcará mi vida para siempre.

—Kaffú, ¿Y si no soy lo que esperan de mí? —Acaricio el rostro del dragón de nuevo. Su piel rugosa vibra bajo el contacto de mis dedos y me doy cuenta que, en aquella posición, parece incluso vulnerable ante mí.

Eso me hace estremecerme. En cualquier momento y si quisiera este dragón podía arrancarme la cabeza de cuajo. Como si hubiera entendido a la perfección mis palabras, Kaffú hace un gesto, algo

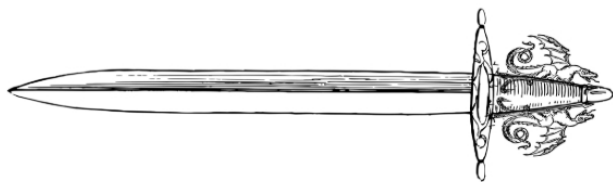
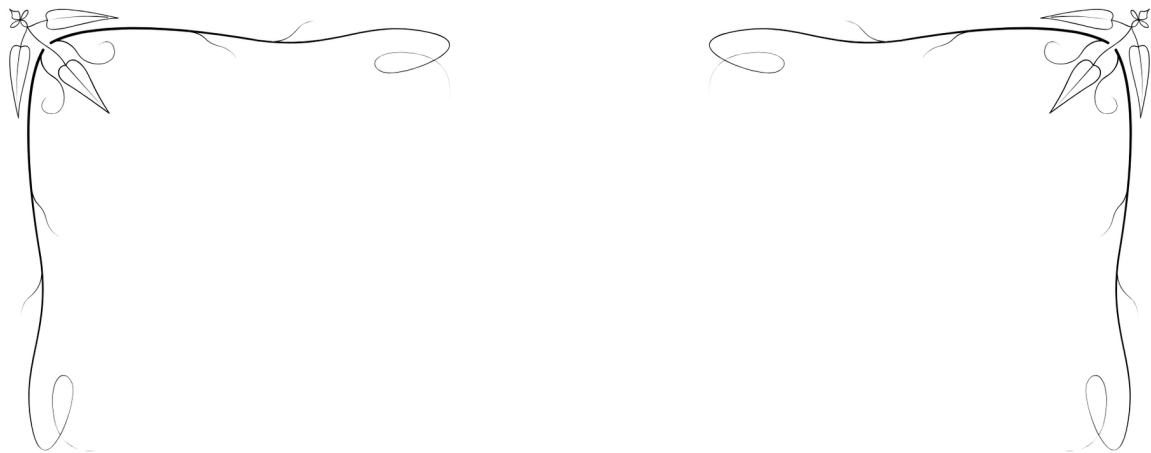
así como encogerse de hombros. Sonríó con complicidad y su rostro se muestra también cómico, con una mueca la mar de divertida .

—Debo irme, es la hora —le digo. Tanto tiempo sintiéndome sola, entre los muros de aquél castillo, ahora hasta los animales comenzaba a verlos como amigos.

Lo cierto es que, aunque, nunca me hubiera faltado de nada para sobrevivir y siempre me había sentido a salvo, en ocasiones había llegado a sentirme tremendamente desamparada. La falta de cariño, del calor de una familia, sin duda habían hecho mella en mi personalidad.

Nuestras cabezas se juntan a modo de despedida y puedo notar una devoción y serenidad que ningún humano me había transmitido antes. Sin saber muy bien por qué, ahora me siento mucho más segura y armada de valor. Estoy lista.

Estoy preparada para ser lo que mi reino se merece. Lo que toda Armaria necesita, estoy lista para convertirme en Maestra de dragones.



Capítulo 2

Elara

Las puertas del palacio se abren para recibir a la multitud a la hora anunciada. Ninguno de los ciudadanos de Armaria se perderían este gran acontecimiento. Por fin, tras años de espera, se asegurará la continuidad del linaje real, conocerán a su futura reina y el don que los dioses elegirán para ella. El salón del trono se llena pronto de curiosos, deseosos de conocerme a mí. A su futura reina. Pese a la

seguridad que me había transmitido Kaffú momentos antes, seguía estando nerviosa. Espero ansiosa, para hacer mi aparición, tras el espeso cortinaje de terciopelo, justo detrás del trono. El corazón casi se me sale desbordado por la boca, cuando la voz grave y firme de mi padre retumba sobre los gruesos muros del palacio.

—Demos la bienvenida a Elara, “destinada a reinar”. —Tras estas palabras, un silencio sepulcral invade la estancia con palpable expectación. La acompaña algún que otro murmullo.

Aún sin saber cómo, consigo salir de detrás de las cortinas, las cuales los guardias han descubierto hacia los lados. Mis pies comienzan a moverse automáticamente, como si estuvieran desconectados de mi cerebro. Me tiemblan las piernas y se me arquean las rodillas con cada paso. Como si caminaran sin saber muy bien a dónde van. “A una muerte segura”, me repite mi mente. Estoy empezando a delirar. Hago callar a la voz de mi cabeza, no sé ni como y me coloco al lado del rey. La ciudadanía boquiabierta me observa, casi sin pestañear. Escudriñándome como a un becerro listo para la matanza. Me siento terriblemente expuesta y me castañean los dientes.

El salón principal del trono, es una estancia diáfana de piedra robusta. Sus muros, altos y los pilares de base cuadrada, se empotran en las paredes, deslizándose hasta el techo. Dónde las

imponentes bóvedas de crucería se arquean en una simetría perfecta. Los banderines con el escudo de nuestra nación, adornan los espacios vacíos entre los pilares. Dos espadas enfrentadas y el color verde esmeralda salpicando las paredes. Estos se mueven ligeramente con el viento suave de la tarde que se adentra por las arcadas apuntadas.

A pesar de la inmensidad de la estancia, con tantísima gente en ella, yo la siento cada vez más pequeña y asfixiante. Deslizo mis pies por la larga alfombra roja de terciopelo, que discurre hasta la puerta de salida, al fondo de la sala.

—Hermanos y súbditos de Armaria. — La voz de mi padre irrumpe en la sala de nuevo, acallando los murmullos —. Es un gran honor para mí, presentar formalmente a mi hija, Elara, la cual recibirá en su dieciocho cumpleaños, el don que nuestro dios Forjador tiene preparado para ella. —Hace una breve pausa, manteniendo la atención y expectación de los presentes —. Como es tradición desde tiempos inmemoriales.

Sé que está hablando porque veo cómo se mueven sus labios, pero solo puedo escuchar los latidos de mi propio corazón, retumbándome en los oídos. Mientras siento la mirada clavada de los habitantes de Armaria como cuchillos ardientes en mi piel.

Un agitado aplauso y todo se torna al silencio. Las manos del Rey Thoriam sostienen la espada ancestral *Calister*, la cual ha servido de conexión entre la familia real y el Dios Forjador, como canalizador del don, desde cientos de generaciones atrás.

Había ensayado esto infinidad de veces, me habían preparado para ello desde que era prácticamente un bebé .“Tomas la espada en tus manos, abres tu mente y tu corazón. Respiras profundamente y dejas que el Dios Forjador entre en tí”. “Luego te giras, sonríes y haces una reverencia a tu pueblo”. Sonaba sencillo pero... ¡Maldita sea! Eran palabras aterradoras para una niña y ahora mismo siento que no tengo ni idea de lo que debo hacer.

Levanto las manos para recibir la espada que me tiende mi padre, sus manos arrugadas como un pergamino. Lo miro a los ojos, en un intento de encontrar algo de familiaridad en ellos, pero su rostro solo muestra autoridad. Está muy metido en su papel. En el momento en el que mi piel toca el frío metal del arma, una oscura sombra comienza a envolver la espada en movimientos circulares ascendentes, desde la empuñadura hasta la punta. Un grito ahogado se cierne a mi alrededor. La mirada desconcertada y devastada de mi padre, oscila de mis manos a mi rostro. Mientras, una neblina, espesa, se enreda y brota sin parar de la mismísima Calister. Se me hiela al instante la sangre bajo los dedos y el corazón me arde de repente, con una extraña familiaridad. “Esto no debería de estar

pasando". Es lo que mi mente no para de repetirme. No siento a nuestro dios, no siento al Forjador, esto es sin duda... Otra cosa.

Los murmullos en la sala, incesantes, me llenan los oídos. Mis ojos clavados en la espada. He asistido a cientos de ceremonias de don en el palacio, como princesa de este reino, es mi deber estar presente. Sin embargo y aún habiendo visto a centenares de jóvenes recibir su don, desde que tengo uso de razón, nunca, jamás, había visto algo similar.

La sombra se enrosca en la espada, de forma lenta pero implacable, acabando con su antiguo brillo dorado. Como la noche devorando la luz del día. Doy un respingo, al notar como una corriente eléctrica me recorre la columna vertebral de arriba a abajo. El brusco movimiento, deja caer la espada al suelo. "Sí, la espada ancestral". Se desliza de mis manos, precipitándose. El sonido del metal queda amortiguado por el suelo blando de la alfombra bajo mis pies, pero como si hubiese emitido un estruendo ensordecedor, se funde con los gemidos angustiosos de los presentes. La espada Calister se ha vuelto enteramente de color negro, ni rastro de su dorado brillo anterior. La neblina cesa en el momento en el que el arma cae al suelo y queda de nuevo inerte, fría y sin vida, bajo mis pies.

De pronto, una extraña fuerza me recorre todo el cuerpo, cada uno de mis nervios se tensa y un frío helador se apodera de todo mi ser.

Una sombra. Mi columna vertebral se queda rígida, obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Se me retuercen los ojos hacia atrás, perdiendo mi anterior color verde aguamarina y tornandose ahora al negro más absoluto. No puedo ver nada, solo puedo sentir la oscuridad. Mis labios se entreabren en busca de algo de aliento, cuando mi mente empieza a mostrar ante mí una serie de imágenes desordenadas y sin sentido: Guerras y masacres, angustia y dolor, espadas chocando, sangre brotando...Armoria. El reino de Armoria sumido en el caos más absoluto. Y es tan real... tan real, que el olor metálico de la sangre me inunda las fosas nasales.

Las imágenes cambian, una niebla negra y espesa lo cubre todo ahora. El entorno ha mutado hacia otro reino. Más desconocido, más lejano "¿El Reino de Niebla?" Susurra mi mente. Un trono vacío "¿El de Armoria?" No consigo ver con claridad.

Anonadada por lo que mi mente me acaba de mostrar, intento observar más, poner más atención. Necesito más, más detalles sobre lo que estoy viendo, lo que está sucediendo. Pero una neblina blanquecina lo enturbia ahora todo. Todo termina. Dejándome aún más aturdida y con mil preguntas sin resolver.

Antes de caer desfallecida, logro ver una imagen más. La punta de una espada atravesándome desde atrás, asomándose por la tela de mi vestido. La mancha de sangre se esparce sin cesar, el sonido de

la carne abriéndose y la tela desgarrándose, al paso de la hoja metalizada de aquella espada. Quiero gritar cuando el dolor irreal me invade los sentidos. Pero el aire, parece no llegarme a los pulmones. Después, me abandono a la oscuridad.



No era consciente del tiempo que había pasado cuando al fin desperté. Abro los ojos para encontrarme con el rostro extrañado de mi padre frente a mi. Ha despachado al pueblo y ahora estamos solos en la fría sala del trono. Me siento terriblemente desconcertada y un fuerte dolor de cabeza se instala en mi sien con ardor.

— ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —digo mientras, instintivamente me llevo una mano a la cabeza, aún confundida.

El rey Thoriam se pone en pie. Sus botas rechinan por el esfuerzo de sus pesados y desgastados músculos. Se aleja de mi campo de visión. Deambula por la sala con el ceño fruncido. Intento descifrar su rostro, inquebrantable, en el solo veo dolor. Le he defraudado. Unos instantes después se deja caer en el trono. La madera cruje por su peso. Acto seguido, pide a los guardias que también se retiren y ahora sí, nos quedamos completamente solos. Sin saber muy bien por qué, eso me hiela la sangre, frenando toda corriente sanguínea en mi interior.

—Padre ¿Qué ocurre? —Entre susurros el rey parece maldecir (algo terminantemente prohibido por los dioses).

—Esto no debería de haber pasado, no... —Logro captar al vuelo unas cuantas palabras.

Entonces, su mirada recae en mí, veo sus ojos de forma diferente. Una mirada irreconocible, una que no había visto nunca antes. Vacía. Capto algo en aquellos ojos azules y fríos "¿Odio?"

—¿Qué has visto? —pregunta.

Me quedo petrificada. No sé porqué, ni cómo lo sabe. Pero lo sabe. Que yo había visto "algo". Su mirada como un témpano y su rostro pétreo me hacen temblar. Me está mostrando al rey, no al padre.

—No...No lo sé, era como una...Visión. Una especie de visión — logro decir, presa del pánico. Al ver su expresión aún más irreconocible, al instante me arrepiento de mi confesión.

No reconozco en esos ojos al hombre que me ha criado. Como si fuese una persona completamente distinta.

—¿Qué has visto? —repite con más vehemencia, acercándose a mí con una simple zancada. Mi cuerpo tiembla bajo la seda de mi elegante y remilgado vestido.

—No lo recuerdo —miento.

Casi en un instinto primario y no recuerdo haberle mentido nunca antes, pero en ese momento solo quiero guardarme mi don para mí. Proteger aquel regalo que los dioses me han dado, solo ellos saben el por qué.

—Hija, he intentado durante toda mi vida protegerte de esto —dice, haciendo una pausa para tragar saliva antes de seguir hablando —. Pensé que los dioses serían benevolentes con nosotros... —Su mirada, dubitativa, parece perderse en unos recuerdos desconocidos para mí —. Debes escucharme con atención. —Se me acelera el pulso mientras espero ansiosa lo que el Rey está a punto de decir. Siendo consciente, ahora sí, de que mi vida está a punto de cambiar para siempre. Ya nada volverá a ser igual —. Es de vital importancia que nadie conozca tu don. Debes esconderlo y aprender a controlarlo. —Otra pausa —. Eres la única descendiente al trono de Armaria y debes ser una buena reina para ellos. Si no eres tú, este reino se hundirá para siempre. —Siento un atisbo de indulgencia en sus palabras, aunque no dejo de percibir las como una amenaza.

Ahora me siento aún más confundida y desconcertada “¿Qué significa todo esto? ¿Cómo es posible que tenga un don completamente diferente a lo que se espera de un soberano de Armaria? ¿Por qué mi padre esperaba que los dioses fueran

benevolentes con nosotros? ¿Acaso habíamos traicionado a los dioses? ¿Lo habían hecho mis padres? ¿Es esto una especie de castigo?”.

Mil preguntas se agolpan en mi mente, enroscándose en mis pensamientos como una serpiente. Como la espesa niebla que había cubierto a Calister. Todas esas preguntas me presionan la garganta para salir. Pero mis labios están sellados. Solo puedo sentir miedo. Infinito miedo por lo que está por venir.

Intento acercarme a mi padre, pero da un paso atrás, preso de una frialdad extrema. Su rostro es un auténtico témpano de hielo y algo en mi interior me dice, que el hombre que conocí, ya jamás volverá.

—Retírese a su aposento y no hable de esto con nadie ¿Entendido?

—El cambio en su actitud es evidente. Ahora me trata como su súbdita. No hay nada fraternal en su voz, ni una pizca de afecto.

Con lágrimas en los ojos, abandono el salón del trono casi volando. La frialdad e incluso rencor latente en la voz de mi padre me desconciertan y me hieren a partes iguales. Mi padre nunca ha sido un hombre cariñoso o al menos, lo afectuoso que se espera que un padre sea.

Desde mi niñez y tras la muerte prematura de mi madre, me he criado con las doncellas y niñeras de palacio. No puedo decir que me

sintiera desamparada, ellas siempre atendían mis necesidades. Pero mi padre... Mi único progenitor, nunca estuvo lo que se llamaría, presente.

Las responsabilidades del Rey Thoriam primaban sobre todo lo demás. Su deber como monarca siempre estuvo por encima de su familia, se había encargado de dejarlo claro. Eso hizo que la confianza entre ambos fuese prácticamente nula. El rey no sabía nada sobre mí, ni de las pasiones que me movían, ni sobre mis deseos o anhelos. No estaba al tanto de cuál era mi comida favorita o qué libros me gustaba leer. Tan simple como eso.

Sin embargo, siempre me hacía sentir segura. El rey y yo manteníamos un pacto, todas las noches, cuando el reloj marcaba las ocho, nos reuníamos para cenar. Sin falta, ni un solo día desde que tengo memoria. Incluso aquel día que me atacaron unas fiebres a los cinco años, mi padre me llevó la cena a la cama y cenamos juntos en mi alcoba.

Durante una hora, cada uno en una punta de la mesa, prácticamente sin hablar. Degustábamos los manjares que las cocineras preparaban. Esa hora era casi sagrada y el personal de palacio tenía prohibido interrumpirnos. A veces hablábamos del clima, otras veces de Armaria, pero nunca de sentimientos o emociones, nunca nos tomábamos el tiempo de hablar de nosotros o

de conocernos el uno al otro. Era como si existieran unas reglas no escritas, bien definidas, que los dos habíamos aceptado sin más.

Me dirijo a mi alcoba aún perdida en mis pensamientos. Mi mente sigue divagando en torno a mi infancia. En ese momento, me hubiera encantado tener a alguien con quien hablar de cómo me sentía... un amigo. Desde niña, todos se dirigían a mí con respeto y cierto recelo. Los otros niños del reino, nunca me trataron como una más. Como a una igual.

La ausencia de mi madre, fue algo que siempre hizo mella en mí y en mi personalidad desde temprana edad. Siempre me pregunté cómo hubiera sido tener unos padres comprensivos y afectuosos, una persona a la que poder hablarle de cómo te sientes o simplemente de los pormenores de tu día a día. Una familia de verdad, unida. Quizá si mi madre hubiera estado, mi padre también habría sido diferente. Nunca he sabido realmente si su actitud se debía a la tristeza por su pérdida o si guarda hacia mí un cierto rencor por haberle arrebatado al amor de su vida.

A los cuatro años, fue la primera vez que mi padre me hizo llorar. Había entrado en la sala de reuniones con un dragón de juguete en la mano. Recuerdo que era de madera y me lo había tallado un artista del reino como regalo. Me encantaba. El Rey Thoriam al verme emitió un grito que jamás se me borrará de la memoria.

—¡Prudence! ¡¿Por qué nadie está al cuidado de esta niña?!

“Esta niña” como si no me conociera de nada. No fue consciente de cómo esas palabras calarían en mí para siempre. Y como, desde aquel día, entendí cuál era mi lugar en su vida. Los asistentes a la reunión, que habían sonreído al verme entrar jugueteando, se estremecieron y se recolocaron en sus asientos, temerosos por la reacción del rey.

Acto seguido apareció Prudence y me alejó de allí con gesto apresurado y mil disculpas, agachando la cabeza hacia el rey. Nos indicó con la cabeza que nos retiráramos. Impasible.

Después de eso, aprendí a guardar las distancias y encontré mi propio escondite. Al que acudía cuando la aterradora voz de mi padre empezaba a dar órdenes, incluso cuando sus réplicas no se dirigían directamente a mí.

Sin darme cuenta y mientras los pensamientos siguen dando vueltas en mi mente. Mis pasos me dirigen a ese lugar...

Con el tiempo, esa pequeña grieta en los muros de palacio, justo entre la escalera de caracol que conectaba la cocina y las habitaciones de servicio, se convirtió en mi lugar seguro. Aquel lugar, fue mi refugio. Donde mi padre nunca podía encontrarme. Entre la oscuridad y las sombras, me sentía extrañamente en casa.

Hacía años que no escapaba a aquel escondite, la madurez de la edad me habían enseñado a canalizar mis emociones de otras formas. Me sorprendió descubrir que allí seguían. Esas cuatro paredes mohosas que tantas veces me habían oído llorar, donde mis sollozos eran libres y podía estar tranquila y en paz. Huyendo de todo por un momento.

Tomo una vela de uno de los candelabros del pasillo y me introduzco en el agujero con cuidado. Descubro que ahora es mucho más pequeño de lo que recordaba y está más sucio y húmedo que antes. Pero lo que, sin duda, no había cambiado, es la sensación. La tranquilidad.

Dejo que las lágrimas broten desde lo más profundo de mi ser, lágrimas que llevaba años conteniendo, que había guardado bajo llave en el más oscuro agujero en mi interior. Comienzo a llorar de forma descontrolada, cada vez más agresiva y mientras mis lágrimas ruedan por mi rostro, me deshago de un tirón del peinado que las doncellas habían tardado horas en preparar esa misma mañana. A medida que los mechones se van soltando, más se va calmando mi respiración y caigo en la cuenta, por un momento, que hoy será la primera vez en mi vida que faltaré a la cita con mi padre.

Una punzada de angustia en el estómago me recuerda la visión que acabo de tener hace un rato. Cómo el metal había atravesado mi

cuerpo, asomando la punta de la espada ensangrentada. Las sensaciones que acompañaban a ese ataque. Había sido tan real...

“¿Qué significaban esas visiones? ¿Soy entonces una especie de ‘vidente’?” Desconcertada y con mil preguntas rondandome la mente, sé que a partir de ahora tendré que convivir con mi don. Un don distinto a todos los que había visto en Armaria. Un don raro, diferente y que no sé controlar. Qué peligros podría acechar.

En Armaria todos los habitantes poseen dones, habilidades relacionadas con la lucha, el arte de la espada, el forjado y la maestría de dragones o la estrategia de guerra. Como mi padre. Todos los habitantes, indistintamente de su género o rango social, poseen un don. Cumpliendo una función que se corresponde con su deber y lugar en nuestra sociedad. Siendo siempre el don del rey, el más poderoso de todos.

Pero nunca, en mis dieciocho años de vida, había oído hablar a alguien del poder de ver el futuro o la clarividencia, como se quiera llamar. Eso parecía más propio de...

—Del Reino de Niebla... —digo en un susurro que se escapa de mis labios sin querer.

Debe tener una explicación razonable. Algo de sentido en nuestros reinos y su forma de vida. En mi mente se agolpan aún más

preguntas: "¿Y si esto tiene algo que ver con mi madre?" Eso explicaría porque mi padre nunca había querido hablar de ella "¿Y si realmente no soy hija del rey? ¿Y si mi padre me hubiera...? ¿Secuestrado? ¿Y si todo, la vida que siempre había conocido no era más que una mentira?"

Soy consciente entonces de la posibilidad de que toda mi vida haya estado basada en una mentira.

Nada tiene sentido y a la vez todo parece posible. Siento crecer en mí unas irremediables ganas de obtener respuestas, de zarandear a mi padre hasta hacerlo hablar. Necesito la verdad, de una vez por todas.

No poseo muchos conocimientos acerca de los otros reinos, conozco sus nombres, sus dones o los dioses que los regentan, pero nunca he tenido la oportunidad de viajar o conocer a algún habitante de otro reino de primera mano. La escasa formación que había recibido cuando era niña, me había proporcionado ciertas nociones básicas, pero nada comparado a la infinidad de secretos que podían esconderse en cada uno de los Siete Reinos. El único lugar donde podría hallar respuestas es la biblioteca de mi padre. Las respuestas siempre están en los libros.

Con paso silencioso, salgo de mi escondrijo. Está oscuro y parece que la noche finalmente, se ha cernido sobre el castillo. Más oscura

que nunca. En el trayecto hasta la biblioteca, se encuentra el salón del trono, debo moverme con sigilo y cuidado para no ser vista. Ocultándome tras las columnas y cortinajes en la oscuridad, veo al Rey Thoriam, aún sentado en su trono con una copa de vino en la mano. Por primera vez, siento algo de lástima al captar la soledad que mantiene presa a sus ojos. Quizá solo se trate de un simple hombre que nunca ha sabido amar.

Estoy a punto de desechar la idea y volver a mi habitación en ese momento. Dudo y dudo de nuevo, mientras la responsabilidad y la culpa me invaden por dentro. Necesito respuesta y las voy a conseguir.

Me apresuro hacia la biblioteca con sigilo y entro en la sala antes de que alguien pueda verme. Conozco estas estanterías casi de memoria. Mi soledad y la indiferencia de mi padre durante años, me han permitido esconderme entre los libros. Sumergirme en historias lejanas, durante horas y días. Historias épicas, sobre héroes que ganan batallas que parecen perdidas. Me gusta a veces fantasear con otro mundo, un mundo en el que no hubiera sido la hija del rey. “Destinada a reinar”, sino Elara, simplemente yo. También escogía historias de amor y aunque nunca hubiese vivido nada de eso, a veces me permitía soñar con vivirlo algún día.

Los libros están ordenados por temática y autor, voy directa a la estantería de "Historia". Después de un rato, me está resultando difícil encontrar un solo libro dedicado al Reino de Niebla, como si este ocultara misterios que no podían ser desvelados. Me muevo entre los estantes con sigilo, como una erudita.

Entonces lo veo. Al final de la última estantería, una pequeña cajita metálica de color negro, cubierta de motivos espinosos, una calavera en el centro. Dejo caer mi cuerpo hasta el suelo, resbalándome y coloco la vela a un lado de mi. Me permito exhalar un profundo suspiro antes de agarrar la caja con las dos manos. El pesado vestido se acomoda a mi alrededor y un escalofrío me recorre la espina dorsal, al darme cuenta de que quizá, las palabras escritas en este libro lo cambien todo. Puede que mi historia esté escrita entre estas.

Con el corazón desbocado, abro la caja, cubierta de una gruesa capa de polvo y miro dentro. Un libro aún más estropeado, con las páginas amarillentas por la humedad, el olor que desprenden sus hojas da a entender que hace años que nadie las recorre. Me tiemblan las manos y el palpitar de mi corazón hace retumbar mi pecho. Tomo fuerzas desde el fondo de mi ser y agarro con firmeza el libro antes de empezar a pasar las páginas.

Sin más dilación, comienzo a leer en busca de respuestas:

“Desde su creación el dios Erebus, dios de la muerte y creador de la Niebla, creó el reino de este mismo nombre. Niebla es el reino encargado de custodiar y preservar la muerte. Esto significa que, cualquier persona que muera en cualquiera de los siete reinos celestiales, acudirá ante las Moiras, tres deidades juzgadoras. Las cuáles repasarán la vida de esta persona para elegir y sellar su destino último.

Estas moiras, ancestrales transmiten su sabiduría sobre la moral de la vida y las particularidades de la muerte. Las custodias del futuro de los humanos.”

“¿Cómo era posible que ignorara todo esto?” Me pregunto para mis adentros. Desconocía por completo las particularidades de las que hablaba el libro y mientras la curiosidad va creciendo en mi interior, crece mi sed de respuestas. Realmente asombrada frente a estos descubrimientos e incapaz de apartar los ojos de las páginas desgastadas, continúo leyendo.

Descubro que los habitantes de Niebla son seres oscuros, con dones relacionados con la magia. Capaces de ver el futuro, cambiar el destino con hechizos desconocidos para el resto. Alquimistas y magos y algunos, incluso, con una apariencia inimaginable. El libro habla de algunos que poseen el don de comunicarse con los muertos, así como con los dioses en otro plano.

En su reino se custodia el Árbol Sagrado, sin el cuál se acabaría la propia vida en ese reino y como un veneno, se extendería a los demás. Este árbol mantiene conectados a los habitantes de los Siete Reinos, sin excepción. Es como el cerebro que mantiene vivo nuestro mundo. Como una losa pesada, puedo sentir la responsabilidad tan importante a la que sirven los habitantes de Niebla. De la que nunca antes había sido consciente.

El libro también habla de criaturas fantásticas, algunas podrían existir en mis más oscuras pesadillas. Entre todas, llaman mi atención las hidras, criaturas de aspecto reptiliano y numerosas cabezas, capaces de aniquilarte con solo una mirada. Me estremezco con un escalofrío y mis manos se mueven solas. Cierro el libro de golpe.

Mi afán de curiosidad es ahora infinito, pero también puedo entender el riesgo. El miedo se apodera de mí. Sin saber cómo, ni porqué, una sensación de familiaridad se instala en mi pecho. Como si ya hubiera estado en ese lugar, como si hubiera soñado con él en numerosas ocasiones, como si en otra vida, el Reino de Niebla hubiera sido mi hogar.

Esa sensación de *deja vu*, es tan... Extraña. Al fin lo veo con claridad, si quiero entender el don que los dioses me han otorgado,

tengo que ir a Niebla. No hay otra opción. Por algún motivo que aún desconozco, mi don pertenece a este reino.

Dejo el libro con cuidado en la estantería de nuevo y me dirijo, ahora sí, apresuradamente a mis aposentos, con una idea en mente que no para de repetirse. Hundiéndose en mi cabeza, arraigándose.

Recojo solo algunas de mis pertenencias y las meto en una bolsa de tela. Me deshago del vestido, que se desliza con delicadeza sobre mi piel y me pongo una vestimenta más cómoda para el viaje. Una ropa a la que estoy más acostumbrada. En Armaria, todos lucimos permanentemente como guerreros. Mi conjunto, compuesto de pantalón y chaleco hechos de armadura plateada con detalles en dorado. Me ato la capa de color azul oscuro sobre los hombros, la cuál me ayudará a ocultarme con mayor facilidad entre las sombras y me calzo las botas de cuero más resistentes de mi vestidor.

Mientras me visto, mi cuerpo tiembla. Las palpitaciones de mi corazón me repiten una y otra vez que lo que estoy a punto de hacer es una completa locura. Pero no voy a detenerme, necesito respuestas y aquí nadie me las va a dar.

Con paso decidido, salgo de la habitación, no sin antes echar un último vistazo a mi alcoba. Algo en mi corazón me dice que no volveré a pisar este lugar. Me dirijo a las caballerizas entre la oscuridad de la noche, esquivando a los guardias. Ser la hija del rey

tiene esa ventaja, saber exactamente dónde se colocarán. Tantos años entre estos muros me han convertido en toda una experta del castillo, sus escondrijos, sus pormenores...

El rostro de Kaffú se ilumina al verme aparecer. Esboza una mueca, una leve sonrisa. Me acerco a él acariciándole el rostro, susurrándole, para que no se mueva, ni haga ningún ruido. Con un simple gesto parece entender lo que le estoy pidiendo. Lo abrazo y el amor más puro que nunca antes haya sentido me invade mi corazón. El tacto de su fría piel escamada, eriza la mía bajo su contacto. Su aliento cálido inunda el establo con cada tranquila respiración. No puedo negar el miedo a abandonar por primera vez los muros de este castillo, pero Kaffú es capaz de transmitirme toda la seguridad que necesito.

Rápidamente, me dispongo a colocar la silla de montar, así como la bolsa, bien agarrada en la parte trasera. Por primera vez voy a montar un dragón y los nervios se apoderan de mi estómago, ciertamente, nunca lo habían abandonado. Luego pienso en que tampoco me he escapado antes, ni siquiera he desafiado a mi padre, en ninguna ocasión. Demasiadas primeras veces para una misma noche. Ya no tengo escapatoria, he de huir, es la única forma de hallar respuestas.

Me sostengo la barriga para controlar los nervios, en el momento en el que mis ojos vuelven a tornarse oscuros y empiezo a ver de nuevo, con más claridad que nunca. Otra visión. Una cicatriz que recorre mi torso, en el lugar donde antes había estado clavada aquella espada. Unos largos dedos acarician la vieja herida, dedos de "¿hombre?" Puedo sentir el calor que emana de aquel contacto superficial pero hambriento y como se instala de pronto en mi entrepierna. Me estremezco sorprendida, lo que provoca que vuelva en mí. Justo en el momento en el qué, un estruendo feroz, la voz grave y áspera del rey Thoriam, me devuelven la consciencia.

Esta vez, no llego a desvanecerme, esta vez, tras la visión, mis ojos y mi mente vuelven de golpe al presente.

—Nunca pensé que serías capaz. —Me giro para mirarlo, tremendamente asustada. Una gota de sudor frío resbala por mi espalda.

Siento que no conozco realmente a este hombre. No sé qué esperar de él.

—Después de todo lo que he hecho para protegerte ¿Así es como me lo pagas? ¿Huyendo? —Su voz está cargada de rencor.

—Padre... Yo... —Las palabras se agolpan en mi garganta, pero mi mente no es capaz de ordenar todo lo que quiero decir.

Explicarme. Justificarme. Defenderme. Vuelvo a sentirme como aquella niña asustada, escondida en la grieta más oscura del castillo.

—No digas nada. No es necesario. — Sus palabras son una orden inherente —. No me dejas otra opción... —Se le quiebra un poco la voz, pero su rostro sigue impassible.

La firmeza en su decisión, ni un solo atisbo de consideración. No puedo hallar en esos ojos, ni una pizca del padre al que algún día conocí.

Los guardias me rodean, puedo contar unos quince hombres “¿Tanto miedo tiene mi padre de que escape?¿Tanto teme mi poder que ha movilizado a toda esta gente?”.

Me agarran de las muñecas, haciéndome girar bruscamente para colocarme los grilletes, dejándome los brazos bien estirados a la espalda. El metal grueso se me clava en la piel, quemándome. Entre súplicas y sollozos, miro a mi padre anhelando piedad, pero se muestra inquebrantable a considerarla.

—Llévenla a la torre más alta y traiganme de vuelta la llave. —Sus palabras se me clavan como un puñal en el pecho —¡Que no escape!

—Papá, por favor...

Suplico con el rostro empapado de lágrimas. Mi padre alarga el brazo para acariciar con su dedo índice mi mejilla. El contacto me hace estremecerme.

—Solo quiero protegerte. —Cada vez me cuesta más creer esas palabras.

Se instala en mí un sentimiento de desolación devastador. Los guardias me conducen escoltada hasta la torre. Mis pies apenas caminan, se limitan a arrastrarse por el suelo de piedra. Me dejo llevar por los brazos fornidos de mis captores armados.

Nunca me habían tratado así, aquellos hombres que siempre habían velado por mi seguridad, ahora me trataban como a una auténtica delincuente.

Llegamos a lo más alto de la torre, una mazmorra alumbrada por la luz de la luna, se filtra por una única y diminuta ventana de barrotes, tan alta que sería imposible llegar a ella aunque quisiera.

Los guardias me dejan dentro y me quitan los grilletes, sin mediar palabra. No me resisto, no lucho por mi libertad, no forcejeo. Me he rendido al cautiverio y al dolor amargo de mi pecho, al sabor de la traición.

Cierran la gruesa puerta de madera a sus espaldas y oigo como la llave gira en la cerradura metálica. El portón solo tiene una pequeña

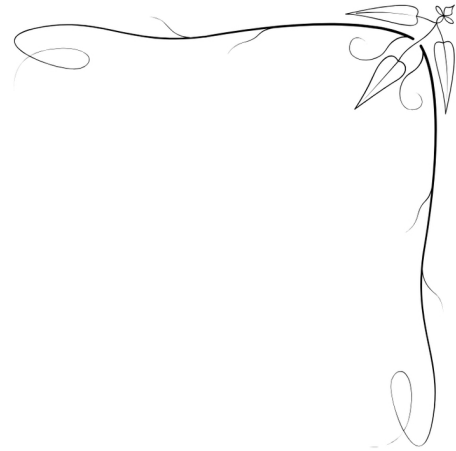
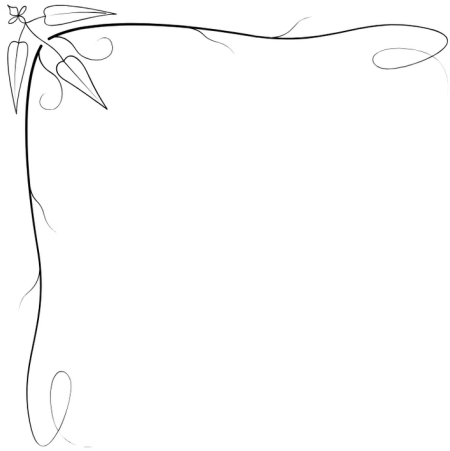
trampilla en la parte de arriba, para mirar o quizás, alcanzar algo de comida a los presos.

Los muros son los más gruesos que he visto jamás en este palacio. La habitación está completamente vacía, a excepción de un pequeño banco de madera, que supongo, me hará las veces de cama y un sucio cubo que me servirá de retrete. Nada más pensarlo, me entran náuseas. El hedor es realmente insoportable.

Por primera vez caigo en la cuenta de que estoy sola. Realmente sola de verdad. Nunca podré conseguir ayuda. Mi padre podrá retenerme aquí el tiempo que quiera. No hay ninguna otra estancia en esa torre, ninguna. Y es tan, tan alta, que por mucho que gritara, nadie, jamás me escucharía.

Comienzo a llorar de nuevo, desconsolada, sin saber muy bien si en algún momento he parado de hacerlo. Me acurruco, hecha un ovillo en una esquina de la mazmorra, sin comprender la crueldad de mi propio padre.

—Ssssh, Princesa Elara... —Un silbido, seguido de una voz masculina y joven, me sorprende de pronto. Casi me pongo de pie de un salto, el corazón me palpita fuerte en el pecho —. Princesa Elara, soy Corvin.



Capítulo 3

Corvin

Por desgracia, había tenido que presenciar todo lo que había pasado aquella tarde en el castillo. Me tocaba guardia en el salón del trono. Era el día de Elara, su decimoctavo cumpleaños, el momento de recibir su don, el momento más esperado de toda su vida. Pero de una manera insólita, todo se truncó.

Me invadió un sentimiento de angustia devastador cuando la vi tirada en el suelo. Quise, de manera desesperada, correr hasta ella, alcanzarla, asegurarme de que estaba bien. Pero la mano de mi padre, aferrada a mi brazo de manera autoritaria, me frenó en seco. Algunas veces se me olvidaba que era el capitán general y la autoridad sobre todos nosotros. Justo por debajo del mismísimo rey. No tuve más remedio, hice de tripas corazón y me re Coloqué en mi sitio. Como un mero espectador, mientras las palpitaciones desbocadas de mi corazón inundaban mis oídos.

El rey nos pidió que desalojásemos la sala. El desconcierto y la rabia se apoderaron de la muchedumbre. Tuvimos que sacar a algunos rebeldes a patadas del castillo, pero mi mente y mi mirada seguían puestos en Elara. Ella seguía inconsciente, tirada en el frío suelo del salón del trono. Con el cuerpo rígido, las manos sudorosas y la mandíbula que me iba a estallar. No entendía cómo su padre seguía sin hacer nada.

El rey se pasó las horas siguientes ahogándose en alcohol del más caro. El vino carmesí manchaba la alfombra de terciopelo como si de sangre derramada se tratara. Cada sorbo que daba a las relucientes copas de oro y piedras preciosas era como una daga que se clavaba más profundo en el corazón. La preocupación crecía dentro de mí, se me arremolinaron un montón de pensamientos "¿Estaría bien? ¿Su padre le habría hecho daño? ¿Estaba viva?". La cabeza me daba

vueltas y la incertidumbre me oprimía el pecho. Solo necesitaba saber que estaba sana y salva, para poder seguir con mi vida.

La desesperación creció tanto dentro de mí, que no tuve más remedio que saltarme unas cuantas normas para acceder a su alcoba. Compré que la princesa no estaba allí. El temor de que pudiera haberle pasado algo me quemaba por dentro, volvía al salón del trono cuando mi padre me retuvo.

—La princesa ha desaparecido. —Se me tensó la mandíbula y me mordí la lengua para no decirle que ya lo sabía —. El rey ha pedido que la busquemos por todo el palacio y por el reino si es necesario.

Durante horas recorrimos cada uno de los pasillos del palacio sin éxito, era como si se hubiera vuelto invisible. “Quizá era ese su don”. Como si se hubiese esfumado. La agonía iba creciendo dentro de mí, minuto a minuto. Hasta que uno de nuestros centinelas, uno de los más jóvenes, la interceptó en las caballerizas. Salí disparado, como alma que lleva el fuego, hasta las afueras del palacio. Casi se me salió el corazón por la boca cuando la vi, al lado de su dragón, cubierta con una capa azul oscura, sus ojos brillando como las estrellas en aquella noche oscura y se me encogió un poco más el corazón. “Está viva”.

Me quedé un tanto rezagado, esperando instrucciones y el peor de mis temores tomó forma cuando me di cuenta de que estaba

intentando huir. La vestimenta, la montura en el dragón, la bolsa amarrada en la parte trasera...

La voz del rey retumbó en las paredes cuando ordenó su arresto. Me estremecí y no fui capaz de reaccionar cuando los centinelas la agarraron de las muñecas y la forzaron a ponerse los grilletes. Solo quería salvarla, llevármela lejos de allí, me daba igual mi trabajo, mi deber. Me daba igual mi padre y sus órdenes, solo quería que Elara estuviera a salvo.

Me quedé detrás, oculto entre las sombras, siguiendo de cerca el séquito que la conducía a la parte más alta del castillo. Al menos sabía dónde estaba y dónde estaría los próximos días. Al menos podría intentar ayudarla, aunque me tacharan de traidor por ello, aunque eso me costase la vida.

Esperé a que los guardias se fueran y volví a la torre, solo quería que supiera que no estaba sola, que yo estaría para ella, que iba a ayudarla. Y cuando oyó mi voz se sorprendió y yo me sorprendí casi igual o más cuando sus palabras se dirigieron a mí después de tantísimos años. Aún no sé dónde me estoy metiendo, solo sé que necesito ayudarla y voy a hacerlo. Tal y como le prometí esa noche.



Han pasado algunos días. Eternos días en aquel calabozo en el que apenas entra la luz, para Elara, mi princesa. La soberbia y crudeza del rey me han hecho perder por completo el respeto que algún día le había profesado. Cómo puede haber hecho algo semejante a su propia hija. Como si de un plumazo hubiese olvidado por completo, que entre ellos existe algún tipo de lazo familiar. No me entra en la cabeza.

Como cada mañana, desde hace una semana, acudo a dejarle el desayuno que esos miserables no se molestan en proporcionarle. Subo las escaleras rocosas de la empinada y alta torre y al llegar a su cima, me seco el sudor de la frente con la mano. Las piernas me pesan por el entrenamiento. A través de la trampilla de la puerta, veo como el sol comienza a entrar por el ventanuco, de forma candente. Me temía que fuese demasiado temprano, pero mi temor a dejarla sola demasiado tiempo, es mayor. Mi prioridad siempre será esté bien.

—¿Corvin? —Su voz se desliza por las letras de mi nombre como una caricia al corazón.

—Sí, soy yo —digo, con un toque quizá demasiado alegre en la voz. Me delata.

Porque muy a pesar de la desgraciada situación, había conseguido lo que por años había anhelado, hablar con ella.

Al principi  tem  que no me recordara. Cuando me acerqué a ella la otra noche, pens  que será difícil ganarme su confianza. Venía preparado para ello. Como hijo de quien soy, la mano derecha del rey, el capitán Fluribus Khan, descendiente de la estirpe más galardonada de guerreros de Armaria, no era de extrañar que la princesa sintiera algo de desconfianza hacia mi persona. Sí, como parte de este legado, yo también he heredado el don de la espada al igual que mi padre y mi abuelo. Ya hace un par de años que sirvo a la corona y al Reino de Armaria con honor como centinela mayor. Al ser hijo del Capitán Khan, conmigo se saltaron ciertos "protocolos". Dicho de forma sencilla, no tuve que empezar desde abajo.

Desde niños, habíamos pasado muchas horas juntos en el palacio. Mi padre a veces me dejaba en la guardería real, mientras trabajaba y era all  dónde compartía tiempo con otros críos, hijos de los súbditos de palacio. Mi madre era pulidora de espadas de la corte y al igual que mi padre, trabajaba en el palacio. Lo fue hasta su fallecimiento hace unos años.

No se me permitía pasar tiempo con la princesa, a ningún niño, en realidad. Elara siempre estaba aislada, protegida en su jaula de cristal.

Pero, debo confesar que siempre he sentido cierta inclinación por saltarme las reglas.

En muchas ocasiones, me escapaba simplemente para verla. Me gustaba observarla, sumida en su imaginación, deambulando cantarina y risueña por cada uno de los salones del castillo. A veces, me atrevía a acercarme a ella, hasta que algún guardia me recogía y me llevaba de vuelta a la guardería. A veces, ella sonreía. Otras me miraba con extrañeza, al no estar acostumbrada a tratar con muchos niños.

En una ocasión, conseguí estar cerca de ella por más de una hora. En el jardín de palacio, jugamos juntos en el estanque a cazar algunos insectos. Aquella tarde, el sol se filtraba entre los sauces de forma inusual, creando destellos serpenteantes en el agua. Tenía unos ocho años por aquel entonces y Elara era algo menor que yo. El sonido de su risa resonaba como las campanas de un santuario y llegó tan dentro de mí, que su recuerdo no me abandonó nunca más.

Pasaron los años, entré a estudiar en la Escuela de Guerreros de Armaria, aunque fuera hijo del capitán general, necesitaba unos estudios que demostraran mi capacidad y lealtad a la corona. Es la ley. Esos años fueron los más duros, no volví a ver a Elara. Hasta que en mi decimoctavo cumpleaños y con la entrega de mi don,

pasé a formar parte de la guardia real. Desde entonces había pasado a observar a Elara desde mi puesto y como siempre había hecho, disfrutaba simplemente de su presencia. Viéndola moverse por el palacio con esa gracia tan suya, como si de una mismísima diosa se tratase. Su pelo cobrizo con esos rizos ondeantes sobre su espalda. Reconozco que me mantenían ensimismado durante horas. Lo que se llevaba la mirada de algún que otro guardia, que rápido se encarga de recordarme: "Olvídate de ella, chico, una mujer así no es para ti".

Realmente no me importaba, nunca me importó no tenerla físicamente. Me bastaba con apreciar el brillo de sus ojos cada mañana, del color mismo de aquel estanque del jardín. Me recordaban a la esperanza, con la que tiempo atrás jugamos a ser simplemente dos niños corrientes. Su sonrisa, enmarcada por esos labios carnosos y rosados, me hacían viajar a las profundidades de la tierra y regresar. Su aplomo al hablar, así como la contundencia de sus gestos, me hacían pensar en que aquel guardia tenía razón y ni en un millón de vidas, merecería una chica como aquella.

Soy consciente de que Elara apenas me recuerda, pero francamente, no tiene a nadie más en quién confiar. La conversación fue fluyendo entre nosotros con el paso de los días y pude notar como dentro de su corazón, nacía una confianza que nunca antes habían sentido con nadie.

—Te traigo el desayuno —digo con una sonrisa leve dibujada en mi rostro.

—No tengo hambre. —Noto la tristeza en su voz al instante. Intuyo que no se ha levantado con el pie derecho este día. Se me tensa la mandíbula y mi respiración comienza a ser más agitada.

—No me digas eso... Hoy en el menú tenemos muffins de arándanos y te he traído leche de almendras, muy fría, como te gusta —digo con tono dulce, intentando que mi amabilidad la haga recapacitar.

Necesita alimentarse, no se cuanto tiempo más podrá aguantar presa entre estos muros. Una profunda tristeza me invade al darme cuenta de que lo que hemos vivido estos días es tan solo un espejismo. Elara no puede seguir mucho más tiempo en esta situación.

—Estos días has sido muy sincero conmigo, Corvin, necesito que me digas la verdad. —Un nudo crece en mi garganta ante la expectativa de su pregunta.

—Dígame, princesa —me apresuro a responder, intentando que no se percate de mi nerviosismo —. Lo que necesite.

—Me has estado dando tu comida ¿no es así? —Suspiro aliviado, sin saber siquiera que esperaba de aquella pregunta —. Mi padre, el rey... —se corrige al instante. Comparto con ella que la palabra

“padre” le queda muy grande al rey en estos momentos —. Vino a visitarme esta mañana, me trajo comida, creo que pensaba que llevaba toda la semana sin comer. —Me estremezco al imaginarla a solas con aquel hombre esa misma mañana. Trago saliva y con ella la rabia que crece dentro de mí.

—No soy hombre de mucho apetito —me apresuro a reconocer. Aunque no sea del todo cierto.

—¿Por qué lo has hecho? —La princesa se acerca hasta los barrotes.

Sus pasos suenan decididos y aunque no pueda verla, debido a que la abertura es demasiado pequeña, al dejar abierta la trampilla, su voz suena más cercana. Realmente, puedo sentirla más cerca que nunca.

—Princesa... Yo... —Sin saber muy bien por dónde empezar, me limito a asentir —. La protegeré con mi vida si es necesario. —Me tiembla la voz, pero cada una de esas palabras son infinitamente ciertas.

Escucho como da un paso atrás instintivamente, ocupando de nuevo su lugar en el mugriento banco de madera. Quizá abrumada por mi sinceridad y mi entrega. El aire se carga con la duda anticipada.

—No es necesario que lo hagas, yo no te lo he pedido. —Es evidente que no quiere sonar brusca pero lo hace. Sus palabras me

desconciertan y un dolor punzante se instala en mi pecho.

—Y aunque no lo hagas, lo seguiría haciendo. Es mi deber. —Oigo su respiración relajarse, el alivio liberando su cuerpo.

Si entiende que se trata de una parte de mi trabajo y nada más, quizá se muestre menos, reticente.

—¿Es cosa de mi padre? —pregunta ahora desconfiada —¿Eres una especie de guardaespaldas o algo así?

—Dudo que su padre sepa que estoy aquí, princesa —me limito a afirmar. Solo quiero protegerla y para ello, para asegurarme de su bienestar, debe estar segura de que no corre ningún tipo de peligro conmigo.

Suspira con desahogo. Debo hacerle entender que la seguridad y la confianza que hemos fraguado estos días han sido reales, y no producto de un nuevo y cuidadoso plan del rey.

—Princesa, debo advertirle —inicio.

Ella se pone en pie sin titubear. Capto de nuevo sus pasos dirigiéndose a la puerta.

—No sé si te lo he dicho antes pero... Puedes llamarme Elara, ya puedo considerarte un amigo, después de todo... —Un atisbo de risa

se le escapa de entre los dientes y a mí se me encoge el corazón. El calor me invade las mejillas.

Como princesa, Elara está acostumbrada a que la traten con infinitud de formalidades. Necesita un amigo, alguien con quien poder sentirse simplemente Elara, una chica normal y corriente. Ese amigo podría ser yo y eso me llena el pecho de orgullo.

—Me gusta llamarte princesa, es lo que eres... —Puedo escuchar ahora sí, su risa, aunque breve, a través de los muros —. Pero te llamaré Elara, si lo prefieres.

No decie nada. Su risa, con la que llevo años soñando, aún revolotea por mi mente. Intento no distraerme, vuelvo a concentrarme en lo que tengo que comunicarle.

—El pueblo está empezando un levantamiento, Elara... — Los nervios, se van apoderando de mí a cada palabra que pronuncio, intento sonar firme y seguro. Por ella —. Piensan que eres una impostora, que no eres en realidad hija del rey. Quieren destronarte y elegir un nuevo descendiente a la corona.

—¿Y tú lo piensas? —dice como si fuese lo único que le importara.

—¿Qué? —pregunto en busca de una confirmación.

—¿Piensas que no soy hija del rey? —aclara.

—Pienso que hay algo en tu pasado que tenemos que descifrar. Secretos en tus raíces que podrían cambiarlo todo —respondo con sinceridad—. Si el rey lo teme tanto como para encerrarte aquí, tu don debe ocultar algo importante. Algo que tú y yo desconocemos. —Hago una pausa, a la espera de que mis palabras no esté siendo demasiado—. Por eso debo ayudarte a escapar, no solo es tu vida la que está en juego, si no la estabilidad misma del reino. Tienes que huir. —No sé aún si me estoy precipitando. Lo único que sé es que no me importa.

—¿Me ayudarás? —Su tono de voz decidido, como nunca antes.

—¿Acaso lo dudabas? —Nuestras risas sutiles se entremezclan a través de los muros y se me encoge un poco el corazón por el anhelo—. Esta noche vendré a por ti, no sé cómo, pero conseguiré la llave. Estate preparada.

—Lo estaré —dice con profunda determinación.

—Hasta esta noche.

Me despido.

Sin más, me alejo escaleras abajo. Acabo de hacerle una promesa a la chica que amo, una promesa que no sé si eré capaz de cumplir. Tengo que ayudarla a escapar. Elara confía en mí y se merece una oportunidad. No puedo abandonarla a su suerte, menos sabiendo

que el reino entero está pidiendo su cabeza. Sumido en mis pensamientos mientras bajo los escalones, empiezo a trazar mi plan.



En la penumbra del salón comedor, la llave, de un tono dorado envejecido, cuelga del cuello de su majestad. Refleja las luces titilantes de las velas. En el final de una cadena de cuentas, también dorada, que le llega hasta el inicio del abdomen, descansando plácidamente. Llevaba observándolo, durante cada una de las cenas las noches anteriores. Debía arrebatársela “¿Pero, cómo?”

Perteneciendo a la guardia real, podría pensarse que sería una tarea sencilla. Pero el rey no confía en mí, apenas hemos cruzado alguna palabras en un par de ocasiones. Sin cierta confianza, resulta casi imposible acercarme a él, incluso siendo hijo del Capitán General. El rey siempre ha sido bastante reservado, receloso. Siempre alerta, parecía vivir con la expectativa de que en cualquier momento, cualquiera lo pudiera traicionar. No lo juzgo, eso es justo lo que yo pensaba hacer, traicionarlo. Porque sí, ganarme su confianza, robarle la llave y liberar a su hija (la cuál está encerrada como castigo) es saltarme las normas y sí, es traicionarlo.

No he tenido tiempo de pensar en cómo será mi vida después de esto, de ayudar a la princesa a escapar. Si descubren lo que pienso

hacer, seré juzgado por alta traición a la corona de Armaria. Y todos sabemos cuál es el castigo para un alto traidor...

Un nudo en la garganta no me deja pensar con claridad. Es como si oyera el tick tack incesante de un reloj pitándome en los oídos. Me estoy quedando sin tiempo. Los levantamientos han empezado, las especulaciones sobre la princesa Elara y su poder no hacen más que crecer. Muchos la tachan de impostora. Hay quienes aseguran que se trata de una diosa reencarnada, dispuesta a castigarnos por nuestros pecados y acabar con nuestra raza. Desconozco la verdadera naturaleza de estas acusaciones, pero he de reconocer que la mayoría me resultan un auténtico disparate. Aún no sé cuál es el verdadero don de Elara, supongo que no hemos adquirido aún la suficiente confianza como para que la princesa confíe en mí hasta ese punto. Ahora mismo, debe estar desconfiando de cualquiera. Por qué el rey se empeña en ocultarla, también es un misterio. Lo único de lo que, en este momento, tengo certeza es de que, Elara, no se merece estar en esta situación. Ella no lo ha buscado y yo la sacaré de allí.

—¿Quieres un trozo de pan? Estas famélico últimamente. —Josh me observa con los ojos como platos, lo que me hace salir de mis confabulaciones. Sonrío de medio lado y asiento. Josh me alcanza el pan, al que le doy unos pequeños mordiscos.

—Gracias —respondo mientras mastico con ansia. Percatándome por vez primera de la cantidad de horas que llevaba sin comer.

—Últimamente te noto muy perdido ¿Seguro que te encuentras bien?

Josh y yo habíamos pasado de compartir juegos de niños, a velar juntos por la seguridad del reino. Aunque carece de los favoritismos con los que se me recompensó a mí, por ser hijo de quién soy y a diferencia de ello, Josh tiene que ensuciarse las manos más a menudo “¡Eso es!” Cómo una llama, la idea alumbra mi mente.

—Oye ¿Hoy te toca de nuevo la guardia nocturna? —Percibo el cansancio en sus ojos. Él suelta un suspiro desesperado que confirma mis sospechas.

—Buff... Tres noches seguidas. Los capitanes y altos mandos están en las murallas, manteniendo a raya a los aldeanos rebeldes y al haber menos personal disponible, me toca pringar... ¡Qué le vamos a hacer! —Suelta una carcajada y se mete una cucharada de guiso de patatas en la boca. Sus mejillas hinchadas y sonrosadas, se mueven mientras mastica, dándole un aspecto aún más fondón.

—Si necesitas descansar, yo puedo cubrirte. Llevo días haciendo guardia diurna —me apresuro a decir, intentando que mi tono no suene demasiado desesperado.

—¡Ah, sí! Vigilando a la princesa ¿no? —No respondo, clavo la vista en mi plato, mientras remuevo la comida con el tenedor sin probar bocado —. Pues resultaría de gran alivio para mí, no sabes cuanto desearía dormir toda una noche del tirón. Además sabes que padezco de migrañas y dolores cervicales, es genético ¿sabes? Además deberíamos estar preparados para si se inicia la guerra, será nuestra primera guerra. Hay que darlo todo. Mi padre dice que... — Hace rato que he dejado de escucharlo. Josh es un buen tipo, pero un charlatán de primera, mi padre siempre decía que: "Podría vender arena en Oásis".

—Trato hecho. —Le tiendo la mano y él me la agarra sacudiéndola con firmeza, sellando el trato.

En este momento Josh no es consciente, pero podría estar salvando la vida de Elara. Aunque si descubren lo del cambio de turno, podrían pensar que es mi cómplice. Otro traidor. Puede que acabe de condenarlo sin remedio y eso no me gusta. El pensamiento me hace estremecerme.

Intento no pensar mucho en ello. Mientras cargo con un peso asfixiante, por lo que no puedo confesar. La risa de Josh, sencilla y despreocupada, me ayuda a distraerme un rato. Cuando termina de comer se retira a su alcoba. Apenas queda gente en la sala, guardo mi comida, colocando la tapa de madera sobre el plato, debería

llevarle la cena a Elara más tarde. El rey aún no se ha retirado, mantiene una charla animada rodeado de su cortejo más allegado. A su derecha, mi padre le ríe las gracias con una copa de cristal y decoraciones doradas en la mano. Se están pasando con el vino. Lo que hace más sencillo cumplir con mi plan.

Espero pacientemente a que el alcohol cumpla su función. No tardan en ir cayendo, de uno en uno. Esta noche el rey parece querer acabar con la bodega de un año entero, quizá por si el reino se hace pedazos esta misma noche. Es el momento.

—Su majestad ¿Quiere que le acompañe a su recámara? —Deja de beber al instante. Retira la copa de sus labios y me observa con extrañeza, luego mira a mi padre. Me tiemblan las manos, pero las entrelazo en un intento de que mi nerviosismo no sea tan evidente.

—Tienes un buen chico Fluribus, lástima que yo no pueda decir lo mismo de mi hija... —Se me tensa la mandíbula. Mi padre lo nota, y no tarda en lanzarme una mirada recelosa.

—El chico tiene razón, majestad, quizá deberíamos retirarnos. —“Gracias, papá”, digo para mis adentros —. No querrá que acabemos con las reservas de vino para mañana. —El rey se echa a reír de manera estridente por la ocurrencia de mi progenitor. Haciendo retumbar sus sonoras carcajadas por la sala.

—Tienes razón viejo amigo, es hora de dormir... —Se levanta con torpeza y deja un par de palmadas en el hombro de mi padre, que se despide con un gesto de cabeza.

El viejo capitán continúa con la vista clavada en mí, observándome con extrañeza. Sabe que nunca he hecho la guardia nocturna. Es una tarea para chicos de una categoría “inferior” a la mía, no para el hijo del Capitán General. Puedo intuir en su mirada que sabe que oculto algo, pero no me importa, mientras el rey no se percate de ello.

Me mantengo detrás de él a lo largo del pasillo, camina dando tumbos, a trompicones. El otro guardia al lado mío no aparta la vista de su majestad. Parece más mayor que yo y menos inseguro. Llegamos hasta la puerta de los aposentos y el guardia se coloca a un lado, yo me dispongo a entrar en la recámara del rey.

—¿Dónde crees que vas muchacho? —Me agarra con firmeza del brazo haciéndome girar, escudriñándome con la mirada.

—El rey no se encuentra en plenas facultades para irse a la cama solo. Me ocuparé de su seguridad. —La mirada del guardia se relaja y lentamente me suelta el brazo, asintiendo con la cabeza. Yo mismo me extraño de la seguridad con la que las palabras salen de mí boca, me sudan las manos.

—En cuanto se quede dormido te quiero aquí fuera ¿Entendido? —
Asiento en respuesta. “Otro testigo para la larga lista”. Me recuerdo a mí mismo.

Nunca antes había estado en la habitación del rey, el lujo se respira en cada uno de los rincones de sus aposentos. Telas doradas, terciopelo, muebles de madera tallada, muchos recubiertos de oro, una gran chimenea a la izquierda de la habitación y una mesa enorme con mapas extendidos sobre ellas, libros y candelabros que resultan verdaderas obras de arte repujadas. Contengo el aliento, el rey se desploma sobre la cama con los ojos cerrados y por un momento llego a pensar que está muerto.

—Chico... —balbucea. Me acerco a los pies de la cama, con la mano apoyada en el cinturón, donde descansa la espada —. Ven, quiero darte una cosa.

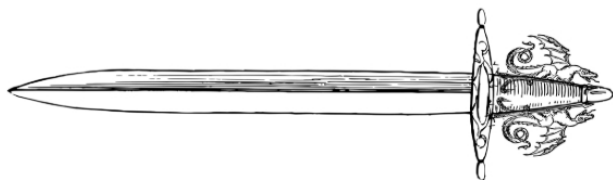
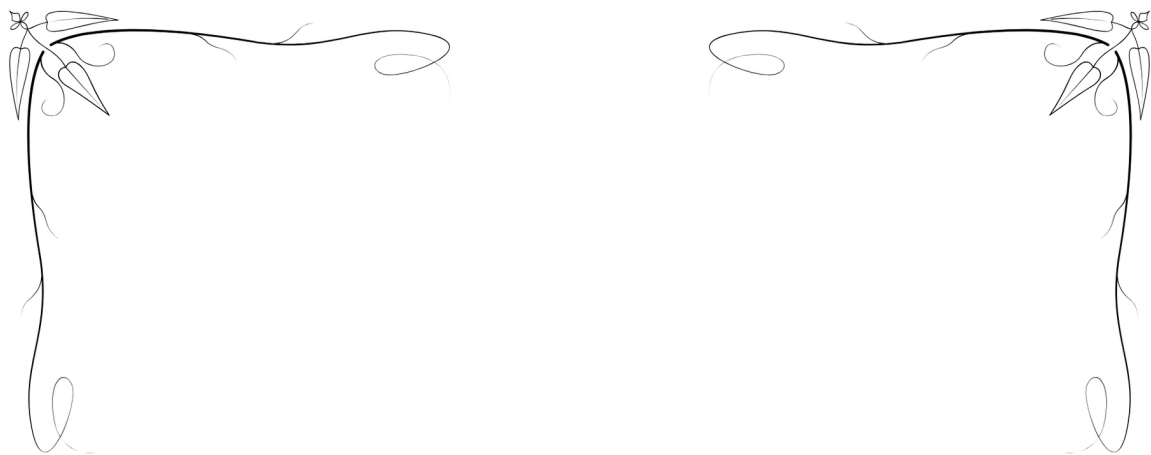
Con desconfianza me muevo hasta estar a su altura. Una persona que hace daño a su propia hija, es capaz de cualquier cosa. Se arranca el colgante del cuello de un tirón, agarra la llave con firmeza entre su puño y me tiende la mano. “No puede ser tan fácil, tengo que estar soñando” . Contengo el intento de restregarme los ojos.

—Guárdala en ese cofre, el que está sobre la mesa de ébano. Cuídala bien... Es la llave del calabozo. —Suelta un hipo y acto seguido se gira sobre la cama.

Dejo que la ira que me consume se disuelva durante unos instantes. Observo la llave dorada en la palma de mi mano. Con suerte mañana no se acordará de esto. Quizá el alcohol haga su efecto y me permita salir ileso cuando el rey se dé cuenta de que la llave no está en su sitio. Probablemente, estoy siendo demasiado optimista.

—Mi pequeña Elara... ¿Qué voy a hacer contigo? —Un sonoro ronquido, da paso a un centenar de ellos y es la confirmación de que por fin se ha dormido.

Plácidamente, en su confortable cama, mientras su hija se pudre en una celda. La ira incontrolable vuelve a aparecer. Me meto la llave en la bota y salgo disparado de la habitación. Ahora solo tengo que librarme del guardia, que continúa de pie junto a la puerta, impasible. Me coloco al otro lado, este me lanza una mirada desafiante de abajo a arriba, antes de volver la vista al frente. Un paso más, solo un paso más y pondremos en marcha nuestro plan de fuga.



Capítulo 4

Elara

Cuando los pasos de Corvin se alejan escaleras abajo, mi corazón parece paralizarse por un momento. Como si el tiempo mismo hubiera decidido detenerse. El nerviosismo me azota con la fuerza de una tormenta y de repente, lo que más me preocupa no es el plan de fuga en sí mismo, si no que voy a ver el rostro de Corvin por primera vez, después de muchos años. El rostro de un chico que no recuerdo con exactitud. Mi memoria había retenido sus pequitas

disparaes encima de la nariz y su cabello castaño oscuro que le caía sobre la frente tapándole casi por completo los ojos. Mi mente me traicionaba, mostrándome de forma difusa su perfecta sonrisa, como un eco resonando en mi memoria. Estaríamos de nuevo cara a cara y lo que más me altera es el hecho de que, si Corvin está arriesgándolo todo por mí, sus motivos para hacerlo, deben ser demasiado fuertes “¿Es qué el chico siente algo por mí?” Agito la cabeza intentando esquivar los pensamientos absurdos.

Los últimos días, no he parado de darle vueltas y las visiones se han sucedido en mi mente sin cesar. Una y otra vez. Como un laberinto de paranoia interminable. Mis pensamientos se aglomeran sin orden, ni control, durante las interminables horas entre estas cuatro paredes. Me he sentido desbordada, perdida y extremadamente sola.

Hasta que apareció Corvin. Desde el primer momento, ha cuidado de mí. Llenando mi alma de conversaciones infinitas, de risas y de recuerdos que mi mente había desdibujado, guardado en un cajón olvidado durante años. Se había preocupado de que comiera, de que estuviera hidratada, de que durmiera lo suficiente y de hacerme reír, sobre todo de eso “¿Pero, por qué? ¿Por qué un guardia de palacio se tomaría tantas molestias con una princesa?”

No tardé en darme cuenta de cuanto bien me hacía su presencia. Las noches en aquella torre, eran frías y sin duda, la oscuridad era lo más desolador. Sin embargo y de forma inexplicable conseguía encontrar algo de paz entre esas tinieblas. Pasaron las noches, intenté dar con una solución a mi situación, por más que le daba vueltas, no hallaba ninguna respuesta coherente "¿Cómo diantres voy a salir de aquí?" Hacía días que lo tenía claro, no sin Corvin.

El objetivo es sencillo, huir. Dejar atrás Armaria y viajar al Reino de Niebla, dónde, probablemente se encuentren las respuestas a mi enigmático pasado y el incierto futuro que me espera. El problema está sin duda en cómo hacerlo.

Mi padre se presentó en mi mazmorra varios días después del incidente. Agradecí que lo hubiera hecho antes del alba, para evitar un encontronazo con Corvin. No quería que tuviera que darle una sarta de mentiras y explicaciones poco creíbles. Las palabras del rey se me clavaron con ardor en el corazón: "Elara, el pueblo está furioso". "Ellos esperaban una maestra de dragones y una futura reina..." Le rogué a mi padre que le explicara al pueblo que mi don no era el que esperaban, pero que la única solución era hablarles con la verdad. Su respuesta fue clara y eso reafirmó mis sospechas. No iba a encontrar las respuestas que necesitaba en el rey.

Soy plenamente consciente de que si consigo huir, jamás podré regresar. El trono de Armaria ya nunca será para mí. Mi pueblo, jamás me aceptará. Todo lo que un día me importó, el destino que se me había marcado desde mi nacimiento. Todo. Empezaba a desvanecerse. Todo dejaba de tener importancia.

La ronca voz de mi padre, como un rugido, aún resonaba entre los muros de mi celda: “Ya intenté dejarlo claro, hija y no volveré a repetirlo. Harás creer a todos que posees el don de maestra de dragones y no hay nada más que hablar. Es la única forma de asegurar nuestro linaje y la paz en Armaria”.

Le había dado vueltas a sus palabras hasta que lo entendí. Su mayor pecado, su más profundo secreto, había sido enamorarse de quien no debía y quizá, mi madre aún se encontraba en Niebla.

Las órdenes habían sido claras: “Estarás aquí encerrada hasta que la población se calme, es por tu seguridad”. Pero yo, llevaba mucho tiempo cansada de acatar órdenes, llevaba toda la vida haciéndolo. Había llegado la hora de hacer algo por mí misma, de tomar mis propias decisiones. De una vez por todas. No me importa ponerme en peligro si lo que me espera al otro lado es la libertad.

La seguridad que me da estar ocupándome de mí misma, unida a las esperanzas que me da Corvin, me hacen estar cada vez más inquieta y ansiosa por actuar. Las horas se me hacen eternas, acabo con la

comida que me ha traído Corvin, pero ni siquiera toco la que mi padre me había llevado la otra mañana. Para ser sincera, temo que esté envenenada. No podía fiarme de aquel hombre. Ya no. Nunca más. Me había mentido, probablemente durante toda mi vida y me había manipulado de tal forma, para que su secreto estuviera a salvo conmigo. Oculto. Aún no tengo la certeza, pero, todo apunta a que yo no había sido más que una cómplice de su pecado.

Cuando cae la noche y la luz de la luna comienza a entrar por la diminuta ventana, los latidos de mi corazón se aceleran. Casi puedo notar la sangre corriendo por mis venas acelerada y agolpándose en mis oídos. Pasan horas. Minutos agónicos e incesantes, hasta que oigo los pasos de Corvin, ya inconfundibles. Sube las escaleras de forma apresurada. El sonidito metálico de la llave colgando de su mano. La puerta se abre con decisión, cuando el chico aparece frente a mí, me doy cuenta de que mi memoria no me había engañado del todo. Lleva puesta la brillante armadura real, en tonos dorados y plateados, con el escudo del reino en el centro del pecho. Sus ojos de un azul intenso y las pecas en el mismo lugar dónde las recordaba. Definitivamente, los años han pasado, pero sus ojos siguen recordándome a aquel niño. A aquella tarde, en aquel estanque.

—Princesa... —dice en un susurro, casi sin aliento—. Es la hora.

Me tiende la mano y yo la agarro sin dudarlo. El contacto es tibio, firme, pero a la vez cuidadoso. Como si temiera romperme, al apretar demasiado. Un calor recorre mi brazo, instalándose en mi pecho y subiéndome por las mejillas. Encendiéndome. Aparto la mirada, aún sonrojada. Sus ojos azules sobre mí, generan un sinfín de emociones nuevas para mí. Me deleito con su contacto unos segundos más, antes de que un frío ensordecedor como el hielo me corte el cuerpo por la mitad. En ese momento, mis ojos se nublan ante su tacto y una nueva visión se abre frente a mí.

—¡Por el Forjador princesa! ¿Se encuentra bien? —Oigo la voz asustada de Corvin y abro los ojos de nuevo.

Intento recomponerme aún aturdida y desorientada por lo que acabo de ver. Corvin me sostiene, agarrándome por la cintura. Mi corazón va acelerándose más y más

—¡Qué susto me has dado! —exclama.

—Estoy bien, tranquilo... —Me zafo de sus brazos, nerviosa por el repentino contacto.

Por un instante, nuestras miradas se encuentran y siento que le debo una explicación. Se lo está jugando todo por mí, me ha ayudado, confiando en mí desde el primer momento y sin pedir nada a cambio. Tengo que confiar en él, confiarle mi secreto.

—Verás, Corvin... Es mi don. —Frunce el ceño, esperando una explicación más clara —. Tengo visiones. —El chico asiente, al tiempo que dirige su mirada al suelo.

—¿Has visto algo, ahora? —pregunta, intranquilo. En su mirada vislumbro las piezas de un puzzle que acaban de encajar.

—Así es. —Corvin no pregunta, no insiste.

Me gusta que me de ese espacio, que no me presione. Que entienda que las visiones son mías y solo yo tengo derecho a compartirlas si así lo deseo. Es el acto de comprensión y respeto más puro que jamás he sentido.

En la visión, ha sido como si hubiese canalizado el contacto de la mano de Corvin sobre la mía. Como si eso hubiese activado una especie de recuerdo. Algo que aún no ha sucedido. Una conexión en mi mente. Empecé a pensar entonces, que quizá exista un patrón para las visiones, una explicación para que se activen. No como algo fortuito, no producto del azar. Quiero pensar que este es el primer paso para empezar a controlarlas.

Pude ver la mano de un hombre sobre la mía, pero no era la de Corvin. Esta era distinta y fácilmente distinguible, ya que llevaba un pañuelo rojo anudado desde el pulgar hasta la muñeca, una ristra de gruesos anillos de metal, las uñas estaban sucias y ennegrecidas y

tenía una especie de cicatriz que le cruzaba la palma de la mano. No era Corvin, pero sentí una calidez familiar y un gusto inesperado en ese contacto. Después, todo se volvió negro y otra especie de flash, trajo consigo otra imagen. Esa misma mano que había visto antes, ahora acariciaba una cicatriz, la cicatriz de mi torso, la que había visto en la anterior visión, aquella que había dejado la espada que me atravesaba el cuerpo. Pude sentir una conexión eléctrica, diferente con ese contacto y un calor genuino que jamás había experimentado antes.

No puedo decirle a Corvin lo que he visto, no sé a quién pertenecen esas manos. Mi instinto me dice que debo tener cuidado con el don. Al menos, hasta que aprenda a controlarlo. Los dioses, desde ese otro plano, siempre velando por nosotros. Ellos me lo han otorgado. El Dios Forjador y después de todo, solo ellos conocen el porqué. No es el don que esperaba recibir, pero es el que habían elegido para protegerme, para que llevase a cabo mi cometido en esta vida. Los dioses son bondadosos y jamás han querido el mal de la humanidad. Si me ha sido otorgado el don de la clarividencia, tenía un porqué. Más fuerte y segura que nunca, segura de mi poder, debo emplearlo con inteligencia y sabiduría. No puedo fallarles.

—Corvin, debo ir a Niebla.

—¿Al Reino de Niebla te refieres? —pregunta extrañado.

Soy consciente de que Corvin no sabrá mucho más que yo sobre los otros reinos. Dudo mucho que en la escuela militar te eduquen sobre historia u otras cuestiones que no relacionadas con la lucha. Asiento, como respuesta a su pregunta.

—Te acompañaré —dice sin pensarlo demasiado. Lo que me abruma por un instante. Un nudo de preocupación se me instala en el estómago.

—¿Qué? No puedes hacer eso, Corvin. —Esto no lo había planeado. Lo último que quiero es que Corvin lo deje todo por mí. No tiene ninguna explicación razonable para hacerlo. Ya se está exponiendo demasiado al ayudarme. Demasiado por mí.

—¿Por qué no? ¿Crees que después de ayudarte quedará algo para mí aquí? —En eso tiene razón y hace que me sienta tremendamente culpable. Si se queda, Corvin tendrá que pagar un precio demasiado alto —. Es cuestión de tiempo que tu padre descubra quien abrió la puerta a su niñita y la dejó escapar.

—Está bien, tienes razón... —admito muy a mi pesar —. Me acompañarás. —Una sonrisilla se dibuja levemente en su rostro.

—Hasta el fin del mundo si es necesario, princesa. —Al decir eso da un paso adelante, nuestros rostros están tan cerca el uno del otro que tengo que contener el aliento.

Su cercanía me pone extremadamente alerta, nerviosa. Nunca antes había sentido un contacto como este. Nunca antes un hombre se me había acercado tanto, atrayéndome, tanto... Me separo y giro sobre mí misma antes de seguir hablando.

—Debemos ir a los establos, Kaffú nos ayudará a escapar. —Corvin frunce el entrecejo de una forma que me parece muy cómica —. Es mi dragón —me apresuro a aclarar. Corvin se limita a sonreír.

—Vamos, hay que darse prisa.

Salimos de la estancia con cautela, pero con la suficiente determinación. Me parece un auténtico sueño encontrarme al fin fuera de la celda. Respirando un aire menos húmedo y mohoso que el de las cuatro paredes que me han acompañado estos días. Las escaleras de la torre son sumamente estrechas, por lo que si alguien decide subir en este momento, no tendremos hacia dónde huir, dónde escondernos. No tendremos escapatoria. Intentamos darnos prisa, en el exterior se escucha un gran alboroto. Intuyo que están demasiado ocupados en este momento como para reparar en mí. Cuando salimos de la torre, corremos a escondernos en unos matorrales cercanos. Lo que mis ojos ven entonces podría describirse como el auténtico caos. Algo nunca antes visto en Armaria. Pero sí por mí, sí en mi visión.

Armoria, con sus altos muros de piedra y sus torres que acarician el cielo, ahora se veía envuelta en el más absoluto caos. Contemplar así mi reino, mi nación, me desgarró el alma. El polvo y el humo inunda el aire dificultándonos la visión. La respiración. El choque de las espadas se entremezcla con los gritos de los soldados, en una vorágine de ruido ensordecedor. Un reino al borde del abismo y yo, la causante de todo.

Un tumulto de gente lucha a capa y espada, unos contra otros, soldados del rey, contra civiles y viceversa. Todos contra todos, en una argamasa de polvo, sangre y sudor. Mis ojos se llenan de lágrimas al ver en lo que se ha convertido mi pueblo, por mí. Sin quererlo había hecho daño a tantas personas... Debía huir cuanto antes. Dejarlo todo atrás y no volver.

Nos agachamos y casi arrastrándonos por el suelo, conseguimos llegar a la plaza central, la cuál está atestada de hombres y mujeres luchando entre ellos a muerte.

—Quédate tras de mí y te protegeré, no vas armada —dice Corvin mientras aún seguimos ocultos en uno de los callejones que dan a la plaza central. Cuando se dispone a dar un paso —. A la de tres: uno..., dos... —Una flecha en llamas se clava en el suelo justo al lado de mi pie. El terror se apodera de mí —¡Joder! —maldice, al tiempo que reculamos hasta nuestro escondite —. Es demasiado peligroso.

—Corvin. —Se gira para mirarme al oír su nombre en mis labios —. Los establos están justo enfrente. Tendríamos que cruzar toda la plaza para llegar hasta allí, es demasiado arriesgado. —Me mira, entendiendo de inmediato mi sugerencia.

—¿Quieres que entremos por el palacio? —Nos miramos a los ojos con la respiración entrecortada por la adrenalina y la tremenda tensión palpable entre los dos —¡Es una locura Elara! ¡Nos van a descubrir!

—Corvin... —Poso mi mano derecha sobre su brazo y el contacto me hace vibrar, incluso a través del metal de la armadura —. Es nuestra única opción. —Asiente sin remedio —. Tenemos que acceder al establo por dentro, desde el palacio, conozco cada uno de los pasadizos de este lugar.

—Mantente detrás mío y no te levantes bajo ningún concepto —cede.

Yo no titubeo, sin apartar la vista del azul de sus ojos. Todo es tan intenso, tan surrealista, que no puedo ni pestañear, casi ni respirar.

De nuevo agachados, nos dirigimos con cuidado pero sin detenernos, hacia las escaleras del palacio, las cuales quedan a mano derecha. La actitud protectora y defensiva de Corvin, deja ver que ha aprendido a la perfección las técnicas de defensa. A

trompicones subimos las escaleras, esquivando a un lado y a otro a aquellos que luchan entre ellos. Quiénes, ensimismados en su cometido, no parecen haber reparado en nosotros. No nos prestan ni la más mínima atención. Somos invisibles. La puerta está cerrada a cal y canto. Nos miramos y comprendemos al instante que si abrimos ese gran portón, los rebeldes tomarán el palacio.

En ese momento una bala de cañón choca contra la puerta de madera haciéndola estallar en mil pedazos. El estruendo del impacto nos hace retroceder escaleras abajo. Nos damos de bruces contra el suelo.

Las brasas permiten que el agujero en el gran portón se haga cada vez más grande. Los ciudadanos comienzan a entrar en el palacio, seguidos por los soldados, que intentan darles alcance con desesperación. Corvin me agarra la mano con fuerza, nos entremezclamos con la multitud para acceder al edificio.

Avanzamos sorteando gente a nuestro paso, corriendo y escondiéndonos entre las columnas, como podemos. Evitando lo máximo posible ser vistos. Debemos llegar a las caballerizas cuanto antes y salir de aquí. Observo que el cúmulo de gente se dirige al salón del trono y no puedo evitarlo. Algo me retiene. Me paro en seco.

—Elara, tenemos que escapar ¡Vamos! —Estoy paralizada, ni siquiera puedo mirarlo. Sé que me está extendiendo la mano, a la espera de que se la agarre de nuevo para huir.

—¡No Corvin! No es justo... —Las lágrimas se acumulan en mis ojos y las palabras casi no salen de mi cuerpo —. Toda mi vida, he sido educada para proteger este reino. No puedo irme sin más y dejar que Armaria se destruya a sí misma hasta convertirse en cenizas. — Las palabras salen de mi boca entre sollozos desesperados —. No puedo ser tan cobarde.

— Elara... —Es evidente que no sabe qué decir, lo noto en su mirada. En su duda.

Siento la tesitura entre la que se encuentra, protegerme o ceder. En el fondo sé que la mejor forma de salvarme es huir, toda esta gente me está buscando a mí, probablemente hayan puesto precio a mi cabeza. No quieren otra cosa que destruirme.

—¿Qué será de mi padre si me voy?

—Pues... —Corvin se queda en silencio unos instantes —. Nada, lo destronarán. —Noto el intento que hace porque su voz suene tranquilizadora.

—Eso no lo sabes —digo, nerviosa —¿Y si lo matan?

—¿Aún sigues preocupándote por ese hombre? —Noto la rabia contenida en su voz.

—Sigue siendo mi padre. —La angustia apenas me dejan respirar.

Y no hay nada más que decir. Me seco las lágrimas con una parte de mi capa. Seguida de cerca de Corvin, nos encaminamos hacia el salón del trono. Subimos las espléndidas y majestuosas escaleras que conducen a él y con cautela, nos ocultamos tras la muchedumbre enojada. En el centro de la sala, el rey. Mi padre. Lo tienen rodeado.

—¡Exijo la retirada! —La voz del Rey Thoriam retumba en cada una de las paredes del castillo.

El barullo hace casi inaudible la respuesta de los asaltantes. Entonces un hombre da un paso al frente, parece el portavoz de los rebeldes.

—Su majestad, el pueblo solicita una explicación.

—Papá... —Un susurro. Corvin fija la vista en su padre, tremendamente confuso.

—Capitan Khan, será mejor que esto sea debatido ante el Consejo Real, en privado. —La voz del rey suena contundente y sin resquicio alguno de duda.

—Su majestad, se está iniciando una guerra civil. —El rostro del capitán es pura preocupación —. No podremos retener al pueblo mucho más tiempo, quieren a la princesa.

El murmullo continúa subiendo de intensidad. Los presentes hablan y discuten entre ellos, exigiendo, pidiendo explicaciones al Rey.

—¡Ella no es nuestra princesa!

—¡Cuéntenos la verdad Rey Thoriam! ¿Quién es Elara?

—Entrégenos a la chica y todos saldremos ganando —grita otro hombre.

—¡Sí! ¡Sí! —Cada acusación se clava en lo más profundo de mí, como una daga.

—Esa chica es un demonio y no merece estar en nuestro reino.

—¡Es una abominación mestiza!

—¡SILENCIO! —La voz inquebrantable del Rey paraliza a toda la sala, sin excepción. El estómago se me encoge —. No permitiré que se siga cuestionando mi honor ni el de mi familia. Elara es la legítima heredera al trono del Armaria y así será —dice con aplomo.

Me sorprende su reacción y por un momento dudo. Entiendo su postura “¿Y si todo este tiempo, con cada una de sus acciones, sólo

ha intentado protegerme?”

—¡Padre! —Desde el fondo de la sala, mi voz llama la atención de cada uno de los asistentes, que me observan expectantes.

—¿Elara, qué diantres haces? —pregunta Corvin en voz baja. Le dirijo una mirada lastimera y me suelta la muñeca, que llevaba todo este tiempo agarrándome. Cuando nuestros ojos se cruzan una última vez, lo siento como una despedida.

Mis pies comienzan a moverse y toda la gente se hace a un lado para dejarme pasar. Me temen. Para ellos, no soy más que un ser desconocido, un monstruo con poderes indescifrables, eso, en parte, me da cierta ventaja. Continúo mi camino con paso decidido hacia el centro de la sala y miro a mi padre a los ojos. Este frunce el ceño, torciendo el gesto. Puedo notar la decepción en su rostro.

—Mira lo que has provocado —alcanza a decir —. Tu desobediencia y rebeldía nos ponen en peligro ¿Qué haces aquí? —me precipito a contestar, esperando que mi voz suene decidida.

—He venido a solucionarlo.

Entonces me giro para mirar al pueblo. Le doy la espalda a mi padre y me dirijo a Armaria, por primera vez. Todo esto es por mí y conmigo debe terminar. Lo mejor es ser sincera, así se lo debo a mi

reino, ellos lo entenderán y lo dejarán estar. No tengo otra opción, tengo que intentarlo.

—Queridos habitantes de Armaria... —Espero que mi voz suene lo suficientemente contundente, una seguridad inexplicable se apodera de mis palabras —. Sé que ahora mismo están confusos, pero no deben temer. Tengo constancia de que mi don no es lo que esperaban de mí, pero, prometo ser fiel a mi reino y proteger a cada uno de sus ciudadanos como es mi deber... —Una punzada de dolor me atraviesa el estómago, seguido de un escalofrío que me recorre todo el cuerpo —. Mi don... Mi don... — Las palabras se quedan atascadas en mi garganta.

El dolor es tan agudo y frío que apenas puedo procesarlo. La sangre caliente brota de mi estómago como un río, empapando mi vestido. Su olor metálico inunda el aire. Mi cuerpo se vuelve rígido y la garganta me sabe amarga. Miro hacia abajo, hacia la punta brillante de la espada. Tal y como la había visto en mi visión, la escena se recrea como una pesadilla. Una espada manchada con mi sangre. Atravesando mi cuerpo entero, Partiéndome en dos. En pedazos que jamás se volverán a recomponer.

Soy incapaz de procesar al completo lo que está ocurriendo, de dónde viene este ataque. A trompicones, mientras mi cuerpo se tambalea, consigo girarme. La espada sale de mí, tras haberme

atravesado con una brusquedad letal. Alcanzo a ver a mi padre, con la espada ensangrentada aún sostenida en su mano. Una lágrima recorre su mejilla pronuncia aquellas palabras, aquellas que había visto en mi primera visión, la del día de mi cumpleaños.

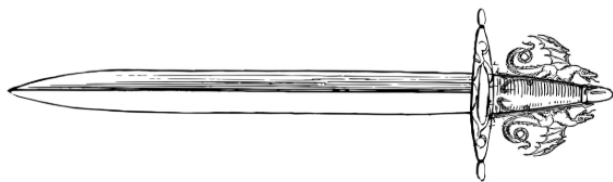
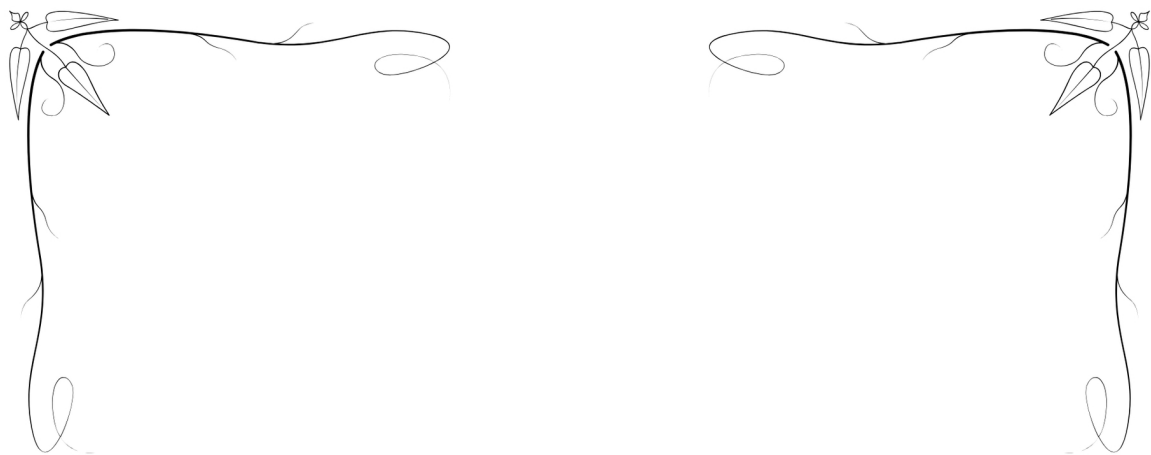
—Lo siento, es la única forma de proteger Armaria.

Un grito ahogado queda atrapado en mi garganta. El calor de mi carne herida me nubla por completo los sentidos. El dolor físico, pasa a mi alma, cuando mi cerebro procesa que mi padre acaba de dar fin a mi vida. Caigo al suelo de rodillas agarrándome el torso ensangrentado y me tumbo boca arriba sobre el frío suelo mientras las lágrimas salen disparadas hacia mis mejillas. Paralizada por el dolor y casi sin aliento dirijo la mirada hacia la multitud y escucho una última vez la voz de Corvin gritando mi nombre con desesperación. Solo es un susurro lejano, lento. Mi corazón poco a poco deja de bombear sangre, mis pulmones dejan lentamente de respirar, mi mente deja de pensar. Ya no hay hueco para el dolor, solo paz. Antes de que todo se vuelva oscuridad, veo cómo los guardias se llevan a Corvin arrastras de la sala, propinándole una serie de puñetazos en las costillas.

Es entonces cuando un destello brillante de plata, me atraviesa. Una última visión se muestra ante mí. Un castillo, rodeado de tinieblas y espinas de rosal, enredadas por las paredes. Un salón del trono,

levantado sobre la noche, en la más absoluta oscuridad. Un trono vacío de color negro y a sus pies una niebla espesa envolviendo la madera. La misma niebla que había visto sobre la espada el día de mi cumpleaños. El Reino de Niebla.

Segundos después dejo de oír, de pensar, de sentir y me sumo en la más absoluta oscuridad. Una oscuridad de la que ya no escaparé jamás.



Capítulo 5

Elara

La muerte es extraña y desconcertante. La mente es algo curioso y en cierta manera genuino. Es insólito que siga trabajando cuando en tu cuerpo ya no queda nada más. Fue raro darme cuenta de que mi conciencia seguía ahí o quizá se trataba de mi subconsciente. Los sueños se alternaban con la oscuridad, como espejismos, yendo y viniendo por mi mente sin descanso. Sentía infinidad de emociones, cada una de las emociones que me procuraban esas imágenes. Ira y

tristeza, todo a partes iguales. Y lloraba, lloraba por dentro en una agonía que no cesaba.

Había soñado con mi madre, con su rostro, tallado de porcelana, con su mandíbula angulosa y perfilada. Su piel era blanca, enmarcada por su cabello rojo como el fuego, ondulado como una ráfaga de viento. Su nariz aguileña, le daba ese aspecto de mujer de antaño. Sus ojos, oscuros como la noche, sus labios, rojos como las rosas que rodeaban su palacio. Pude advertir algunos rasgos parecidos entre nosotras, algunas facetas en las que me vi reflejada. Una corona de espinas se entrelazaba con su pelo, en una danza oscura.

Sus labios se entreabrieron para dejar escapar un nombre. "Eyndra... Reina de la noche..." La voz sonaba como un susurro hipnotizador, oscuro, pero tranquilizador a la vez. "El legado de Niebla te pertenece, Elara... Debes cumplir con tu deber..."

Un punzante dolor de cabeza me devuelve de mi estado de ensoñación, de forma repentina. Un dolor agudo, que se instala entre mis cejas. Me quem. Me abrasa desde dentro. Entonces me doy cuenta, de que no siento ningún tipo de dolor donde está la herida. Donde mi padre, a traición, me atravesó con la espada. Me reincorporo sobresaltada. "No estoy muerta". Mi conciencia aturdida, no es capaz de reconocer el lugar en el que me hallo.

Todo está oscuro, como en una noche cerrada o quizá es que en este lugar no hay ni una sola ventana. Alargo los brazos para comprobar a qué distancia está la pared. "No es posible. Otra vez estoy encerrada". Comienzo a hiperventilar. Solo tengo que estirarme un poco para que mis dedos rocen el muro, una fría y húmeda pared de piedra me envuelve.

El suelo se va iluminando entonces, marcándome el paso con unas huellas de color azul electrizante, centelleante. Como si lo moviese algo muy antiguo, una magia desconocida. Estas huellas que parecen humanas, van marcando el largo pasillo. Las sigo con la mirada, pero no consigo ver el final de ese extraño camino. No me queda más remedio que seguirlo "¿Qué tengo que perder? Si ya estoy muerta"

Mis pies comienzan a caminar en automático y un siniestro sonido me llena los oídos produciéndome escalofríos. Voces. Voces inhumanas, lejanas. A medida que voy acercándome van siendo más nítidas. Me llaman, canturrean mi nombre como en una siniestra canción de cuna. "*Elara... Elara... Ven aquí, pequeña*". No me detengo, pocas cosas pueden darme miedo a estas alturas. Aún menos cuando mi padre mismo ha sido mi asesino.

Las voces cesan cuando entro en la amplia estancia, mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad y puedo apreciar que se trata de una

sala circular, con un gran ventanal justo enfrente de mí. No me equivocaba, debe ser noche cerrada o quizá sea de día. No puedo distinguirlo con claridad, ya que una espesa niebla lo cubre todo. En aquel lugar parece que nunca se ve la luz del sol. Me estremezco cuando mi mente termina de atar cabos. "El Reino de Niebla" y si aún me queda corazón, juro que se me para en este mismo instante.

Sigo caminando en dirección a la ventana, pero repentinamente, choco con algo. Algo que no había alcanzado a ver antes, es como si hubiese aparecido de repente. Parece una especie de pozo, una luz azul comienza a emanar del fondo del mismo, girando en espiral, como un torbellino. Doy pasos atrás, temiendo que la densidad de esa bruma me arrastre.

De pronto, de ambos lados de la habitación emergen tres siniestras figuras encapuchadas. El pánico se apodera de mí, ya no me siento tan valiente. Me gustaría salir corriendo por el pasillo por el que había venido, pero me quedo paralizada. Mi cuerpo es incapaz de moverse. "Debo de estar soñando. Eso es, sigo soñando... Un sueño muy real".

Unas cadenas, que surgen de las tres figuras me han atado. Desconozco en qué momento lo han hecho. Siento la mente demasiado confundida y por mucho que forcejeo me es imposible zafarme de ellas.

— *No se puede escapar de la muerte, querida...* —Una voz infernal, salida del mismísimo inframundo, se apodera de la sala. Es completamente inhumana.

Las figuras se acercan al pozo en el centro de la sala, parecen levitar, como si no tuvieran pies. Las cadenas me aprietan más y más, atrayéndome a ese círculo concéntrico aterrador. La luz azul que emana del pozo, me permite intuir los rostros envejecidos de las tres mujeres encapuchadas. Alzan las cabezas al unísono y me miran fijamente. Sus ojos completamente blancos, como si fueran “¿Ciegas?” Me estremezco cuando al fin caigo en la cuenta, son las Moiras.

Las Moiras, las guardianas de la muerte. Aunque solo conozco historias y lejanas leyendas sobre ellas, recuerdo en ese instante lo que decía el libro que encontré en la biblioteca de mi padre. Estas tres mujeres, pasan su vida velando por los muertos en el más allá, su deber es juzgar la vida de los humanos para sellar su destino. No sé bien a qué se refiere eso y qué me espera tras ser juzgada, pues “¿Qué puede haber más allá de la muerte si ya vivimos en el cielo?” Y si, también castigan a los pecadores, mi mente imagina todo tipo de torturas para la impostora que ha intentado apoderarse del trono de Armaria. O sea, yo. Se me eriza la piel al completo y temo por mi vida, si es que aún me queda posibilidad alguna de redención.

—*Querida... acércate.* —Las cadenas me aprietan más y más, atrayéndome sin remedio hacia el pozo.

—*Una princesita ¿Quién lo diría?* —dice otra de ellas, mientras las otras mueven la cabeza en señal de desaprobación.

—*¿Y aún te haces la sorprendida? Si nosotras lo sabemos todo.* —Se echa a reír con una carcajada siniestra. La moira encapuchada de enmedio manda a las otras a callar con un silbido.

—¿Lo sabéis todo? ¿Sabéis lo que va a pasar? —La curiosidad se apodera de mí y las preguntas se escapan de mis labios, aunque me arrepiento al instante. Puede que yo sea como ellas. Puede que sepan algo más sobre mi don.

—*Cállate, niña* —La más bajita suelta un gruñido —. *No te está permitido hablar a menos que te lo digamos.*

Intento tragar saliva, pero mi garganta está seca como el polvo. Al unísono, las mujeres me rodean y sus manos huesudas se arremolinan en mi pelo. Sus uñas afiladas me acarician la piel, produciéndome escalofríos. Estoy atrapada y aterrorizada. Tengo que hacer algo para librarme de ellas, pero aún estoy adivinando cómo.

Las seis manos a la vez me agarran desde todas las partes de mi cuerpo y con fuerza me vuelcan hacia el pozo, sumergiendo mi

cabeza en aquel líquido singular. La violencia me pilla por sorpresa y no puedo siquiera pensar en reaccionar, ni en defenderme. Las manos me agarran con fuerza, manteniendo mi cabeza sumergida en el pozo.

Descubro, que lo que parecía un líquido no estaba mojado y aunque parezca humo, tampoco es gaseoso. Simplemente es como si hubiera atravesado un portal. Se me taponan los oídos y mi vida pasa ante mis ojos, literalmente. Desde mi niñez hasta mis últimos momentos de vida. Los momentos tristes, los felices, las personas a las que he conocido. Todo pasa ante mis ojos a una velocidad por mil y no puedo contener los sollozos que acompañan a la imagen de mi padre atravesándome con su espada.

Entonces, entre la multitud de imágenes que se superponen frente a mí, puedo verme de bebé. Puedo ver como mi padre me saca de mi cuna, puedo ver cómo atraviesa los rosales espinosos de un castillo entre las tinieblas, como nos alejamos a lomos de un dragón de piel azabache, surcando los cielos.

Contengo la respiración cuando de un tirón de pelo, las moiras sacan mi cabeza del pozo, devolviéndome a la realidad.

— *Suficiente* —dicen las tres a la vez.

Me sueltan con brusquedad y caigo al suelo de rodillas, abatida. Vuelven a colocarse rodeando el pozo y se dan las manos. Un libro con las páginas negras y el lomo gastado aparece ante ellas, resurgiendo de las profundidades del pozo. No puedo apartar la mirada, mientras las páginas se baten descontroladas, hasta que la mujer que está en el centro levanta la mano, deteniéndolas al instante con su movimiento. Las tres comienzan a leer, pero tienen la vista clavada en la pared, acarician con los dedos angulosos y deformes la superficie de las páginas, mientras sus ojos, blancos como la leche, se mueven de izquierda a derecha de forma frenética.

Una fuerza extraña levanta mi cuerpo hasta colocarme de nuevo de pie ante ellas. Con una voz grave y profunda empiezan a hablar de nuevo, como si se tratasen de una sola persona.

—El destino está escrito ¡Oh Erebos, Dios de la Muerte! Vela por la muerte de Elara. — Sus voces acarician mis entrañas y solo puedo desear que terminen cuanto antes —. Sella el destino de esta joven, para siempre. —Tras terminar sus invocaciones, sus seis ojos se fijan en mí y siento que pueden traspasarme —. El destino está tejido como las hebras invisibles de un enorme tapiz ¿No lo ves niña?

Sueltan sus manos y la de en medio, la que parece ser la líder de todas ellas, sonrío hacia mí. Me muestra una boca sin dientes, me sobrecojo al instante.

—*Elara... Pobre niña con una vida truncada...* —Las otras asienten, mientras esta gesticula con las manos, sin dejar de clavarme su fría mirada —. *Una vida truncada, sí. A manos de su propio padre...* —Se me llenan los ojos de lágrimas solo por el hecho mismo de recordarlo —. *O quizá solo estaba protegiendo su reino de una amenaza mayor.* —Su gesto cambia entonces, frunce el ceño con las manos entrelazadas frente a su cara fantasmagórica —. *De todas formas, ese don era demasiado fuerte para ti, demasiado poderoso para que una mente tan simple e inexperta como la tuya pueda entenderlo...* —Quiero hacerles mil preguntas sobre él, pero no me atrevo.

Me concentro, intento tener una visión, algo que me ayude a saber cómo escapar de aquí. Pero dentro de mí no hay nada, solo vacío. Como si aquel poder se hubiese esfumado, como intentar encender una cerilla bajo el agua. Como si solo hubiese sido algo prestado y no algo mío en realidad. Entonces lo siento y entiendo que aquí el tiempo y el espacio, funcionan de forma distinta.

—*¿Estás intentando tener una visión ahora?* —Las tres arpías se echan a reír, mirándose las unas a las otras. La que parece ser la jefa de todas ellas vuelve a mirarme.

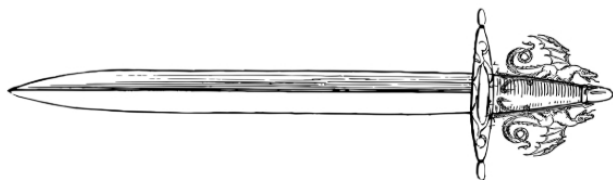
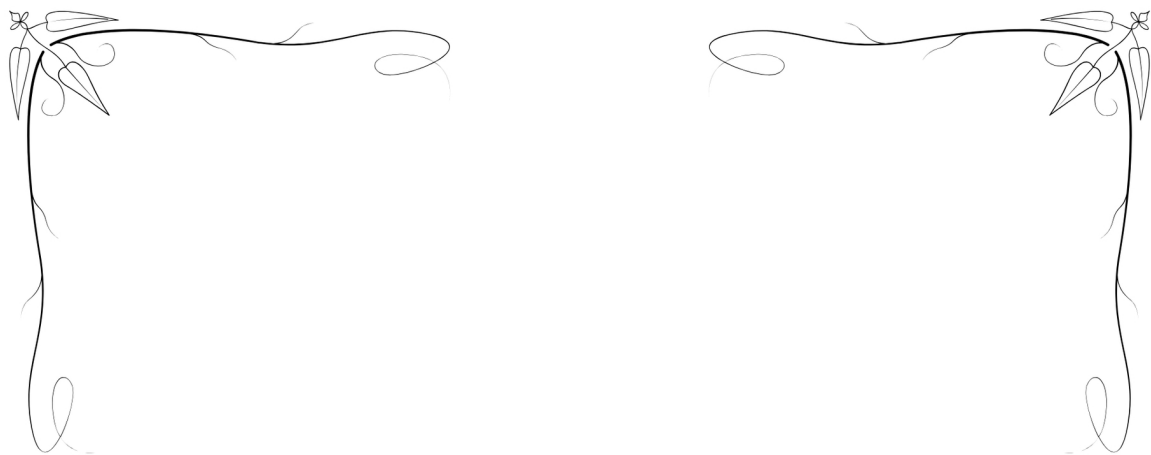
—*Cariño, esto no funciona así... Estás muerta, aquí no hay dones especiales, ni caballeros de brillante armadura que puedan salvarte.*

—Ríen de nuevo y yo me estremezco al pensar en Corvin, en lo que habrá sido de él. —. *Ahora eres una simple mortal, se acabaron los tratos de favorr.* —Su voz macabra, suena cada vez más gutural y espeluznante.

La incertidumbre crece cada vez más dentro de mí, sin ser capaz de imaginar qué me espera a continuación.

De las profundidades del pozo, comienza a emanar un remolino de color azul. Este sale disparado, haciéndose cada vez más grande, convirtiéndose en un tornado. La fuerza descomunal me arranca los pies del suelo. Intento agarrarme con uñas y dientes, pero es inútil. Las cadenas se rompen, el tornado me succiona.

—*El destino está escrito...* —Son las últimas palabras que alcanzo a oír, antes de que un intenso dolor me sacuda los huesos. El frío me hiela la sangre y de nuevo, todo se vuelve oscuridad.



Capítulo 6

Elara

No sé dónde estoy. Siento mi mente, aturdida girando sin cesar. Como en una vorágine. Como si aún continuara sumergida en aquel pozo, cayendo en espiral. Los párpados me pesan y tengo las fosas nasales llenas de polvo. Me duele todo el cuerpo, como nunca antes. Como si hasta ese momento no hubiera podido sentir mi cuerpo de verdad. Siento cada poro, cada centímetro de piel sobre el duro suelo en el que me encuentro tumbada. La superficie áspera y

agrietada me raspa. Los rayos de sol inciden con fuerza sobre mis mejillas. La piel me arde, caliente, abrasada. No tardo en darme cuenta de que el calor del sol se siente diferente aquí. Arde con una ferocidad insólita, demasiado agresivo, demasiado... Distinto.

Me armo de todas las fuerzas que me quedan para abrir los ojos, porque siento que si no lo hago, voy a morir de verdad. O quizá ya esté muerta y este sea mi castigo. Un infierno.

Las palabras de las Moiras resuenan en mi mente, contundentes, afiladas como la hoja de un cuchillo. Muevo la cabeza a ambos lados, pero no veo nada, solo vacío, un desierto seco y sin vida que parece no acabar nunca. No tener un final. Me recompongo poco a poco y me miro el cuerpo, me sorprende comprobar que mi ropa ha cambiado. Ahora visto unos extraños pantalones de algodón, marrones. Una camisa vieja y descolorida que en otro tiempo debió ser de color blanco. Llevo unas especie de botas como las que llevan en Armaria los montadores de dragones y un pañuelo al cuello. Instintivamente me lo coloco sobre la boca y la nariz, cubriéndola, comprobando que me ayuda a respirar mejor el hecho de que haya dejado de tragar polvo. Lo que supone un respiro para mis fosas nasales. Me pongo de pie, pero me duelen las piernas como nunca y se me doblan las rodillas por el esfuerzo.

De un único vistazo fugaz, compruebo que aquí no hay nada. Ni árboles, ni edificios, ni caminos que guíen mis pasos... Solo vacío,

solo desolación. La sed acude a mis labios al tiempo que me doy cuenta de la imposibilidad de encontrar agua en este páramo remoto. Y si aún estoy viva, no sé cómo diantres voy a sobrevivir aquí.

Arrastro los pies por la arena caliente, levantando polvo a mi paso. Camino sin un rumbo fijo, en busca de una salvación a mi desesperada situación. Cada paso es un esfuerzo sobrehumano, el peso de mi cuerpo es ahora una armadura de hierro forjado sobre mis hombros. El calor sofocante se pega a mi como una segunda piel, asfixiante. Arranco una tira de tela de mi camisa y la uso para recogerme el pelo en una trenza. Juro que ni en la armería del castillo, con todos los hornos prendidos a la vez hace tantísimo calor.

Sigo andando, sin saber ni porqué lo hago. No sé si realmente quiero llegar a algún lugar o solo estoy esperando la verdadera muerte. Entonces, las palabras de las moiras vuelven a mi cabeza. *"Ahora eres una simple mortal"* "¿Y es que antes no lo era? ¿Estoy atrapada quizá en alguna especie de reino sin poderes?" Mi mente aturdida aún cabila en busca de respuestas, lo que triplica mi agotamiento.

Recuerdo haber oído una historia. La historia de nuestro mundo. Un mundo renacido de las cenizas, forjado en el cielo. Una segunda oportunidad otorgada por los dioses a aquellas personas

merecedoras de su favor. Pero, preguntas que nunca antes me había formulado, ahora acuden a mi mente “¿Qué pasó con la Tierra? ¿Con aquellas personas que no eran dignas de pertenecer a nuestro reino? ¿Los dioses los abandonaron a su suerte?”

Realmente, me cuesta pensar en los dioses de esa forma. Como personas crueles y selectivas, que dejarían morir a toda una civilización. Millones de personas, desgastadas, hasta la extinción absoluta. Aunque me cueste, debo reconocer que en estos momentos, mi fé no se encuentra en su mejor momento. Después de todo lo que he vivido en las últimas horas, me cuesta pensar en los dioses como guardianes puros y honrados de mi destino. Mil preguntas nacen en mi mente. Sobre nuestra existencia, nuestro sistema... Nunca antes me las había hecho, no como ahora.

Estoy agotada, física y mentalmente, cuando mis rodillas deciden que no pueden más. Me flaquean y caigo rendida sobre el polvoriento suelo. Llevo horas vagando sin rumbo, lo sé porque el sol ha bajado y ya no es tan fuerte como antes. Debe de pasar ya del mediodía.

Entonces, capto un reflejo resplandeciente en el suelo, brillante como un diamante. Me ciega la visión. El reflejo del sol y sí, se está reflejando en una balsa de agua. Me arrastro como puedo hasta llegar a aquel charco. Con las manos, me acerco el agua a la cara y

la lavo, arrastrando el sudor y la suciedad adheridas a mi piel como escarcha seca. Bebo, nunca en mi vida había tenido tanta sed. Este agua sabe horrible, pero no me importa. Nunca antes había tenido que preocuparme del hambre o la sed. Sin embargo, desde que desperté en este extraño lugar, no he podido pensar en otra cosa. En nada más que en sobrevivir.

Sé que no estoy en el cielo y aunque esto se parece a Oásis, sé que no estoy allí. Ni en ningún otro reino desconocido. Aquí las nubes tienen un fin, la luz allí arriba tiene otro color, las formas son distintas. Si llevara horas caminando en una nube, ya me habría caído al vacío “¿No?”. Me doy cuenta de que estoy delirando, aunque nuestros reinos se levanten sobre las nubes, las dimensiones son inconmensurables.

Creo que me he desmayado. No sé cuanto tiempo he pasado aquí tumbada cuando consigo abrir los ojos de nuevo. De pronto, algo rompe con la monotonía en el horizonte. Entrecierro los ojos para visualizar un montículo de piedra. Mi corazón se acelera con ese simple cambio en el paisaje y los últimos rayos del atardecer atraviesan mis párpados con un hilo de esperanza. Esa especie de monte de piedra, ahora seco, con algunos árboles salteados pintando su cima. El significado de que en este remoto lugar, sigue habiendo algo de vida.

Salgo corriendo, levantando una gran cantidad de arena y piedras pequeñas a mi paso. Nada me importa ya, está cayendo la noche y esa cueva podría ser un buen refugio. Podría suponer la diferencia entre vivir o morir. "Podría salvarme la poca vida que aún me queda".

Al fin frente al montículo, la oscura grieta me invita a entrar, con una promesa de refugio. Ahogo una honda respiración y no lo dudo ni un segundo, me abalanzo sobre la entrada. La afilada roca raspa mi mejilla cuando me introduzco en la estrecha cavidad de la pared, dejando una fina línea de sangre a su paso. El olor metálico se mezcla con el de la suciedad y el sudor, pero nada de eso me importa. Ni el cansancio, ni el dolor, ni mis quejidos pueden frenar el afán de supervivencia que ha crecido dentro de mí.

Por fin, termino de atravesar el estrecho pasillo en unos segundos que se me hacen eternos. Todo está oscuro, pero veo que la cavidad no es profunda, ni tiene pasadizos, no existe otra salida más que aquella grieta. Estoy a oscuras, pero mi alma se ha acostumbrado tanto a su negrura que ya no le teme. Me produce tranquilidad, seguridad. "Al menos ya no estoy a la intemperie", pienso. Agotada, me echo un rato sobre una de las paredes del fondo de la cueva y dejo que me venza el sueño, abandonada al cansancio.

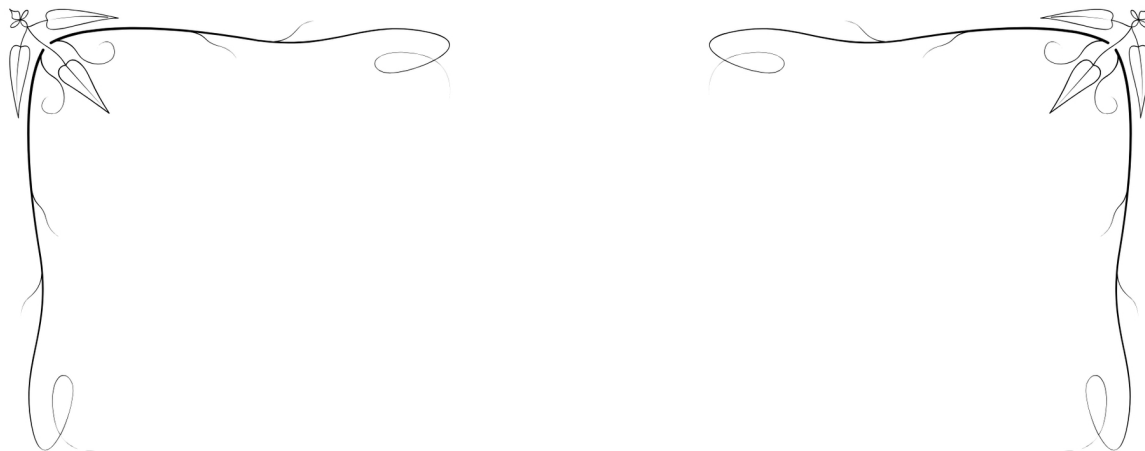
No sé cuánto tiempo llevo durmiendo, lo único que sé es que no me siento más descansada. Un dolor de cabeza agudo me taladra la sien. Oigo voces, a través de las paredes de la cueva y sé por seguro que me estoy volviendo loca. "Aquí no hay nadie más, Elara". Me repito.

A las voces las siguen una serie de pasos y ruidos desconocidos que llegan hasta mis oídos. Empiezo a temblar, no sé a quién me voy a encontrar, que clase de malhechores o bestias inhumanas ocupan estas tierras. Una luz centelleante anega mis pupilas, una luz cálida que sin duda procede de un fuego. A través de la pequeña rendija que da entrada a la cueva, el color cálido anaranjado se filtra con avidez. Acto seguido, los dueños de aquellas voces se van arrastrando hasta el interior.

Me arden los ojos cuando la luz alumbró la estancia, me había acostumbrado a la oscuridad. En esa penumbra iluminada por el fuego, aparece un chico joven, apenas mayor que yo. Su cabello castaño alborotado le cae sobre los ojos, algunos mechones de color ambar vibran con las líneas serpenteantes creadas por el fuego. Sus ojos de un color verde profundo, parecen perforar mi alma de forma enigmática. En el momento en que nuestras miradas se cruzan, sus pupilas cargadas de intensa curiosidad, se tornan de un color más oscuro. Una sonrisa de medio lado se dibuja en su rostro. Me

estremezco y un calor irrefrenable crece en la parte baja de mi vientre, una sensación inusual, nueva.

Continúa observándome, frunce el ceño en repetidas ocasiones y sus ojos parecen esconder algo que yo desconozco. Perdida en el rostro de aquel muchacho desconocido, lo sé con una claridad aterradora. Ahora sí estoy completamente perdida.



Capítulo 7

Axel

Juro por mi vida que no doy crédito a lo que están viendo mis ojos. Me contengo para no frotarlos antes de parpadear una vez más, preso absoluto de la incredulidad. *Pelirroja*. Una joven pelirroja de cabello centelleante como el fuego, oculta entre las tinieblas oscuras de esta recóndita cueva. Sus ojos verdes aguamarina, cristalinos como el mar más azul que haya visto jamás, me observan con la

clemencia propia de un corderito degollado. Su fragilidad como el cristal, contrasta con la ferocidad oculta de su mirada. Un corderito acorralado por lobos. Me observa hecha un ovillo y le falta ponerse a temblar.

Tengo que tragar saliva porque realmente me quedo sin aliento. No es solo el hecho de que lleve mucho tiempo sin tener contacto con una mujer, es que ciertamente, en mis veintidós años de vida, no me he cruzado con una belleza igual. Una belleza totalmente impropia de este mundo desolado. La cabeza me da vueltas, aturullada por los pensamientos, mientras continuó mirándola sin dar crédito. Incrédulo de estar viviendo este momento que pensé que jamás llegaría. Una promesa, una pizca de esperanza. Tomando forma, cuerpo y alma de mujer.

Llevo meses sin pensar en acostarme con nadie, meses sin que el aroma de una mujer despierte en mí el más mínimo interés. Pero ella, esta mujer desconocida. Misteriosa. Intimidante. Podría despertar en mí la más oscura de las pasiones, sin ejercer el más mínimo esfuerzo.

Me acerco a ella poco a poco, se que está asustada y no quiero ser un motivo más para ello. Cuando todos entran en la cueva, se quedan petrificados, casi tanto como yo. Les hago un gesto a los

chicos para que guarden silencio y esperen tras de mí, mientras yo sigo caminando hacia la belleza pelirroja que me aguarda.

Me mira, con esos penetrantes ojos y esas largas pestañas que los enmarcan. Me agacho para ponerme a la altura de su cara. La luz de la antorcha que hemos improvisado hace un rato, me permite ver la cantidad de pequitas que le llenan la nariz y las mejillas, como una noche estrellada. Como esas que hace tanto tiempo atrás, me gustaba disfrutar.

Me está mirando y tiene la vista clavada en la cicatriz de mi ceja derecha, que se dibuja hasta el inicio de mi párpado superior. Veo como traga saliva y algo ardiente se me instala en el pecho. “Joder, es preciosa”, aún más de cerca.

—¿Te conozco? —Me mira. Desconcertada por mi pregunta, pero responde al momento.

— Lo dudo mucho... —Está intentando mostrarse segura, pero se le quiebra la voz en las últimas letras de esa frase.

—Tienes razón —admito rápido —. Si conociera a alguien como tú lo recordaría. —Mi voz es suave como una pluma. No puedo dejar pasar la ocasión para flirtear un poco, es casi instintivo.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —Se muestra incluso ofendida, lo que me parece bastante divertido y despierta aún más mi curiosidad.

Agacho la cabeza, dejando escapar una risotada. Su apremio me deja fuera de juego y francamente sorprendido. La piel de cordero se va desvaneciendo con cada palabra que suelta, mientras va dejando traslucir su verdadera personalidad.

—Nena, yo no necesito ligar con nadie. —Me atrevo a rozarle la mejilla con el pulgar y ella no se aparta, en vez de eso, me mira con sus grandes ojos, como si intentara leer algo en mi mente.

—Se acabó la cháchara —Hogee nos interrumpe a mi espalda. Se acerca a nosotros —¿De dónde has salido princesita? —inquiere, acercando un cuchillo a su garganta.

Ella, asustada, contiene el aliento. Su impertinente atrevimiento enciende una llamarada dentro de mí. De un plumazo lo aparto de ella a pesar de su corpulencia. Hogee cae de un culazo al suelo. Todos los demás se ríen, hasta que ven la cara de enfado latente de mi amigo.

—Relájate, joder... Estoy hablando con la dama. —Obedece mis órdenes al instante y vuelve atrás con los demás —. Bueno... —Vuelvo a mirarla —. Disculpa los modales de mi amigo. Soy Axel y tú eres... —Le tiendo la mano y ella se queda petrificada mirándola. Lo observa todo, los anillos de bronce desgastados, las uñas ennegrecidas, la cicatriz entre el pulgar y el anular —¿Cómo te llamas? —insisto de nuevo.

—Elara. —Se le entrecorta la voz y me preocupa por haberla alterado demasiado.

Parece haberlo pasado muy mal y es entonces cuando este juego deja de ser divertido hasta para mí. Venga de dónde venga, tengo claro que llegar hasta aquí no ha debido de ser fácil.

—Perdóname, Elara. Solo quiero saber porqué estás aquí.—Hago el intento de que mi voz suene más dulce. Carraspeo.

—Solo estoy resguardándome —dice de pronto—. De la noche.

—¡Ya, claro! ¡Cómo todos! —exclama una voz a mi espalda. No me preocupo si quiera por quien es su dueño.

— Shhh... —vuelvo a mandarlos a callar, esta vez mucho más enfadado —¿Y te importaría que compartiéramos esta cueva? Nosotros también queremos resguardarnos. Te prometo que seremos muy caballerosos. —Los chicos comienzan a reír y yo tampoco puedo contener la risa.

“Caballerosidad”, no es precisamente la fama que nos precede. Ella asiente, pero no dice nada más.

Me levanto y hago un gesto a los chicos para que entren hasta el fondo de la cueva. La estancia es pequeña y pronto se llena con nuestra presencia. Con una mezcla apestosa de hormonas

masculinas, sudor y mugre. Me alejo con los demás para colocar nuestras cosas en un rincón. Mientras Hogee y los gemelos Tim y Jake preparan una hoguera, saco mi navaja de la pernera del pantalón. Me siento en una esquina y comienzo a afilarla con una piedra pulida. El sonido castaño en el ambiente, haciendo saltar chispas con cada golpe de la piedra contra el metal.

Elara no se ha movido, sigue postrada en el mismo rincón, inmóvil. La miro de vez en cuando, de reajo. Miradas que ella no me devuelve. La tristeza niebla su mirada y a mí la curiosidad me devora por dentro. Las preguntas me aprietan la garganta “¿Quién es?¿De dónde viene?¿A dónde va?¿Cuál es su historia?¿Está de verdad sola?” Y la más importante de todas “¿Qué tiene ella que ver conmigo?” Porque lo que siento en el pecho. Un extraño sentimiento me hace pensar que encontrarnos aquí, nada tiene que ver con la casualidad.

Me levanto, sin poder evitarlo y me acerco de nuevo. Necesito hablar con ella, despejar mis dudas, ayudarla. Nunca en mi vida había sentido tanta compasión por nadie.

—Elara... —hablo en voz baja, acercándome delicadamente a su oído. No sé si se ha dormido, pues permanece recostada sobre la piedra, con los ojos cerrados —¿Tienes hambre? —Me mira de reajo. Se ha girado, de espaldas a mí, en su improvisada cama en el suelo

—. Tenemos algunas provisiones, no me importa compartir. —Hogee carraspea a mi espalda, pero lo ignoro.

Elara se gira y me mira de nuevo con esos ojos brillantes que gritan auxilio “¡Maldita sea! Solo quiero que esté bien, no deseo otra cosa”. El pecho me va a estallar de ardor, una sensación desconocida y desesperada me aprisiona las entrañas.

Al fin asiente y yo vuelvo donde los chicos, cojo una cantimplora con agua a la que aún le queda un poco y una manzana roja. Esta es de las buenas, apenas tiene picotazos, pero no me importa dársela. Se ha incorporado y me mira mientras me dirijo a ella. Le tiendo la manzana con la mano derecha y vuelve a mirarme la cicatriz de la mano. Agarra la manzana con fuerza, llevándosela a la boca sin pensar. Sin decir ni una palabra. Me siento a su lado y ella me mira desconfiada, pero sigue comiendo.

—Aquí queda un poco de agua también, por si quieres... —Me mira y deja de masticar un momento.

—¿Por qué me ayudas si se puede saber?

"No lo sé".

—¿Por qué debería no hacerlo? —respondo al momento, entrando en su juego de preguntas y respuestas.

—Podría ser una persona peligrosa —lo dice con muy poca convicción y yo contengo la risa.

—Yo también podría ser una persona peligrosa ¿Por qué te fías de mí? —Sé la respuesta que se contiene en sus labios, porque no tiene a nadie más —. Podría haberte dado una manzana envenenada. — Ella la mira y deja de masticar, luego se encoje de hombros.

—Llevaba mucho sin comer, gracias. —Es la primera vez que me agradece algo y yo quiero gritarle que haría cualquier cosa por ella ahora mismo. Me contengo “¿Pero qué me está pasando?”. No me reconozco ni en mis pensamientos ni en mis acciones.

—También tiene pinta de que llevas mucho sin beber. —Le tiendo la cantimplora y la agarra al momento.

Nuestras manos se rozan un instante fugaz y su tacto me produce una electricidad inusual. Me retira la mirada y bebe en silencio. Me estoy ganando su confianza y sé que es el momento de hablar con ella y despejar mis dudas.

—¿Por qué estás aquí?

—Ya te lo he dicho, estoy resguardándome de la noche. —No me convence su argumento y ella lo sabe. Lo nota. No me gusta que esté dando tantos rodeos, necesito la verdad.

—¿Hacia dónde vas? —Vuelve la cara y me mira.

—No lo sé —responde con un hilo de voz.

Apenas puede ocultar la fatiga y el cansancio en su rostro debilitado por el esfuerzo y la sed. Sé lo que es, sé lo que se siente y sé que no lo puede ocultar. Sus ojos esconden algo más, una resistencia ardua que me intriga.

—Eh —Hogee nos interrumpe en ese instante —. Se acabó el coqueteo ¿Quién es esta tía y por qué se supone que tenemos que fiarnos de ella?

—No tenéis que fiaros. —Su respuesta me pilla por sorpresa. Su rostro emana seguridad y un pasado que la ha hecho más fuerte de lo que parece a simple vista.

Una vena en el cuello de Hogee se tensa. Se dirige hacia nosotros y me pongo de pie de inmediato para frenarlo. Sé de lo que es capaz cuando está enfadado.

—Hogee, ya basta —intento tranquilizarlo sin éxito. Casi puedo ver como le sale humo de las orejas.

Controlar su temperamento feroz no siempre resulta fácil. Le mantengo la mirada, mientras sus ojos centellean por la rabia. Este

es mi grupo, mi clan y no permitiré que su impulsividad ponga en peligro a nadie.

—Tus intereses amorosos déjalos fuera de aquí ¿Entiendes? No se juega con fuego cerca del grupo. —Veo como se le están relajando los hombros y yo también me relajo. Elara sigue observándonos en silencio. —. Si quieres follarte a esta putita iros fuera.

—Nadie va a follar con nadie hoy ¿de acuerdo? —recalco el “hoy” a propósito y miro a Elara, que me devuelve la mirada con los ojos abiertos como platos. Contengo la risa que se origina en mi garganta —. Solo vamos a echarle una mano, además ella estaba aquí antes ¡Los intrusos somos nosotros! ¿Es que se te olvidan todas las veces que hemos necesitado ayuda y no hemos tenido a nadie? —Hogee asiente entonces cabizbajo. Sé que detrás de ese tipo de dos metros, se esconde un corazoncito enorme y que la impulsividad y el afán de protección del grupo muchas veces le ciega.

—Como hagas un solo ruido, te cortaré el cuello ¿entendido? —La mira desafiante a los ojos, señalándola con el cuchillo. Ella se estremece.

—No va a molestar, Hogee, la señorita solo quiere descansar, igual que nosotros ¡Así que a la cama! ¡No quiero escuchar ni una mosca!

Los chicos se disponen a lo largo y ancho de la caverna y sin más, se van a dormir. Yo miro a Elara una vez más y me veo en la necesidad de tranquilizarla, para que pueda descansar como es debido. Me agacho para ponerme frente a ella, a la altura de sus ojos.

—Escúchame, Hogee es un buen tipo, solo que a veces se pone un poco nervioso. —No contesta—. No está acostumbrado a la presencia femenina... Aún menos a una presencia como la tuya. —Arquea una ceja incrédula.

—¿A qué te refieres, exactamente?

—Bueno, ya sabes. —Reconozco que me pone un poco alerta. Su pregunta me pilla fuera de juego.

Emana seguridad en sí misma por cada poro, lo que me desconcierta debido a su frágil imagen inicial. Intento disimular.

—No hay mujeres como tú por aquí. —Elara asiente, aunque parece no acabar de entender a qué me refiero—. Descansa, Elara. Nadie va a hacerte daño. —Sigue clavándome la mirada, un poco desconfiada—. Velaré por ti, te lo prometo. Nadie se te acercará. —Traga saliva y recorro su cuello con los ojos, al tiempo que los pensamientos obscenos se generan en mi mente atrevida.

Ella asiente. Lo que me deja más tranquilo. Así que me retiro a dormir, a unos escasos metros de ella. No quiero molestarla quedándome demasiado cerca, pero que sienta cercana mi presencia, por si me necesita.

No pego ojo en toda la noche, cualquier ruido, tos o movimiento, me hacen desvelarme. Elara sin embargo, parece dormir plácidamente y eso me reconforta. Tiene pinta de haber vivido una trágica historia y por su aspecto, sé que no sobreviviría por aquí ni medio día. Esta chica es carne de cañón. Intuyo que ha amanecido, así que salgo de la cueva buscando algo de aire fresco, cuando los primeros rayos de sol se filtran a través de la grieta.

Primero, me aseguro de que Elara sigue dormida y nada la va a molestar. El amanecer comienza a dibujarse en el desolador horizonte, tiñendo todo de un color anaranjado intenso. Estos momentos de paz me ayudan a mantenerme algo más conectado con mi verdadero yo. Con mi pasado.

Oigo unos sigilosos pasos detrás de mí y me giro instintivamente. Sé que esos pasos no corresponden a ninguno de los chicos. Elara se queda a mi lado y clava su vista también en el horizonte.

—Es hermoso ¿No crees? —Mi intento por iniciar una conversación suena bastante desesperado y me avergüenzo un poco. Ella no responde —. Elara, quiero que nos acompañes. —Ni siquiera lo he

pensado demasiado, ni siquiera he analizado si me estoy precipitando o si me estoy dejando llevar por la locura. No lo he consultado con los chicos y no he trazado un plan adecuado, lo único que sé es que la necesito a mi lado. Se gira para mirarme un tanto recelosa.

—¿Quieres que te acompañe? Si ni siquiera sé a dónde vais y tus amigos me detestan. —Su voz se va desinflando poco a poco.

—Mis amigos tendrán que acostumbrarse porque el que manda aquí soy yo —aseguro con rotundidad.

—¿Eres el jefe o algo así? —No respondo a eso.

—Además, ¿Qué más dá?¿Acaso tú sabes a dónde vas? —Me retira la mirada y vuelve a clavarla en el horizonte —. Si no tienes a dónde ir ¡Unete a nosotros! Somos nómadas, viajamos de aquí para allá en busca de recursos, ya sabes que aquí escasean últimamente y las cosas se están poniendo feas... —Intuyo que no debe saber de lo que le estoy hablando y temo estar abrumándola con demasiadas explicaciones, pero sin saber muy bien por qué, sigo hablando —. Dicen las malas lenguas que al sur están creciendo los bosques y corriendo de nuevo los ríos. Parece que se está volviendo a desarrollar la vida. Nuestro plan es colarnos en una de esas ciudades errantes para viajar más rápido hasta allí. —Me observa sin

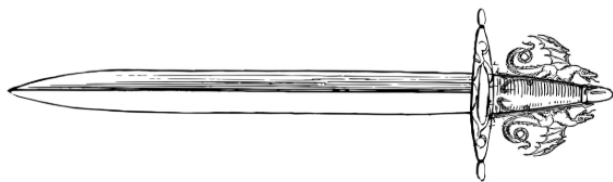
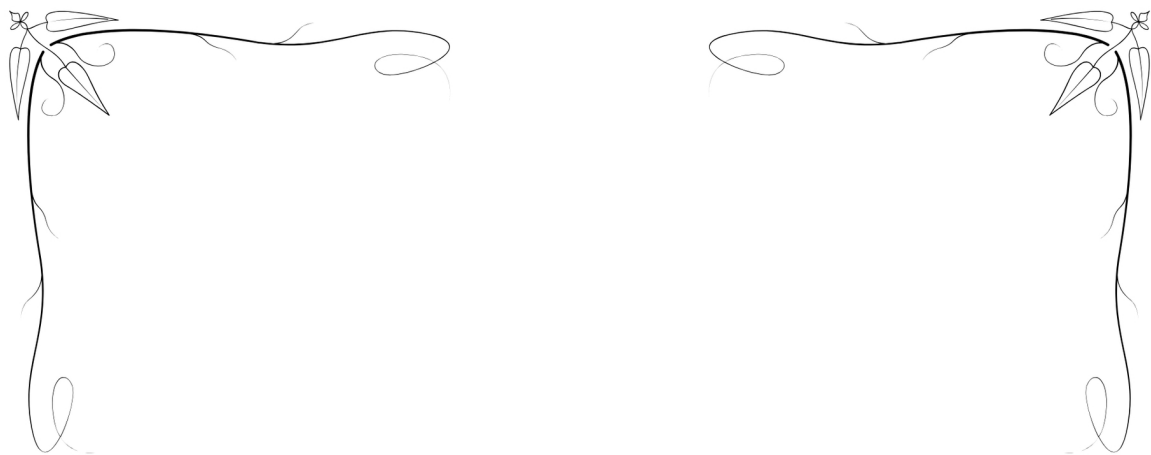
pestañear, asimilando toda la información, como si fuera nueva para ella. Mi mente se esfuerza por conectar todas las piezas.

—Perdona, pero... ¿Dónde estamos? —Su pregunta pone fin a mis interrogantes.

—Eh... Bueno, esto antes era Estados Unidos. Sí. Creo que era así como se conocía. —Confirmando que no tiene ni puñetera idea de lo que le estoy hablando cuando frunce ligeramente el ceño. Todo a su debido tiempo.

Nos quedamos mirando el confín del horizonte infinito, un rato más, hasta que el sol sale por completo. La miro. La miro con curiosidad, con deseo, con ganas. La miro con una intensidad que no había sentido nunca antes y solo quiero que se quede a mi lado, protegerla “¿Pero qué estoy pensando?” Me autorecrimino. Sacudo la cabeza en un intento de despejar mi mente y le tiendo la mano, sintiendo como el aire denso va aumentando la tensión entre nosotros.

—¿Qué me dices, pelirroja? ¿Te unes a “Los caminantes de las cenizas”?



Capítulo 8

Elara

“No, claro que no”. Eso es lo que quiero decir. No tengo el más mínimo interés en unirme a una banda de desalmados que se hacen llamar “Los caminantes de las cenizas”. Suena horrible, suena fatal. Suena a que de aquí a unos días, volveré a estar presa o habré sido devorada por a saber qué criatura. Pero en vez de eso digo “Sí” ¡Digo Sí! Como si no tuviera ningún tipo de amor ni respeto por mi vida, la cual es la segunda que se me concede. Trago saliva.

Las explicaciones de Axel, son lo que finalmente me hacen entenderlo todo. Estoy en la Tierra. Ese lugar desolado que los dioses abandonaron a su suerte hace cientos de años. Y por asombroso que parezca, aquellas personas que quedaron desterradas siguen vivas. Han sobrevivido sin ayuda de los dioses, después de tantísimos años. Lo que me hace pensar que quizá, no eran tan "inválidos" como los dioses pensaban. El simple hecho de cuestionar a nuestros seres superiores hace que se me forme un nudo en el estómago.

Mi reflexión me lleva a una segunda cuestión, aún más importante, estoy desterrada. Desterrada en una Tierra postapocalíptica, en guerra y con escasez de recursos. Una Tierra en la que no sé cuántos peligros me puedan acechar y con la peor calaña del universo reunida en un mismo lugar. El más puro instinto de supervivencia, me lleva a escoger lo que parece el camino más fácil y seguro. Si quiero sobrevivir, tengo que unirme a ellos.

Con la vista clavada en el horizonte, encuentro algo de belleza entre tanta desolación "¿Cuántas penurias habrán tenido que pasar esta gente?" Resulta realmente aterrador y el solo hecho de pensar en ello me hiela la sangre. La mirada de Axel se clava en mí, como mil flechas. Tengo la mente aturdida y he de admitir que me ponen nerviosa su sola presencia. Esos ojos pardos, ojos de depredador... Nunca me había topado con una mirada igual. Sus ojos de un verde

esmeralda intenso y esa cicatriz en la ceja derecha que se le derrama casi hasta el párpado. Un golpe, por el que, sin duda, podría haber perdido el ojo. Y por extraño que parezca, eso lo hace aún más atractivo. Por no hablar de esa actitud, esa extraña actitud de salvador que tiene conmigo. A veces parece como si quisiera protegerme a toda costa y otras sin embargo, el aura de misterio que lo rodea me hace estar alerta, esperando un peligro inminente. He notado su deseo, el deseo con el que me mira y casi me reclama. Nunca antes me habían mirado así. Sinceramente espero, que no se esté haciendo falsas esperanzas, el amor es lo último en lo que pienso ahora mismo. Y aún menos, con alguien como él.

Volvemos al interior de la cueva sin decir una palabra más. Axel despierta al resto de la banda de muy malos modos y estos reaccionan sobresaltados. Parecen temerle y respetarle a partes iguales. Lo que reafirma aún más mis sospechas de que debo tener cuidado con él. Axel no es el más mayor del grupo, tampoco el más joven, pero todos lo tienen como al líder de la manada, lo que me resulta francamente curioso. Entiendo que esta jerarquía debe tener más que ver con su personalidad arrolladora. Una relación de poder no escrita, pero latente.

Todos se ponen a recoger sus cosas apresuradamente. Yo no llevo conmigo ningún tipo de pertenencia, así que me limito a

recolocarme las vestiduras y arreglarme un poco el pelo. Cuando estamos fuera de la cueva de nuevo, Axel se dirige a los chicos.

—Escuchadme con atención. —Todos guardan silencio al escuchar su voz grave —. La chica se queda con nosotros. —La afirmación inicia una serie de murmullos, sin embargo, ninguno se atreve a replicar a su jefe —. Su nombre es Elara y es una nómada, como nosotros. Ahora pertenece al grupo, nos vendrá bien contar con una mujer... —Me mira lanzándome una sonrisa de medio lado. El resto del grupo se ríe.

No entiendo el chiste. No me hace ninguna gracia si está insinuando lo que creo que está insinuando. Debería saber que no tendré ningún tipo de reparo en partirle las piernas. En Armaria me enseñaron a luchar como a cualquier guerrero. He sido entrenada desde mi niñez y podría librarme de ellos con un simple chasquido de dedos. “O al menos eso creo”. Me sonrojo ante la fuerza interior que emana de mí como fuego candente y que sinceramente, no sé de dónde procede. Un instinto fuerte, animal, que ni siquiera sabía que tenía. Estoy apunto de replicar, pero Axel se me adelanta.

—Elara es mía ¿entendido? —Traga saliva tan fuertemente que su nuez se pasea bruscamente por su garganta. Yo contengo el aliento —. Como alguno de vosotros tenga la osadía de faltarle al respeto o acercarse a ella con intenciones más allá de la cordialidad, juro por

mi vida que le rebanaré el cuello, sin miramientos. —Todos guardan silencio ante la amenaza.

Se le oscurecen los ojos y el grupo enmudece “¿Cómo se atreve a tratarme como si fuera de su propiedad?” Quiero protestar. El fuego interno que emana de mí está a punto de salir por mis poros. Aprieto los puños clavándome las uñas en las palmas de las manos y cuando voy a hablar, me contengo. Asumo mi miedo a que me eche del grupo. Sobrevivir es lo que más me preocupa en estos momentos y no si podré hacerlo sola. Ellos corren con una ventaja que yo no y es que conocen este lugar, probablemente como la palma de su mano. Debo jugar con eso, permaneciendo a su lado. Guardo silencio y unos minutos más tarde emprendemos el viaje.

No quería desafiarlo delante del grupo, si quiero ganarme su confianza, aunque me aterre el hecho de estar con un grupo desconocido, en una tierra aún más desconocida, debo ser cauta. Me acerco a él cuando el resto del grupo nos sigue unos pasos por detrás, bastante rezagados. Me muevo y me coloco frente a Axel cortándole el paso. Él frunce el ceño y me observa. Parece sorprendido por mi reacción.

—No vuelvas a tratarme como un objeto de tu posesión. —Intento ocultar el enfado que me arde en el pecho y sonar contundente, pero mi voz vibra un poco con las últimas sílabas.

—Está claro que no tienes dueño, señorita Elara... —Su tono de voz es desafiante. Se acerca más a mi rostro, puedo sentir su aliento calentándome las mejillas —. Disculpa mi brusquedad —dice con sinceridad—. Solo pretendía protegerte y que el grupo no se llevara una impresión equivocada contigo. —Sus ojos se pasean por mi rostro, al tiempo que sus palabras danzan entre sus labios.

Su voz es melodiosa como un arroyo, me hace sentir cosquillas en la nuca. Agito mentalmente la cabeza y desecho los pensamientos que me llevan a despertar una latente curiosidad por él.

—Disculpas aceptadas —digo entonces, cortante. Él asiente.

—No se atreverán a tocar algo mío, es una cuestión de respeto —añade.

—Querrás decir que es una cuestión de miedo ¿no? —digo sin pensar y al instante me arrepiento. Sus ojos pardos se oscurecen, observándome, como un animal a su presa.

—¿Estás desafiándome, Elara? —Su tono de voz cambia, de melodioso a oscuro y trago saliva, cuando se me acerca más, casi rozando nuestros labios —. Aún puedo cambiar de opinión y abandonarte aquí hasta que mueras de inanición. —Entonces, no dice nada más y se aparta de mi vista.

Yo me quedo paralizada unos instantes, asimilando lo que acaba de pasar. Intentando controlar la respiración entrecortada y el miedo que acelera mis latidos. Debería tener más cuidado. Estoy jugando con fuego al desafiar a una persona que podría rebanarme el cuello en cualquier momento si quisiera. No conozco este sitio, no conozco a esta gente. Ignoro las atrocidades de las que son capaces siquiera. Eso me ralentiza el pulso y el sudor frío recorre mi espalda a pesar del calor incesante. Me doy cuenta de que varios de los chicos están mirándome con curiosidad, mientras yo sigo paralizada, con los pies clavados en la seca superficie. Me recompongo y reanudo la marcha, porque lo único en lo que debo pensar ahora es en ponerme a salvo.

El paisaje vasto y desolado se presenta ante nosotros como una enorme extensión de tierra árida. Cubierta de grietas y cicatrices profundas que emanan recuerdos de una tierra que no olvida su pasado. El sol, en la cima del mundo, quemando. Derritiendo con su devastador ardor cada remoto y recóndito resquicio de sombra o brisa fresca. Cada paso que doy levanta una fina capa de polvo de color arenisca, que se pega a mi ropa haciéndola más pesadas. Mi respiración se vuelve trabajosa, por lo que vuelvo a colocarme el pañuelo cubriéndome la boca y la nariz. Me arden las fosas nasales y por consiguiente, los pulmones, por el esfuerzo.

El horizonte es infinito, una línea difusa donde el cielo y la tierra se funden creando una atmósfera turbia de colores deslavados. El

tiempo detenido en una tierra sin futuro. Donde lo único que existe es el presente, recordándote una y otra vez el hambre, la sed, el cansancio. El agotamiento inminente en mi cuerpo, me hace arrastrar los pies por la arena, la cuál amortigua mis pasos.

Sin signos de vida, excepto por algunas criaturas escurridizas que dejan huellas difusas en la arena antes de desaparecer. Un recordatorio constante del infierno abrasador en el que me encuentro ahora. Un reino distinto a los que yo conocía, dónde incluso el viento parece portar los susurros de aquellos que no sobrevivieron.

Llevamos un par de horas caminando, cuando el sol empieza a quemarnos la cabeza de forma insistente, incidiendo con sus rayos como antorchas en nuestra piel. La sensación de vulnerabilidad es asfixiante, como si en cualquier momento el suelo pudiera abrirse para engullirnos o una tormenta de arena fuera a surgir de la nada, borrando nuestra mera existencia. El agotamiento y el cansancio, no solo físico, también mental, convierten mi cuerpo en algo cada vez más pesado.

Los chicos arrastran una especie de carro metálico a cuestas, en el que parecen llevar sus pertenencias. El más fornido de todos tira de él, creo que su nombre es Hogee y parece el mayor del grupo. Me distraigo observándolos para evitar pensar en el malestar que siento.

Una cicatriz le cruza la cara en diagonal y su nariz tiene aspecto de haber estado rota hace tiempo. Es el tipo que me trató con tan malas formas la noche anterior. Su figura me impone y su presencia me aterra. No es precisamente la persona con la que te gustaría tener problemas.

Luego están los gemelos, dos chicos rubios y flacuchos. Uno tiene el pelo más largo que el otro y seguramente, son ellos mismos los que buscan hacer esa distinción física. Son prácticamente idénticos. Dos gotas de agua. No tienen pinta de pasar la mayoría de edad. Parecen simpáticos, llevan canturreando canciones que no conozco y jugando a las adivinanzas desde que salimos de la cueva. Su aire infantil me inspira algo más de confianza que el resto. Si necesito algo, sin duda, prefiero acudir a ellos.

Luego está el chico de las gafas, parece un poco mayor que Axel, pero yo diría que tan solo un par de años. Su cabello es blanco, casi plateado. Un cabello demasiado blanco para su edad, así que supongo que debe ser alguna enfermedad o mutación genética. Me estremezco al pensar en que eso pueda ser un rasgo que los dioses consideraron "no apto" para formar parte de nuestros reinos.

Y por último, está el chico moreno, me recuerda un poco a Corvin. Lleva desde anoche muy serio, aún no he podido oír el timbre de su voz. Su aspecto me hace pensar que tendrá apenas unos dieciocho

años recién cumplidos. Todos estos chicos, “¿Qué habrán hecho para acabar así? ¿Dónde están sus familias? ¿Cuáles son sus historias?”. Miles de pensamientos cruzan mi mente y entró en un bucle de ansiedad que me presiona el pecho. Quizá ellos hayan sido desterrados al igual que yo, quizá también fueron traicionados por su propia familia, quizá también están completamente solos y Axel es el pegamento. Quién los ha reunido, a todos ellos, como una familia. La que quizá nunca tuvieron, para darles un lugar seguro, un hogar. Una segunda oportunidad.

—Él es Luke. —Axel se me acerca por la izquierda, parece haberse dado cuenta de que estoy observando detenidamente al grupo —. Cuando lo recogí aún era muy joven, habían masacrado a toda su familia. Estaba asustado y solo, así que me lo llevé. —La historia de Luke me deja sin respiración. No sé ni qué responder.

Mis cavilaciones empiezan a cobrar sentido. Axel no es más que la salvación de todos ellos.

—Es un chaval de pocas palabras, pero tiene buen fondo. Me gustaría poder quitarle las ideas de venganza de la cabeza... — Su voz se va apagando a medida que avanzan las palabras.

Sigo observando a Luke y es cuando descubro esa oscuridad en la que no había reparado antes. La sed de venganza en sus ojos azabache. Nuestras miradas se cruzan y me pilla mirándole, yo le

sonríó, pero él no me corresponde. Continúa escrutándome con un aire de desconfianza que le cruza la cara, luego aparta su fría mirada de mí. Yo me estremezco sintiéndome completamente vacía al instante.

La venganza, por mucho que haya sufrido a manos de mi padre, en ningún momento se me ha pasado por la cabeza y no sé cómo sentirme al respecto. No sé si debería odiarlo o si lo más coherente sería simplemente olvidar. Ya jamás obtendré las respuestas que necesito. Jamás sabré qué fue realmente lo que le movió a hacer todo lo que hizo y esa certeza, extrañamente, me aporta paz. Me permite centrarme en el presente, en seguir adelante, con lo poco de mí que queda en pie.

Axel me tiende un pañuelo oscuro, de dudosa limpieza y me señala la cabeza.

—Vamos, pónelo, así evitarás que se te ensucie el pelo y te protegerás del sol. —Sin pensarlo mucho, obedezco.

—¿Quién es él? —Señalo al chico de las gafas. Ahora solo quiero seguir conociendo sus historias, todas ellas. La curiosidad me invade por momentos.

—Él es Pharrel, nos conocimos una noche en Rubí.

—¿Rubí? —Lo miro extrañada, sin saber a qué se refiere con ese nombre. Debe ser algún tipo de reino o ciudad.

—Rubí, sí. Es una de las ciudades errantes de las que te hablé. Es a la que vamos. —Asiento. Sigo esperando respuestas y tengo aún tanta información que procesar que me palpita la sien —. Hace cientos de años, cuando la Tierra quedó devastada, muchos humanos aprovecharon la tecnología que aún quedaba para crear estas ciudades. Son ciudades robóticas que deambulan por la superficie terrestre. Entre las ruinas, evitando hordas de saqueadores. De esta forma, es mucho más fácil encontrar los recursos disponibles. Ya nadie se asienta en ningún lugar. Todos somos nómadas ahora. —Asiento de nuevo —. Pero si te soy sincero, dentro no se está mucho más seguro que fuera. Solo subiremos porque el transportarse así es más rápido. —Esbozo una mueca, demostrándole que entiendo de lo que me habla.

Me cuesta imaginar cómo puede ser ese lugar. Nunca he conocido algo más allá que Armaria. Rubí, una ciudad que camina a escondidas por el mundo, cargada de secretos y cicatrices. Un refugio u otro nido de peligros, quién sabe. Sin embargo, soy consciente de que mi poder de elección ha quedado totalmente anulado. No tengo otra opción que seguirlos.

—Háblame más sobre Pharrel. —Le pido, en un esfuerzo por estirar la distracción que necesito que me evada de todo lo demás.

—Pues... Nos conocimos en Rubí, habíamos robado un lote de mercancía y nos disponíamos a escapar. Él estaba en una taberna, leyendo un libro. Me acerqué a él y le pregunté si tenía más.

—¿Más qué? —Le interrumpo desconcertada.

—¡Más libros, por supuesto! —Lo observo con extrañeza, arqueando las cejas y él se echa a reír —¿Sabes la de tiempo que llevaba sin ver un libro?

—¿Así que lo llevaste contigo por los libros? —Intento adivinar. No doy crédito a lo que me está contando.

—¡Eso es! —Se muestra entusiasmado y eso me hace reír, por resultar una anécdota tan simple. Recojo una pizca de ternura de su expresión divertida.

Una punzada hace que me lata el corazón con fuerza. Quizá, Axel no sea solo un desalmado. Quizá tengamos más cosas en común de las que creo, yo siempre encontré refugio en los libros.

—Ha sido nuestra última incorporación, bueno... Antes de tí. —Sonrió suavemente y creo que es la primera vez que me muestro tan relajada con él.

—¿Y Hogee?

—Hogee es mi mejor amigo. —Su semblante se queda serio de repente y sus palabras se cargan de emoción con el simple hecho de mencionar su nombre —. Sé que tiene aspecto de bruto, pero... Es el mejor tío que conozco. —Procede a mirarlo con absoluta admiración —. Me salvó la vida, cuando yo no tenía a nadie más. —Mi curiosidad aumenta y necesito conocer su historia, pero me da miedo preguntarle y entrometerme. Con un gesto de cabeza señalo a los gemelos —¿Esos dos? Son Tim y Jake. Se nos pegaron como lapas hace un par de años. —Se echa a reír.

—¿Quién es Tim y quién es Jake?

—No lo sé ¿Y tú? —Se me escapa la risa y a él también. No recuerdo la última vez que reí tanto con alguien.

Tan relajada y despreocupada, se me caldean las mejillas y no solo por el sol. Corvin acude a mi mente. No reía tanto con alguien desde él... Mi felicidad se apaga al recordarlo. Al preguntarme cuál habrá sido su destino, si al igual que yo, habrá terminado exiliado en algún remoto lugar.

—¿Y qué hay de ti? —Me atrevo a preguntarle, desechando mis pensamientos anteriores y la tristeza que los acompañan. No merece

la pena carcomer mi alma con preguntas que no tienen respuesta —
¿Cuál es tu historia? —inquiero.

—Demasiado triste y aburrida, no quiero estropear el momento,
prefiero verte reír. —Me mira directamente a los ojos y en ese
momento siento que me derrito por dentro. Me flaquean las piernas
y creo que voy a caerme al suelo, por todas las emociones que me
hace sentir.

Es evidente que no quiere hablar de ello y sé que no debo insistir.
Presiento que, dado el momento, él confiará tanto en mí como para
contarmelo y realmente, estoy deseando que lo haga. Le sonrío.

—Cuando le has dicho a los demás que soy... Tuya... —Me sonrojo
un poco más, aunque realmente, me enfurece su atrevimiento —¿A
qué te referías?

—¿Vas a volver a sacar el tema? —Parece molesto y responde muy
serio y sin titubeos —. Cariño, todo el que entra en esta banda me
pertenece y punto. Para siempre. —Su mirada cambia, se oscurece.

—Eres un cretino. —No me dejo amedrentar por sus palabras.

Sonríe de forma pícaro, como si esto se tratara solo de un juego. Sus
poros rezuman diversión. Pese a mi reacción instintiva, sus palabras
me dejan una sensación inquietante de recelo que me hace
apartarme de él instintivamente. Poniendo entre nosotros una

distancia física, como si acabara de levantar un muro. Me siento como si acabara de firmar un pacto cuyos detalles desconozco “¿Qué significa que le pertenecemos?” Un escalofrío me recorre la espalda y no puedo permitirme pensar demasiado en ello. Ese “para siempre” se queda deambulando por mi mente mientras seguimos caminando en silencio un par de horas más, yo diría tres. Estoy cansada y sedienta. Pharrel me tiende un poco de agua de su cantimplora sin decir ni una palabra y yo se lo agradezco con un gesto con la cabeza.

Cuando parece que el paisaje nunca va a cambiar, una seca arboleda aparece frente a nosotros. El polvo y la neblina producida por el asfixiante calor, evitaban que pudiera distinguir con claridad el lugar hasta que nos encontramos a pocos metros. El aire se vuelve pesado, cargando con el aroma a ceniza de los árboles quemados. Es como si un devastador incendio hubiera arrasado con todo tiempo atrás. Los árboles ennegrecidos y retorcidos rodean el paraje creando una escena fantasmal, sus brazos se levantan hacia el cielo implorantes, un cielo que no les responde. Nos adentramos en la oscuridad, creada por los mismos árboles maltrechos. El suelo, cubierto de hojas quebradizas, produce quejidos bajo nuestros pies. De nuevo el recuerdo de un fuego que una vez lo consumió. En el centro de aquel claro, un pequeño lago con agua “¡Dios! Cuánto

deseo sumergirme en él...” Me acerco al agua, introduzco las manos y comienzo a lavarme, llevándome también el agua a los labios.

—¿Qué coño haces?! —Axel me aparta de un empujón,dejándome caer al suelo —. Tengo que comprobar que no esté envenenada.

Su advertencia me recuerda una vez más lo desconocido que es este mundo para mí. Los peligros que nos acechan y de los que aún no soy del todo consciente. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que alguien pudiese haber envenenado el agua.

Hace un gesto a Pharrel con la cabeza, que se acerca al pantano, introduce dos dedos en el agua y se los lleva a los labios. Me sorprende su rudeza y el hecho de que exponga a sus amigos de esta forma, sin parecer importarle ni lo más mínimo.

—Todo parece estar correctamente.

—Te has librado por esta vez, pero deja de cometer imprudencias ¿Es que quieres morir? —Me señala con el dedo, encendido en su enfado y yo me quedo sin habla por su reacción. Desconcertada.

Me siento en el suelo y junto las piernas intentando frenar la excitación que se apodera de mí. El deseo. Una sensación nueva para mí. Sé que no debería, ni mucho menos sentirme atraída por él. Pero la mezcla de la rudeza autoritaria y protectora, junto con la ternura que en ocasiones emana, crea un cóctel explosivo en mis

entrañas. Axel se aleja y junto con los demás empieza a preparar un pequeño campamento. Me quedo ahí, mirando el agua, con las piernas encogidas sobre el pecho. No sé qué me espera aquí, soy consciente una vez más de que no sé nada de este mundo y que podría morir en cualquier instante si Axel no estuviera a mi lado. Todo es tan extraño y desconcertante. El cómo he acabado aquí, el hecho de que mi padre fuera capaz de herirme, de quitarme de en medio con una estocada de su espada. El recuerdo me atraviesa como un eco punzante y el dolor se instala en cada rincón de mi cuerpo. Me llevo instintivamente la mano al abdomen, hacia aquella herida. Una lágrima traicionera se desliza por mi mejilla, la atrapo con mis dedos temblorosos, como si al detenerla, también pudiera contener la avalancha de emociones que amenazan con desbordarme.

—Oye, perdona por lo de antes... —La voz de Axel me pilla desprevenida. Lo observo sin decir nada, parece arrepentido —. Por mis formas, soy un bruto ¿Te he hecho daño? —Se acerca a mi con el ceño fruncido y denoto en sus ojos la preocupación.

Se pone en cuclillas junto a mí, para estar a mi altura, a la espera mi respuesta. No me quita los ojos de encima. En su rostro veo arrepentimiento real. Tiene las pupilas vidriosas y se pellizca los labios con los dientes con impaciencia .

—Estoy bien —digo con un tono de voz casi inaudible, evitando mirarle a la cara. Evitando de nuevo esa atracción magnética que me empuja hacia él.

No quiero que vea que he estado llorando y tengo los ojos hinchados. Se aleja, la decepción le cruza la cara. Pero yo estoy más decepcionada conmigo misma, por ser tan ingenua, por haberme dejado embaucar por un desconocido de dudosas intenciones. Un vándalo al que sus propios amigos temen.

Un ruido sutil rompe la calma, un movimiento de hojas secas, un quejido. Inaudible entre la maleza. Los chicos parecen no percatarse, mis sentidos están en alerta y el corazón me late desbocado, cuando el susurro amenaza con una presencia inesperada, invadiendo mis oídos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Axel poniéndose en tensión, girándose por completo de nuevo en mi dirección.

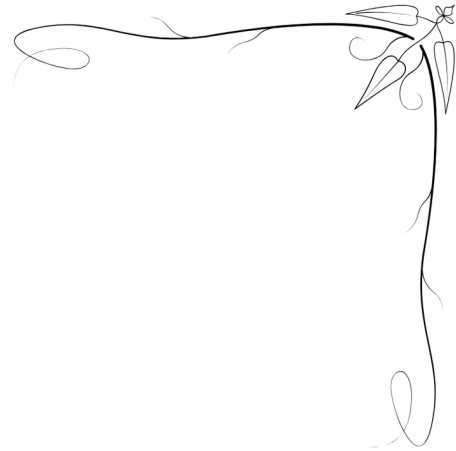
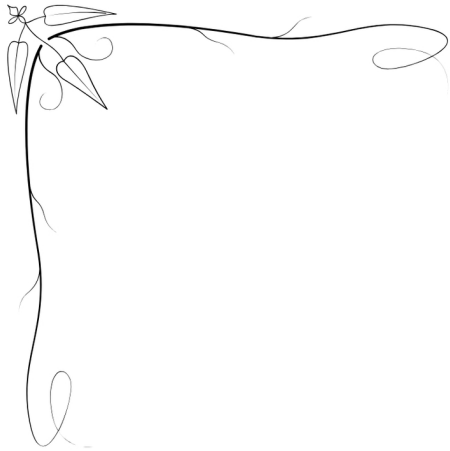
—He oído algo —respondo poniéndome de pie al instante.

Axel adelanta unos pasos para ponerse delante de mí, protegiéndome con su cuerpo. Sus manos son fuertes y me agarran con fuerza. Su espalda casi me tapa por completo la visión del claro. Los susurros se convierten en lamentaciones, como si alguien arrastrara los pies entre las hojas secas y quebradizas. Desenfunda

su cuchillo, con un movimiento tan preciso, que me hace retroceder un paso. Se coloca en posición de ataque. Una figura tambaleante surge de entre las sombras. Se mueve agitando la maleza hacia nosotros.

Cuando sale de la oscuridad y se adentra en el claro, lo veo. Su rostro pálido, casi irreconocible, pero a la vez familiar.

—¡Corvin! —Segundos después de que mis labios pronuncien su nombre, cae desplomado. Antes de que pueda llegar hasta él.



Capítulo 9

Corvin

Abro los ojos, los párpados me pesan como si acabara de despertar de una larga siesta. Un grupo de lo más variopinto me rodea como una manada de animales curiosos. Me miran. Me observan. Me escrutan. Algunos de ellos no pueden ocultar sus caras de circunstancias, otros me miran con sorpresa. El desespero entra en

mi cuerpo, al no saber en manos de quién he acabado. Siento un fuerte impacto, alguien se abalanza sobre mí, derribando todo el peso de su cuerpo sobre el mío. Cuando noto el aroma de su pelo, un fuego ardiente nace en mi pecho. El calor de sus brazos me envuelve y la tibieza suave de su piel me reconforta. “Elara”.

—¡Oh por los dioses Corvin! —La alegría de su voz me provoca un pellizco en el pecho.

Está cargada de alivio y eso lo convierte en el perfecto encuentro que jamás pensé que viviríamos. Encontrarla aquí, viva, hace que me sacuda una ola de euforia. Me impide pensar en el dónde estamos y en el porqué. Ahora mismo, solo puedo pensar en la necesidad de tenerla cerca.

El desconcierto me nubla la mente. La vi morir a manos de su padre. La observé, frágil y sin vida en el frío suelo del salón del trono. Su cuerpo inerte y pálido, como una bella estatua antigua de mármol nacarado. Y luego el Rey Thoriam, la mirada vacía del traidor de su padre empuñando el arma homicida. La sangre de la princesa, derramada por la estancia de palacio, vaciando su cuerpo. El calor y la ira vuelven a apoderarse de mí con el recuerdo que atormenta mi mente. Con el recuerdo impío de cómo no pude hacer nada por ayudarla, nada más por salvarla. Nada más que verla morir.

Intenté correr hacia ella, preso de una locura enloquecida y descontrolada. Quise llevármela, alejarla del dolor, arrullarla entre mis brazos. Besarla... Devolverla así a la vida como en los cuentos de hadas. Pero los guardias me interceptaron demasiado pronto. Inmovilizándome. Mi padre, me clavó su mirada ardiente con una advertencia. "Ni se te ocurra dar un paso más".

Poco más le bastó al Rey para caer en la cuenta de lo que yo era. Culpable. El traidor que había desobedecido sus órdenes, ayudando a escapar a su hija de aquella ruda prisión. Yo era aquel que la había puesto en peligro, que la había empujado hacia aquella manada de lobos hambrientos. Yo era quien la había empujado hacia aquel destino.

El Rey Thoriam me clavó entonces su mirada ennegrecida por el odio y supe que mi final, había sido sellado. No pude hacer nada más. Solo observar como la comitiva funeraria la cubría con un fino paño de color negro. La sutil seda se deslizaba por su cuerpo, marcando las ondulaciones de su pétrea figura. Deslizaron su cuerpo inmovil sobre la estructura de tela, que hacía las veces de camilla. Cuatro figuras fantasmales, cuyos pies no llegaban a tocar el suelo y cuyo rostro no se podía vislumbrar bajo las capuchas de sus túnicas. Cargaban el cuerpo de Elara sin vida, para segundos después, abandonar el palacio.

Nunca había visto morir a nadie y el ritual me impactó sobremanera. Se la llevaban al Reino de Niebla, para decidir allí su destino. Eso contaban aquellas historias antiguas sobre nuestros reinos. Unas leyendas que por mí mismo pude comprobar, cuando la muerte me alcanzó en el palacio a la mañana siguiente.

Los recuerdos agolpados en mi mente, me dejan un espeso nudo en la garganta, difícil de tragar. Elara y yo habíamos muerto y ahora estábamos aquí “¿Aquí dónde?”

—¿Qué haces aquí? —Su tono de voz, muy bajo, casi imperceptible. Como si no quisiera que nadie más escuchara lo que tiene que decirme.

La observo fruncir el ceño, empapándome de su mirada desconcertada. No tardo mucho en procesar la probabilidad de que la tengan presa, sin embargo, no veo en sus manos rastro alguno de ataduras, ni siquiera marcas en sus muñecas. Podría escapar si quisiera “¿Por qué no lo hace?”

Mi mirada se fija en el chico de cabello castaño tras ella, acechante como una sombra. Sus pintas de desalmado me hacen desconfiar al instante. Un odio oscuro y latente va creciendo dentro de mí, por el simple hecho de verlo tan cerca de ella. Mantiene una postura segura y protectora hacia Elara y eso no me gusta. Me pongo a la

defensiva, todo mi cuerpo se tensa y hago un amago de levantarme. Unas manos vuelven a empujarme hacia el suelo.

—¡Eh! Tienes que descansar un poco. —Elara me retiene—. Te has mareado y te has caído al suelo. —El contacto de sus manos sobre mi piel me produce un aleteo de mariposas en el estómago.

Está diferente, lleva el pelo recogido en una trenza, a diferencia de su habitual pelo suelto. El sudor le recorre la frente por el asfixiante calor que nos envuelve y cada centímetro de piel que deja al descubierto está sucio y desaliñado. Aún así, sigue siendo la mujer más increíble y bella que he visto nunca.

—Veo que os conocéis... —Una voz áspera y desgarrada, hace que aparte mi vista de la mujer que tengo en frente—. Sin embargo, yo no tengo el placer... —Miro hacia arriba, el tipo adelanta un par de pasos, dejando al descubierto su dentadura perfecta y afilada.

“Si cree que me va a intimidar, que espere sentado...”

—Soy Corvin, amigo de Elara. — Ella sonríe, mirándome y yo me derrito un poquito más.

Pese a que Elara es una distracción, no pasa desapercibida para mí, la mirada de aquel desalmado sobre ella. Sobre mi princesa. Parece realmente enfadado, como un niño cuando le quitan su juguete nuevo.

—Axel —deletrea cada sílaba de su nombre de forma teatral y separa los brazos, antes cruzados sobre su pecho. Me tiende una mano y yo se la agarró con firmeza y sin titubeos. Me ayuda a incorporarme, con un rápido movimiento —¿Qué sabes hacer? ¿Tienes alguna habilidad? — Su voz es firme. Autoritaria.

De inmediato comprendo que debe tratarse del líder del grupo. Mi mente trabaja rápido y el instinto de supervivencia se activa en mi interior como un resorte. Si quiero huir de aquí y llevarme conmigo a Elara, no tengo más remedio que seguirle la corriente. Ganarme su confianza y dejar de mostrarme como una amenaza.

—Soy bueno con la espada —afirmo, tragándome mi orgullo.

Elara me mira con los ojos muy abiertos, como si acabara de verbalizar una completa locura.

—Con la espada ¿eh? —El tipo deja escapar una risotada, que admito, no me resulta nada graciosa —¿Eres una especie de caballero medieval o algo así?

— Axel... —La voz de Elara, suave como una hoja, busca sin duda calmarle y esa chispa de complicidad no pasa desapercibida para mí.

El gesto me incomoda profundamente “¿Cómo pueden haberse entendido tan bien en tan poco tiempo?” Tan solo han pasado dos días, incluso menos. El pecho me abrasa con la rabia contenida.

—Algo así. —Lo desafió, ignorando a Elara y doy un paso hacia delante. Clavo mis ojos sobre los suyos y dejo traslucir mi hostilidad.

Axel deja escapar una risilla tediosa y me aparta la mirada. Da un paso hacia atrás antes de hablar de nuevo.

—De acuerdo... Nos acompañarás, puedes sernos de utilidad en un momento dado. —No digo nada ante su aceptación. No busco su aprobación —. Ayúdanos a montar el campamento —ordena y yo simplemente asiento. Le dirijo una mirada a Elara antes de acompañarlo y ella se queda unos segundos rezagada.

El resto del grupo se han dedicado a mirarme de arriba a abajo y a murmurar entre ellos. Pero ninguno se ha atrevido a expresar la más mínima queja o comentario directo a Axel sobre el tema. Lo que deja claro, una vez más, su papel como líder indiscutible de la manada. Es mejor no contradecirle.

—Jefe, no creo que esto sea buena idea... —Un tipo robusto, el más mayor de todos, se acerca a Axel y le habla en voz baja. Pero no lo suficiente como para que sus palabras me pasen desapercibidas.

—He tomado una decisión, Hoguee —responde Axel con rotundidad, sin siquiera detenerse a mirarlo.

—No me fío de ellos —replica el hombre, lanzándome una mirada de soslayo que me atraviesa como un cuchillo. La cicatriz que le cruza

la cara parece oscurecerse con el gesto.

—No hay más que hablar, Hogue. —Axel se detiene en seco y le desafía con la mirada —. La ayuda nos vendrá bien. —El timbre de su voz no expresa rabia, más bien, una amabilidad latente. Un cariño labrado durante años.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con incluir a más integrantes en el grupo —dice de pronto un chico de cabello negro. Alzando la voz por encima del resto.

—No te he pedido tu opinión, Luke. —La respuesta de Axel, dictatorial y cortante, atraviesa la tensión que nos envuelve. El chico asiente sin más y vuelve a ocultarse entre el resto del grupo.

Axel se gira hacia los demás en actitud desafiante y autoritaria.

—¿Alguien más quiere dar su opinión? ¿O vais a poneros a trabajar de una vez? —Su voz retumba en el claro rodeado de secos y ennegrecidos árboles —¡Panda de holgazanes!

El silencio se extiende como una ola. Le temen. Todos ellos le temen y no me cuesta imaginar que deben tener razones de peso para hacerlo.

—Yo estoy de acuerdo con que haya nuevos integrantes, jefe. —Axel no contesta, pero tampoco lo interrumpe.

—¡Yo también! —Las voces dicharacheras de los dos chicos gemelos, acaban con la tensión del ambiente de un soplo.

—Soy Tim.

—Y yo, Jake —se presentan, sonriéndome de oreja a oreja. Les devuelvo el saludo repitiendo mi nombre.

—Corvin, encantado.

Los chicos se alejan a la carrera hacia la zona dónde están montando el campamento. Dejando el aire algo más ligero a su paso.

Otro chico, algo más mayor y de aspecto intelectual, los acompaña. Sus ojos plateados centellean tras sus gafas de cristales oblicuos. Les regaña para que mantengan la compostura y la escena se vuelve algo cómica, casi cotidiana. Recuerda a un profesor de escuela con sus alumnos.

Noto la presencia de Elara detrás mío, suave como una brisa. Me sigue de cerca, pisándome los talones. Empieza a hablar muy bajito.

—¿Qué haces aquí? —Su preocupación queda patente en cada nota de su dulce voz.

—Princesa, no es el momento de hablar de ello —intento disuadirla, ya que cualquiera podría oír esta conversación. Especialmente Axel y

sinceramente, dudo mucho que no esté poniendo la oreja.

—¿Estás muerto? —Me paro en seco y le dirijo una mirada desconcertada “¿Estoy muerto?” Es algo que me pregunto yo también.

Los recuerdos danzan por mi mente. Todo se vuelve oscuro y confuso cuando intento recordar qué pasó antes de llegar a Niebla, después de sentir como mi vida se apagaba como una vela. No sé responder a su pregunta.

—Luego hablamos —prometo, posando mi mano derecha sobre la suya con delicadeza y firmeza a la vez.

Intento transmitirle toda la seguridad que imagino que necesita en estos momentos. Una seguridad que, a decir verdad, yo tampoco siento.

Me apresuro para seguir los pasos de Axel, antes de que se percate de que me he quedado atrás.

Paso el resto de la tarde montando el campamento con los demás. Me presentan oficialmente al grupo, que a pesar de ser de lo más singular, parecen de fiar. Es Axel el que tiene algo que no me termina de gustar. Su arrogancia y actitud distante y dictatorial no tienen nada que ver conmigo, con mis valores. Además, es obvio que tiene una especie de conexión íntima con Elara y eso, no puedo

esconder que me irrita. Paso la tarde aguantando sus miraditas furtivas. No se me escapa ni una. Como le ha mirado el trasero varias veces, cómo ha examinado su cuerpo de arriba a abajo, comiéndosela con los ojos. Marcándola como si fuera de su propiedad. Me saca de quicio su actitud, su descarada posesividad sobre ella.

Pasaron años hasta que me atreví siquiera a mirarla y él con ese descaro tan suyo, pretende conseguir en días lo que yo no me he permitido ni imaginar. Elara no es de nadie, ni siquiera mía. Temo que un tipo como él pueda arrebatarme su inocencia y dulzura. "No, Axel. Está claro que ni en mil años te la merecerías", susurro para mis adentros.

Intento calmar mis impulsos irrefrenables de pararle los pies. Solo los dioses saben cuanto me contengo. Intento centrar mis esfuerzos en lo más importante ahora mismo: Sobrevivir. No sé cómo hemos acabado aquí. Desconozco por completo el lugar dónde nos encontramos, pero mi instinto me dice que no debe de ser un lugar seguro. Desterrados. Sí, hemos debido de ser desterrados por los dioses. Un castigo por haber desafiado al rey.

Si permanecer en este territorio hostil es lo que nos queda, al menos necesito tener la certeza de que estaremos juntos. Mientras esté con ella, ciertamente, poco más me importa. Intento empaparme de las

conversaciones ajenas que mantienen los chicos del grupo. Prestando atención a los detalles. Debo aprender cuanto antes a sobrevivir por mi cuenta aquí. Así podremos escapar y podré poner a Elara a salvo de ellos. Concretamente de él, de Axel.

Elara ha estado todo el tiempo recogiendo agua, preparando las camas y cocinando algo en una olla cubierta de hollín. Parece llevarse bien con los chicos, la he visto hablar y reírse con el tipo de las gafas. Me gusta verla cómoda y feliz. Sin embargo, me pregunto hasta qué punto está aprovechándose de ellos para mantenerse con vida o realmente hay algo más que la mueve a permanecer aquí.

Las horas se me hacen eternas, buscando el momento para hablar con Elara y despejar todas las dudas que baten mi mente como el aleteo de mil dragones.

Nos sentamos alrededor de la hoguera cuando la noche ha caído. Elara no duda en sentarse a mi lado, lo que me reconforta. Su aspecto es ya más relajado. Se ha aseado y se la ve más cómoda. Se ha soltado el cabello, el cual le cae sobre los hombros de forma desordenada. El rojo de sus mechones es aún más intenso a la luz del fuego.

Me sonrío y yo me descompongo cada vez que lo hace. Comemos en silencio, unas especie de gachas de harina que no saben a nada, pero que nos llenarán el estómago durante unas horas. El grupo se

entretiene contando historias y riendo entre ellos, pero ni Elara ni yo participamos en la conversación. Estoy demasiado abstraído en mis propios pensamientos. Elara dedica alguna sonrisa cómplice a los chicos, pero nada más.

El humor de Hogee ha cambiado un poco y ya no parece tan testarudo y rudo como antes. Da sorbos profundos a una garrafa de piel, llena de un líquido ambarino. Su fuerte olor impacta en mis fosas nasales, produciéndome un considerable rechazo. Relaja los hombros y ríe a carcajadas cuando los gemelos, Tim y Jake juegan a las imitaciones y cuentan historias divertidas.

Pharrel, “el intelectual”, observa la escena soltando alguna que otra risotada. Pero el buen humor se le pasa cuando uno de los chicos derrama su copa sobre su regazo, oscureciéndole los pantalones grises. Todo se vuelve un amasijo de reproches y quejas.

El último chico, Luke, el moreno, que también estaba en desacuerdo con nuestra presencia, observa la situación desde un árbol marchito. Apoyado sobre el tronco entre las sombras. Dando sorbos cortos a su bebida. El dolor es imposible de ocultar en su rostro y las facciones se le marcan de una forma demasiado dura para su corta edad. Dejando traslucir una historia desgarradora a sus espaldas.

Axel no ha probado bocado y tampoco ha apartado la vista de nosotros, en toda la noche. Puedo ver como tensa la mandíbula bajo

el reflejo del fuego, mientras sus ojos se pasean de un lado a otro de nosotros. De Elara a mí y luego a Elara de nuevo. Noto su incomodidad y recelo. Es evidente que detesta mi presencia y mi cercanía con Elara. Poco a poco los chicos sucumben al sueño, hasta que solo quedamos los tres. Elara, Axel y yo.

Parece no querer dejarla a solas conmigo y no se separa de nosotros ni un momento. Tengo muchas cosas que hablar con ella, demasiadas. Ya no puedo alargar más la situación, así que me levanto, lanzándole una mirada desafiante. Él también se pone de pie. Solo nos separa la hoguera entre los dos. Elara no tarda en incorporarse de un salto.

Axel me sostiene la mirada unos instantes, antes de tensar la mandíbula, luego, vuelve a mirar a Elara.

—Si me disculpáis, yo me retiro a dormir. —Hace un amago de reverencia.

La mirada de Elara parece pedirle a gritos que nos deje a solas y él simplemente obedece. Su complicidad para entenderse solo con miradas me incomoda, pero me alegro de, por fin, perderlo de vista.

—Buenas noches, Elara. —Se aleja de nosotros, para recostarse en uno de los catres en el suelo.

—Buenas noches... —dice ella con un hilo de voz. Como si Axel se hubiese llevado consigo su alma entera. Intento ignorar esa reacción.

—Elara, tenemos que hablar —me dirijo a ella al instante.

Elara se voltea para mirarme, tiene las cejas arrugadas y tensas. Me observa con preocupación, a la espera de respuestas. Volvemos a sentarnos en el suelo. Cuando nos aseguramos de que el grupo se ha dormido y solo podemos escuchar una sonora orquesta de ronquidos, iniciamos nuestra conversación.

—Corvin por favor, dime lo que está pasando... Necesito saberlo. — Su voz titubea mientras sus manos se aferran a las mías. Sus ojos, cargados de preocupación buscan respuestas que ni siquiera yo sé si puedo darle.

—Primero. —Trago saliva —. Necesito saber por qué estás con ellos ¿Estás bien? ¿Te tienen prisionera? —Mis palabras salen de mí más duras de lo que pretendía. Pero ahora mismo solo me preocupa su seguridad, necesito saber que está a salvo. Ella me mira extrañada y frunce el ceño, negando con la cabeza.

—No —responde, rápidamente —. No debes preocuparte, Corvin. Me encontré con el grupo por casualidad y entendí que era más

seguro quedarme con ellos si quería sobrevivir en este lugar... — Su voz se va apagando.

Su respuesta en parte me tranquiliza y no me sorprende su astucia. Finalmente ambos llegamos a la misma conclusión. Unirse al grupo para sobrevivir.

—¿Dónde estamos? —Quiero saber. Necesito que me confíe todo lo que sabe sobre este sitio.

—Corvin... —Hace una breve pausa que aumenta el drama. Parece estar intentando encontrar las palabras antes de revelar lo que sabe —. Estamos en la Tierra. —Se me tensa la columna vertebral con un escalofrío.

La Tierra, aquel lugar que los humanos abandonamos hace cientos de años, aquel lugar destruido, que quedó hecho añicos. Eso significa que...

—¿Qué hay después de la muerte? —pregunto, intentando hallar las respuestas que me faltan para armar el rompecabezas.

—No lo sé —responde ella de forma acelerada. Se muestra tan desconcertada como yo.

Su tono vislumbra que lleva días intentando darle un sentido a lo que le pasó. Entonces lo entiendo y la verdad me atraviesa como un

rayo.

—Elara... ¿Cuándo morimos venimos a la Tierra? —El simple hecho de verbalizar mi duda me pone la piel de gallina “¡Qué me perdonen los dioses!”

—Creo que solo quiénes los dioses no consideran dignos... —Sus palabras confirman las horas que lleva dándole vueltas a esto —. De pasar a otro lugar. Un lugar más “eterno”. Leí algo sobre ello en la biblioteca de mi padre. —Su revelación me abruma, pero a la vez, supone una llama de esperanza para nosotros.

Si nuestros reinos siguen allí arriba, en el cielo, eso significa que...

—Corvin, ha llegado el momento de que sepas lo que vi en mis visiones. —Comienza a relatar una serie de escenas repletas de caos y desesperación, pero lo que más llama mi atención son las visiones sobre el Reino de Niebla.

—Tenemos que volver —afirmo con contundencia. Ella me mira extrañada.

—¿Crees que es posible? —pregunta, y en su voz refleja un atisbo momentáneo de esperanza.

—Creo que debe de haber alguna forma. —Asiente y desvía la mirada hacia Axel. Mis ganas de preguntarle por lo que ha pasado

entre ellos son irrefrenables, sin embargo, las contengo.

—¿Cómo has... muerto? —Su voz se quiebra un poco al mencionar la muerte con tanta determinación. Entiendo que el trauma por sus asesinato aún debe atormentarla — ¿Fue mi padre? —inquire, yo asiento lentamente con la cabeza y la tristeza nubla sus ojos verdes aguamarina.

—En realidad, él solo me mandó matar... —aclaró, buscando algo de alivio en mis propias palabras.

—¿Tu padre no hizo nada para evitarlo? —Entonces, revela una pregunta que lleva dándome vueltas en la cabeza desde que desperté en este lugar.

—No lo sé. —Aparta la mirada y puedo ver como sus lágrimas se están conteniendo en sus ojos —. Primero, los guardias me dieron una paliza y luego me tiraron desde la torre más alta, aquella donde estuviste encerrada... Solo recuerdo el dolor de estamparme contra el suelo. —Hablar en voz alta de lo que pasó, resulta más doloroso y difícil de lo que esperaba —. Se me quedó grabado ese sonido ¿sabes? el de mis huesos quebrándose uno a uno al impactar contra el suelo. —Se me rompe la voz y reprimo las lágrimas mordiéndome el labio inferior.

Elara se lleva la mano a la boca conteniendo la respiración y entonces se fija en la nueva cicatriz que se me ha formado en el lado izquierdo de la cabeza y que comienza en la sien. Justo en el lugar en el que me estampé contra la piedra maciza de Armaria. Con dedos temblorosos acaricia la cicatriz y yo me estremezco con su contacto. Mis instintos nacen de nuevo, dentro de mí. Pienso en besarla, sueño con besarla desde hace tanto tiempo...

—Princesa... —Sonríe de forma suave cuando la llamo así y la nostalgia brilla en sus ojos cuando me mira.

Aparta la mano de mi rostro con delicadeza, deslizándola suavemente hasta mi barbilla, lo que deja un rastro de calor latente por mi piel. Siento que me desvanezco poco a poco cuando me toca.

—Elara, tengo que contarte algo más... —Traga saliva nerviosa, pero ya es demasiado tarde para frenar mis impulsos. Mi mente ya no se coordina con mis labios, ahora solo habla mi corazón —. Te amo. — Se separa de mí con un respingo que me pilla desprevenido, no dice nada.

Abre mucho los ojos. Entiendo que aunque para mí siempre fue tan evidente, para ella, mi confesión la ha pillado demasiado desprevenida.

A nuestro alrededor, la hoguera sigue chisporroteando, los sonidos lejanos de algún animal salvaje al acecho alcanzan nuestros oídos. El chisporroteo débil de la laguna en el centro de aquel claro. Todo está tan en calma que el peligro que nos rodea se hace aún más evidente.

Elara sigue observándome aún desconcertada. Me animo a aclarar mis palabras esperando una respuesta distinta por su parte.

—Te amo desde la primera vez que te vi, correteando por los pasillos de palacio. —Se me escapa una sonrisa al recordarlo—. Te amo desde mucho antes de saber siquiera lo qué era el amor... Has sido la luz en mi camino durante tantos años, que la sola idea de perderte me aterroriza. —Le agarro las dos manos en un impulso y ella me mira sin pestañear, con los ojos muy abiertos—. Moriría mil veces Elara, mil y una veces. Si al final de esa muerte, te encuentro a ti.

Y me rompo, me rompo en miles de pedacitos diminutos. Dejo que el vacío que ha dejado mi confesión me arrolle por completo. Ella significa tanto para mí, que simplemente merecía saberlo. Sin embargo, abrirme así ante ella, por primera vez, no trae consigo el alivio que yo esperaba. Un peso aplastante me oprime el pecho impidiéndome respirar a la espera de su respuesta. Sigue sin decir

nada. El silencio se extiende entre nosotros cargado y eterno. Pasan los segundos, uno, dos, tres...

—Corvin, yo... —Por fin separa los labios, pero no parece ser para algo bueno.

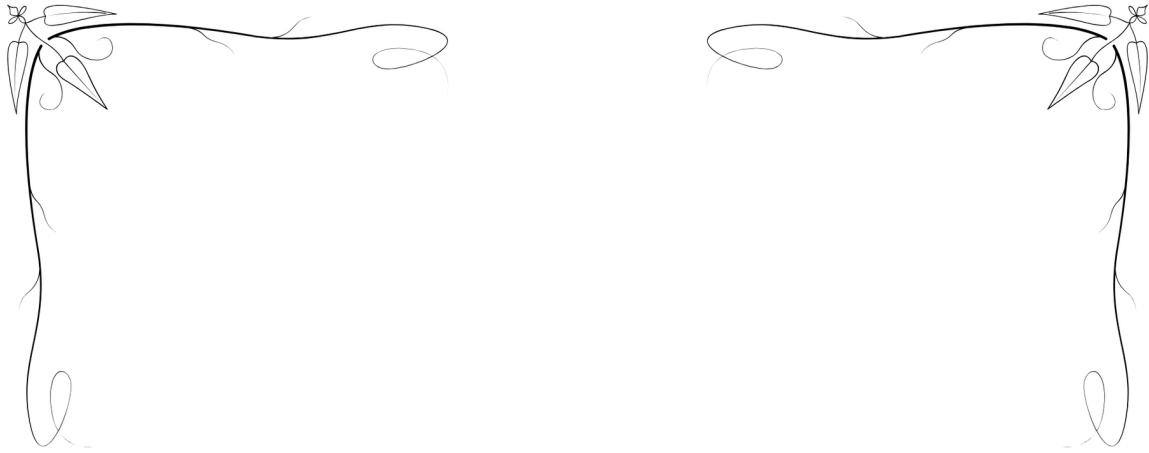
Entonces, un ruido estruendoso. Metales chocando entre sí. Nos interrumpe. Nos ponemos de pie al instante con una tensión que invade nuestros cuerpos. Identificamos el ruido al observar unos cacharros que han caído al suelo y que anteriormente estaban apilados en una montaña. Respiramos aliviados al unísono. Sin embargo, algo me dice que no cayeron al suelo por casualidad, alguien los empujó.

—Será mejor que me vaya a dormir... —dice de pronto.

Me giro para mirarla, desviando la vista de la negra espesura. Asiento, con las emociones aún a flor de piel, queriendo decirle mil cosas más que no digo. "Suficiente espectáculo por hoy".

Elara se aleja de mí, caminando hacia la oscuridad. Se recuesta en su catre. Me quedo un rato más sentado frente al fuego, en silencio. Invadido por la incertidumbre de lo que nos espera. De repente, el peso del amor que me oprime el pecho, se vuelve algo más liviano. Mis oídos se agudizan intentando captar los sonidos de la noche. De

los peligros que nos acechan. Intento pegar ojo, mientras voy asimilando esta nueva realidad.



Capítulo 10

Axel

La furia me consume y mis pensamientos se encienden como una llamarada amenazante. Quiero matarlo. Imagino su cuerpo hecho trizas, disperso por el bosque, una fiesta para los perros salvajes. Echarlos a pelear por sus restos de carne y huesos. Una sonrisa retorcida se escapa de mis labios. Desde que apareció Corvin, con esa sonrisilla estúpida, arrebatándole a Elara esas miradas, cada

gesto que hasta ayer creí que me pertenecían... No he podido pensar con claridad. Siento odio, un odio profundo por como me hace sentir todo esto. No me reconozco, no sé dónde quedó aquel mujeriego arrogante y de mala fama. No queda nada de él, de esa libertad que siempre me caracterizaba. Me he convertido en un idiota, celoso. Un esclavo. Obsesionado con una completa desconocida. La pelirroja que promete ser mi ruina. *Ella*.

Su mirada aguamarina, las flameantes llamas rojizas de su pelo al calor de la lumbre, sus mejillas sonrojadas de forma inocente, sus carnosos labios deseando ser mordidos... Todo en ella me vuelve loco, me desquicia. "Mi perdición".

Estoy al borde de perder el control en un arretrato pasional. Cometer una locura por celos. Anoche, me vi obligado a dejarlos a solas, porque ante todo, mis principios y educación van por delante. No quería ser entrometido. Mis oídos captaron sus leves murmullos y seguidamente, la patética declaración de amor del caballero andante. No tuve más remedio, me vi impulsado a interrumpirlos. Antes de que ella pudiera corresponderle.

Sí, fui yo el que hizo caer aquellos cacharros dando por zanjada la conversación de esos dos. Cuando al fin se fueron a dormir, se me complicó aún más conciliar el sueño. Mi mente se vio envuelta en

una vorágine descontrolada. Tuve que recordarme a mí mismo algo que aprendí hace mucho. "El amor nunca trae nada bueno".

No pude oír del todo la conversación, se aseguraron de bajar lo suficiente el volumen. Evitando que pudiera escuchar sus secretos. Esconden algo, es evidente. Y eso no me gusta. No me gusta que me oculten cosas y mucho menos la gente que está conmigo. Es algo a lo que debo ponerle final cuanto antes. Puede que Hogee tenga razón, que estos dos no sean de fiar, que aceptarlos en nuestro grupo no haya sido buena idea.

—Buenos días. —Elara me saluda con una sonrisa suave y despreocupada. Me sobresalta, trayéndome de vuelta de los recuerdos de la noche anterior —. Ayer te noté un poco crispado al irte a dormir —asume y una tormenta se desata en mis ojos.

No contesto, no sé qué quiere conseguir con esta conversación, pero su juego empieza a hartarme. La ignoro, ni siquiera le devuelvo la mirada y me dispongo a recoger el campamento de forma apresurada. Un nudo bien atado me presiona la garganta. Me gustaría decir que no me importa lo más mínimo lo que pueda pensar. Pero hay un extraño sentimiento dentro de mí, que me impide desvincularme del todo.

Los chicos me siguen, charlando animadamente entre ellos. Ajenos al alterado estado en el que me encuentro. Le doy la espalda a Elara. Ella permanece detrás de mí, guardando un poco las distancias. No hay ni rastro del tal Corvin.

—¿Se puede saber por qué me ignoras? —replica al cabo de unos minutos. Un ápice de enfado sacude su voz y eso consigue que se me escape una sonrisa traviesa.

—Hay que recoger el campamento. Tenemos que irnos. No hay tiempo para cháchara. —Me aseguro de que mi voz suene lo suficientemente autoritaria. Ella se encoge de hombros y se va, dejando su crispación flotando en el ambiente.

Algo se me encoge en el pecho, algo desconocido. Pese a que actuó por pura ira, sé que es mejor así. En el fondo lo sé. Prefiero quedar como el villano, que me odie. Comportarme como un imbécil con ella. Alejarme y dejarla ser feliz con su bomboncito moreno. “Su caballero andante”.

Me recuerdo una vez más que el amor no trae más que problemas. El amor te destruye, como destruyó a mis padres y todo lo que tenía. Desde que empecé a tener relaciones con chicas, mis reglas siempre fueron claras. Divertirnos, obtener lo que quería de ellas y nada de amor. Elara jamás aceptaría una relación así. Ella no es de las de relaciones de una noche. Ella no es una chica para mí, yo no

soy un tipo para ella. No podría corromper toda esa dulzura que la envuelve. Ensuciarla. Destruirla, solo por un capricho pasajero. Por mucho que no pueda dejar de desearlo.

Cuando el campamento está recogido, emprendemos nuestro camino. Elara no se ha separado de Corvin, lo que me confirma que su relación es tan estrecha como yo pensaba. No me controlo, los celos me ciegan a pesar de que tengo claro que lo nuestro no puede ser. Preso de mis propios sentimientos de ira, me giro hacia Elara, dejando que las palabras se escapen de mi boca con brusquedad.

—En cuanto lleguemos a la ciudad, nos separaremos. —Ella me mira sin entender y no se conforma con mis palabras.

Admito que eso me gusta. Contengo una sonrisa. No puedo negarme a mí mismo cuánto me gusta hacerla reaccionar, de la forma que sea.

—¿De qué estás hablando? —pregunta ofuscada, entrecerrando los ojos —. Teníamos un trato. Me dijiste que formaba parte de los Caminantes de las cenizas —recrimina desconcertada. Pongo en marcha mi plan.

—Te mentí —miento, se lo dije de corazón. De verdad quería que formara parte de este equipo, de esta familia. Y he de decir que no dejo entrar a cualquiera en nuestra banda. Pero eso fue antes, antes

de que apareciera Corvin en la ecuación —. No podemos seguir cargando contigo, somos demasiados. Demasiadas bocas que alimentar. Demasiado llamativos para otras bandas... —Trago saliva, tragando también mis emociones contradictorias que intentan frenar mis palabras —. Además, ya tienes a Crovin. No me necesitas —añado con desprecio, señalando con el mentón a su compañero. Asegurándome de que mis palabras suenan con el suficiente desdén.

Ella me mira indignada. Lleva la nariz y la boca cubiertas con un pañuelo rojo, lo que resalta más sus ojos verdes y el mar de pecas de su rostro.

—¿Estuviste escuchando anoche? —Su voz está llena de ira y eso me excita. No lo voy a negar. Noto esa vibración en mi entrepierna, pero me recompongo antes de contestar.

—No sé de qué me hablas. —Vuelvo a mentirle, mostrando indiferencia. Toda la que puedo, aunque no la sienta.

—Muy bien. —Se gira, sacudiendo su melena. Colocándose al lado de Corvin.

Dando por zanjada la conversación. Aceptando un destino impuesto, que parece desear tan poco como yo. “Es mejor así”, me repito.

Corvin me clava la mirada con desaprobación y juro que me estoy conteniendo para no abofetearle ahora mismo. Me contengo una vez

más. *Respiro*. Intento tomar el control de mis actos y dejar de actuar como un niño impulsivo.

Seguimos caminando en silencio, el sol abrasador se ciñe sobre nuestras cabezas y ni el hecho de llevarlas cubiertas alivia el calor. Nuestros pies se arrastran por la firmeza del camino rocoso, lleno de polvo anaranjado, que se levanta con cada paso de nuestro desgastado calzado. Estoy deseando llegar a un sitio seguro. Un lugar donde poder refugiarnos con un poco de sombra y tomar un poco de agua, antes de llegar a nuestro destino. Me acerco a Hoguee que me está mirando con sus penetrantes ojos castaños.

—¿Qué diantres pasa? —Este hombre me conoce como si fuera mi padre. Puedo ocultarle mi estado a cualquiera, pero no a él.

—Parecemos una organización de caridad. Estoy harto de ir rescatando a gente. —Intento ocultar los verdaderos motivos de mi enfado. Intento ocultar los celos que me corroen por dentro. Él amortigua una carcajada en el pañuelo negruzco que le cubre la boca.

—¡Venga ya, Ax! Tu y yo sabemos perfectamente lo que te pasa. — Le dirijo una mirada fulminante, haciéndolo callar al instante. Él ladea la cabeza y evita que se le escapen las carcajadas a través de la tela. No dice nada más.

Miro hacia atrás, asegurándome de que nadie está atento a nuestra conversación. Los gemelos caminan dando saltos y jugando entre ellos. Tim se sube a los hombros de Jake, haciéndolo enfadar y Pharrel, que siempre actúa como un padre protector, les reprende. Dejo escapar una sonrisa. Estos chicos tienen la capacidad de hacerme olvidar siempre lo malo. Los “mejores amigos”, Corvin y Elara, están lo suficientemente enfrascados en su propia conversación como para percatarse de la nuestra. Elara nota mi mirada y me corresponde con una fugaz, llena de resentimiento. Enseguida la aparta, dejando el vacío de sus ojos clavado en mi pecho.

—Hacía tiempo que no te veía así por una mujer. —No me atrevo a negárselo, no a Hogee.

—Nunca me has visto así por una mujer —corrijo. Nunca había sentido algo parecido. Una atracción tan irrefrenable. “Sí, atracción y nada más”.

—Nunca —repite—. Parece que te molesta mucho la presencia de ese chico.

—¿Molestarme a mí? —Me esfuerzo de nuevo por ocultar mi crispación. Tengo el ceño fruncido tan fuerte que me duelen las sienes.

—Pues si no te molesta, disimulas muy mal —añade mi amigo con una mirada divertida

—¿Tú crees? —pregunto, preocupado por la evidencia de mi estado.

—Sí, lo creo —asegura —. Al menos es evidente para mí. —No añadido nada más.

Mi amistad con Hogee ha sido lo más parecido a una relación paternofilial que he tenido nunca. Y aunque me cuesta reconocerlo, me tiene demasiado calado. Me conoce y ha estado conmigo en los peores momentos. Es inútil intentar no reconocer ante él las evidencias.

No dice nada más. Seguimos arrastrando los pies en silencio. Minutos más tarde, una polvareda nos nubla la visión, cortándonos el paso. Nos ponemos a la defensiva. Incluso Corvin, que coloca a Elara detrás de él. Al final va a ser verdad que tiene madera de guerrero. Nos quedamos petrificados cuando el eco de unos pasos firmes resuena en el suelo árido. Cada uno más pesado, más cercano, que el anterior. Un grupo de encapuchados emerge de entre la bruma de suciedad. Son al menos diez. Mi garganta se seca cuando, entre las sombras, reconozco a la líder del grupo. Corx, mi vieja y despiadada amiga. La banda de los Serpientes nos clavan sus miradas desafiantes.

—Corx, cuánto tiempo... —Le dirijo la mirada al tiempo que una especie de reverencia. Solo puedo desear que su intervención acabe pronto.

Me devuelve una mirada lasciva, mezclada con un fuerte resentimiento. No puedo evitar que mi mente divague, pensando en las veces que enterré mi cabeza entre los muslos de esta despampanante mujer. Su piel morena chisporrotea con las gotas de sudor que le caen sobre la frente y la maraña de pelo trenzado que la envuelve se mueve con el viento pesado.

—Axel... ¿Puedo saber a dónde os dirgís tu grupo y tú? —El timbre agudo de su voz, contrasta con la rudeza de su rostro perfilado.

Sus ojos color miel, se mueven sigilosamente, escudriñando a los presentes y reparando en Elara. Le clava los ojos de víbora, que parecen desgarrarle la piel a tiras con su crudeza.

—Vaya, vaya... ¿Por fin te has animado a agregar una mujer en el equipo? Hace tiempo te demostré que somos muy necesarias... — Sus palabras se deslizan de sus generosos labios y su lengua viperina sisea cada sílaba. Se acerca un poco más, dejando al descubierto con su sonrisa picarona uno de sus muchos dientes de oro.

—¿Qué quieres, Corx? —Decido ir al grano. Sé qué con ella no hay que andarse con rodeos. Su presencia nunca es una casualidad.

Los serpientes son unas de las bandas más peligrosas de por aquí. Su presencia atemoriza a hombres y familias enteras. Su despiadada avaricia no deja nada a su paso. Sigilosos como un reptil, despiadados como la muerte.

Corx se aparta de mí, dándome la espalda. Los huesudos hombros se le marcan bajo la tela y percibo que está más delgada que la última vez. Malas rachas para los Serpientes. Igual a hambre. Igual a sed de muerte. El grupo permanece en silencio, son conscientes de que cualquier movimiento podría hacer que se desatara el caos.

—Nada, en realidad, pasábamos por aquí —miento con descaro. Se gira de repente y me clava sus ojos dorados como el sol, con agresividad —¿Qué hacéis en mi territorio?

—Estamos de paso —admito y no miento. Nuestro objetivo es Rubí, pero no pienso revelarlo.

Decido pasar por alto su deliberada repartición de tierras. Este no es su territorio, la Tierra hace cientos de años que no pertenece a nadie. Pero sus ansias de poder siempre han sido las mismas. Conozco su carácter y sé que cualquier palabra mal usada, en el

momento menos oportuno, podría desatar su fuego interno y hacer que nos corten la cabeza a todos.

—¿No vas a presentarme a esta dulzura? —Se mueve con sigilo entre nosotros, colocándose frente a Elara con descaro.

Le roza la mandíbula con una de sus uñas negras y afiladas, como si estuviera marcando a su presa. Se relame y su lengua despiadada, se pasea lentamente por uno de sus colmillos dorados. Sus labios resecaos se humectan con su paso. Elara, atemorizada, tiembla mientras intenta mantener el tipo. Me contengo para no separar a Corx de ella arrastras. Romperle uno a uno todos los dientes, por siquiera osar tocarla. La posesividad hacia Elara crece de nuevo dentro de mí. Mi instinto se desvive por protegerla.

—Soy Elara —dice la chica con una contundencia, que sorprende a todos.

La seguridad en sí misma la hace ver cada vez más fuerte. No flaquear ante una situación así sería complicado para cualquiera.

—Bonito nombre —dice Corx y acto seguido se aparta con brusquedad, como si acabara de perder el interés de repente — ¿Eres el nuevo juguetito de Axel? ¿Ya has descubierto cuánto le gusta usar a las mujeres? —Su voz es melosa, casi hipnótica, pero cada palabra que escupe lleva consigo mortífero veneno.

Tenso cada músculo de mi cuerpo, esperando el siguiente movimiento. Con Corx nunca sé qué esperar, cómo anticiparme a sus pasos.

—Déjala en paz Corx, esto es entre tu y yo. —Las palabras se precipitan de mi boca, sin pensar. La desafío con la mirada. Ella me dedica una sonrisa que nada tiene de amable.

—Tienes razón. —Con pasos firmes, se acerca mucho a mi boca, demasiado para mi gusto. El calor de sus labios ya no tiene el menor efecto erótico en mí.

Su aliento me asquea y me replanteo como pude acabar tantas veces en sus brazos tiempo atrás. Tiempo atrás, cuando llegué a esta devastada Tierra y no tenía a nadie más. Corx osó aprovechar su influencia, su poder y su experiencia para jugar conmigo como quiso. Me avergüenzo de aquella etapa. Me avergüenzo de no haber sabido diferenciar el deseo carnal, del juego perverso que esta mujer entretejió conmigo. Me usó para cometer atrocidades de las que no me enorgullezco. Su juguete. Su marioneta. Un secuaz ciego ante sus perversos encantos. Hasta que Hoguee, mi fiel amigo, me rescató de sus garras.

Ella nunca aceptó un "no" por respuesta. Mi rebeldía y mi abandono. Su obsesión la convirtió en mi peor enemiga desde entonces. Dejé

que corrompiera mi alma desde dentro y eso es algo que jamás me perdonaré.

—¿Cuánto quieres por ella? —Se aparta con un gesto brusco. La tensión que genera es un simple juego para ella. Se echa la mano al bolsillo, rebuscando unas viejas monedas, sin valor alguno.

—No está en venta. — Me hierva la sangre y aprieto los dientes con rabia. Ella arruga la frente y se aparta con un movimiento brusco y teatral.

—Es bonita. La quiero. Véndemela. —No mira a Elara, habla de ella como de un simple objeto. La vista clavada en mí.

—No. —No pienso entrar en su juego. No esta vez.

—Como quieras. —Su sonrisa desaparece de una forma macabra. No está acostumbrada a que le digan que no y soy consciente de que el orgullo es lo peor que puedes herirle a esta mujer.

Unos segundos después, Elara tiene un cuchillo en la garganta y está sujeta por dos de sus hombres. Mis chicos se tensan de inmediato, sus armas están listas. La banda de Corx repite nuestros movimientos. La tensión en el ambiente hace la respiración insoportable. El aire cambia, se hace más denso, más pesado.

—Chicos, tranquilos... No hay necesidad de ponerse así —dice Corx con condescendencia, reduciendo la situación a un mero malentendido —. Axel y yo solo estamos haciendo negocios, solucionaremos esto en un momentito. —Clava su mirada en mí de nuevo y se le oscurecen los ojos.

—Te he dicho que no, Corx —reitero.

—¿Te gusta?¿Es eso? ¿Te has enamorado? —Se echa a reír de forma desmesurada, con una burla exageradamente dramática. Sus trenzas danzan por el aire con extrema aparatosidad.

Me empiezo a cansar de su jueguito. Ha llegado lo suficientemente lejos. Con un movimiento brusco la agarro del pelo y la coloco frente a mi cara, obligándola a mirarme a los ojos.

—Estás más fuerte que la última vez... Has estado haciendo ejercicio. —Emite un fingido gemido.

— Se acabó el jueguito —digo con los dientes apretados por la rabia.

—No te excites demasiado amor. Aquí no... Tenemos espectadores.

—Cada palabra suya enciende más mi furia. Me repugna.

—Lárgate y llévate a tus secuaces. Si no, te juro que los haré pedazos a todos y a ti te echaré de comer a los perros salvajes. —La

ira sale de mi a borbotones. Por primera vez su actitud vacila.

—Para —susurra con tono lastimero. —Me estás haciendo daño.

—Ya te he dicho que estamos de paso. Nos largamos y no volverás a vernos. —Noto su ira clavándose en mí, a través de sus ojos dorados

La suelto con brusquedad dejándola caer al suelo. Como el peso muerto que es.

—Chicos...vámonos —dice al fin, con la voz cargada de resentimiento.

El grupo se relaja y se colocan de nuevo detrás de ella, ayudándola a levantarse. Corx se sacude el polvo con desdén, como si pudiera limpiar así la suciedad impregnada en su piel. Se dirige a Elara, colocándose muy muy cerca de su rostro. Invadiendo su espacio. Le mira los labios. Yo me pongo a la defensiva y me coloco justo detrás de ella. Vacila.

—Esto no ha hecho más que empezar, que lo sepas —gruñe de nuevo y se dispone a seguir su camino, no sin antes dirigirme una última mirada de odio. Cargada de viejo rencor —¡Ya nos veremos! —grita desde la lejanía.

No digo nada más, prefiero dejar las cosas así por el momento. Aunque su amenaza no me pasa por alto. Nuestra vieja disputa me

asegura que no será esta la última vez que nos veamos.

Por fin, mis chicos respiran aliviados. Me acerco a Elara con el corazón en un puño y le agarro la cara con ambas manos.

—¿Estás bien? —Corvin se posiciona muy cerca de mí. Ella asiente.

—Elara, deberíamos separarnos de ellos. Axel tiene razón, es peligroso —dice Corvin ignorándome por completo, hablando de mí como si yo no estuviera presente. Me giro para mirarlo, preso de la furia que me corroe.

—No me toques los cojones “princesito”. Ya estoy bastante caliente —escupo, clavándole la mirada.

—Axel. Para. —Elara me agarra del brazo conteniéndome. La tibieza de su contacto me recuerda que debo alejarme de ella, pero no puedo. Vuelvo a mirarla.

—¿Estás bien? —repito.

—Estoy bien —asegura. Le dirijo una última mirada a Corvin, desafiante. Me alejo de ellos sin decir nada más, para continuar nuestro camino.

Deben ser las cinco de la tarde cuando encontramos un paraje en el que descansar. En esta época del año empieza a oscurecer pronto.

Lo que resulta todo un alivio, más horas de sol serían imposibles de soportar y acabarían con el poco rastro de vida que queda por aquí.

Llegamos a un bosque con una arboleda espesa, aún quedan algunos vestigios de vida en lugares remotos. No es muy grande, pero nos servirá para cobijarnos durante la noche. Los chicos y yo empezamos a montar el campamento. Corvin no duda en ayudar. Elara por su parte rebusca entre nuestros sacos en busca de algo para poder cocinar. No me ha dirigido la palabra desde nuestro encontronazo con Corx. Me repito a mi mismo que es mejor así. Es mejor seguir manteniendo las distancias para evitar que me vuelva loco.

La veo hablar con Pharrel, que le da una lata de conservas, creo que es la última que nos queda de las que robamos la última vez en la ciudad. Nos estamos quedando sin provisiones. Es evidente que tener dos bocas más que alimentar perjudican gravemente nuestra situación. Los gemelos la ayudan a encender el fuego y se pone a cocinar. Me gusta ver como se ha integrado tan rápidamente entre los chicos. Intento desechar mis pensamientos sensibleros. Esto no debe alargarse mucho.

Un par de horas más tarde, estamos todos comiendo alrededor del fuego. Los chicos hablan animadamente, pero tanto Corvin como Elara comen en silencio. El plato de alubias está incomible, remuevo

con la cuchara el contenido espeso. Tim me observa, los ojos le hacen chiribitas.

—¿Te lo vas a comer? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Anda, toma. —Le tiendo mi plato y sacudo la cabeza mientras me río. “Este chico no tiene remedio”.

Comparte el plato con su hermano, lo que me hace sonreír. Al menos Tim siempre tendrá a Jake. No estará tan solo como lo estuve yo.

Un rato después, todos se han ido a dormir. He sacado de mi riñonera, mi última provisión de whisky y lo degusto tranquilamente, disfrutando del sabor dulzón y de su paso ardiente por mi garganta. Clavo la mirada en la hoguera frente a mi, con la mente en blanco. Cuando una presencia me altera, levanto la vista para mirar a Elara. De pie junto a mi, envuelta con una manta. Me mira con ojos de corderito degollado. Me relamo, deleitándome con la visión. El fuego hace que el rojo de su pelo sea de un tono aún más vibrante. Encendiéndola como si fuera puro fuego hecha carne.

—Gracias por dar la cara por mi hoy. —Las palabras se escapan de sus labios y no me atrevo a mirarla, por miedo a sucumbir a mis oscuros deseos.

—Lo habría hecho por cualquiera de vosotros —admito sin darle la menor importancia. Ella guarda silencio —. No tiene nada que ver

contigo... Si es que te lo preguntas —añado, en un intento más por apartarla de mí.

—¿Se puede saber por qué eres tan borde? —pregunta ella. Se sienta con las piernas entrelazadas a mi lado y ese rápido movimiento hace que su olor impregne mis fosas nasales. Es dulce y fresco a la vez. Huele como a flores silvestres, a rosas... Una punzada de dolor se me instala en el pecho.

—Soy así. —Doy un trago largo a mi petaca y para mi sorpresa, Elara me la arrebatada de las manos con un ligero movimiento.

Se lleva la boquilla a los labios. Por la cara que pone, intuyo que es la primera vez que bebe algo de alcohol, sonrío de medio lado. Una gota deseosa escapa de la petaca y chorrea por su cuello, dejando un rastro ámbar a su paso. La observo y trago saliva bruscamente antes de apartar la mirada, intentando calmar el deseo que nace en mi entrepierna. “No es una buena idea”, me recuerdo una vez más.

—Has cambiado tu actitud. —Parece estar buscando las palabras adecuadas para lo que quiere decir. Aparta la vista del fuego y me mira. Me mira con sus deslumbrantes ojos verdes —. Desde que llegó Corvin estás... —Su rostro refleja duda —. Diferente.

—¿Crees que estoy celoso? —Mi poca capacidad de contención me delata y el calor me inunda el pecho —¿Crees que eres especial para

mi? Puedo tener a la mujer que quiera, niñita pretenciosa. —Arruga de inmediato la frente y me mira con rabia, creo que he alzado demasiado la voz.

—¿Por eso vas a dejarme ir? ¿Por que puedes tener a cualquier otra? ¿Cualquiera como Corx? —Se arrepiente al instante de lo que ha dicho, lo noto en su mirada. Y yo contengo la mezcla de furia y deseo que me invade el pecho.

Al instante, la sujeto por la muñeca y la insto a que guarde silencio con un gesto simple. No quiero llamar la atención del grupo y mucho menos, que alguien pueda escuchar nuestra conversación. La conduzco hasta la tienda improvisada, que resguarda nuestras provisiones y justo antes de adentrarnos en ella, mi mirada se cruza con la de Corvin. Este nos observa desde su catre en el suelo. No digo nada. Mantengo el semblante serio y la hago introducirse en la tienda.

—¿Quieres bajar el volumen? —inquiero una vez cruzamos el umbral.

—No. No quiero.

Me desafía.

Se planta delante de mí, mirándome con ojos felinos, que siempre parecen buscar guerra.

Demasiado cerca. Su calor me envuelve, su olor me golpea y el ambiente entre nosotros se tensa amenazando con desatar el caos.

—¿Y ahora quién es la que está celosa? —La provoco, incapaz de contenerme, haciendo alusión a sus palabras ahí fuera. Aunque sé que no debo, no me resisto a probar hasta dónde puede llegar. Me excita tanto este juego.

—No estoy celosa. —Se le quiebra la voz al final. Se me escapa una risilla burlona.

—Claro que no, princesa... —Se estremece al oír como la llamo y a mí, me divierte comprobar el efecto que provoco en ella. Su cuerpo se tambalea ligeramente.

—Sea lo que sea a lo que estás jugando, quiero que pares. —Su voz suena firme ahora, pero es demasiado tarde para mí. Demasiado tarde para parar.

—¿Qué significa Corvin para ti? —Las palabras salen afiladas de entre mis labios. Me maldigo a mí mismo por estar dejándome llevar por mis emociones de esta forma. Elara me mira con el ceño fruncido. No aparta sus ojos de los míos ni por un instante —¿Es tu novio? —Se mueve bruscamente, como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—¿Qué? ¡No! —Su risa nerviosa la delata. Le gusta ese chico y eso me irrita más de lo que debería —. Es solo un amigo... —Titubea —. Un viejo amigo que me ayudó tiempo atrás.

Asiento lentamente sin poder creerla del todo. Ella cambia su estado relajado de nuevo a la tensión inicial y clava sus ojos verdes sobre mí como puñales. A pesar de la oscuridad de la noche, la hoguera cercana aumenta la visibilidad en la pequeña tienda. El brillo de sus ojos resalta pese a cualquier negrura.

—¿Qué más te da lo que seamos? —Ahora es ella la que juega —. Si no estás celoso... —Cruza los brazos bajo el pecho y me mira burlona.

Me arrepiento de haber sido tan idiota y me reprendo a mí mismo por dejarme al descubierto de esta forma.

—Además, no tengo porqué darte explicaciones. Tú y yo no somos... Nada. —Esas palabras tuyas me golpean más fuerte de lo que esperaba.

—Deja el tema de los celos, Elara. —Intento sonar seguro, aunque me tiembla la voz. Esta mujer tiene la capacidad de desarmarme, como ninguna otra antes —. Solo quiero asegurarme de que cuando nos separemos, te quedarás en buenas manos. —Intento

convencerla con mi sequedad, de que no me quema por dentro que se vaya con él.

Que haya tomado la decisión de dejarla ir, por mi bien, por el suyo, no significa que me agrade hacerlo. Está claro que mis deseos gritan todo lo contrario que mi cabeza.

—Entiendo. —Camina hacia mí, decidida, con las manos sobre el regazo. Sin apartar sus ojos de los míos. Cada paso que da, es un golpe directo hacia mi autocontrol —. Buenas noches, Axel.

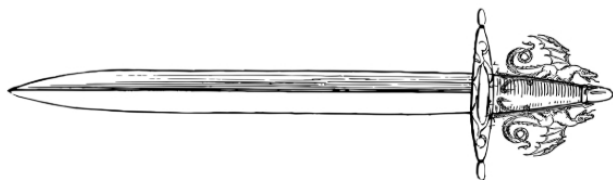
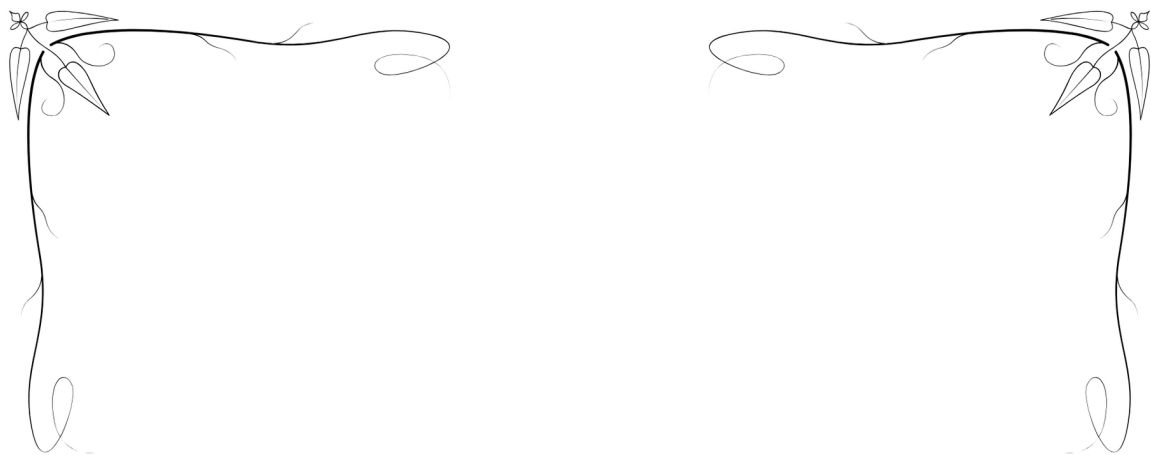
Pasa por mi lado en dirección a la salida y la detengo. Algo en mí no la deja ir. Me arrepiento al instante de lo que estoy a punto de hacer, pero la deseo tanto, que el solo hecho de imaginarla lejos de mí me produce un enorme vacío en el pecho. La agarro del codo y la atraigo hacia mí. Tanto, que nuestras frentes se tocan. El aire entre nosotros se vuelve más denso. La oscuridad nos envuelve. “No debería”, me repito, pero ya es demasiado tarde para frenar mis instintos.

Elara entreabre los labios. Me lo está pidiendo. Su aliento choca contra mi piel y la incipiente erección crece en mis pantalones. Todo mi ser responde ante ella. Mi propio cuerpo, traicionándome. Obligándome a ceder ante el deseo que no hará más que complicar las cosas.

Trato de contenerme para no hacérselo aquí mismo, como un puto depravado “¡Joder! ¿Qué diantres me pasa?” Me mira a la boca y después a los ojos, en un baile lento y letal. Amenazando con volverme loco. Me acerco más a ella, tanto que nos separa un suspiro. Ella cierra los ojos esperando el beso, esperando que la devore con todas las ganas que le tengo. Pero no lo hago. Me aparto. Me contengo.

Intento acabar con todo aquello que ella ha encendido. Le aparto la mirada y me centro en mi parte racional, la que me recuerda que *“Una pelirroja será tu perdición”*. Las palabras espectrales resuenan en mi mente. No puedo hacerlo.

—Buenas noches, Elara. —Salgo de la tienda a trompicones, con su mirada de decepción clavada en mi nuca.



Capítulo 11

Elara

La mente me da vueltas cuando me deslizo entre la roñosa manta que hace la función de cama estos días. La confusión por lo que acaba de suceder con Axel me envuelve. Trago saliva, intento despejar el aturdimiento mental que me ha dejado ese momento. Ese beso que no se ha producido. El deseo sigue latente en mí, en la parte baja de mi vientre. Como una llama imposible de extinguir. Miles de sensaciones nuevas para mí me recorren y solo puedo

pensar en vivirlas. Saborearlas. Dejar que la intensidad me arrastre y me arrolle. A estas alturas ya no sé qué es real y qué no. Distinguir entre lo real y lo imaginado. En este momento echo de menos mi don, el poder que sentía en las venas y que ahora parece estar sordo, ausente. Si pudiera ver tan solo una imagen, un fragmento de lo que va a suceder, todo sería más fácil. Sin ese don, me siento ciega, a oscuras. Como nunca antes.

El deseo que crece dentro de mí, se funde con el espejismo de aquel recuerdo, aquella visión. Aquellas manos acariciando mi cicatriz... Me estremezco y aprieto los ojos intentando conciliar el sueño. Esa mano, esos dedos angulosos y robustos repletos de anillos, sin duda las manos de Axel. Aprieto los párpados en un intento por despejar la mente.

Desde que llegó Corvin, todo se ha vuelto aún más complicado. Su inesperada confesión me resultó abrumadora. Nunca he querido hacerle daño y por otro lado, siento que es demasiado pronto para darle una respuesta. Demasiado pronto para estar segura de lo que debería sentir. Corvin me tendió la mano cuando el resto del mundo me había dado la espalda y por supuesto, eso hizo que nuestro vínculo creciera a pasos agigantados. Sin embargo, la situación en la que nos encontramos ahora, hace las cosas mucho más difíciles. Nuestra amistad, el profundo cariño y la confianza que siento hacia él, podría evolucionar de otra forma si nos encontráramos en

circunstancias normales. Si siguiera en Armaria, si él me cortejara como mi pretendiente. Todo sería diferente.

Vuelvo a girarme en el suelo, dolorida por la aspereza de la superficie. La noche oscura y sin estrellas, convierte el pequeño fuego en la única escapatoria para mis ojos. El rostro de Corvin tumbado a mi lado, se transforma entre las sombras. Su mentón pronunciado, sus pómulos marcados, su nariz recta y varonil. Las espesas cejas que envuelven sus ojos azules de largas pestañas. Nunca lo había mirado así y mi mente juega a preguntarse si sería posible enamorarme de él.

El deseo continúa palpitando en mi entrepierna, me giró de nuevo para dar la espalda al chico que tengo al lado y dejo que la oscuridad me envuelva, esperando que la brisa me acune hasta quedarme dormida.

Toda esta situación me altera, me perturba, volviéndome una persona insensata. No sé lo que quiero, no sé lo que necesito ahora mismo. Pero, juro por todos los dioses que tengo muy claro lo que deseo... Las manos de Axel recorriéndome, apagando esa llama que él mismo ha encendido. Fantaseo con la idea de sentir su calor y su aliento sobre mi, de la forma más sórdida posible. Le deseo, de formas que jamás habría imaginado. Mi instinto más primario se despierta, como el de una loba. Anhelante. Ansiosa.

Axel, tan atractivo, un completo Adonis creado para complacer a cualquier hembra. A la vez tan arrogante y mezquino, que me gustaría no desearlo de ninguna manera, en absoluto.

Me coloco boca arriba en el suelo, intentando enfriar mis pensamientos lascivos. Mientras la idea de separarme del líder de los Caminantes de las Cenizas me oprime el pecho. Pensar en ello, me produce una angustia que no había sentido nunca antes, no por alguien, mucho menos por un chico. Por otro lado, la idea de volver a mi reino, con todo lo que eso conlleva. No volver a verlo nunca más... Son pensamientos que me reconcomen.

Corvin es fiel a la idea de que existe una forma de regresar. Pero a mí, me asaltan las dudas. No sé si lo que quiero es regresar a un lugar de dónde he sido repudiada. Asesinada por mi propio padre. Exiliada y marcada de por vida.

Me gusta pensar en la idea de otro final para mí. Quizá aquí, por muy inhóspito que sea este lugar, pueda tener la oportunidad de encontrar un nuevo camino. La esperanza me nubla la mente al tiempo que una sonrisa se dibuja en mi rostro. El brazo de Corvin me rodea la cintura atrayéndome hacia él. El calor de su contacto me acuna y me reconforta. Dejo que me envuelva como una manta, me dejo dormir.



La mañana llega pronto. Siento que he dormido poco o casi nada. Los chicos ya están recogiendo el asentamiento cuando alcanzo a abrir los ojos. No veo a Axel por ningún lado, lo que me inquieta. Pienso en la forma en la que, lo que pasó entre nosotros anoche, pudo perturbarlo. El calor acude a mis mejillas al recordar la situación. Sus labios tan cerca de los míos.

—Elara... —La suave voz de Corvin, me devuelve al presente como un chasquido.

Me giro para mirarlo. Sus pequitas bailan sobre la nariz arrugada y el cabello negro le cae sobre la frente de forma desordenada. Es francamente guapo. Una de esas bellezas angelicales, propias de nuestro mundo. Me sonrojo al recordar cómo nos dormimos abrazados la noche anterior.

—Estás muy callada esta mañana —intenta indagar. En su voz noto cierta preocupación. Puede que le preocupe que me arrepienta de nuestro acercamiento.

—Sí. Supongo que me trastocó un poco todo lo que pasó con aquella banda. —No miento, no del todo.

El encontronazo con Corx y los Serpientes fue aterrador. La noche anterior apenas pude ni reflexionar sobre las consecuencias de ello. Sobre la amenaza de la chica de piel oscura y ojos dorados como la miel.

—Este mundo está lleno de peligros —dice—. Tenemos que regresar cuanto antes. —Su decisión me resulta asfixiante.

—Pero, ¿Cómo lo haremos? —pregunto realmente contrariada. No sabemos siquiera por dónde empezar nuestra búsqueda y tampoco sé a ciencia cierta si deseo regresar o no.

—En la ciudad seguro que podremos encontrar respuestas. —Su determinación me tranquiliza por unos instantes—. He estado pensando en tus visiones, lo que me contaste sobre el Reino de Niebla... Si está en tu destino ser la Reina de Niebla lo serás. Todo lo que viste, hasta ahora, ha ido sucediendo. —“Todo lo que vi ha ido sucediendo”. Sus palabras se clavan en mi mente. Me aterra que Corvin pueda tener razón. Miro hacia los lados y bajo el volumen, asegurándome de que nadie pueda oírnos.

—No deberíamos hablar de esto aquí... Alguien podría oírnos —le recuerdo. Él simplemente asiente.

—En cuanto lleguemos a la ciudad trazaremos nuestro plan. Pienso encontrar la forma de llevarte de vuelta a casa. Te lo prometo. —Me mira muy de cerca, clavándome sus bonitos ojos azules sobre los míos. Luego, su mirada se pasea por mis labios y aletea las pestañas, provocándome un cosquilleo en las entrañas.

La cabeza empieza a darme vueltas, cuando las dudas me asaltan “¿Es posible que me sienta atraída por los dos?”. Desecho los pensamientos y me alejo de él con un movimiento grácil de cabeza. Corvin sonríe de medio lado y sigue observándome. Debe haber notado mi intranquilidad, la agitación de mi respiración tras su acercamiento. Guardamos silencio y ayudamos a los chicos a terminar de recoger el campamento.

Los gemelos se encargan de borrar nuestro rastro, acabando con los restos de la fogata y eliminando nuestras huellas. Eso me recuerda una vez más lo incierto de este lugar. Algo me dice que nos acechan peligros más grandes que Corx.

El día transcurre como todos los demás. Axel y yo no nos hemos dirigido la palabra en todo el viaje, lo que supone un alivio para mí mente aturdida. Sin embargo, no puedo negar la presión en el pecho que crece a medida que prolonga esa ignorancia. Su sola presencia ya me altera demasiado y lidiar con su condescendencia me saca de quicio. Me arrebatata la poca cordura que me queda. No ha sido capaz

de dirigirme ni una sola mirada y eso hace que las llamas dentro de mí se conviertan en ira. "Si quiere jugar, pienso mantenerle el pulso hasta el final".

Estoy cansada, tremendamente cansada. Llevamos días caminando sin apenas alimento en nuestros debilitados organismos. Es innegable que mis fuerzas van flaqueando con cada paso. Debo de haber perdido un par de kilos desde que estoy aquí. Sucumbo al hambre y se me vienen a la mente todo tipo de manjares que en Armaria tenía a mi disposición. Día y noche. En cualquier momento o estación del año. Frutas de lo más exóticas y variadas, procedentes del Reino de Oásis. Peces y mariscos, traídos por los comerciantes desde las profundidades de los mares de Atlantea... Se me hace la boca agua y tengo que tragar saliva. Lo que me recuerda la sed que me raspa la garganta. Nunca pensé que se podría necesitar tanto el agua. Todo esto me hace pensar en mi casa, en lo fácil que es la vida allí. Pero también pienso en la Tierra y en lo complicado que lo han tenido estas personas para sobrevivir durante años, siglos.

Han sido menos afortunados que nosotros y aún así, aquí siguen. Siento que toda la vida he sido una niña estúpida y mimada. Ignorante de lo que es la vida en realidad, de los sacrificios que hay que hacer para seguir adelante. Para sobrevivir. Pienso en lo injusto que es para estas personas haber nacido dónde han nacido y me siento tremendamente culpable.

Un temblor brusco del suelo nos sacude, sacándome de mis pensamientos. El movimiento inesperado me nubla la cabeza. Soy incapaz de procesar lo que está sucediendo. Tengo que apretar los pies con fuerza hacia el suelo para no caer estrepitosamente. Corvin me agarra por los brazos fuertemente y entre los dos mantenemos el equilibrio. Nos miramos atemorizados, incapaces de dar una explicación a aquel ruido ensordecedor que nos taladra los oídos.

Los chicos se agarran unos a otros, pero la naturalidad de sus gestos, disipa cualquier tipo de miedo en sus cuerpos. Axel mantiene el equilibrio con facilidad, con la mirada fija en el horizonte y entonces lo veo. El monstruo robótico que se cierne sobre nosotros. Me estremezco, tengo los ojos tan abiertos que la polvadera me inunda los globos oculares. Tengo que parpadear varias veces para acabar con la sequedad y enfocar mi visión.

La colosal máquina se alza ante nosotros, en forma de insecto mecánico de color rojo brillante. Sus patas alargadas, metálicas, destellan cuando los rayos de sol inciden sobre ellas. El recuerdo de los dibujos que he visto del Reino de Tecnara me vienen a la mente. Esta imagen futurista, evoca a los diseños de ese reino, dónde los vehículos tienen un aspecto similar. Esto lo reproduce a una escala inimaginable. Cada paso de aquel titán frente a nosotros, rasga el sonido del viento. Recordándonos la insignificancia de nuestra existencia.

“Rubí”. Repito en mi mente. Lo que se cierne ante nosotros no es más que la ciudad errante de las que Axel me había hablado. Entrecierro los ojos para poder verla con mayor claridad. Una especie de cúpula envuelve todo, evitando discernir lo que oculta su interior. Me estremezco ante la inmensidad. Unas escaleras suben por las patas, hasta arriba de la nave. Rezo porque no tengamos que subir por ahí. El solo hecho de pensarlo ya me produce un vértigo atroz, que consigue que me flaquee las rodillas.

—Aquí estás, preciosa... —Axel suelta una carcajada, con los ojos clavados en la ciudad robótica.

—¿Cómo sabías dónde encontrarla? —pregunto incrédula.

No lo sabía —admite—. Sonríe, princesa. Es nuestro día de suerte.

—Su sonrisa perfecta de dientes impecables reluce al sol.

—Es roja —digo casi boquiabierta, mientras continúo observando el artefacto mastodóntico.

—De ahí su nombre. —Reconozco la voz de Hogee a mi espalda.

—¡A mi señal, treparemos por las escaleras hasta la base! ¡¿Preparados?! —La voz de Axel resuena por encima del estruendo que la ciudad deja a su paso. Me dirige la mirada por primera vez en todo el día —¿Necesitas ayuda? —Asiento embobada, paralizada por el temor.

Su forma de llamarme princesa, nada tiene que ver con mi escala social (la cuál ignora). Más bien hace referencia a mi debilidad ante ciertas situaciones. Me ve una chica frágil y eso me cabrea. Arrugo el entrecejo, cuando el orgullo me azota las venas.

—Puedo sola, gracias. —Le reto. Él me mira con los ojos achinados, aceptando mi desafío.

—Está conmigo. —La voz de Corvin se alza por encima del viento. Miro a Axel que asiente y después a Corvin, con reprobación.

Ninguno de los dos repara en mi descontento y estoy demasiado alterada para recriminarle el hecho de que tome decisiones por mí. Decido dejarlo para más tarde.

—¡AHORA! —Uno a uno los chicos van saltando en dirección a la ciudad errante. Siguiendo los pasos de Axel.

El pánico me paraliza unos segundos. La inmensidad de aquella nave se cierne sobre mí. Las manos de Corvin me agarran por la cintura y es reconfortante. Cuando la colosal estructura se planta frente a nosotros, Corvin me aupa ayudándome a subir. Rápidamente me giro y le tiendo la mano para ayudarlo a subir a él. Cuando ya estoy bien agarrada a uno de los barrotes metálicos que hacen de escalera. Me giro para comprobar que todos estamos sobre la misma La estructura no para de moverse y me quedo paralizada unos

segundos. Intento mantener el equilibrio, mientras la máquina no para de tambalearse. La adrenalina se apodera de cada uno de mis músculos agarrotados. Los movimientos bruscos de la ciudad, que no frena en su avance, me impiden prácticamente moverme.

—¡Tienes que subir, Elara! —me grita Corvin desde atrás.

Obedezco. Trago saliva y me armo de valor, agarrándome con fuerza para no caer, consciente por los metros que me separan del suelo, de que eso será una muerte segura. El movimiento incesante de la nave, hace que los brazos se me resbalen y se me cansen el doble por el esfuerzo. Sin embargo, no desisto. No me detengo. Uno a uno voy subiendo los escalones que me separan más y más de aquella tierra árida que poco echaré de menos. Cuando me quiero dar cuenta, ya hemos llegado a la base. Luke, que va justo por delante de mí, me agarra la mano para ayudarme a subir y yo hago lo mismo con Corvin.

Un pie y luego otro. El viento nos sacude y estamos cubiertos de polvo. Mucho más que antes. El azote implacable del aire caliente, nos hace entrecerrar los ojos por las virutas de arena que me cubren las pestañas. Respirar se vuelve una tarea difícil. Caminamos por el escaso bordillo, deslizándonos por la pared para no precipitarnos al vacío. Entonces, la veo. Una puerta. Axel saca su cuchillo y con cuidado lo introduce por una rendija, tocando el punto exacto,

ejerciendo la presión necesaria para que la puerta se abra. Con rapidez, los chicos van entrando por la pequeña rendija abierta, Axel se queda el último. Cuando llega mi turno, nuestros ojos se cruzan unos instantes que parecen eternos y me pierdo en el verde de su mirada, presa de la adrenalina del momento. Solo pienso en decirle lo sexy que está cuando se pone en plan líder. Pero guardo silencio y me adentro en el callejón.

Pocos segundos después entran Corvin, Axel le sigue de cerca. Nos sacudimos el polvo y la arena de encima y nos descubrimos el rostro antes de continuar avanzando. Me pesan los párpados y la sequedad de los ojos me obliga a cerrarlos repetidamente. Las lágrimas se desbordan por mis mejillas limpiando esa suciedad y poco a poco la claridad se va abriendo paso en mis pupilas.

Lo que ven ahora mis ojos me descoloca. Desde fuera, la ciudad no parecía tan inmensa. Grandes edificios, luces por todos lados y gente que viene y va. Una gran urbe sin lugar a dudas, hecha a imagen y semejanza de lo que debio ser la Tierra tiempo atrás. Según Axel, estas ciudades han sido construidas con los pocos vestigios de tecnología que quedaron después del *Día Glorioso*.

Es una ciudad moderna, pero destruida. Tecnológicamente avanzada, pero sucia. Reconfortante, pero insegura. Aquí dentro, parece ser ya noche cerrada, las farolas alumbran solo unas pocas

zonas. Miro hacia arriba y la gran cúpula opaca desde fuera, no es más que un oscuro cristal tintado, que deja pasar la luz justa y necesaria. Se vislumbra débilmente el cielo y el grosor del cristal hace mucho más agradable la temperatura que en el exterior.

Algunos humanos se desplazan en una especie de vehículos voladores, otros van caminando. Los dibujos del reino de Tecnara acuden de nuevo a mi mente. Las similitudes son innegables. Los transeúntes apenas reparan en nosotros, lo que me habla de un lugar en el que la gente viene y va sin parar. Una ciudad sin habitantes fijos.

Algunos de ellos tienen extremidades robóticas, otros parecen haber mejorado su apariencia con un tipo de inteligencia artificial desconocida para mí. Sus rostros, hermosos, se asemejan a los habitantes de los reinos celestiales. Todo es asombroso y desconcertante y me siento abrumada por la cantidad de información que mis ojos tienen que procesar. Tragó saliva dúramente, lo que me recuerda una vez más la sequedad de mi garganta.

—Hoy, por fin, comeremos algo decente. —La voz de Axel es cálida. Me mira —. No te ofendas, has hecho lo que has podido con lo que teníamos. —Sonríó con sutileza.

Su repentina amabilidad me desconcierta y me hace sucumbir a la ira de nuevo.

—¿Te gusta Rubí?

—Es ... francamente hermosa —aseguro, sin encontrar las palabras exactas que describan este lugar. Él me sonríe. Parece que podremos tomarnos una tregua después de todo.

Axel nos conduce hasta lo que parece una taberna, dónde la limpieza brilla por su ausencia, para qué mentir. Está claro que sigue siendo mejor que comer en el bosque a la intemperie. El lugar está plagado de tipos con las peores pintas inimaginables. Ir acompañada de otros hombres me hace sentir algo más protegida, ciertamente.

Los maleantes me miran de arriba a abajo y alguno que otro se atreve a guiñarme un ojo, mientras cuchichean entre ellos. Los ignoro e instintivamente agarro a Corvin del brazo, lo que acaba inmediatamente con las miradas indeseadas.

Nos sentamos en una mesa al fondo de la sala y pronto, una camarera de pelo oscuro, recogido en una coleta alta, nos trae vino en unas jarras y algo de comida. Comida que devoramos sin rechistar. El vino me quema la garganta y el sabor amargo me gusta. La comida no sabe mal, aunque no se compara a la comida celestial de nuestros reinos y menos aún a la de la cocinera de nuestro

castillo. Pienso en comentárselo a Corvin, pero veo que Axel nos observa y decido mantenerme en silencio.

El grupo se va animando con la música que resuena en el lugar, a través de unos aparatos electrónicos pegados a la pared, aparatos que no he visto nunca antes. Pero que hacen que el sonido suene estruendosamente fuerte. Parece magia, hasta se me olvida que aquí no existe.

Los chicos se van levantando y empiezan a bailar. Tim y Jake cogen de las manos a Corvin para levantarlo. Animándolo a que se una a su baile. Corvin ya lleva unas cuantas jarras de vino y está animado y sonriente. Me gusta verlo relajado, después de todo lo que hemos tenido que pasar. Tiene las mejillas sonrojadas por el calor de la bebida y el sudor le resbala por la frente, lo que le hace aún más atractivo si cabe.

De pronto me doy cuenta que lo estoy mirando demasiado, cuando nuestras miradas se cruzan, le devuelvo una sonrisa fugaz. Me tiende la mano para que le acompañe en el baile y sin pensarlo mucho, me uno a los chicos. La fiesta me hace recordar las celebraciones de palacio. El sentimiento de despreocupación mientras mis pies se mueven al ritmo de la música. Soy consciente de la sonrisa que se me dibuja en la cara entre carcajadas. Bailo con los gemelos, también con Hoge, que me alza al vuelo con sus

brazos gigantes y fornidos. Me fijo en Pharrel que mueve las piernas lánguidas de una forma peculiar, pero sumamente divertida y me percato de que hacía mucho tiempo, demasiado, que no me divertía de esta forma.

Luke por su lado, está apoyado en la barra y si no fuera por la cantidad de barriles que se apilan en una esquina de la taberna, diría que ha acabado con todas las provisiones. Lleva toda la noche bebiendo. Axel permanece sentado en la mesa, mirando el contenido vacío de su vaso y entonces, como si mi cuerpo se moviera solo, debido a una fuerte atracción magnética, me encamino hacia él. Me suelto de los brazos de Hogee con una sonrisa de disculpa y camino decidida hacia Axel. Me siento a su lado, mantengo la vista clavada en la fiesta.

—¿Tú no bailas? —Me mira sorprendido.

—¿Me estás pidiendo un baile, pelirroja? —Niego con la cabeza, mordiéndome el labio inferior. A él se le escapa una carcajada. — Supongo que no se me da bien... —admite, entonces.

—Dudo que exista algo que no se le dé bien al arrogante de Axel...

—Me arrepiento automáticamente de mis palabras que seguirán alimentando su inconmensurable ego. Él sonríe, como si pudiera leerme la mente —. Aunque, ciertamente, si hay algo que se te da

terriblemente mal.—Arquea las cejas a la espera de que me explique —. La modestia.

—Eh... Princesita ¡No te pases! —Me da un codazo y se le escapa una risa que me contagia.

—¿Por qué me llamas princesa? —Que ambos me llamen por el mismo calificativo, me resulta desconcertante en ciertas ocasiones.

—Salta a la vista ¿no? —Cuando me dirige una sonrisa picarona, yo me estremezco por su belleza exótica.

—Es obvio que no... Si no te estaría preguntando —digo poniendo los ojos en blanco. Axel aparta la mirada, negando con la cabeza.

—Desde que apareciste, con esa actitud de princesita herida, deseando ser salvada... No he podido pensar en otra cosa.

Me ofende que me vea así, me ofende haberme mostrado así. Pero soy consciente de que en el fondo lleva razón y durante toda mi vida no he sido más que una princesita mimada. Oculta. Sobreprotegida tras los muros de mi castillo. Ajena a la realidad del mundo y los peligros que acechaban ahí fuera. Pero todo eso, él no lo sabe.

—Y después está el hecho de que todo te de asco. —Se echa a reír de nuevo. Yo no le veo ni un ápice de gracia —. Tocas todo como si te fueras a contagiar de una grave enfermedad y limpias los

utensilios con un trozo de tela antes de comer... Elara ¡Ni que te hubieras criado entre algodones! —No sé qué decir, porque sí que lo he hecho. Pero me molesta su comentario. La sangre se me concentra en las mejillas.

—Eres un idiota. —Hago una pausa breve —¡Y un guarro! —Su risa ahora es estridente —¡No es mi culpa que tú estés acostumbrado a beber hasta de un charco! —Ralentizo el tono de mi voz —. De dónde yo vengo, las cosas son diferentes. —Sé que no debería haber dicho eso.

Permanecemos en silencio un rato.

—No sé lo que te trajo hasta aquí, pero espero que puedas volver a casa. —Me mira a los ojos y el verde intenso de su iris me envuelve como una seda delicada. Quiero perderme en ellos para siempre. Y sus palabras... Parece que de repente y por primera vez, hablamos el mismo idioma.

Se acerca un poco más. Sus labios forman una fina línea a causa de su sonrisa pícaro, dejando relucir su dentadura perfecta, poco común a lo que se ve por aquí.

—Voy a echarte de menos. —Su rostro se tensa de pronto, al igual que el mío. Su declaración me pilla de sorpresa.

—Yo también —admito.

Lo cierto es que me gustaría agradecerle todo lo que ha hecho por mí estos días. He de reconocer que me ha ayudado y enseñado a sobrevivir en esta Tierra desconocida. Sin embargo, siento la mirada de Corvin demasiado cerca y como si le debiera algún tipo de respeto, como si estuviese haciendo algo malo, guardo silencio.

Axel se percata y recula cuando Corvin se acerca a nosotros. Deposita una mano sobre mi hombro, con la vista clavada en él. Me quedo helada por el contacto y permanezco en silencio.

Debería montarle una buena por la forma en la que intenta marcar territorio frente a Axel. Me enfurece su actitud. Rápidamente, me zafo del contacto de su mano. Me pongo en pie y con paso decidido me encamino hacia la salida en busca de un poco de aire. La música me retumba en los oídos y me está empezando a doler la cabeza. Oigo los zapatos de Corvin pisándome los talones.

—Corvin, déjame un momento sola. Por favor. —Me giro bruscamente para mirarle y él asiente desconcertado —. Por cierto, es de muy mala educación interrumpir una conversación ajena. —Sin decir nada más, me precipito por la puerta de salida.

Estoy ardiendo de rabia “¿Por qué estoy tan enfadada?” Pensé que el aire fresco le haría bien a mis pulmones y a mi rostro caldeado. Pero aquí no corre ni una leve brisa. Recuerdo que no estamos al aire libre, sino en una ciudad amurallada, cubierta por una enorme

cúpula, que apenas deja entrever el cielo exterior. Vuelvo a estar encerrada, como en aquella celda del castillo.

La respiración se me entrecorta y se me dificulta por momentos. Los latidos de mi propio corazón se me agolpan en los oídos. Permanezco así unos minutos, intentando tranquilizarme, pero entonces, una mano cálida y reconfortante me agarra del brazo con firmeza. No soy del todo consciente de lo que pasa a mi alrededor, pero los brazos fuertes y cálidos me aprisionan contra su pecho firme "Axel". Cierro los ojos, inundada por la comodidad y la calidez. Nuestras respiraciones se van acompasando. Una lágrima se escapa rodando por mi mejilla y Axel la recoge al vuelo, rozándome la piel con la yema de los dedos. Saco mi cabeza de entre su cuerpo y lo miro a los ojos que le brillan con dulzura.

Mis labios se entreabren en busca del contacto que tanto anhelo. El que llevo deseando desde ayer con tanta intensidad. Pero, de pronto, se aparta de mí con brusquedad. El grupo sale por la puerta, están hablando a voces.

Reanudamos la marcha en silencio, mientras el resto del grupo charla animadamente, excepto Corvin, que no aparta la vista de nosotros. Me incomoda, me enfada y sé que tengo una conversación pendiente con él al respecto. Estoy harta de sentirme una muñequita a la que hay que cuidar y proteger. Estoy harta de que me trate de

esta forma sobreprotectora y que no me deje tomar mis propias decisiones “¿Y si decidiera quedarme con Axel qué? ¿Él me lo impediría?” La pregunta retumba en mi cabeza, deseosa por salir de mi boca.

Llegamos a un pequeño y sucio hostel en la esquina de una bocacalle. Sin duda, el lugar ha pasado por tiempos mejores, pero al menos nos ofrecerán una cama y cobijo esta noche. Axel habla con la señora de recepción que nos lanza una mirada de desaprobación, escudriñándonos de arriba a abajo. Nos conduce a una habitación con innumerables literas apiladas y rápidamente los chicos se reparten las camas. La última litera es para Corvin y para mí.

—¿Quieres arriba o abajo? —Me sonrojo con la pregunta y mi mente divaga por derroteros que no debería. Corvin se da cuenta — ¿Quieres dormir en la cama de arriba o en la de abajo? —corrige su pregunta para sonar más correcto , evitando que sus palabras lleven a error.

—Elige la que quieras —respondo con desgana. Sin olvidar el momento de incomodidad que me ha hecho pasar esta noche.

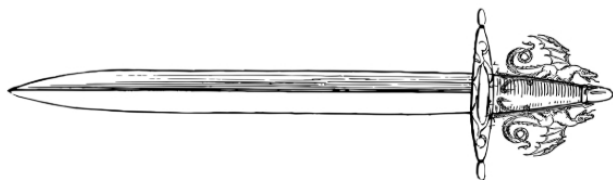
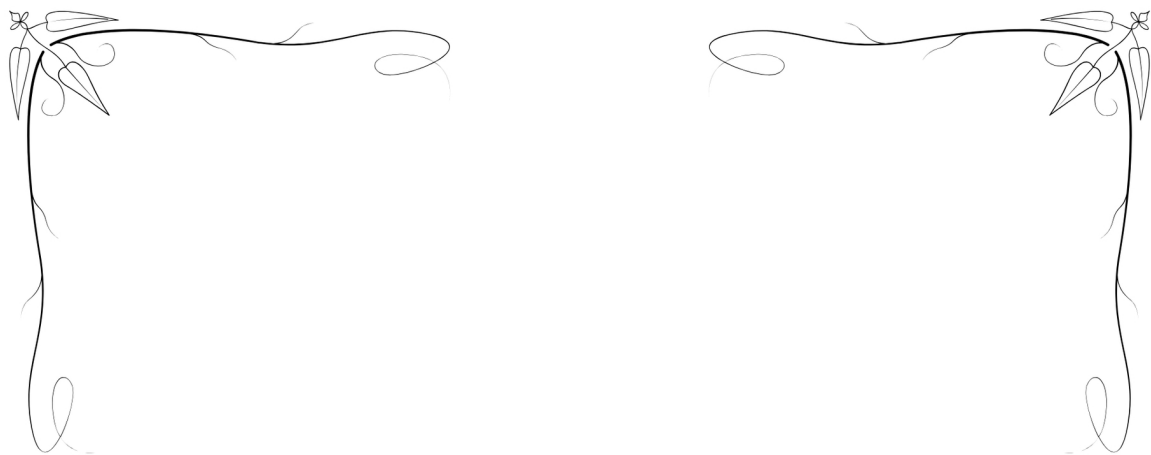
Sin mirarlo un segundo más, me dirijo al baño para asearme en condiciones normales, por una vez en días. La ansiedad de mi interior se ha calmado y eso en gran parte se lo debo a Axel. Cuando salgo de la ducha, con el pelo limpio y oliendo a jabón,

siento que no podría estar más agusto. Lavo mi ropa a mano en la pileta con un poco de jabón y la dejo secando al lado de mi cama. Me quedo solo con la ropa interior, un sostén de color blanco casi transparente y unas delicadas braguitas a juego. Me encantaría tener a mano un camisón.

No me pasa desapercibido como Axel acalla los cuchicheos y risitas de los chicos cuando me dirijo en paños menores hacia mi cama. Noto los ojos de Axel clavados en cada centímetro de mi piel antes de ocultarme entre las sábanas.

Corvin ha elegido la litera de arriba, así que me recuesto en la de abajo y mi cuerpo se estremece con el tacto suave de las mantas. Mi columna vertebral agradece la firmeza del colchón y el cansancio consigue que pronto me vaya abandonando al sueño.

De entre los barrotes, la mano de Corvin se escapa, buscando la mía desde la cama de arriba. Este momento, el reconfortarnos a escondidas durante la noche, se ha convertido en nuestro propio código secreto. Un acuerdo intrínseco. Sin pensarlo lo agarro y la calidez de su contacto hace que en pocos segundos, caiga en manos de Morfeo.



Capítulo 12

Elara

El amanecer se filtra de forma delicada por las finas cortinas de los ventanales y por un momento, la calidez de la cama me hace creer que estoy en casa. En Armaria. Abro los ojos y me sorprendo a mi misma al darme cuenta que he dormido toda la noche agarrada a la mano de Corvin. No nos hemos soltado, ni un momento. El calor acude a mi pecho y sube por mi cuello, encendiendo mis mejillas. Instintivamente retiro la mano, avergonzada.

Lo último que quiero es que malinterprete el gesto. Sin embargo, no puedo negar que cuando estoy con Corvin, es como si una parte de mi aún siguiera en casa. Como si sintiera mi hogar un poquito más cerca. Como si con él, ese rincón perdido de mí volviera por un breve instante. Su voz a través de los barrotes de aquella celda, cuando daba todo por perdido. Cálida, tranquilizadora. Insufló esperanza a mi corazón en aquel momento.

La intensidad vivida en los últimos días, hace que todo eso parezca muy lejano. No debo olvidar que aún tenemos una conversación pendiente. Sé que debo exponerle todo lo que no hemos podido hablar en los últimos días. Necesito establecer límites y que sepa lo importante que nuestra amistad es para mí, pero no voy a permitir que se sobrepase o me sobreestime. Ni mucho menos que me haga sentir menos. Su sobreprotección roza lo autoritario de una forma que no me gusta.

He pasado dieciocho años de mi vida pensando que no podía valerme por mí misma y que debía aceptar sin resistirme, cualquier decisión que otros tomaran por mí. Pero eso llegó a su fin. Se acabó.

Lo oigo moverse en su colchón y sé que está despierto. Giro la cabeza al notar unos ojos pardos clavados en mí y solo por lo que me hace sentir su mirada, ya se que es Axel quien me observa desde la otra punta de la habitación. Nos separan varias camas de

distancia, pero me giro para mirarlo aún tumbada. Una sonrisa irremediable se dibuja en mi rostro. Una sonrisa que se apaga al instante al recordar que probablemente hoy sea la última vez que lo vea. No decimos nada, pero decimos mucho con el silencio de nuestros gestos.

Nos observamos unos minutos en silencio antes de que la habitación se llene de un jaleo persistente. Los chicos se levantan y comienzan a hablar y reír a gritos, recogen sus pertenencias y se hacen bromas los unos a los otros. Observarlos me hace pensar en lo diferente que es la vida aquí. En lo profundas que se forjan las conexiones que nacen de la soledad y la desesperación. De la adversidad.

Aprovecho el bullicio y me meto al baño para asearme. Cosa que no ha hecho ningún otro integrante del grupo, todo hay que decirlo. Dejo que el agua limpie mi piel, como si así pudiese arrastrar todos mis pensamientos intrusivos.

La puerta se abre de golpe, en el momento en el que pongo un pie fuera de la ducha. Me sobresalto, me tapo instintivamente con los brazos. Estoy completamente desnuda y el brillo del sol se filtra por el pequeño ventanal del baño. Confiriendo un ambiente cálido a la estancia, que se mezcla con el vapor del agua caliente.

Mi corazón se acelera cuando veo a Corvin parado en el umbral de la puerta. Petrificado, observándome. Sus ojos repasan mi cuerpo

lentamente, como si intentara memorizar cada recóndito lugar, cada pliegue, cada peca... Veo el rubor encenderse en sus mejillas, el cual me contagia. Se relame, humedeciendo sus labios y el calor va a parar directamente a mi entrepierna. Me mira con tanta intensidad que las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. En ese momento, sé que nuestra amistad acaba de cambiar para siempre. No porque acabe de verme desnuda, si no por lo que la profundidad de sus ojos azules me ha hecho sentir.

Tras varios segundos eternos, se voltea con rapidez, quitándome la cara. Sin embargo, permanece de pie en el mismo sitio. No abandona el aseo.

—Di... discúlpame, Elara ... Yo... —Su voz sale con nerviosismo de su garganta y se me escapa la risa.

Me coloco la ropa rápidamente para acabar con la incómoda situación. Pantalones y camiseta. Mis pezones se endurecen, haciéndose más visibles sobre la fina tela.

—Solo venía a por mi ropa, anoche la dejé aquí —afirma. Acto seguido, gira la cabeza al percatarse de que estoy vestida y nuestros ojos vuelven a encontrarse un instante.

Reparo por primera vez en su torso desnudo y brillante por el sudor, lo que me deja completamente muda. Sus pectorales marcados y la

firmeza de su abdomen, sin llegar a ser un tipo demasiado musculado, lo convierten en una verdadera obra de arte. Es obvio que las horas de entrenamiento no han sido en vano.

El calor es latente en la habitación, en la que parece haber aumentado la temperatura más de diez grados. Rápidamente recoge sus pertenencias y se las lleva al pecho de cualquier manera. Antes de salir me dirige otra mirada y una media sonrisa fugaz, que le devuelvo. Sale de la habitación, pero el calor de su presencia sigue latente y me envuelve como una manta "¿Qué diantres me pasa?"

Intento aplacar el torbellino de emoción, mientras me recojo el cabello en una trenza. Mis manos tiemblan nerviosas mientras ajusto los pliegues de mi ropa. Me observo en el reflejo que me devuelve el espejo. Mis ojos me devuelven una mirada que no reconozco. La de alguien que no sabe lo que siente ni porqué. Las dudas crecen en mi pecho. Las ganas irrefrenables que siento por Corvin en estos momentos, se ven apaciguadas cuando pienso en Axel. Me siento como una gata en celo, incapaz de contener mis impulsos. Sedienta de un placer impetuoso.

Termino de arreglarme y salgo del baño apresurada. Lista para dejar atrás este maldito lugar y todo lo que me hace sentir.

Los chicos ya han recogido prácticamente todo y un aura de tristeza invade la habitación, cuando el aroma a despedida flota en el

ambiente. Los gemelos me miran con caras de cachorrito herido y se me encoje un poquito el corazón al pensar que tengo que despedirme de ellos. Es increíble el cariño que le he cogido a estos chicos en unos pocos días. A todos ellos. Como si en poco tiempo me hubieran dado lo más parecido a una familia que he tenido nunca. Eso me entristece. Me entristece que el egoísmo de Axel sea lo que haga que tengamos que separarnos. Pero ellos tienen su camino y nosotros el nuestro. Pertenecemos a mundos diferentes “¿Qué haría si no? ¿Convertirme en una nómada errante, vagando por la Tierra hasta el fin de mis días?” Me cuestiono una vez más cada una de las opciones.

Nuestros caminos se separan aquí y es lo mejor. Soy consciente de que la ayuda de Axel sería primordial para encontrar el camino a casa. Pero “¿Cómo le explicamos que debemos subir a un reino asentado en los cielos, creado por los dioses cientos de años atrás?” Hasta qué punto, revelar el gran secreto de los dioses supondría un horrible castigo para nosotros. Sinceramente, no quiero arriesgarme a encontrar esas respuestas.

La cabeza me da vueltas y un vacío se instala en mi interior cuando terminamos de recoger nuestras cosas. Salimos por la puerta de la habitación del hostel y llegamos a la pequeña recepción.

Alcanzo a ver como Axel deja una bolsa de tela sobre el mostrador de la recepción. Entiendo que será el pago por haber pasado la noche aquí. Me mira y como casi siempre que me pilla observándolo así, se asegura de explicarme cómo funcionan las cosas aquí. Como si en el fondo entendiera a la perfección que provengo de un lugar lejano. Muy distinto a este.

—Algunas monedas de cobre que podrán vender por algo de comida. Aquí el dinero ya no tiene ningún tipo de valor. —Asiento, aunque no sé bien a qué se refiere con “dinero”.

En Armaria, los tratos y el comercio se hacen mediante intercambios entre los reinos. Cada reino cuenta con unos recursos primarios y se intercambian entre unos y otros en función de las necesidades de cada uno. Lo que conocemos como trueque.

—Escasean los recursos, por eso los materiales suelen ser la moneda de cambio.

—Entiendo... No discierne mucho de cómo hacemos las cosas, de donde vengo. —Axel me clava la mirada, como si estuviese intentando leer entrelíneas.

—Otras veces los pagos se hacen a cambio de algo de diversión... — Se echa a reír cuando se percata de la expresión de mi cara. Su carcajada aumenta cuando se me acaloran las mejillas. Intuyo a lo

que se refiere y me parece repugnante, por lo que zanco de inmediato la conversación.

Me apresuro a salir del hostal, tontamente acalorada. Las calles grises de la ciudad son un revoltijo de gente que viene y va. De coches. De ruido. Ignorantes a la desolación que siento. La vida sigue corriendo. El sol en lo alto de la cúpula nos anuncia que ya debemos pasar del mediodía. Sin embargo, el grueso vidrio que nos envuelve hace que todo tenga un color grisáceo y lúgubre.

Una pareja joven abre la puerta de una casa destartada justo enfrente. Observo las ventanas de los edificios que nos rodean, las cuales dibujan escenas cotidianas de los habitantes de este lugar. Lo que me recuerda que para otros, este es su hogar. Para mí, no se trata más que de otro lugar que dejo atrás.

Todos están fuera. El momento nos apremia. Toca separarnos de los Caminantes de las cenizas.

—Bueno, chicos... Ha sido un placer. —Hogee se dirige primero a mí y luego a Corvin. Me envuelve con sus fornidos brazos estrujandome y se me escapa una lagrimilla ante este grandullón que sé que en el fondo tiene un gran corazón —. Siento haber sido tan duro contigo al principio, Elara —susurra en mi oído.

Le devuelvo una sonrisa cálida cuando nos separamos, sus manos reconfortantes aún descansan sobre mis hombros. Se me anegan los ojos de lágrimas.

Luego me despido de Tim y Jake, que se cuelgan de mi cuello, llorando a lágrima viva. Sus estruendosos sollozos son el hazmerreír del grupo. Con sus bromas torpes, intentan hacerme reír entre lágrimas. La capacidad de estos chicos por ver la luz incluso en los momentos más difíciles, me hacen recordar el porqué se han ganado mi corazón tan rápidamente.

—No os olvidaré —les aseguro, acariciándoles las mejillas a los dos a la vez con un gesto fraternal. Se me encoge el corazón un poquito más.

Pharrel, justo detrás de ellos, me da un abrazo firme y me sonrío. La inteligencia e intuición de este chico son inmensas. Fugazmente, pasan por mi memoria las conversaciones que hemos tenido estos días, en las que me hizo todo un alarde de conocimiento de especies de flora y fauna de una Tierra ya extinguidas. Me tiende un libro con la mano derecha y lo miro a los ojos ilusionada. Quiere asegurarse de que me acuerde de él y ese simple gesto hace que me arda el pecho. No necesito un libro para acordarme de él cada vez que lea uno.

El libro no tiene título, ni ningún dibujo en la portada. Paso la mano por la cubierta de cuero desgastada. Sus ojos me miran resplandecientes y vislumbro un ápice de advertencia desconcertante. Acto seguido, lo guardo en el bolsillo de mi chaqueta.

—Gracias —le digo. Su sonrisa es de oreja a oreja.

—Nunca dejes de aprender, señorita Elara. —Me guiña un ojo y en ese gesto intuyo algo más que no alcanzo a comprender en ese instante.

Luke con los brazos cruzados masca algo con desdén mientras me mira con la mandíbula apretada. Aunque no he interactuado mucho con él, sé que tiene un gran corazón, cegado con la venganza. Solo espero que algún día pueda encontrar la paz.

—Adiós Luke.

—Elara... —Me tiende la mano para darme un apretón, pero yo tiro de él y aprovecho el contacto para darle un abrazo.

Sus hombros se relajan con la calidez de mi contacto y no es difícil intuir que hacía mucho tiempo que no recibía uno. Lo alargo unos segundo más de lo habitual. Me separo unos centímetros de él. Me sonrío cuando se encuentran nuestras miradas.

—Buena suerte. Mereces ser feliz, Luke. —El chico asiente y su semblante se endurece por mis palabras.

Finalmente toca el turno de Axel. La distancia entre nosotros es como un muro invisible que nos separa irremediablemente. Un muro que separa nuestros mundos. Nuestras vidas, tan distintas, tan dispares... Ojalá supiera todo lo que me ha enseñado sobre la realidad de la vida en tan poco tiempo. Ojalá supiera cuánto le agradezco que me salvara la vida la primera noche en aquella cueva. Ojalá pudiera devolverle todo lo que le debo algún día. "Lo intentaré, juro que lo intentaré, por él. Por todos".

—Elara, yo... —Da un paso adelante, colocándose muy cerca de mí. Parece estar buscando las palabras adecuadas antes de hablar —. Siento que las cosas tengan que ser así. De verdad, lo lamento. —La culpabilidad cruza su mirada cristalina.

— Podrías acompañarnos... —digo sin pensar en las consecuencias. Mis ojos llegan a su barbilla, así que tengo que subir la cabeza para poder mirarlo directamente.

—Sabes que no puedo... Ellos me necesitan, Elara. —Asiento. Entiendo la responsabilidad que se cierne sobre sus hombros —. No sería justo dejarlos ahora, no después de todo lo que hemos pasado... El sur es nuestra única esperanza. —Asiento sin saber bien qué decir —¿Cuál será vuestro destino?

—Aún no lo sé —admito. Él asiente y deja entreabrir sus labios con un suspiro.

Su respiración se va acelerando. Su aliento acalorado sobre mí. Se me escapa una exhalación demasiado sonora. Su mirada se pasea, de mis labios a mis ojos nuevamente, en un baile lento y letal. Las ganas de besarlo se me hacen incontrolables.

—Quizá vuelva a casa... —añado y enseguida, trago saliva, lubricando mi garganta seca.

—Sea lo que sea lo que decidas, espero que encuentres tu sitio, princesa. —Sus palabras me acarician el corazón y noto como los ojos se me inundan de lágrimas de nuevo, lentamente.

Aparto la mirada para evitar que me vea así. No quiero que sea tan evidente lo que siento. Cuando estoy con él a veces me siento tan expuesta como un libro abierto. Preparada para ser leída. Casi desnuda. Rubor otra vez...

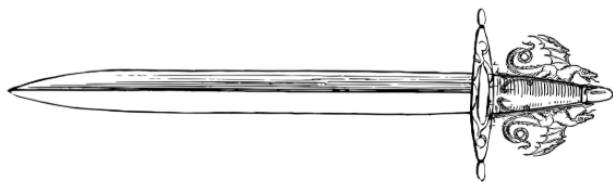
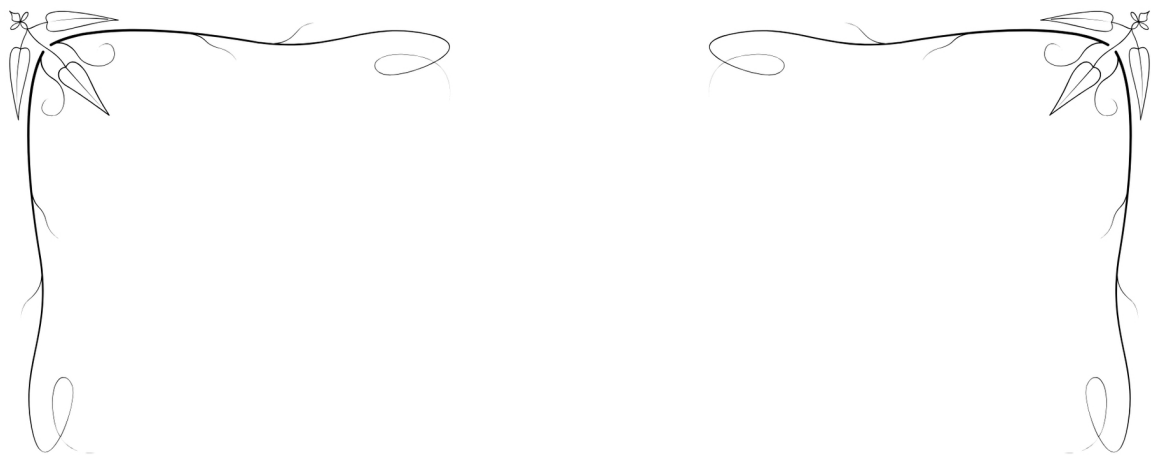
—Adiós, Elara. —Sus palabras se me clavan como cuchillos. Mi mente intenta retener la última vez que sus labios aspirarán mi nombre.

—Adiós, Axel. —Suelto un suspiro. Me percató de la oscuridad que se ha forjado alrededor de su mirada.

Rápidamente, se gira y parece que intenta ocultar unas lágrimas feroces que se han escapado por su rostro de piedra. Cuando Corvin se despide de los chicos y de Axel con un rápido movimiento de cabeza, procedemos a caminar. Cada grupo en una dirección, separando, ahora sí, nuestros caminos para siempre.

“¿Y sí me mira?¿Y sí se ha vuelto para mirarme?” Mi mente me traiciona. Se me acelera el pulso cuando, sin detener mis pasos, me giro. Busco su mirada unos segundos, esperando su correspondencia. Espero unos segundos más, observando al compungido grupo que avanza con parsimonia, mientras rezo a todos los dioses por ver el rostro de Axel una vez más. Solo una mirada. Solo una...

Pero no lo hace y cuando pongo de nuevo la vista al frente, veo por el rabillo del ojo la mirada de Corvin. Me observa con un semblante muy serio. Unos pasos más y los “Caminantes de las Cenizas” se pierden en la oscuridad de la ciudad.



Capítulo 13

Elara

Nos lleva horas inspeccionar la ciudad de arriba a abajo. Sin siquiera saber qué buscamos exactamente. Corvin y yo no nos hemos dirigido la palabra desde que nos despedimos del grupo. A pesar de que ahora podríamos hablar con total libertad.

Ha llegado un punto en el que caminamos por inercia, por costumbre impuesta durante los días anteriores. Ni siquiera me

duelen los pies y las piernas se han acostumbrado al ejercicio físico. Ahora las siento mucho más tonificadas.

Por otro lado, el no tener el sol abrasador quemándome la coronilla, convierte la caminata en un paseo. Además, el suelo firme que pisamos, hace nuestros pasos más contundentes y menos pesados. El movimiento de la ciudad es casi imperceptible desde dentro. Lo que me desconcierta al recordar cómo tembló la tierra cuando el gigante robótico se acercaba a nosotros.

Caminamos sin rumbo, perdidos entre callejones interminables y luces parpadeantes. En esta ciudad debe de haber algo, un indicio, una señal de que aún podemos regresar. Al menos, eso es algo que Corvin cree con ferrea convicción. A cada paso, la incertidumbre crece más detrás de mí, como una sombra. Eso, unido a la desolación y el vacío incesante en mi pecho. Despedirme de Axel, dejar atrás esa extraña atracción que siento por él, me ha destrozado por completo. No lo puedo negar.

Sin embargo, sé que este no es mi sitio. Armaria es mi hogar y pensar en lo que mi partida haya podido suponer para mi reino me aterroriza. Un reino a manos de un rey tirano, capaz de asesinar a su propia hija, solo por no haber cumplido sus expectativas... Y luego está Niebla, un reino sin rey. Como aparecía en mi visión, un trono vacío. El lugar dónde encontrar las respuestas sobre mi don,

sobre mis orígenes. Puede que mi madre aún siga allí, pero si es así “¿Por qué nunca se preocupó de buscarme?” Los pensamientos incesantes me dejan agotada el resto del día.

Desde que pisé por primera vez esta Tierra, no he vuelto a tener una visión. El poder hueco, vacío, lejano. Aún lo siento en las venas, de forma muy débil. Pero como si este estuviese sordo, como si yo fuera incapaz de llamarlo. Una visión, eso solucionaría muchos de nuestros problemas. Nos daría las respuestas que estamos buscando.

Un nudo se me instala en el estómago y el temor me paraliza “¿Y si he perdido mi poder para siempre? ¿Y si ese es el verdadero castigo de los dioses?” Las preguntas sin respuesta llevan días atormentándome y mi mente empieza a estar más cansada que mi cuerpo en sí.

—Elara, deberíamos parar a comer algo. Preguntar a los residentes...

—Las primeras palabras de Corvin en horas, me liberan de mis pensamientos. Lo que me hace sentir por un momento, terriblemente aliviada.

—Claro. —Asiento. La voz me sale áspera.

Es entonces cuando me percato de la inmensidad de este sitio. Llevamos horas caminando y no hemos llegado al final. “O no hay un

final o estamos caminando en círculos”, me digo.

Axel nos ha dejado un pequeño kit de supervivencia que nos será útil, con algunos cuchillos y utensilios, así como un saco de monedas de cobre que nos servirán para conseguir algo de comida o encontrar un lugar donde pasar la noche. Nos acercamos a una taberna, esta tiene unos carteles con luces brillantes que parpadean de forma incesante. Según el cartel, su especialidad son las sopas. Antes de que Corvin ponga un pie en el establecimiento lo detengo, agarrándolo del brazo.

—Corvin, no podemos ir preguntando a la gente sobre los Siete Reinos sin más. Llamaremos demasiado la atención. —Mi advertencia lo pone también en alerta.

—Tienes razón. —Traga saliva con dificultad y me clava su iris azul celeste, ensombrecido por la oscuridad de la tarde —. Eso reduce nuestras posibilidades de encontrar lo que necesitamos.

—Dudo mucho qué, si alguien tiene esas respuestas, quiera compartirlas con nosotros sin más. —Asiente entonces, como dándome la razón.

—Existen otras formas —responde.

Corvin fue instruido como guardia del rey, debe conocer infinitos “métodos” para hacer hablar a la gente. No sé qué responder a eso.

Me agarra la mano y con un apretón pretende tranquilizar la inquietud que se forja en mi interior. Nos acercamos a la puerta, cuando justo un hombre abandona el establecimiento. Hace chocar su hombro contra el de Corvin de forma ruda. Se para en seco. Nos mira. Nos observa, pero sobre todo a mi. Me mira de forma tan agresiva a los ojos que me hace sonrojarme.

El pelo le cubre casi por completo la cara y sus ropas harapientas le confieren un aspecto sucio y descuidado. Debe de rondar los treinta años, pero su apariencia roñosa le echa unos cuantos años encima.

—Disculpe —le dice Corvin, como si hubiese sido él quien ha iniciado el encontronazo.

El hombre no responde. En vez de eso, se aleja con paso lento, aún mirándonos. La sangre se me hiela bajo las venas y a pesar de ir acompañada de Corvin, vuelvo a sentirme tremendamente insegura. Parece que su cuello se va a romper en dos, porque a pesar de su lejanía, aún se gira para mirarnos.

—Vamos. —La serenidad en el rostro de Corvin consigue tranquilizarme. Sus facciones marcadas, casi pétreas, se endurecen de tal forma, que evocan a una escultura antigua.

Avanzamos hacia la entrada de la taberna. Tan oscura que casi parece una cueva. Nos paramos en seco tras atravesar la puerta,

mientras nuestros ojos se acostumbran a la poca luz del lugar. El olor a humedad y a sopa rancia me inunda las fosas nasales. Las "luces mágicas" parpadean creando sombras espeluznantes sobre las paredes. O quizá es mi mente la que imagina cosas que no son. Las llamo "luces mágicas" porque no parecen velas, ni lámparas de aceite. Estas luces parecen tener una llama inamovible en su interior, sin embargo no danza como el fuego. Están recubiertas de vidrio y la luz que reflejan es de mayor alcance que la de una vela. Aún me sorprende lo diferentes que son las cosas aquí.

Desde la barra del bar, las cabezas de al menos diez hombres, se giran para mirarnos. Cómo si pudieran adivinar que no pertenecemos a este lugar. Que escondemos algo.

Caminamos en silencio hasta la mesa más alejada y nos sentamos el uno frente al otro, en unas mugrientas banquetas de madera. No tarda más de unos minutos en aparecer, la que parece ser la dueña del local. Libreta y lápiz en mano para tomarnos nota. La rechoncha señora me mira fijamente, como si quisiera memorizar mi rostro. Como si tras su mirada dulce y sus espesas pestañas, el pensamiento de que nuestra presencia aquí le traerá problemas, quedara latente. Pedimos dos sopas de la casa y el silencio entre los dos se rompe, cuando Corvin me dedica una sonrisa, con sus labios estirados en una fina línea.

—No parecen que estén acostumbrados a los turistas. —Una risilla se escapa de sus labios y yo le correspondo con una sonrisa. En un intento por establecer una cercanía entre nosotros, algo menos tensa.

—No, parece que no... —respondo con desgana. Esperando a que sea él quien inicie la conversación.

—Oye... —Sus labios se separan para captar mi atención, me desconcentra su belleza celestial —. Sé que les tienes cariño, Elara. —Las lágrimas acechan mis ojos, deseosas de salir —. Ese grupo te salvó la vida.

Me cuesta tragar el nudo de emociones que ha ido creciendo en mi garganta. Subo la barbilla para mirarle directamente a los ojos, siendo consciente de toda la tristeza acumulada que se refleja en ellos.

—Yo también estoy agradecido con ellos, más de lo que puedo expresar. —Por un momento, las palabras parecen pesarle —. Pero, tenemos que volver. —Sus ojos buscan los míos con urgencia, al tiempo que desliza una mano temerosa sobre la robusta mesa de madera.

Le agarro la mano, sin saber aún cómo responder a sus palabras. Sé que tiene razón, pero eso no significa que deje de dolerme.

—Nuestro hogar nos necesita, incluso si nos han dado la espalda por completo. Armaria... —Una breve pausa —Niebla... Nos necesitan, Elara. —Sus palabras calan en lo más profundo de mí.

La responsabilidad de toda esa gente, pesa sobre mis hombros. Y ya no puedo contener más las lágrimas que se escapan salvajemente y ruedan por mis mejillas. Las atrapo con el dorso de la mano que tengo libre, la que no está bajo su contacto.

Nuestras miradas se endulzan la una a la otra y nos quedamos en silencio unos segundos más. Por fin me animo a hablar.

—Nos repudiaron Corvin... ¿Por qué sigues queriendo volver? —La tristeza y la rabia me reconcomen —¡Deja de estar tan ciego! ¡Maldita sea!

Al alzar la voz, las miradas de los más curiosos se posan sobre nosotros. Intento tranquilizarme. Le retiro la mano y entrelazo ambas en el regazo, apaciguando el temblor incipiente. Los recuerdos de la traición me pesan en el alma. No solo los actos de mi padre, también el repudio de aquella gente. El pueblo.

—Hemos sido desterrados, olvidados... Asesinados... —Bajo la voz progresivamente, en un intento por evitar ser oídos —¿Aún crees que les debemos algo?

—¿Y qué pretendes que hagamos si no, Elara?! —inquieta con el semblante muy serio. Siempre se ha mostrado tan dulce conmigo... Nunca lo había visto así —¿Pretendes que nos quedemos aquí para siempre? En esta Tierra inhóspita y nos volvamos ¿qué? ¿Unos... errantes? —Sus palabras quedan suspendidas en el aire.

En ese momento, la rechoncha señora deja los platos sobre la mesa y tras observarnos con detenimiento tanto al uno como al otro, con el ceño bien fruncido; se aleja y dejándonos de nuevo solos

—Ese mundo es nuestro hogar, Elara. Tenemos derecho a regresar. —Hace una breve pausa para humedecerse los labios —. Si no es en Armaria será en Niebla, pero no podemos quedarnos aquí.

El humeante caldo viaja por mis fosas nasales hasta mis papilas gustativas. No se ve demasiado apetecible, pero los ruidos de mi estómago me recuerdan que llevo horas sin comer.

—Aún no sabemos si es posible. —Le recuerdo.

—¿Y no crees que merece la pena intentarlo, por una vida mejor? — Los ojos le brillan de esperanza y me siento terriblemente mal por ser yo la que tenga que bajarle los pies a la tierra. Nunca mejor dicho.

—No sabemos con seguridad...

—¿Qué me dices de tus visiones? Estoy seguro de que significan algo. —Mueve la cabeza y baja la mirada hasta sus propias manos, soy incapaz de mirarle. No sé ni cómo me siento —. Si esas visiones significan que estás destinada a ser la Reina de Niebla, debemos volver. —La contundencia de sus palabras me golpea de pronto.

Nunca había contemplado esa posibilidad. No de forma real. Mi angustia crece por momentos y de repente solo tengo ganas de huir.

—¿Viste un trono vacío no? Eso debe significar algo —asegura con total rotundidad.

No soy capaz de responder nada, solo de mirarlo mientras un brillo de optimismo le inunda los ojos. Como una promesa de redención. Le tiemblan las mejillas salpicadas de pecas, cuando intenta contener las lágrimas.

—Come. —Me ordena de pronto.

Simplemente obedezco y mientras degustamos el contenido caliente y espeso del plato, no intercambiamos ni una sola palabra más.

Tras dejar unas de las monedas de Axel sobre la mesa, salimos al exterior de la taberna. Ya es noche cerrada, por lo que encontrar un lugar para dormir se convierte en nuestra prioridad. El cielo es imposible de ver a través de la cúpula y echo de menos las estrellas. Las calles aún más oscuras, sin la luz del día, nos acechan como

pasadizos serpenteantes. La poca luz procedente de faroles y carteles luminosos no son suficientes para iluminar la totalidad del ambiente que nos rodea.

Aquí no corre una brisa, ni la más leve. Los vehículos andan de aquí para allá todo el día. Como si la ciudad nunca durmiera. Los edificios se levantan a nuestro alrededor como árboles desordenados. Edificios que susurran que tiempo atrás tuvieron un aspecto mejor.

No conocemos la cantidad de peligros que pueden acecharnos en esta ciudad y me temo que se incrementarán durante la noche. Caminamos unos pocos pasos y un hostel con un cartel luminiscente aparece frente a nosotros. Este lugar, a diferencia del de la noche anterior, parece algo más cuidado. El anciano de mirada oscura frente al mostrador, nos recibe con una sonrisa.

—Buenas noches —dice el viejo anfitrión con tono amigable, mostrando su desgastada dentadura.

—Buenas noches —responde Corvin —, tendría...

—Un par de habitaciones, por favor. —Me adelanto. Corvin me mira desconcertado. Es evidente que esperaba otra cosa, pero ahora mismo necesito intimidad. La que no he tenido en días.

—Lo siento, pero nuestras habitaciones están al completo esta noche.

Agradecemos al anciano su hospitalidad y cuando nos disponemos a salir del edificio, una chica corre precipitadamente hacia nosotros. Lleva el cabello corto, de un extraño color rosa, desaliñado, que le cae en ondulaciones, rodeando sus mejillas. Sus ojos crispados también son de un color rosa brillante. Casi fucsias. "Nunca he visto nada igual". El rostro encolerizado de la chica, grita que no pasa por su mejor momento.

—Aquí tiene. —Dando un golpe en la mesa, deja unas monedas sobre el mostrador frente al viejo, quien la mira sin comprender — ¡Me largo! —grita, como si esperase que alguien más la oiga. Abandona el lugar, no sin antes lanzar una peineta al aire.

Cuando miro en esa dirección, veo a un chico bajar las escaleras hacia ella a toda prisa. Se tapa únicamente por una fina sábana, sus partes más íntimas. Mostrando su musculoso cuerpo desnudo lleno de tatuajes y magulladuras, casi a partes iguales. El cabello negro lacio le cae hacia ambos lados de la cara, a la altura de sus rasgados ojos. Nos aparta de un empujón y se adentra en la ciudad tras la chica.

—Bueno, pues parece que si que se ha quedado una habitación libre —dice el viejo sin mostrar el más mínimo interés por lo que acaba de pasar. Como si este tipo de situaciones fuesen algo de lo más cotidiano.

Corvin y yo nos miramos sin entender qué diantres acaba de pasar.

Sin pensarlo mucho, salgo por la puerta en busca de la chica. No debato las consecuencias, ni lo que podrían conllevar mis actos. No la veo ni a un lado ni al otro de la calle. Sé que puede estar en problemas, así que camino dando grandes zancadas. Entonces, oigo gritos en dirección a un callejón oscuro por lo que me dirijo hacia allí.

—Lena, perdóname, de verdad. —La voz lastimera que sale de la boca del tipo, me revuelve las entrañas.

—¡Ni lo sueñes, desgraciado! —grita ella, intentando zafarse de su contacto. Su cabello rosa se mueve con cada brusco movimiento.

—¡Eh! —Soy consciente de que puedo estar metiéndome en la boca del lobo, pero no puedo, ni quiero, permitir que le hable así —. Déjala en paz de una vez.

—¿Y tú quién coño eres? ¿Otra zorrita con ganas de guerra? —El rostro del tipo, encendido de ira. Sus ojos achinados se ciernen en una fina línea, me mira de arriba a abajo.

—Tápate anda, nadie quiere verte las vergüenzas —escupo con condescendencia. Presa de una seguridad en mi misma que no puedo controlar —. Lárgate de aquí o pienso llamar a las autoridades.

—¿Autoridades? —Suelta una carcajada sarcástica —¿Estás loca? Esto es una ciudad sin ley, niña pretenciosa...—Su tono prepotente enciende algo en mí, una rabia que llevo días acumulando.

Las lecciones de entrenamiento que recibí desde mi niñez tenían que servirme de algo. Le lanzo un golpe directo al pómulo. Un movimiento algo torpe debido al cansancio, pero efectivo. Lo suficiente para hacerlo recular con una mano sobre la mejilla.

Al retirar la mano, deja ver un corte delgado, donde la sangre brilla bajo la pobre luz que alumbra la calle. Su mirada, ardiendo de rabia contenida, mientras la tensión en el aire continúa creciendo peligrosamente. Chasquea la lengua y observo como la rabia se apodera de él.

—Lárgate —le digo. No titubeo. Chasquea la lengua de nuevo y escupe en dirección al suelo, al lado de mis zapatos.

—Nos volveremos a ver, zorra. —Una última amenaza antes de desaparecer en la negrura de la noche.

El corazón me late rápidamente y mi respiración alterada empieza a relajarse. No me puedo creer que haya sido tan fácil quitárselo de encima. Semidesnudo y solo contra dos, estaba en una clara desventaja. No se esperaba que me fuera a defender y es evidente que quería evitarse más problemas de los que ya debía tener.

La chica ha permanecido todo este tiempo un par de pasos alejada de nosotros. Me acerco a ella, tras asegurarme de que nos hemos quedado completamente solas. Sus ojos brillan con gran intensidad, con un color que no parece algo de este mundo. Se distinguen incluso en la oscura noche. Su cuerpo delgado, casi escuálido, me da a entender que puede que lleve días sin comer.

Está petrificada, presa del pánico. Se me encoge el estómago al pensar en los horrores que ha debido de pasar para reaccionar de esta manera. Para ser completamente incapaz de defenderse. Paralizada por el miedo. Agarrándola por los hombros, le doy un abrazo de consuelo, puedo notar el nerviosismo en todo su cuerpo. Poco a poco la tensión se va relajando, a medida que su respiración se acompasa con la mía.

—Gracias, estoy bien... —Su voz suena de todo menos convencida.

La miro esperando alguna explicación sobre lo sucedido, aunque se desde hace rato, que me estoy metiendo dónde no me llaman.

—Es mi ex. Me citó aquí, se suponía que iba a devolverme el dinero que me debía, se lo presté para sus asquerosos trapicheos. —Ladea la cabeza al recordar lo sucedido y una ola de arrepentimiento le inunda los ojos color magenta —. El muy idiota estaba esperándome desnudo en aquella habitación ¡Hijo de puta!

—Ahora estás a salvo, si necesitas pasar la noche con nosotros... —
Oigo unos pasos tras de mí, que me alertan de nuevo. Corvin.

—¡Por los dioses Elara! ¡Qué susto me has dado! —Su respiración agitada, se va ralentizado al comprobar que me encuentro bien —
¿Dónde te habías metido? —La chica recula ante su presencia y yo agarrándola por la muñeca, la retengo.

—Tranquila, él... es de fiar —aseguro. Ella asiente.

—Soy Corvin. —Se presenta. No me pasa desapercibido el color rosado de sus mejillas al ver de cerca a la chica.

No lo culpo, tiene una belleza inusual. Simplemente perfecta.

—Lena —dice ella. Corvin asiente con la cabeza.

—¿Estás bien? —Mira a todos lados, escudriñando el lugar mientras espera una respuesta.

Los muros del oscuro callejón parecen cernirse sobre nosotros. Mientras la incómoda tensión navega en el ambiente.

—Sí, gracias a...

—Elara. —Me presento al fin.

—Le ha dado una buena lección al estúpido de Prince.

Corvin me dirige una mirada, una pequeña advertencia tal vez. La chica se precipita a despedirse al notar como crece la tensión en el ambiente. Insoportable para cualquiera.

—En fin, gracias chicos. Gracias de nuevo, Elara —repite mi nombre sílaba por sílaba, en un intento por no olvidarlo—. Mi tia vive aquí al lado, me quedaré con ella.

Sus palabras no me convencen del todo, pero no quiero presionarla demasiado. Ya he sido lo suficientemente entrometida por esta noche. Le poso una mano de nuevo en el hombro con cariño.

—Si necesitas algo, nosotros... Estaremos por aquí unos días más. — Ella asiente, mirándome a los ojos. Sus largas pestañas se curvan hacia arriba de forma grácil cuando las mueve.

Segundos después, Lena desaparece en la oscuridad. Corvin y yo nos miramos por un instante y después volvemos al hostel, sin perder más tiempo. Cuando llegamos a la habitación, está húmeda y fría. El tipo se ha dejado su ropa y algo de comida, que Corvin recoge y guarda en su saco. Solo hay una cama, solo una.

—Puedo dormir en el suelo si quieres —dice sin mirarme, mientras se desata el nudo de las botas.

—No —digo rápidamente—. No permitiré que duermas en el suelo, en todo caso seré yo quien lo haga.

—No digas tonterías... —dice con algo de inquina en la voz y ya descalzo, se gira para mirarme.

Mientras se quita la chaqueta, avanza lentamente hacia mi. Sus ojos azules parecen aún más fríos ahora.

—Elara, no vuelvas a alejarte de mí. No así. —Su tono de advertencia contiene un tinte violento, que no me gusta.

—No me digas lo que tengo que hacer —respondo al instante y sin pensar, presa aún de la adrenalina desatada hace unos momentos.

Nos quedamos uno frente al otro. Desafiándonos, mirándonos y retándonos con los ojos.

—Por favor, no es... Es peligroso —dice con la voz muy tensa, que lleva consigo un tinte de súplica —. Ese tipo podría haberte hecho daño y si te pasara algo así, yo... No sé lo que haría —asegura y su confesión me inquieta. Me recuerda a todo lo que me dijo la otra noche frente a la hoguera.

—Necesito que dejes de decidir por mí. —Las palabras que llevaba días guardando, salen disparadas de mi boca —. No soporto que me trates como una princesita indefensa... Sé cuidar de mi misma —aseguro.

Él cabecea de un lado a otro, poniendo en duda mi afirmación.

—Deberías haber visto el puñetazo que le he dado a ese hombre — digo en un intento más por convencerlo. Corvin me mira abriendo mucho los ojos.

—¿Has pegado a ese hombre?! ¿Estas loca?! —Se acerca más a mí. Su aliento me roza las pestañas.

—¡Solo pretendía ayudar a esa chica! —Lo desafío una vez más y me retiro dándome la vuelta. No quiero hablar con él mientras esté así.

El ambiente se sigue calentando con nuestra discusión. La tensión podría cortarse con un cuchillo.

—No vuelvas a hacer algo así, Elara ¡Podría haberte matado! — Camina de nuevo hacia mí, haciéndome girar con un ágil movimiento. Al ver que no cede, mi ira crece aún más —. No sabes de qué clase de calaña está hecha ese tío. —Me posa una mano en la mejilla y soy incapaz de zafarme de él. El contacto hace que cierre los ojos y el calor de sus dedos me enciende por dentro.

—Corvin, no te tomes libertades que no te corresponden... —Retira la mano rápidamente, al darse cuenta de su error.

Está siendo sumamente egoísta. Esto no va de mi seguridad, si no de lo que siente por mí. De su propia tranquilidad de saberme a salvo. Pero no estoy dispuesta a renunciar a mi libertad por él. Por nadie actualmente. Debo hacérselo saber.

Quiero dejarle claro que no me refería a su contacto... Si no al hecho de que se empeñe en tratarme como una damisela indefensa. Sé cuidar de mi misma, soy capaz de sobrevivir sin él. Qué se empeñe en protegerme y darme órdenes de esta manera me agota. Me asfixia.

Me gustaría aclararselo, pero estoy demasiado enfadada. Así que dejo que piense lo que quiera. Y si quiere dormir en el suelo que lo haga.

Me retiro al baño para asearme, lo que me toma casi una hora. Me tomo el tiempo necesario para templar mis nervios. El agua brota del grifo metálico con un solo giro de tuerca. Está algo fría, pero al menos, puedo quitarme la mugre de encima. Ojalá pudiera también limpiar más allá de la superficie de la piel. Limpiar todo aquello que está sucio dentro de mí. Roto. Destruído. Acaricio la cicatriz de mi abdomen, la cicatriz que dejó aquella espada. Aún el contacto me estremece. Sin embargo, la sensación de tristeza ha ido dejando paso a la rabia, a la fuerza.

“Mi marca de guerrera”, pienso. El episodio de esta noche ha sido una forma de recordarme a mí misma todo de lo que soy capaz. Aquello que durante años se aseguraron de negarme. Mi libertad.

Salgo de la bañera y el agua se escurre hasta mis pies. Me visto de nuevo con la ropa que traía. No pienso dormir en ropa interior con

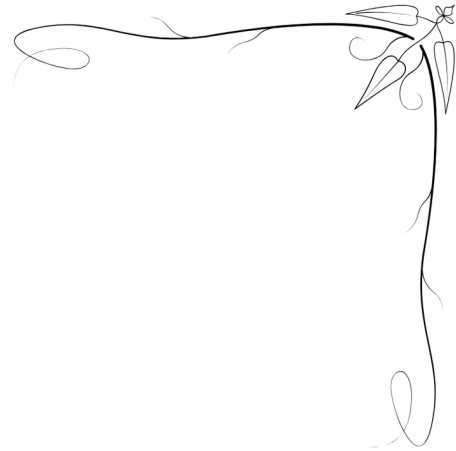
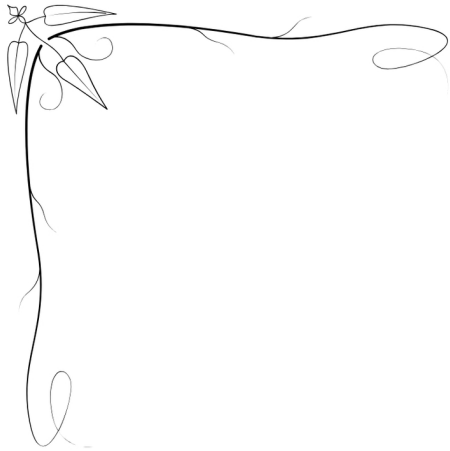
Corvin al lado. Hoy no.

Cuando salgo del baño, Corvin está tumbado en el suelo sobre unas mantas. Lo ignoro y me meto en la cama sin decirle nada. Si quiere seguir alargando su estúpido enfado que lo haga. Debe entender que el papel de guardián y princesa quedó atrás hace mucho tiempo.

—¿Qué pasó entre Axel y tú? —La pregunta me pilla por sorpresa y por supuesto hace crecer mi enojo.

Lo menos que necesito ahora es esto. Un interrogatorio producto de sus infundados celos. Lo mío con Axel es agua pasada. No pasó nada entre nosotros y jamás pasará. No quiero responderle, así que me hago la dormida.

No dice nada más y con el silencio y la oscuridad de la habitación envolviéndome, me quedo dormida en cuestión de segundos.



Capítulo 14

Corwin

La mañana llega demasiado pronto. Apenas abro los ojos, recuerdo dónde estoy y con quién. El aroma del perfume de Elara inunda la pequeña habitación dónde nos encontramos.

Me retuerzo, estiro los músculos agarrotados después de dormir toda la noche en el suelo. Durante mi formación, me entrenaron para superar cualquier tipo de adversidad. Entre ellas, ser tomado

como prisionero. Hecho que no tenía ningún sentido, teniendo en cuenta que nuestros reinos jamás se han visto sumidos en una guerra.

Estos entrenamientos incluían todo tipo de torturas, dormir en un calabozo en el que no entraba la luz, duchas de agua fría o pasar dos días enteros sin comer. Sin embargo, el cuerpo nunca se acostumbra a eso. Me duele la espalda y tengo los dedos de los pies entumecidos.

Me percaté de que el enfado de la noche anterior sigue golpeándome las entrañas “¿Es que no entiende que solo me preocupo por ella?” Un dolor punzante se me instala en la sien y echo mano a una cantimplora con agua, para hidratarme y calmar mis ideas.

Cada día que pasamos en esta tierra, me siento más y más alejado de Elara. Cada minuto que pasamos lejos de casa, me siento más condenado a perderla. Tengo que encontrar la forma de volver. A la vida que teníamos, a lo que quede de nuestro reino y si no quedan más que cenizas, me aseguraré de que empecemos una vida mejor en otro lugar.

El ruido de los muelles saltando dentro del ruinoso colchón, confirma movimiento y el sonido de las sábanas contra su piel me indica que está despierta. No busco incomodarla, así que paso al baño para

asearme y le dejo su espacio para que se despierte con tranquilidad. Aquí el agua corre con fluidez por las tuberías, lo que me resulta asombroso dadas las circunstancias del lugar. Luke me explicó que estas ciudades errantes habían encontrado la manera de autoabastecerse. Mediante autogeneradores y otros aparatos que limpian y filtran el agua para reutilizarla. En Armaria deberían instalar algo así, el recuerdo de los baños con cubos que me daba mi madre durante mi niñez, acude a mi mente.

Cuando cruzo de nuevo la puerta, Elara ya está vestida. Lleva el pelo largo recogido en una alta coleta. Está preciosa, nunca deja de estarlo. Sin embargo, me percaté de que algo en ella ha cambiado. Sus mejillas han perdido el color rosado que tenían en Armaria y el brillo de sus ojos se ha atenuado. Toda esa luz anterior parece haberse perdido a manos de su padre aquella tarde. Elara ya no es la misma y en cierta manera, yo tampoco.

Las cosas que antes me preocupaban parecen haber perdido significado. Ser el mejor guardia del rey, casarme o formar una familia, servir a mi patria.... Todo eso dejó de tener importancia el día que llegué aquí e irremediablemente tuve que luchar por sobrevivir. Sobrevivir lo es todo. Sobrevivir y permanecer cerca de Elara. Ella es mi ancla dentro de todo este caos.

Cuando se percata de mi presencia, sus ojos resbalan por mi cuerpo. Me mira de arriba a abajo, deteniéndose en mi pelo, que cae húmedo y desordenado mojándome la frente. El atuendo de pantalón con numerosos bolsillos y la camiseta de algodón de manga corta. Un atuendo muy diferente a los que estaba acostumbrado a usar anteriormente.

—¿Estás listo? —Noto aún la crispación en su voz.

—Sí —alcanzo a decir.

Sé que no es buen momento para hablar. Pero si no lo hago, la distancia que irá creciendo entre nosotros será cada vez más grande.

—Oye, siento lo de anoche. De verdad. —Doy un paso hacia ella y busco su mirada con expectación —. Siento que pienses que me tomo libertades que no me corresponden y lo entiendo... —Trago saliva y empujo mis emociones al fondo de mi ser, antes de hablar de nuevo —. Solo quiero protegerte. Es lo único que me importa.

—No se trata de eso. —Tiene la vista fija en sus pies, su rostro refleja duda.

Su voz se quiebra un poco y parece haber decidido no decir nada más al respecto. La barrera invisible que crece entre nosotros parece cada vez más fuerte. Doy un paso adelante, para acercarme más a

ella. Su rostro está tan cerca del mío, que puedo contar una a una las pecas de su nariz.

—No pretendo darte órdenes, Elara. Solo quiero que salgamos vivos de esta. Tú y yo. Como siempre ha sido —digo, aunque mi vida ahora mismo me importa entre cero y nada. Solo pienso en ella—. No me han enseñado a hacer las cosas de otra manera, pero aprenderé. —“Por tí, por tí haría lo que fuera”.

Estoy reprimiendo todas mis emociones. Mis sentimientos hacia ella no tienen cabida en esta conversación. Elara asiente, un atisbo de comprensión cruza sus pupilas, lo que me tranquiliza momentáneamente.

Le agarro las manos y la suavidad de las mismas, propiciada por su delicados y largos dedos, hacen que me olvide de todo por unos segundos. Mantengo la mente en blanco mientras la miro. Con miles de palabras no dichas suspendidas en el aire.

—Tenemos que irnos —dice al tiempo que se aparta de mí, retirándose su contacto. Dejando el calor latente en mis manos y el dolor de su ausencia.

Dando por zanjada la conversación, accedo. Ya habrá momento de trabajar en un acercamiento. Recojo las pocas pertenencias que nos quedan. Entre ellas, la comida que se dejó aquel tipo la noche

anterior. Me equipo su chaqueta de piel sobre los hombros. Este pedazo de tela nos puede ser de utilidad si llegan las frías noches a la intemperie. El resto de ropa (que no se llevó puesta) la meto en mi saco.

Salimos de la posada, tras pagarle al anciano por el hospedaje. Las puertas batientes sisean tras nosotros. Nos encaminamos a la taberna del día anterior, en busca de algo caliente que reconforte nuestros cuerpos. A Elara le parece bien, aunque asegura no tener apetito. Me fijo en su pérdida de peso de los últimos días, las clavículas se traslucen tras la fina tela de la camiseta.

Apenas amanece. Los primeros rayos de sol se filtran de forma escasa a través de la cúpula que recubre la ciudad. Respiro aliviado al recordar los primeros días de extenuante calor en el exterior. Este lugar proporciona cierto alivio en cuanto a eso se refiere, aunque la seguridad brilla por su ausencia.

En el exterior, el sol es abrasador y el calor sofocante. Aquí abajo y aunque parezca irónico, el sol parece estar miles de kilómetros más cerca que en Armaria.

Llegamos a la taberna y caminamos en dirección a la mesa de la noche anterior. El crujido de la madera bajo nuestros pies, hace que todas las miradas se dirijan a nosotros. A nuestro paso, el murmullo en la taberna crece y una inquietante sombra se cierne sobre

nosotros, para recordarnos que no deberíamos estar aquí. Que no pertenecemos a este lugar.

Tras acomodarnos en una de las mesas cerca de la barra y pedir un par de bebidas calientes, la conversación de unos locales llama nuestra atención.

—¡Por los dioses, Fergus! Te he dicho mil veces que eso no es así... —La voz rasgada augura en mí un mal presagio.

Las palabras de aquel hombre retumban en mi cabeza como un zumbido. “Por los dioses”. Una expresión muy impropia de este lugar. Impropia de un lugar abandonado por los dioses hace ya mucho tiempo. No había escuchado a nadie hablar así anteriormente.

Me dejo llevar por mi instinto y mientras tamborileo con los dedos sobre la superficie de madera, miro a Elara. Sus ojos me devuelven la mirada. Asiente. Parece haberse percatado de lo mismo que yo.

Sin meditarlo mucho más, nos ponemos en pie al unísono y nos dirigimos a los dos desaliñados hombres que se sientan al lado de la barra. No dudamos al interrumpirlos de su acalorada discusión.

—Disculpen... —Los dos tipos se giran a la vez. Nos miran de arriba a abajo, con cara de pocos amigos.

Conseguir algo de información de estos dos no va a ser tarea fácil. Por lo que decido ir al grano.

—¿Habéis dicho “Por los dioses”?

—¡Es una expresión muchacho! ¿Es que nunca la has oído? —“No aquí”, pienso. El hombre me mira con los dientes apretados y sus agrietados labios se convierten en una fina línea bajo la espesa y canosa barba.

—No formamos parte de los extraños devotos ni nada de eso —gruñe con desdén el más anciano de los dos. Al cuál le recorre la cara una cicatriz descolorida.

—¿A quienes os referís como “extraños devotos”? —pregunta Elara adelantándose a mi intervención.

—Ya sabes... Esas sectas de fanáticos. Creen que los dioses vendrán a buscarlos para llevarlos a su reino celestial. —Una carcajada se escapa de las fauces del viejo y los dos se echan a reír, lo que acaba para ambos en un ataque de tos.

Me estremezco ante las inesperadas declaraciones. Yo tenía razón, hay una forma de volver allí. Y los supervivientes de esta Tierra se mueren por dar con ella.

—¿Dónde los encontramos? —Las palabras de Elara hacen que los dos viejos se callen de golpe y claven su vista en ella. Hasta hacía unos segundos, apenas habían reparado en su presencia.

—Muchachita, ¿Para qué quieres encontrarte con ellos? —Como si nos hubieran leído la mente, descubierto nuestras intenciones, los dos rostros envejecidos se oscurecen. Nos clavan sus miradas, salvajes.

—Pregunta por Myrgala —dice el viejo que ha estado más callado—. Ella os dirá lo que quereis saber.

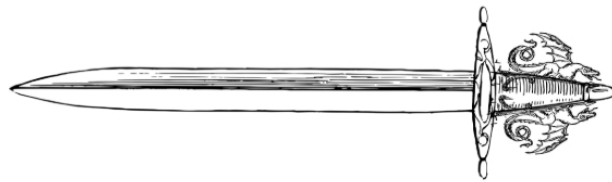
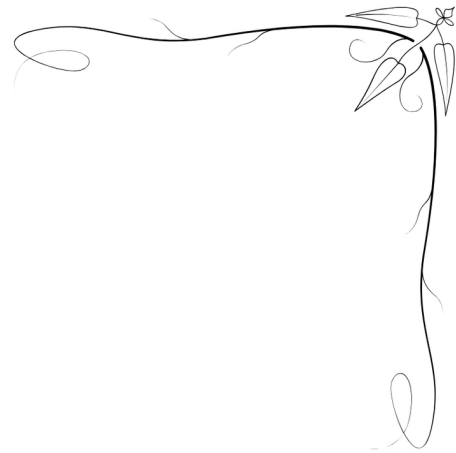
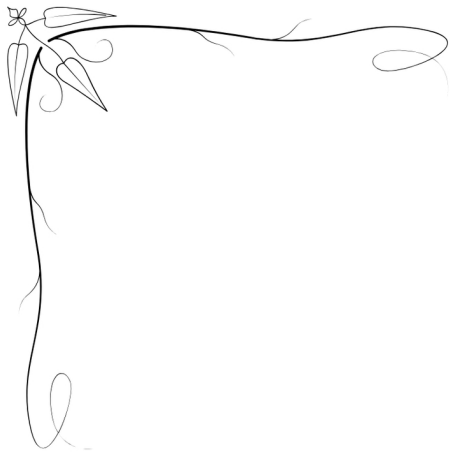
El otro viejo le da un golpe en el hombro, como signo de advertencia para que mantenga la boca cerrada. Yo asiento y Elara hace un gesto de agradecimiento antes de volver a sentarnos en nuestros respectivos asientos. Tenemos algo, un nombre. "Myrgala". Un nombre antiguo, que susurra promesas malditas. Una esperanza, un rayo de luz en la oscuridad. La respuesta a nuestras preguntas.

Tras degustar el imbebible té de hierbas y haber comido un poco de pan, salimos del lugar con un ápice de optimismo nuevo, latente en nuestros corazones. Sin mediar palabra, empezamos a preguntar a los locales. Entramos en tiendas y tabernas, preguntamos por la calle a los viandantes. Nadie parece conocer a la tal Myrgala. Pero más que desconocimiento, lo que atisban sus palabras y reacciones, no es más que miedo.

La esperanza tiene un eco cada vez más lejano. Las calles se hacen cada vez más oscuras y estrechas. Todas son tan parecidas entre sí, tan laberínticas, que siento que estoy recorriendo el mismo lugar en círculos. Una y otra vez.

Perdemos la esperanza por completo, cuando la tarde empieza a caer. Elara y yo apenas hemos cruzado palabra en todo el día, pero cuando un cartel llama nuestra atención, le agarro la mano con fiereza. En un ataque euforia *"¡Pótimas, hechizos! ¡¿Qué te depara el futuro?! ¡El taller de la bruja a tu disposición!"*

Elara y yo nos miramos, por un momento, la barrera entre nosotros se hace más sutil, más endeble. La brujería, la magia negra. Hechizos, clarividencia... Todo ello parece tener relación con el Reino de Niebla. Una bruja. Myrgala. Sí, Myrgala, sin duda, es nombre de bruja. Sin pensarlo mucho más, entramos en el oscuro local en busca de respuestas.



Capítulo 15

Elara

La oscuridad anega mis ojos. La negrura nos envuelve, solo alumbrada por unas pequeñas velas que parecen flotar en el ambiente. Mi vista se adapta con rapidez y a medida que empiezo a ver con mayor claridad la estancia, mis latidos se van agolpando en mis oídos. La última vez que estuve en un lugar como este, las Moiras me enviaron aquí. Trago saliva.

De nuevo esa extraña familiaridad hacia la oscuridad, mezclada con un sentimiento de miedo e incertidumbre por lo desconocido, me devana los sesos.

Corvin no me ha soltado la mano desde que nos plantamos frente al cartel de la entrada y la calidez de su contacto es lo único que consigue traerme un poco a la tierra.

El pasillo de piedra es largo y estrecho. Cada hueco y recóndito escondrijo, está repleto de improvisadas estanterías, polvorientos libros y pequeños botecitos de cristal con líquidos y ungüentos. Frascos de cristal con líquidos opacos, de dudosa procedencia. Cachivaches que parecen no haber sido tocados en siglos, por la cantidad de polvo y telarañas que los recubren.

Intentamos, sin éxito, que nuestros pasos no retumben en el desgastado suelo de madera, pero esta cruje bajo nuestros pies a cada paso. Encargándose de delatarnos.

—*¿Quién anda ahí?* —Una melodiosa voz rasga el ambiente, provocándome un escalofrío que me recorre la columna vertebral —*¿Qué desvalidos seres requieren de mis servicios? Estamos a punto de cerrar...* —Ese sonido procede directamente de la más horrible de mis pesadillas. Una voz inhumana, solemne. Sobrenatural.

Trago saliva y seguimos caminando hacia la procedencia de aquella siniestra voz, mi cuerpo tiembla con cada movimiento. Cuando llegamos al final del interminable pasillo, se abre ante nosotros una pequeña salita. Ahora los estantes se levantan hasta el techo. Repletos de objetos cada vez más raros y extravagantes. La fría humedad del lugar me eriza la piel y estoy a punto de recular cuando mis ojos reparan en una enorme jaula abierta. “Nos hemos metido sin duda en la boca del lobo”. Un alarido desgarrador me sobresalta y Corvin saca instintivamente el cuchillo de su cinturón. Un cuervo.

—*¿Grifo os ha asustado?* —Volvemos a oír la voz perturbadora de aquella mujer, cada vez más cerca —. *Chico malo...* —dice en un susurro y entonces, vemos al cuervo entrar en su jaula.

Automáticamente, la puerta de la misma se cierra y escuchamos el clic del pestillo. Como en un acto de manos invisibles.

—*Acercaos, chicos. No tengáis miedo...*

Como si nos encontrásemos bajo un inicuo encantamiento producto de aquella voz, los dos caminamos al unísono. Oigo los latidos del corazón de Corvin retumbándole en el pecho y sé que está tan asustado como yo, cuando el sudor frío conecta nuestras manos. Corvin se coloca delante de mí, haciendo de barrera con su cuerpo. Lo que me dificulta, aún más, la poca visibilidad que tengo.

—*El guardián y su princesa...* —Las palabras de la bruja hacen que me estremezca y por primera vez, creo de verdad que esa voz no pertenece a este mundo —. *Tomad asiento.*

Al instante, aparecen dos sillones orejeros de cuero en medio de la estancia y una mesa a modo de escritorio. Tras ella, un sillón vacío, de piel oscura, tan alto como un trono. Como el de mi padre. Como el trono vacío de Niebla.

Corvin se gira para mirarme. La consternación le nubla los ojos, sin embargo, algo en su forma de mirarme me tranquiliza. “Tenemos que hallar respuestas”.

Nos dejamos caer en los asientos haciendo el menor ruido posible. El silencio es aplastante, solo roto por nuestra respiración contenida. Una niebla espesa surge de la nada. Se me acelera un poco más el pulso y siento que voy a desfallecer cuando aquella oscura niebla lo invade todo. Poco a poco, convirtiéndose en una masa corpórea. En una figura humana.

Me agarro a ambos lados del sillón, presa del pánico y la mano de Corvin se agarra con firmeza a mi rodilla, por si decido escapar. Atrapada. Los pulmones se me llenan de esa niebla espesa, que no me deja respirar. Mi instinto me pide que huya, mientras la mano firme de Corvin continúa anclándome al sillón. Cierro los ojos con

fuerza, hasta que la voz, ahora más cerca que nunca, llama mi atención.

—*¿Tienes miedo, Elara?* —sisea.

—No. —Miento "¿Cómo sabe mi nombre?"

Comienzo a abrir los ojos con reparo y a medida que lo voy haciendo, aparece ante mi, el bello rostro de una mujer joven. De no más de treinta años de edad. Llena mis entrañas la curiosidad y desconfianza a partes iguales. Contengo el aliento mientras observo a la mujer que se muestra frente a nosotros. La mano de Corvin sigue agarrándome, tan fuerte, que los nudillos se le ponen blancos.

Su piel es blanca como las nubes. En un rostro pétreo como el marfil, sus ojos destacan de un color rojo brillante. Al igual que sus labios cuidadosamente pintados de color negro. Tan perfectos que me hacen pensar que ese es su color natural. Su melena negra y ondulada enmarca su rostro. Sobre su frente, descansa una especie de diadema enjoyada cubierta de piedras preciosas de color rojo. Cubre su coronilla con una capa de color oscuro, que le llega hasta los hombros y le envuelve el cuerpo como una sombra. Su cuello está cubierto por numeros gargantillas repletas de joyas, al igual que sus manos, decoradas con anillos, cuyos dedos terminan en unas largas y afiladas uñas de color negro. Es hermosa, demasiado hermosa para ser una despiadada bruja. Como si esta visión, sólo se

tratara de un disfraz que oculta su verdadera apariencia milenaria. Una belleza que definitivamente, no pertenece a esta tierra. Mi vista repasa rápidamente su vestimenta y sus sinuosos pechos que suben y bajan con cada respiración. Nunca he visto una mujer tan bella. Llevo demasiado tiempo conteniendo la respiración, cuando mis labios se separan de forma automática.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Me atrevo a articular una pregunta absurda. “Es una bruja milenaria ¡Claro que sabe mi nombre”, me autoreprendo.

Como si la bruja acabara de leerme el pensamiento, se echa a reír, con una carcajada sonora y sombría. Dejando relucir sus afilados colmillos. Mi mente no puede evitar imaginarlos despedazando carne humana. Trago saliva. La mano de Corvin se aferra a la mía y me dirige una mirada de soslayo, que esquivo.

—*Veo que mi belleza te ha dejado anonadada.* —Sonríe de forma traviesa. Como si disfrutara cada instante que juguetea con su presa.

No respondo, sigo mirándola con los ojos muy abiertos. Corvin no ha dicho nada, prácticamente ni se ha movido. Ahora su mirada repara en él.

—*¿Y tú? ¿Solo estás aquí para salvar a tu princesita?* —El tono condescendiente de su voz dirige una ira contenida hacia él.

—Estamos aquí para obtener respuestas —dice Corvin con toda la contundencia que es capaz. Su respiración agitada bajo su pecho parece ralentizarse.

—*Bien...* —La bruja se echa hacia atrás, recostandose lentamente en el sillón y en ese momento la jaula del cuervo se abre. El animal se coloca en su hombro con delicadeza.—. *Entenderéis que eso exige un precio...* —Su sonrisa maquiavélica me pone los vellos de punta, pero me resisto a mostrarlo —. *Tengo que ganarme la vida ¡Ja!*

—¿Qué tipo de precio? —pregunta Corvin tras unos segundos, mostrándose cada vez más crispado.

—*Eso lo decidiré al final de la sesión.* —Nos miramos desconcertados, intentando leernos el uno al otro.

“¿Y si pide un precio humano?¿Y si lo que pide es algo que no podemos dar?¿Y si es un precio demasiado alto?” Las preguntas se agolpan en mi garganta. Las retengo.

—*Lo tomáis o lo dejáis ¡Fin!* —Myrgala interrumpe mi retaila, clavándonos la mirada.

—Aceptamos —digo entonces con firmeza, presa de todo el valor que hay en mí. Un valor que ni siquiera sabía que tenía dentro.

—*Empecemos, pues...*

En el centro de la mesa, una bola de cristal se va iluminando, de color ambarino. La luz se va incrementando, hasta que el destello cegador inunda la estancia. Los cabellos de Myrgala se mueven al viento. Un viento que nos envuelve como un tornado.

—*Primera pregunta...* —Nos miramos y con un gesto, Corvin me indica que hable.

La mente me da vueltas, aturdida. Desconocía que el juego iría así. Un juego que podría ser mortal, debo elegir con cuidado mis palabras. Hay tantas preguntas de las que me gustaría obtener respuesta, que no sé ni por dónde empezar. Cierro los ojos, en un intento de aclarar mi mente y disipar las dudas que enturbian mis pensamientos, mientras el viento continúa retumbándome en los oídos “¿Cuántas preguntas podremos hacerle?”.

—¿Existe la posibilidad de que volvamos a Armaria? —digo al fin. Las manos de Myrgala se agarran al cristal y los ojos se le tornan a un blanco pálido.

—*Sí... pero allí no querrás volver...* —Su voz ahora suena aún más de ultratumba.

—¿A qué te refieres? —inquiero, aún más desconcertada.

—*Armaria entrará en guerra, ese ya no es tu lugar...* —Una punzada de dolor me atraviesa el estómago y el frío me hiela la sangre. “Armaria... en guerra...”

Como en mi visión.

—¿Cuál es mi lugar, pues? —Silencio, un silencio demasiado largo. Temo estar agotando todas las posibilidades de obtener respuestas. Pero sus contestaciones confusas me empujan a seguir preguntando.

Corvin y yo nos miramos de nuevo sin saber que ocurre. Tras unos segundos, la bruja abre de nuevo la boca.

—*No perteneces a Armaria... Nunca lo hiciste. Tu hogar siempre ha sido Niebla. Lo sabes. Solo necesitas recordarlo.* —La exasperación crece en mí y se me enfría la sangre con su revelación —. *Es tu decisión...* —añade. Desconozco a qué se refieren sus palabras.

—¿Cómo ascendemos? —Corvin se me adelanta esta vez y ahora los ojos de la mujer se tornan a un color oscuro, volviéndose completamente de color negro.

—*Cuarta pregunta...* —dice ella —. *Tu destino no está claro... No veo bien...* —La bruja frunce el ceño, clavando sus garras con más

fiereza sobre la bola.

—¿Qué quieres decir con eso? —La voz de Corvin suena desesperada y ahora soy yo la que coloca una mano sobre su rodilla para tranquilizarlo.

—*Podrás ser rey, pero todo depende de lo que decida ella...* —De nuevo, una respuesta ambigua “¿Rey?¿Corvin?”

La cabeza me da vueltas, hago un intento más por aclarar mis ideas.

—¿Cómo ascendemos? —repite. Noto como la angustia de Corvin crece por momentos y su acalorada respiración moviéndose en su pecho.

—*Última pregunta... Myrgala está cansada...* —La voz de la mujer se ensombrece, tiene el ceño fruncido y las lágrimas brotan por sus mejillas de porcelana.

—¿Cómo regresamos? —repite Corvin con otras palabras. Sin darle tiempo a la bruja de arrepentirse.

—*Al sur, hacia las laderas interminables, en la montaña donde el cielo y la tierra se tocan hay un templo...* —Su voz ronca, deriva en una tos aguda.

—Corvin, hay que parar. Está sufriendo. —Lo contengo. Un hilo de voz sale de mí y me preocupa la reacción de Myrgala.

—Estamos muy cerca, tenemos que saber el lugar —me recrimina con exasperación. Veo la creciente desesperación reflejada en sus pupilas —. Un mapa, danos un mapa —continúa insistiendo.

La mesa comienza a temblar, así como el suelo bajo nuestros pies.

—*¡NO!* —La devastadora luz cegadora, estalla y su fuerza propulsora nos aparta, haciéndonos caer al suelo estrepitosamente.

Me estampo contra la pared y caigo sobre la superficie de piedra, golpeándome la cabeza en el acto. Myrgala ha caído desmayada sobre su sillón. La luz de la bola se va apagando, volviendo a la oscuridad inicial.

—¡Te dije que no la forzaras más! —recrimino a Corvin. No me responde.

—¿Estás bien? —Me zafo de sus brazos que intentan levantarme y me dirijo con rapidez a la mujer.

Cuando me encuentro a la altura de su rostro, sus ojos se abren haciendo que me sobresalte. Su iris, poco a poco va volviendo al rojo brillante de los rubíes. Camino hacia atrás instintivamente, asustada por su cercanía, pero me agarra el brazo con fuerza, clavandome sus largas garras en la muñeca. Reteniéndome.

—*El precio...* —exclama con voz gutural—. *Es que me ayudes a regresar a Niebla.* —Me quedo helada con sus palabras “¿Yo? ¿Devolverla a Niebla? Si ni quiera sé cómo regresar...”

El nudo de mi garganta me aprieta tanto que amenaza con asfixiarme.

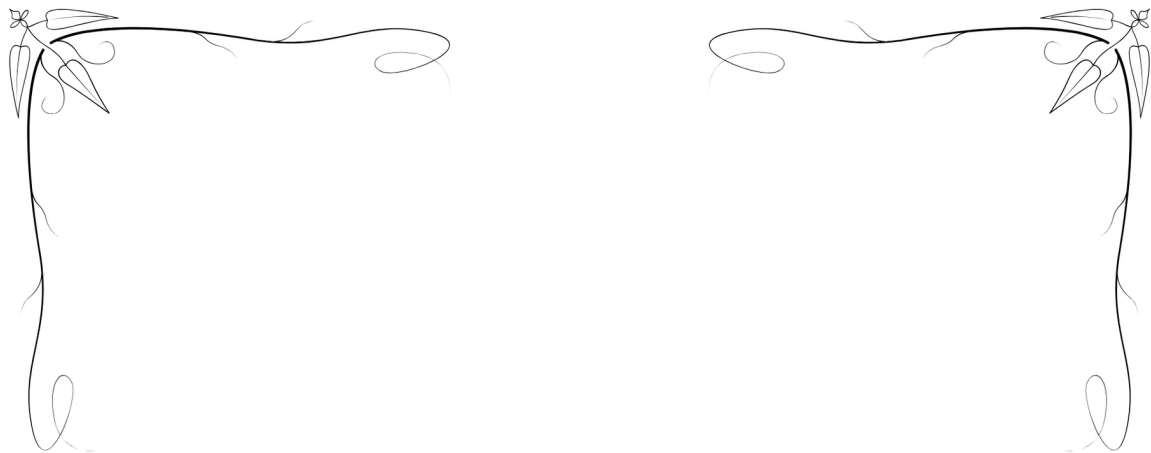
Asiento sin más y ella me suelta. Quizá mi respuesta se deba a un instinto de supervivencia, quizá me sienta realmente en deuda con ella.

—*Tengo tu palabra...* —Suen a amenaza y me asusta pensar en lo que podría pasarme si no cumplo dicha promesa.

—Elara, vámonos de aquí. —La voz de Corvin me hace salir del aturdimiento.

Sigo reculando y con un movimiento de cabeza doy las gracias a Myrgala. Cuando estamos cerca de la salida, la voz de aquella siniestra mujer vuelve a retumbar en las paredes.

—*Y recuerda... Todo depende de tu decisión.* —De nuevo, un escalofrío invade mi cuerpo. Cuando por fin salimos de aquel siniestro lugar, todo a nuestro alrededor comienza a temblar.



Capítulo 16

Axel

—¿Qué cojones quieres Corx? —La miro con desprecio y la repulsión incontrolable que me provoca.

Toda la fogosidad que en algún momento pude haber sentido por esta mujer se ha desvanecido por completo. Su sola presencia me revuelve por completo las entrañas.

—Te advertí que nos volveríamos a ver y suelo cumplir con mi palabra... A diferencia de tí. —De nuevo, su desdén y sus alusiones al pasado son el hilo conductor de su retorcido juego.

—Yo no te mentí, sabías desde un principio que yo no me comprometo con nadie. —Y muerdo su anzuelo. Ella suelta una carcajada antes de responder.

— ¿Todavía crees que se trata de eso? ¿De lo que tuvimos? Pobrecito... —Sus secuaces se echan a reír con ella. Me mantienen agarrado por los brazos, sujetando las fuertes cadenas de hierro forjado —. Parece que quién no supera lo nuestro eres tú.

—Ni en mil años volvería a tocarte. —Escupo a sus pies y ella se arrodilla hasta tener su cara a la altura de la mía.

—Solo me provocas nauseas, pero por desgracia, si quiero obtener lo que busco, tengo que lidiar contigo... —Se hace la remolona y se vuelve a poner en pie, dejándose caer sobre un mugriento sillón de cuero.

—No sé de qué me hablas. —Crece en mí la ira y las idas y venidas de esta conversación me enfurecen más y más —¿Dónde están los míos?

—¿Te refieres a tus perritos falderos? —El tono divertido de su voz consigue que me hierva la sangre. Solo puedo pensar en arrancarle

la cabeza de cuajo —¡Muertos! —Un escalofrío me recorre el cuerpo entero y me pongo en pie de un salto, pero con un brusco y rápido movimiento, los Serpientes vuelven a ponerme de rodillas en el suelo.

—¡Deja de mentir, sucia rata!

—¿Crees que me ofenden tus palabras? ¡Dejaré de mentir cuando tú lo hagas! —Frunce el ceño, mirándome con odio y de nuevo se pone en pie, ahora, para deambular por la sucia celda.

—¿Qué has hecho con ellos? —El miedo me paraliza los huesos y contengo una arcada.

Hace unas horas, la ciudad en la que nos encontramos ahora, colisionó fuertemente con la ciudad de Rubí. Supe que era el momento perfecto para escapar y seguir nuestro camino hacia el sur. Pero los secuaces de Corx nos tendieron una emboscada y sin saber muy bien cómo, acabé aquí. En un habitáculo sin ventilación ni luz exterior. Me golpearon la cabeza y me la cubrieron con un saco. No pude ver dónde me metían, ni cómo llegamos hasta aquí. Una trampa perfecta, para un escurridizo roedor como yo.

—Te lo diré si colaboras... Conozco tu secreto Áxel y vas a ayudarme con mi plan. —El corazón me da envuelco en el instante que Corx pronuncia esas palabras.

Es imposible, realmente imposible que Corx lo sepa. Sin embargo, no parece estar yendo de farol. Guardo silencio y me mantengo expectante, aguardando a lo que tenga que decir.

—Pero, ¿Sabes que? —Hace una pausa dramática—. Quiero oírlo de tu boca. —Se coloca frente a mí, muy muy cerca de mi cara.

Me mira los labios y acto seguido se relame. Contengo las arcadas que me producen su repugnante insinuación.

—Ve al grano. No sé de qué me estás hablando.

—Oh... ¿Vas a seguir mintiendo? —Finge una exagerada cara de sorpresa y en su rostro se dibuja una sonrisa aterradora—. Pues te quedarás aquí hasta que decidas hablar. —Se dirige a la puerta enrejada y yo permanezco en silencio con la vista clavada en el suelo —¡Ah! Y en cuanto a tus amiguitos... Es triste que tengan que pagar por tus pecados.

—Juro que como les toques un pelo, te torturaré tan duramente, que me suplicarás que te mate. —Se me enciende el alma y se me nubla la mente de odio y furia contenida.

—Primero tendrás que desatarte ¿no? —Suelta una carcajada aguda.

Acto seguido, abandona el calabozo dejando su risa suspendida en el aire como un fantasma. Tras ella, salen los Serpientes, dejándome

al fin solo. El calabazo está oscuro, pero no lo suficiente como para no vislumbrar el desgastado suelo de piedra, cubierto de paja seca. Más que una cárcel esto parece un establo. Aunque si no me equivoco, hace siglos que no se ven caballos por aquí.

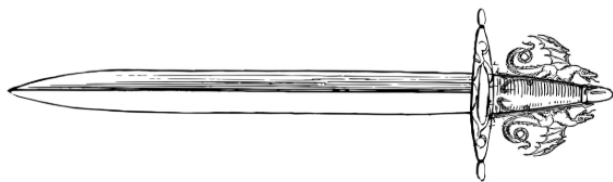
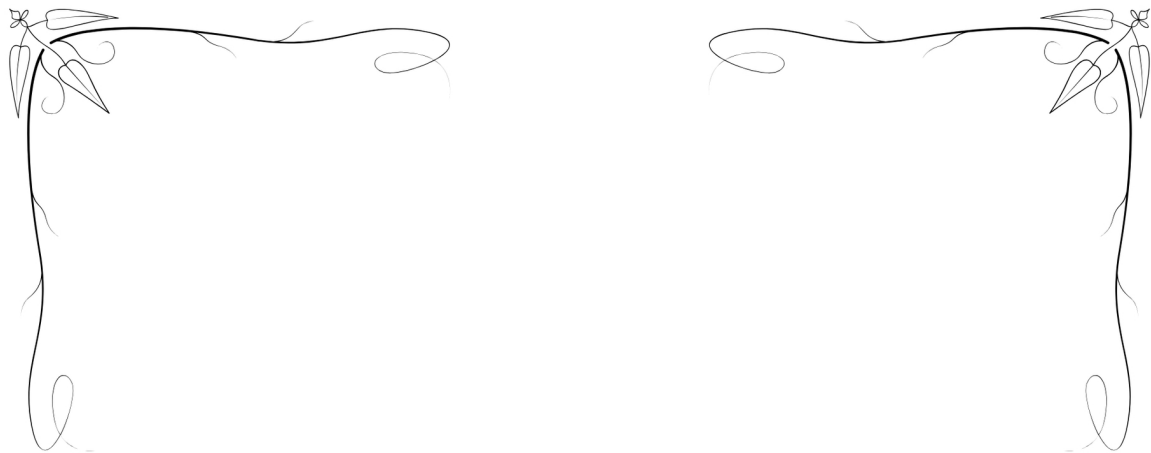
Me recuesto sobre la húmeda pared de ladrillo, con un repiqueteo incesante que me martillea la cabeza. Cuando me percató del escozor que está instalado en mi sien, vuelvo a recordar el duro golpe en la cabeza. Debí ser entonces cuando perdí a los chicos. Solo pensar en que algo les pueda pasar, por mi culpa... *Siempre por mi culpa*. Me estremezco. Debo salir de aquí cuanto antes, pero pactar con Corx no es una opción.

Lo agotador de la situación hace que el sueño se apodere de mí y en pocos segundos caigo dormido. Cuando la noche ha caído por completo, unos pasos me despiertan. Abro los ojos con cuidado y me recompongo, intentando vislumbrar a la persona que se oculta tras una capucha y una capa que la cubre casi por completo. Intento ponerme en pie, pero los grilletes son tan pesados que me cuesta horrores hacerlo. Me acerco a los barrotes con pasos lentos, arrastrando los pies por el sucio suelo. Hasta que mis ojos descubren un reflejo rojizo entre la negrura de la estancia.

—Axel... —Su voz es un susurro, pero me calienta por completo cuando nuestros ojos se encuentran y el brillo aguamarina de su

mirada me inunda por dentro.

—¿Elara?



Capítulo 17

Elara

Unas horas antes

Nada más salir de la guarida de Myrgala, el temblor de tierra nos sacude. Lo que nos hace caer al suelo de forma estrepitosa. Corvin me agarra para amortiguar mi caída. Y en el último segundo, termino cayendo encima de él. La firmeza y calidez de su cuerpo me distraen de la amenaza inminente. Me zafo rápidamente de sus brazos, ignorando las miradas furtivas que me lanza, mezcladas con

un creciente temor que se le escapa con cada aliento. Me pongo en pie a trompicones, agarrándome a la pared. El suelo sigue vibrando bajo nosotros e intento encontrar una explicación razonable a lo que está pasando.

—¿Qué diantres está sucediendo? —Lo miro desconcertada, preguntándome si nuestra conversación con Myrgala tendrá algo que ver.

El temblor comenzó justo antes de salir de la guarida de la bruja “¿Es posible que hayamos hecho enfadar a los dioses?” Esa posibilidad se me clava en el pecho. Demasiadas preguntas, demasiadas respuestas. Jugar con magia negra nunca fue aceptado en nuestro mundo. Quizá todo se trate de un merecido castigo.

—¿Crees que hemos preguntado demasiado? —Corvin parece temer lo mismo que yo y nuestros ojos van de uno al otro, mientras la tierra continúa temblando bajo nuestros pies —. Tenemos que salir de aquí.

Avanzamos con dificultad, agarrándonos a las paredes y sosteniéndonos el uno al otro, intentando dar pasos firmes para no caer. Los vehículos voladores aceleran en su huida y colisionan unos con otros, todo se vuelve un absoluto caos. Los transeúntes corren despavoridos, algunos con mochilas y maletas de equipaje. Algo que indudablemente llama mi atención.

—Corvin, la gente está huyendo —le advierto. Él me mirá intentando descifrar lo que estoy pensando.

—Quizá la amenaza sea mayor de lo que pensamos. —Trago saliva y el nudo que se me instala en la boca del estómago me hace doblarme de dolor.

De pronto, el temblor cesa. El bullicio, el ruido, el caos. Como si la ciudad entera hubiese decidido ignorar lo que está sucediendo. Demasiado acostumbrados a ello. Una mujer a mi lado, recoge sus pertenencias esparcidas por el suelo. Los conductores de los vehículos averiados discuten acaloradamente. El humo blanquecino lo invade todo. En cierta medida y poco a poco, todo va volviendo a la normalidad en la ciudad de Rubí. Yo sin embargo, no puedo sacarme de encima la sensación de que algo anda mal.

Con el corazón aún en un puño y la respiración entrecortada, me dirijo hacia un anciano con muletas que camina dificultosamente.

—Disculpe. —El anciano me mira desde abajo, debido a su pequeña estatura y su encorvada espalda —¿Tiene alguna idea de lo que acaba de suceder?

—Niña... Solo ha sido otra ciudad colisionando. Si estabas pensando en mudarte ¡El momento es ahora! —El anciano se aleja entre risas y yo me quedo mirándolo aturdida.

El inquietante zumbido en mis oídos no me permite razonar con claridad. Corvin a mi espalda, parece estar tan desconcertado como yo. De pronto, una presencia cercana y familiar me envuelve. Me giro antes de que pronuncie mi nombre.

—¡Elara! —Dirijo la mirada en esa dirección, en busca del dueño de esa voz.

—¡Luke! —Corro apresurada hacia él, parece malherido y arrastra los pies hacia mi dirección. Corvin al percatarse, sigue mis pasos —. Luke, estás herido ¿Qué ha pasado?

—Elara, tienes que ayudarme... —Su voz suena entrecortada y agotada. Su rostro perfecto ahora se encuentra salpicado de sangre y magulladuras, se agarra el abdomen con dificultad e instintivamente lo agarro con miedo de que caiga al suelo.

Una sensación de que algo muy malo ha tenido que pasar, se instala en mi pecho.

—Luke, dinos lo que ha pasado. —Corvin lo agarra por los hombros, inspeccionando sus heridas con la mirada.

—Nos tendieron una emboscada...

—¿Qué? ¿Quién? —Aunque me parece que ya sé la respuesta. Los pensamientos intrusivos me bombardean la mente y un dolor

incipiente me pesa en el alma al pensar en Axel y los chicos —. Dime que Axel está bien, por favor... —Mi voz suena tan desesperada que me ruborizo, noto la mirada de Corvin clavada en mí como cuchillos afilados.

—No lo sé, Elara... —Reprimo un sollozo y me aparto un poco de él buscando aire.

“No puede ser. No puede ser”, me repito. Si algo llegara a pasarle no sé qué sería capaz de hacer. Necesito que esté bien, que sea feliz, aunque no sea conmigo. Trago saliva intentando calmar mis emociones.

—Explícanos bien lo que ha pasado —insiste Corvin.

—Decidimos quedarnos unos días más en la ciudad... —Respira trabajosamente mientras continúa hablando, como si cada palabra le robara un poco más de vida —. Esperando que llegara otra... ciudad. Todas las semanas los comerciantes de unas y de otras coinciden, otras veces las intenciones no son tan pacíficas... —Asiento, mientras en mi cabeza comienzan a cobrar sentido los temblores de hace un rato.

—Tal como acaba de pasar —digo. Luke asiente.

—Existen ciudades como Zafiro, llenas de atracadores y vándalos, que lo que buscan es saquear otras ciudades hasta la extinción. —Se

me estremece todo el cuerpo. No sé que tipo de gentes pueden estar rodeándonos ahora mismo.

—¿Zafiro? —pregunta Corvin, se lleva los dedos a los ojos y los aprieta, veo la desesperación y tensión en su semblante.

—¿Se los han llevado unos vándalos? ¿Es eso? —pregunto, dirigiendo toda mi atención a Luke, de nuevo.

—Ha sido Corx. —Corx. La jefa del clan de los Serpientes. La despiadada mujer que nos encontramos de camino hacia aquí. Aquella que juró volvernos a encontrar.

Un sentimiento de odio va creciendo dentro de mí a pasos agigantados y la sed de venganza me inunda las venas. Solo puedo pensar en arrancarle la piel a tiras. Esa emoción en mí es nueva. No he sentido esa clase de odio antes, ni siquiera hacia mi padre.

—¿También se ha llevado a los chicos? —Continúo indagando. Luke asiente.

—Conseguí escapar, pero fue demasiado tarde... No pude hacer nada por ellos... —Su lastimera voz me inunda las entrañas de una sensación demoledora. “¡Por los dioses, solo espero que estén bien!”

—¿Sabes si les han hecho daño? —pregunto con voz acongojada, al borde de las lágrimas.

—Nos pegaron una paliza y luego se los llevaron. —Vislumbro la culpa en su mirada cansada.

—Tenemos que rescatarlos. —El cuerpo de Corvin se tensa tras de mí y su respiración se vuelve más profunda.

Elara... —me llama en un susurro y yo me giro para mirarlo —. No podemos retrasar más nuestra partida. Tenemos que seguir, ya has oído las palabras de Myrgala... —Me estremezco, atormentada por lo que me está pidiendo.

—Corvin, no voy a abandonarlos a su suerte —sentencio, con rotundidad.

—Se las apañarán solos, como siempre han hecho. No nos necesitan. —Su desafiante mirada se clava en la mía. Estoy ardiendo, me arden las venas y el corazón solo de pensar que algo malo les pase a los chicos, a Axel. No voy a ceder.

Un sollozo lastimero nos distrae de la discusión. Luke cae al suelo en ese momento, a punto de perder el conocimiento. Me arrodillo a su lado y lo recuesto en el suelo. Corvin le coloca la chaqueta de piel en la nuca para mantenerlo algo más erguido. Rápidamente saca algo de agua de nuestra bolsa y se la deposita en los labios. Luke comienza a beber trabajosamente, al tiempo que lucha contra la violenta tos que sale de su garganta. Le inspecciono la herida

ensangrentada, le levanto la ropa y ahogo un gemido lastimero cuando descubro un profundo corte en el costado. La sangre que se filtra a través de la tela, aún está caliente. La piel desgarrada. Se me atasca la respiración en la garganta.

—Tenemos que ayudarlo, Corvin —le recrimino, con lágrimas en los ojos.

Asiente y con un ágil movimiento lo carga sobre sus hombros. Nos encaminamos deprisa hacia la taberna más cercana. Corvin lo recuesta sobre una mesa con urgencia. Más brusco de lo que pretendía.

—¡Madre mía! ¿Está herido? —La dueña de la taberna se acerca a nosotros alarmada y rápidamente trae consigo un botiquín.

Junto a la señora, limpio la herida de Luke y ella se encarga de coserlo y colocarle un apósito. Observo atentamente el procedimiento, por si algún día debo hacerlo sin ayuda. La sangre de Luke me hace recordar mi propia sangre, mi propia herida. El dolor de la espada atravesándome la carne, la piel, los órganos... Me llevo instintivamente la mano al abdomen. El trauma me consume y se me llenan los ojos de lágrimas. Corvin parece haberse dado cuenta. Me agarra la mano, tranquilizando la ansiedad que me invade con su delicado contacto.

—No puedo morir, Elara... —La voz de Luke sale de sus labios como un susurro lejano.

—No vas a morir, Luke. —Le agarro fuertemente la mano. Él se debate entre la semiinconsciencia.

—No puedo morir sin vengar sus muertes... —Observo sus ojos cargados de dolor. Como se le oscurecen las pupilas.

—Mi hija es la dueña de la pensión, justo aquí arriba. Puede quedarse a descansar sin coste alguno. —La voz de la propietaria del local nos interrumpe y Luke vuelve a cerrar los ojos antes de caer en un profundo sueño.

—Gracias, no sé cómo agradeceréelo. Le ha salvado la vida a mi amigo. —Mi voz suena más compungida de lo que pretendía. “No va a morir”, me repito.

Estoy tremendamente agradecida, pero no puedo parar de pensar en Axel. Si estará también herido o mucho peor, si seguirá aún con vida.

—Corvin... —Me dirijo hacia él cuándo compruebo que Luke está ya más tranquilo, descansando sobre la superficie de madera —. No pienso dejar a Axel.

Corvin me aparta la mirada, su semblante tenso y la mandíbula tan apretada, que casi le rechinan los dientes. Se vuelve para mirarme y en sus ojos se trasluce la resignación. Intento mostrarme firme en mi decisión. Él suelta el saco que aún lleva sobre el hombro, de mala gana, haciéndolo chocar contra el suelo.

—Está bien. —Sus facciones se relajan un poco y entonces, me clava los ojos de nuevo —. Iremos a rescatarlos. Así Axel estará en deuda con nosotros y tendrá que llevarnos hasta el templo. —A pesar de que sea un tipo de ayuda interesada, no puedo dejar de agradecerérselo.

—Que sepas que hubiera ido a buscarlo sin tí —escupo sin titubear. No sé porqué soy tan despiadada, aún estoy dolida por su indiferencia anterior. Corvin traga saliva e inmediatamente me aparta la mirada —. Gracias —digo, aún observándolo con rotundidad.

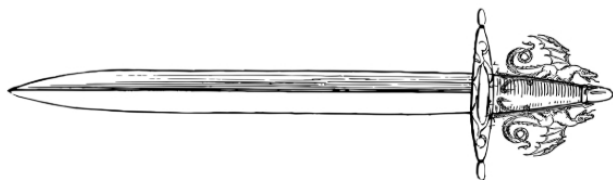
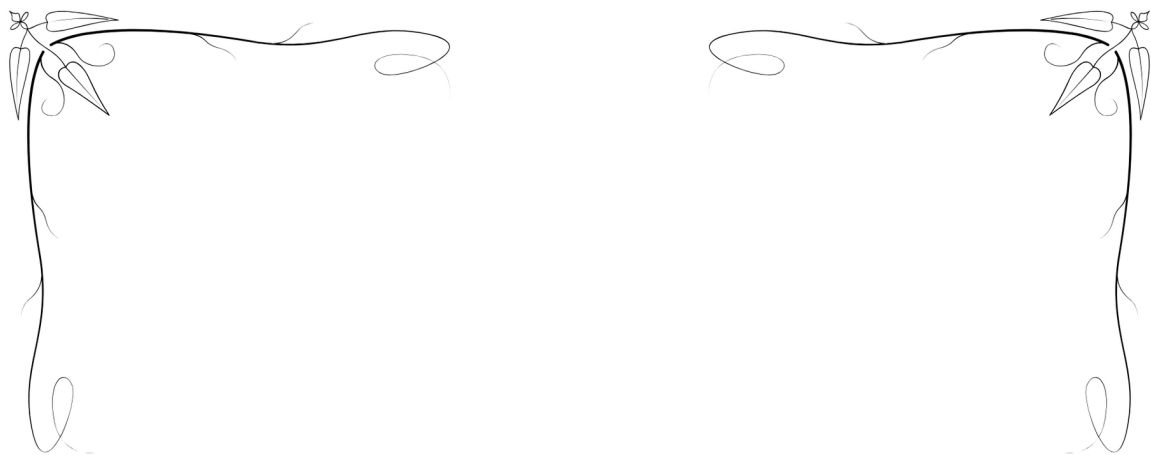
Se aleja de mí un par de pasos y comienza a deambular por la estancia. Luego baja los brazos abatido y me mira de nuevo.

—Pongamos rumbo a Zafiro —dice finalmente.

—Pues dense prisa, parece que la ciudad se está alejando.—Las palabras de la dueña de la taberna nos hacen espabilar.

Tras darle un delicado beso en la frente a Luke y dejarle en la mano una nota de despedida, salimos con premura de la taberna. Rumbo

a Zafiro.



Capítulo 18

Elara

Después de esto no volverán a atemorizarme las pesadillas. La ciudad de Zafiro es peor que Rubí, en todos los aspectos. Más oscura, más lúgubre, más destartalada. Un lugar en el que siempre parece ser de noche. Los edificios destruidos y desalmados, las ventanas rotas, los suelos llenos de escombros. A cada paso se oyen gritos de terror, gruñidos, sonidos de armas y alaridos de dolor. En el mismísimo infierno. El hedor putrefacto me inunda las fosas nasales

y en un callejón sin salida, aprecio una persona devorando lo que parece ser un cadáver, humano. Contengo las ganas de vomitar y Corvin me atrae hacia él. Obligándome a apartar la mirada.

La desesperación más primitiva del ser humano, convertida en puro terror.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—¿Cómo vamos a encontrarlos? —pregunto. Las palabras rebotan entre nosotros, suspendidas en el aire.

Corvin se coloca frente a mí y con un rápido movimiento, me hace chocar contra una desgastada pared de ladrillo. No entiendo nada. Hasta que veo unos vándalos pasar por nuestro lado. Se acerca demasiado. Sus mejillas rozan mi cuello. Coloca la cabeza en la ondulación que nace de mi hombro.

—Discúlpame princesa... Debemos ser precavidos. —Su respiración es entrecortada. Cada sílaba que sale de sus labios acaricia mi piel y yo me derribo por el contacto. Deseosa de más.

Me reprendo mentalmente por estar sintiéndome así en este momento de tensión. Los malhechores pasan de largo, sin siquiera reparar en nosotros. Mi cuerpo responde antes que mi mente. Se me eriza la piel y cierro los ojos “¿Pero qué estoy haciendo?” Mi corazón

late con furia y a pesar de la calidez del momento, no puedo dejarme llevar. No ahora.

Corvin se aparta, incapaz de sostenerme la mirada más de unos segundos. Jadeante, me recoloco el cabello e intento relajar el calor que siento en todo mi cuerpo. La tensión entre nosotros es cada vez más evidente.

—Nos haremos pasar por mercaderes.

—¿Qué? —Sus palabras me pillan desprevenida, después de lo que acaba de pasar.

—Luke comentó algo sobre los comerciantes, nos haremos pasar por uno de ellos. —Asiento. Es un buen plan.

—Perfecto ¿qué hacemos? —inquiero, colocando los brazos en jarra.

—Podríamos sobornar a alguien a cambio de información. Los Serpientes deben ser muy conocidos por aquí, no será difícil encontrar a Corx.

Me sorprende su repentina decisión y entonces empiezo a ver más al soldado que al amigo. Su seguridad, su estrategia “¿Sería capaz, como aseguró Myrgala, de convertirse en rey?”.

Avanzamos en busca de una tienda, una taberna, algún lugar por el que empezar con nuestro rastreo. Cada segundo que nos

retrasamos, la vida de Axel y los demás corre un grave peligro. Tenemos que darnos prisa.

A diferencia de Rubí, aquí los carteles apenas tienen luz, ni colores. La mayoría solo están alumbrados de forma tenue. El aspecto desmadejado de muchos de estos locales, hace que introducirte en ellos, sea lo último que se te pase por la cabeza. Caminamos un par de metros hasta que damos con el cartel de una licorería. “El gancho perfecto”, pienso.

Atravesamos la puerta con decisión. La poca luz que alumbra la estancia hace casi imposible dilucidar el compendio de botellas que cubren las paredes hasta el techo. Nos acercamos al mostrador, dónde no parece haber nadie.

—¿Hola? —Intento llamar la atención del dueño.

Un estruendoso ruido de botellas chocando, parece provenir de la trastienda. Corvin y yo nos miramos con decisión. Sus ojos inspiran seguridad.

—Déjame a mí —susurra y yo le cedo el control de la situación. “Ahora mismo lo único que me importa es encontrar a Axel”. Dejo a un lado el juego de poder —. Disculpe, ¿Es usted el dueño? —La voz de Corvin viaja hasta el fondo de la tienda.

De entre las sombras, un hombre menudo aparece haciendo a un lado las pesadas cortinas que esconden su habitáculo. Al fondo alcanzo a ver un sillón deforme y desgastado y un reguero de botellas vacías que lo envuelve. El viejo se sube a un taburete tras el mostrador y se coloca unas diminutas gafas redondas sobre la nariz. Agita el entrecejo como si intentara aclarar su vista nuevamente.

—¿Qué queréis? —Su voz áspera resquebraja el ambiente.

—Un intercambio, somos comerciantes —dice Corvin, con toda la seguridad de la que es capaz.

El viejo ahora me observa. Como si pudiera dilucidar mis intenciones a través de mis expresiones faciales. Trago saliva e intento mantenerme serena.

—No les había visto antes por aquí. —“Maldición” —. Soy hombre de costumbres. Trabajo con los mismos comerciantes desde hace años.

—Somos nuevos en la ciudad, buscamos nuevos clientes. —La voz de Corvin sale tan segura de sus labios, que hasta yo lo creería.

—Forasteros ¿eh? —Su semblante se muestra cada vez más desconfiado —¿No sois demasiado jóvenes? —El silencio nos envuelve, mientras la duda sigue creciendo dentro del viejo tendero.

—Mi amada esposa y yo... —Corvin me dirige una mirada encantadora. Yo le devuelvo la sonrisa, metiéndome lo máximo posible en el papel —. Estamos continuando con el negocio familiar. —Vuelve a mirar al hombre antes de seguir con el parloteo —. Nos casamos hace apenas un mes ¿sabe?

El tendero suelta un gruñido desde el fondo de su garganta y dedica unos segundos más a observarnos a los dos, de arriba a abajo. Contengo la respiración trabajando en mitigar lo inquietante que se me hace estar aquí. Agarro la mano de Corvin en un intento de continuar con la farsa.

—Enhorabuena —gruñe el viejo.

—Gracias —respondemos al unísono.

—Bien... —El hombre se gira en busca de una pequeña libreta —. Dejadme vuestros nombres y así os tendré anotados para la próxima vez.

“Oh, no...” Las mentiras se complican y no paran de crecer a nuestras espaldas. Estamos en un laberinto sin salida.

—Axel —dice Corvin rápidamente, yo le dirijo una mirada de reojo que espero que al viejo le haya pasado desapercibida —. Axel Jones. —Inventa un apellido al azar.

El pulso del viejo tiembla, antes de anotar el nombre en una de las hojas desgastadas de su libreta.

—¿Y su esposa?

—Elara. —Me adelanto a Corvin, presa de la rabia "¿Cómo se ha atrevido a dar su nombre?"

—Elara y Axel Jones, perfecto. —Deja la libreta a un lado, sin percatarse de cómo estoy asesinando a Corvin con la mirada —. Entonces ¿Qué se les ofrece?

—El mejor whisky que tenga —solicita Corvin.

—De acuerdo. —El viejo se sumerge en los estantes en busca del licor.

—¿Cómo se supone que vamos a pagarlo? —le recrimino. Las cosas están yendo de mal en peor.

—Confía en mí —dice en un susurro. Yo contengo la rabia y las ganas de darle una bofetada. "Por cretino".

—¡Bingo! —El viejo da pequeños saltitos sobre el taburete. Su maltrecho y encorvado cuerpo parece que va a desmoronarse de un momento a otro —¿Cuántas botellas serán? —pregunta, mirando en nuestra dirección.

—Estará bien con un par.

El tendero se acerca de nuevo a nosotros con las botellas y me percato de sus piernas. Una es considerablemente más larga que la otra. Contengo la respiración. Nunca había visto a alguien así. Entonces recuerdo que los dioses también abandonaron en la Tierra a personas con discapacidades o deformidades congénitas. Algo que no tenía cabida en nuestro mundo, a su parecer.

—El mejor whisky escocés, hace mucho que no se hacen licores como este. —Corvin observa la etiqueta intentando parecer entusiasmado.

—La calidad es evidente. —El tendero me mira a mí, le devuelvo una falsa sonrisa.

—¿Es del agrado de la señorita? —me pregunta.

—Por supuesto —respondo rápidamente —, cualquier elección que haga mi marido, siempre me parecerá la mejor —aseguro. El hombre parece contento con mi respuesta.

—Ya no quedan mujeres así, joven Axel. —Clava la mirada en Corvin, mientras me señala con el dedo —. Cuídela. Muy pocas creen ya en la lealtad del matrimonio.

Corvin asiente y me sonríe. Yo sigo mirando al hombre mientras esbozo un gesto estoico.

—Puedo asegurarle que lo haré. —Le devuelvo la mirada y veo como me envuelve con los ojos azul cielo.

Corvin entonces rebusca en el pequeño saquito de monedas que nos dejó Axel. Por supuesto, no son suficientes para pagar las botellas. Mi intranquilidad crece al no saber cuál es el siguiente paso. El ambiente se hace más húmedo y pesado, mientras el olor a alcohol me perfora el tabique nasal con agresividad.

—¡Maldita sea! —Corvin continúa metido en el papel —¡Esa tipa nos la ha vuelto a jugar! —El viejo nos observa con cautela —. Me temo que no podremos pagar, disculpe la intromisión.

El tendero sigue observándonos con sus espesas y canosas cejas arrugadas sobre las gafas.

—¿De quién están hablando? —pregunta cuando Corvin, agarrado de mi mano se dispone a abandonar el local.

—Corx. —Corvin se gira de nuevo para mirarlo. Yo palidezco al oír su nombre —. La última vez que le entregamos mercancía nos dejó a deber dinero. —Hace una mueca de fastidio —. Si pudiéramos dar con su paradero y que nos devolviera el dinero que nos debe, podríamos comprar no solo dos, ¡Si no una veintena de botellas!

Los ojos del viejo se iluminan como estrellas en la noche. Por supuesto, no está dispuesto a perder una venta.

—Sé dónde podéis encontrarla. —La sonrisa de Corvin se ensancha.

Sin embargo, la duda azota el semblante del viejo antes de continuar. Separa de nuevo los labios reprimiendo algo más que añadir.

—Dos manzanas hacia el norte hay una vieja fábrica abandonada. Corx se esconde ahí con sus secuaces. —Me niego a creer que esto esté saliendo tan bien.

—Perfecto, gracias. —La sonrisa perfecta de Corvin lo hace tan guapo, que duele mirarlo.

—Gracias, buen hombre —digo, mostrando una delicada sonrisa.

—No hay de qué —responde él.

—Hasta la próxima. —Corvin se despide cuando nos disponemos a salir del local.

—¡Chicos! —El anciano llama de nuevo nuestra atención. Se me huela la sangre por un momento. Se ha dado cuenta de nuestro engaño. —Llévense una de las botellas como regalo de bodas. —Sonríe ampliamente, mostrando sus ennegrecidos dientes.

—Un placer hacer negocios con usted —añade Corvin , al tiempo que se guarda la botella entre la ropa. El viejo asiente.

Salimos por la puerta con una sonrisa en la cara. Aún no puedo creer que todo haya salido tan bien. Esperamos hasta avanzar un par de metros para festejar nuestro pequeño triunfo. Me abalanzo sobre el cuello de Corvin para abrazarlo y este me rodea por la cintura. Con la mano izquierda comienza a desenroscar la botella de licor ambarino. Me separo unos centímetros de él y entonces la rabia acude de nuevo a mí.

—¡Eres un idiota! —Le empujo bruscamente y él me observa con el ceño fruncido —¿Por qué has dado el nombre de Axel? —le recrimino.

—No soy tan estúpido como para dar el mio. —Da un sorbo al whisky y me tiende la botella, que aparto brúscamente de un manotazo.

—¿Y tenías que dar el nombre de él? ¿No te parece que ya tiene suficientes problemas? —El calor de la rabia me inunda las mejillas.

—Por esa misma razón, qué más dá uno más que uno menos... —Su desasosiego me cabrea aún más —. Cuando lo saquemos de aquí, ya tendrá bastante con agradecernos lo que hemos hecho por él y sus amigos.

—Me decepcionas Corvin. —Mi voz suena ahora más calmada, pero está llena de resentimiento —. Él nos ayudó de forma desinteresada.

—Dudo mucho que haya sido así —asegura, entonces —. A tí quería follarte, yo venía en el paquete y no tuvo más remedio que joderse.

—Lo desafió con la mirada unos segundos. No puedo creer lo que acaba de decir. Las lágrimas acuden a mis ojos cuando le cruzo la cara con la palma de la mano abierta.

—No vuelvas a decir eso. —Se queda unos instantes con la cara girada. La mejilla se le comienza a enrojecer por el golpe.

Comienzo a caminar decidida y en pocos pasos lo dejo atrás. De reojo veo como se acaricia la piel herida con la mano y esboza una mueca de disgusto.

—Vayamos a buscar a Corx. —Mi voz es templada, pero estoy apretando los puños para calmarme.

Me siguen sus pasos por detrás y de una zancada se pone a mi altura en el camino. El resto de la caminata permanecemos en silencio. Aunque la rabia me reconcome, el remordimiento aparece en mí, helado y frío. Las palabras hirientes de Corvin fueron demasiado. Pero no puedo olvidar todo lo que ha hecho por mí hasta ahora. Si está aquí es por mí.

Relajo los hombros y noto cómo el ambiente poco a poco va siendo menos hostil. Se va destensando. Algo electrizante y tenso, mantiene a Corvin a la defensiva y no hablo de rabia o dolor, si no de algo más. Deseo, atracción. Desecho esas ideas e intento centrarme en nuestra misión. Es innegable que en la tienda ha estado brillante.

—Lo siento. —Clavo la vista en el suelo. Él continúa con la vista fija al frente.

—Me lo merecía —reconoce.

—Has estado increíble en la licorería. —Intento un tonto acercamiento. Corvin asiente como muestra de agradecimiento, pero sigue sin mirarme.

Avanzamos por las calles en la oscuridad. El desgastado suelo de hormigón está apenas iluminado por unas débiles farolas, insuficiente para revelar por completo, los peligros que nos acechan. Aquí no hay vehículos voladores, sino una versión más arcaica de estos. Muchos se levantan únicamente sobre dos ruedas y su rugido ensordecedor te taladra los oídos al pasar. Levantan gravilla que se te clava en cualquier parte de piel desnuda y los gases que dejan a su paso son asfixiantes hasta la extenuación. Todo está cubierto por

una extraña neblina que hace aún más evidente la falta de ventilación.

Intento no mirar a la cara a los transeúntes, pero su aspecto delata unas condiciones de vida infrahumanas. Se me hace imposible imaginarlo. En Armaria todo es tan diferente que no tengo con qué comparar todo esto.

Nos mantenemos alerta ante cada leve sonido a nuestro alrededor. La rigidez de mi cuerpo, mantiene mis extremidades atrofiadas.

Avanzamos las dos manzanas, que nos indicó el viejo tendero. No existe un edificio igual por aquí. Así que, nos aseguramos de que hemos llegado a nuestro destino, cuando el bloque de ladrillo se presenta ante nosotros. Las ventanas tapiadas, algunas de ellas estalladas, junto con el aspecto ennegrecido de los muros, revela que un incendio debió arrasarlo todo hace tiempo.

Custodiando la puerta, como un perro guardián, uno de los secuaces de Corx deambula de aquí para allá. Reparo en el arma de fuego que descansa en la pernera de su pantalón. De la manga de la chaqueta, sobresale el distintivo tatuaje en forma de serpiente. La marca de la manada.

—¿Cómo vamos a entrar? —pregunto en un susurro. Retrocedemos unos pasos para ocultarnos tras una esquina.

—Hay que encontrar una entrada secundaria.

—El ruido los alertará —digo —y si los mantienen en alguna celda, tendremos que conseguir la llave. —Más problemas se van añadiendo a la larga lista. Mi mente sigue dándole vueltas sin parar —. No sabemos cuántos de ellos hay ahí dentro —digo, refiriéndome a Los Serpientes.

Corvin se lleva los dedos al entrecejo, pellizcándose el puente de la nariz, mientras espera mágicamente la llegada de una solución.

—Vale, tengo una idea —asegura, tras unos segundos.

—¿Seguro que tu don era la espada y no la estrategia militar? —pregunto. Su capacidad de resolución me tiene bastante sorprendida.

Él sonríe y las arruguitas que se forman alrededor de su boca lo hacen enternecedor. Cuando vuelve a hablar, me doy cuenta de que llevaba un rato mirándole los labios.

—Corx no puede verte. —Repara en mis ojos que he mantenido fijos en su boca. Al percatarse, noto como el nerviosismo lo hace recular —. Dudo mucho que se haya olvidado tu cara.

Se aleja un poco de mí e intenta reconducir la conversación. Yo me recompongo y estiro la espalda en un intento de mantener la

compostura “¿Pero qué diantres me está pasando?” El incipiente calor me abrasa por dentro y tengo que retirar la mirada para evitar distracciones.

—Yo los entretengo y tú te cuelas en el edificio. Ten mucho cuidado, Elara. —El plan puede salir bien, pero eso no significa que no me aterre adentrarme en la boca del lobo.

—Lo tendré. —Me armo de toda la seguridad que se esconde en cada resquicio de mi cuerpo. Tengo que rescatar a Axel y lo voy a hacer.

—Yo me aseguraré de continuar con el engaño.

Busco una entrada, me sumerjo en el edificio, me hago con la llave y rescato a los chicos. “No debe ser tan difícil ¿no?”

—Elara, si algo te pasa... —Agarra mi mano de forma delicada, clavándome su mirada cristalina.

—Todo irá bien.

Me dirige una última mirada fugaz. Está tan cerca que podría besarlo. “Pero, ¿Quiero hacerlo?”

Hay momentos que al mirarlo, simplemente me quedo sin habla. Corvin se encamina decidido hacia la entrada de la fábrica y yo me

quedo rezagada, escondida tras aquella esquina. Esperando la distracción perfecta para actuar.

Una gota de sudor helado me recorre la espalda, al pensar que alguien pueda acecharme y atacarme por detrás. Dirijo una mirada rápida al callejón sin salida, a mi espalda. A pesar de la oscuridad que lo envuelve, estoy segura de que no hay nadie. Respiro un tanto aliviada. “Todo va a salir bien”, me repito. Y devuelvo la mirada de nuevo a Corvin, que está plantado frente al gorila de la puerta. Agudizo el oído, en un intento de averiguar cuál será el momento indicado para moverme.

—Avisa a Corx de que Corvin quiere verla. —El tipo corpulento lo observa de arriba a abajo con los brazos cruzados bajo el pecho.

Sin mediar palabra, se gira dándole la espalda. Sus nudillos aporrean la puerta, que se abre apenas unos centímetros.

—Quieren ver a Corx. Un tal Corvin. —La puerta vuelve a cerrarse y el hombre se gira de nuevo, clavando los ojos en Corvin.

Se me acelera el corazón a la espera de que Corx aparezca en escena. Me sudan las manos mientras juego con un hilillo suelto de mi capa. Me coloco la capucha. En cuanto salga Corx, Corvin se asegurará de distraerla y yo tendré vía libre para adentrarme en el

edificio. Solo espero que todo esto haya sido una buena idea. Pensar en que Corx pueda atraparlo, me revuelve las tripas.

El sonido metálico de la puerta al abrirse interrumpe el hilo de mis pensamientos.

—¿Me buscabas? —La voz cantarina de Corx, rompe el silencio.

Su rostro ensombrecido hace que sus ojos destellen aún más a la luz de las farolas. Su voluminoso cabello se mueve ondeante. Le sonrío con picardía y sus colmillos dorados brillan como un faro en la noche. Lo observa de arriba a abajo y se relame los labios. La cazadora y su presa.

—Vaya, vaya... ¿Qué caramelito tenemos por aquí?

—Soy Corvin. —Este hace una reverencia como si se encontrara ante una auténtica reina y cuando agarra su mano para depositar un beso suave en el dorso de la misma, se me contrae el estómago.

—Tu rostro me es familiar... —sisea. Sus ojos escrutan a Corvin, desnudándolo con cada mirada. Como si eso le permitiera ver dentro de él.

—Nos vimos hace unos días, de camino a Rubí... —La voz de Corvin suena tranquila, sigue concentrado en su trampantojo.

—¡Ah! —De forma teatral, se mueve como una bailarina —¡Ya recuerdo! Eres el guardián de la pelirroja... ¿Cómo se llamaba? —pregunta, fingiendo entusiasmo.

—Eso ya no importa. —La voz de Corvin es tan segura y sombría, que me retuerce por dentro.

—¿Dónde está? —El torrente de voz de Corx se oscurece.

—No está, eso es lo que importa.

De pronto, la mirada de Corx se concentra en mi dirección, como si pudiera ver a través de los muros de piedra. Yo aparto la vista y me recuesto sobre la pared de ladrillo con el pecho agitado por mi respiración alterada. Rezo a todos los dioses por que no me haya visto. Tengo que moverme cuanto antes.

—¿Qué quieres? —Las palabras de Corx suenan ahora amenazantes.

—Quiero unirme a los Serpientes. —Me pilla desprevenida.

Me temo que lo tendrá muy difícil a partir de ahora si quiere salir de esta.

No espero la respuesta de Corx. Cruzo la calle caminando entre las sombras. Noto su mirada clavada en mí, pero yo sigo moviendome con la capa cubriéndome el cuerpo, el rostro y lo más importante, mi

tan característico cabello. Paso relativamente cerca de ellos y Corvin se esfuerza por ignorar mi presencia con la vista clavada en Corx.

—¿Qué puedes ofrecerme? —pregunta con voz juguetona.

Sigo caminando y me dispongo a rodear el edificio, que de cerca, es aún más mastodóntico de lo que parecía en la lejanía.

—A *ella*. —Las palabras de Corvin me desgarran como un cuchillo y el miedo me paraliza por unos segundos. El sonido de la risa maquiavélica de Corx reverbera en mis oídos.

Continúo mi camino y busco una ventana o algún recoveco por el que poder entrar. Una escalera metálica recorre la fachada trasera del edificio en zig zag, pero no llega hasta el piso más bajo. De un salto, me engancho de ella para comenzar a trepar. La capa se desliza por mi cabeza, dejando al descubierto mi coronilla cobriza.

Una mano, después otra. Me engancho a la escalera, mientras el metal me quema la palma de las manos. Me armo de toda la fuerza que hay en mi cuerpo desentrenado y con los brazos me impulso hacia arriba. La escalera se zarandea y el sonido metálico resuena en el ambiente. “Tengo que darme prisa”.

Pongo un pie en el primer escalón, después el segundo. En cuestión de minutos he recorrido la escalera hasta arriba. Hasta la quinta planta. Aquí las ventanas no están tapiadas. La escalera termina en

un muro sin salida, sin embargo, a izquierda y derecha las ventanas se disponen con unos centímetros de distancia entre ellas.

La segunda empezando por la izquierda, tiene los cristales rotos. Solo tengo que trepar hasta ahí y estaré dentro. Alargo el brazo hasta un punto que me duele la tirantez de la extremidad. Me agarro con fuerza al marco de la ventana. No soy consciente ni del ruido, ni de nada más de lo que pasa a mi alrededor. Con el pie izquierdo, busco un hueco en el muro con algo de sujeción. Cuando la bota entra en la cavidad de ladrillo desgastado, me impulso con el cuerpo.

Comienzo a deslizarme por el muro buscando brechas dónde agarrarme. No me permito mirar abajo, soy consciente de que una caída ahora mismo sería cuanto menos mortal. Mi pie derecho vacila y resbala, lo que me hace perder el equilibrio por un instante. Cierro los ojos apretándolos y recompongo mi aliento para seguir avanzando.

Continúo agarrándome al marco de la ventana con las manos, mis pies siguen buscando agarres en el muro. Estoy ante la segunda ventana, impulso mi cuerpo hacia dentro y los cristales me rasgan la ropa. Se me clavan en las manos mientras me apoyo para subir. El edificio está hueco, casi vacío. Una cantidad de mesas y maquinaria

se dispone a lo largo de las cinco plantas que no se distinguen desde dentro.

Pongo un pie sobre la superficie de madera que cruje bajo mis pies y bajo la escalera que se dispone a la derecha lo más sigilosa que puedo. Aquí la oscuridad es aún más abrumadora. Me oculto entre las mesas y los artefactos, caminando en cuclillas. Todo parece estar vacío, se me encoge el alma al pensar en que todo este esfuerzo haya sido para nada.

—Y le dije: ¡Tía piraté! ¿Me entiendes? —Una voz masculina me sobresalta y se me eriza el cabello de la nuca.

Me arrastro hasta esconderme tras una máquina de grandes dimensiones. El par de hombres continúan la animada conversación. Lógicamente, van armados hasta los dientes. El tintineo metálico de las llaves me resuena en los oídos.

Corvin y Corx parecen seguir fuera, por lo que aún cuento con algunos minutos de ventaja. No sé cuántos, por eso necesito esa llave cuanto antes. Sus pasos retumban en la estancia y sus voces siguen con la charla intrascendente. Me escurro, deslizándome entre las sombras. A mis pies, un hierro metálico en forma de gancho me da la solución.

Soy consciente de que me estoy arriesgando demasiado, pero no me queda de otra. El corazón sigue latiéndome como al galope de mil caballos, tan fuerte, que siento que se podría oír resonando en la estancia.

Me coloco por detrás de ellos y por suerte de los dioses, los hombres se paran justo ahí.

—No te mereces eso, tío —le dice el más bajo, al portador de las llaves.

—¡Claro que no! He dado todo por esa fulana ¿Y así es como me lo paga?

Están tan enfrascados en la conversación que es muy poco probable que reparen en mi presencia. “Es ahora o nunca”, me digo. Alargo el gancho con cuidado, hasta colocarlo cerca de su muslo. Ambos están hablando de espaldas a mí, por lo que es más difícil que me vean. No atino, el pulso me falla cuando intento enganchar las llaves y las manos me tiemblan con cada esfuerzo.

El sonido ensordecedor de la puerta al abrirse irrumpe en el diáfano espacio. Los individuos se ponen en alerta y justo en ese momento engancho las llaves. Tiro del gancho y en pocos segundos, el frío metal me acaricia la mano.

La voz de Corx penetra en el destartado edificio.

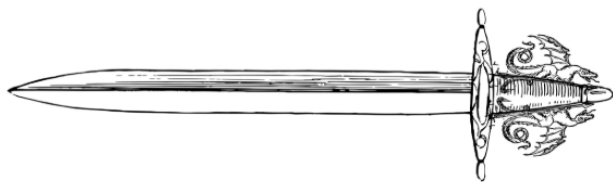
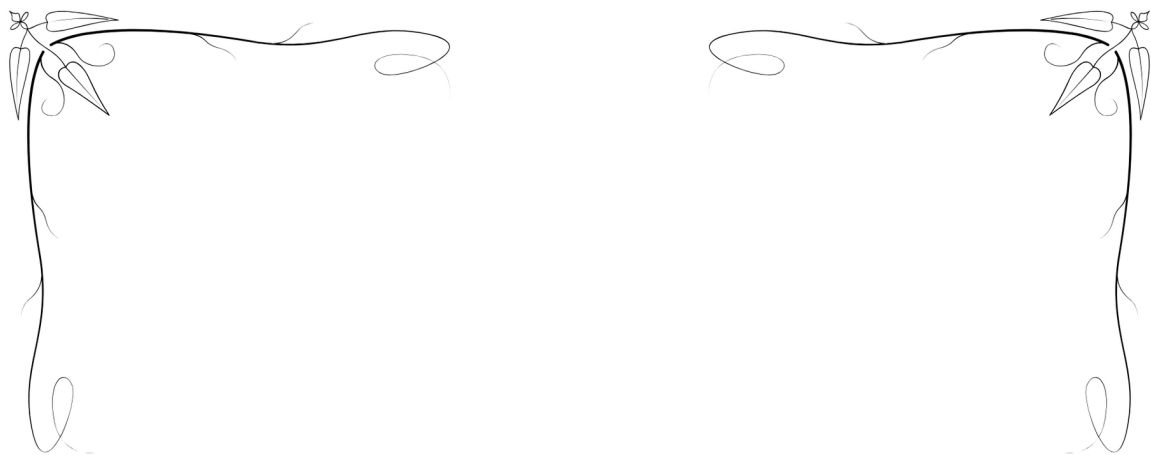
—¿Qué estáis haciendo panda de holgazanes? —regaña a los dos tipos.

Contengo la respiración, he podido esquivar a estos tipos, pero a Corx no lo haré. Los pasos de Corvin la siguen de cerca, parece haberse ganado su confianza. A pesar del miedo, me dispongo a moverme, confiando en que Corvin la entretendrá lo suficiente como para poder actuar sin ser vista.

La puerta que aquellos hombres dejaron atrás, ese es el objetivo. Gateo hasta allí. Son solo unos pocos metros. La puerta cede fácilmente. “No se les ocurrió cerrarla con llave”. La atravieso, intentando hacer el menor ruido posible. Corvin sigue encandilando a Corx.

—¿Cómo podría estar con ella y no con una mujer cómo tú? —Sus palabras me atraviesan. Me esfuerzo por recordarme que todo es parte del juego.

Decido dejar la puerta encajada para no hacer más ruido. Unas escaleras estrechas, parecen conducir a un sótano. Bajo cada escalón de puntillas, cuando mis oídos son invadidos por el sonido del caos.



Capítulo 19

Elara

Cuando al fin me encuentro con los ojos de Axel, un suspiro de alivio se me escapa de la garganta. Mis pulsaciones se van acelerando y un calor me invade por dentro. Paseo mis ojos por el habitáculo y rápidamente me percató de que no hay rastro de los chicos. Es probable que ellos sí consiguieran escapar.

Fuera, el estruendo de gritos y cuerpos golpeándose, me confirma que Corvin está enfrentándose a los Serpientes. Aprieto los dientes y rezo a todos los dioses para que salga ileso de esta. Los gritos de Corx, agudos y lastimeros me llenan los oídos. Atraviesan el aire mientras su voz se va alejando poco a poco. Parece haber encontrado una forma de escabullirse.

Dirijo mi mirada de nuevo a Axel, solo han pasado un par de días desde que nos vimos por última vez. Sin embargo, este chico que hasta hace nada era un desconocido para mí, ahora me resulta lo más cercano a la familiaridad de un hogar. Se me anegan las pupilas de lágrimas y comienzo a ver borroso.

—¿Elara? —Tiene el rostro invadido por la sorpresa. Y no lo culpo, probablemente encontrarme aquí, fuera lo último que se esperaba.

—Tenemos que salir de aquí... —Intento hablar en un tono casi inaudible. Me acerco con rapidez a la celda, hasta encajar el rostro entre los barrotes. Trago saliva tan fuerte, que puedo escucharla en mis oídos.

—¿Qué diantres haces aquí? —Nuestras respiraciones se entremezclan, calentando el ambiente.

La suave luz de unas velas iluminan débilmente la celda. La luz anaranjada convierte sus ojos verdes en esmeraldas brillantes.

Aleteo las pestañas como adormecida cuando Axel dirige una mano hacia mí para acariciarme la mejilla. El roce cálido me eriza la piel.

—No hay tiempo para explicaciones —respondo a trompicones.

Su contacto es lo más electrizante que he sentido nunca y siento unas ganas irrefrenables de besar su boca. Tiene magulladuras por todo el rostro, que se mezclan con el sudor y la suciedad ensombreciendo su cara. El pelo desordenado y enmarañado cae en mechones sobre su frente. Está exageradamente guapo.

—Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien. —El pecho me da un brinco. Su forma de arrastrar las palabras suena a toda una declaración de intenciones.

Intento contener mi impulso más primitivo y me aparto un poco. Introduzco la llave en la cerradura, haciéndola girar con sumo cuidado, concentrándome en hacer el menor ruido posible. Axel arquea las cejas y me mira dejando escapar una sonrisa picarona.

—Nunca dejas de sorprenderme, princesa. —Su forma de llamarme “princesa” calienta cada uno de los poros de mi piel —¿Cómo has conseguido la llave?

—Una tiene sus trucos —respondo juguetona.

Con un rápido movimiento se pone de pie y de una sola zancada, acaba con la distancia entre nosotros. Me rodea con los brazos tan fuerte que me cuesta respirar. No quiero que me suelte. Me dejo hacer y relajo los hombros por unos instantes.

—¿Qué hacéis? ¡Tenemos que irnos! ¡Ya! —La voz de Corvin nos sobresalta y nos separamos al instante. Como dos niños a los que acaban de pillar “con las manos en la masa”.

—¿Qué hace él aquí? —Axel arruga la frente y la efusiva muestra de cariño, se transforma en una ira repentina.

No me pasa desapercibida la forma en la que aprieta la mandíbula y la rigidez de su cuerpo ahora parado frente a mí.

—Salvarte la vida ¡Idiota! —No sé de qué parte de mi cuerpo sale ese arrebató, pero las palabras se disparan de mi boca sin pensar —. Ahora, vámonos. —Mi voz es autoritaria y decidida como nunca antes. Una pizquita de orgullo y amor propio renace en mí.

Con pasos apresurados, subimos las escaleras por las que Corvin había bajado segundos antes. No hay ni rastro de los secuaces de Corx y no pienso preguntar por ellos. Cruzamos la estancia a la carrera, se acabaron los pasos sigilosos, es cuestión de minutos que vuelva Corx y se encuentre con el percal y entonces, estaremos perdidos. Cruzamos la puerta de entrada, ni siquiera nos da tiempo

de coger aire. Seguimos corriendo hasta que estamos tan alejados de la guarida de los Serpientes como para evitar ser vistos. Paramos para respirar de forma entrecortada en uno de los callejones más apartados. Cada respiración repiquetea en las paredes de ladrillo envejecido de los edificios a nuestro alrededor.

Observo a Corvin, tiene el rostro algo magullado y un corte en el labio. Más allá de eso, no parece estar herido. Me devuelve la mirada con una media sonrisa que le correspondo.

—¿Cómo me habéis encontrado?¿Y por qué habéis venido a por mí?

—Busco las palabras correctas, para explicárselo todo lo más rápido posible, pero Corvin se me adelanta.

—Luke vino a pedirnos ayuda. —Su tono es monocorde, pero la tensión, no pasa desapercibida para mí —. Hemos seguido el rastro de Corx para encontrarte. Ahora estás en deuda con nosotros. —El rostro de Axel se tensa y su semblante se vuelve cada vez más serio.

—¿Dónde están los demás? —El timbre de su voz denota que se va calentando el ambiente y me adelanto para hablar antes de que las cosas vayan a más entre los dos.

—Pensábamos que estaban contigo —aseguro.

—Corx me amenazó con hacerles daño. —Baja la cabeza y aprieta la mandíbula con una ira incontrolable —. Todo esto es culpa mía. —

Reprime un sollozo, lo cuál me desconcierta. Siempre se muestra con una dureza inquebrantable.

—Axel... Te prometo que los encontraremos, pero ahora tenemos que salir de aquí. Si Corx vuelve a por ti, no tendremos escapatoria.

—Aprieta los dientes y me mira resignado. Sus ojos escrutan los míos en busca de respuestas que mis labios aún no le han dado. Trago saliva y mi cuerpo se pone rígido a la espera.

Él simplemente asiente y vuelve a agachar la cabeza resignado. Sé lo importante que son sus amigos para él, su familia. Pero no le miento, volveremos a por ellos. Aún tenemos que averiguar cómo.

Lo primero es huir de Zafiro sin ser vistos o todo esfuerzo por sobrevivir habrá sido en vano. No sabemos lo que los Serpientes se traen entre manos, lo que sí sé es que no se estarían tomando tantas molestias por un simple capricho de Corx. Buscan algo, quieren algo de Axel y no pararán hasta conseguirlo. Cuando comenzamos a alejarnos de nuevo, Axel dirige la mirada hacia la guarida y aparta la vista rápidamente antes de continuar la huida.

Cuando llegamos a una de las puertas de la ciudad, Corvin y Axel aúnan sus fuerzas para empujar la pesada puerta metálica frente a nosotros. Haciendo fuerza con las manos, me coloco entre los dos y comienzo a empujar hasta que esta cede. El viento nos azota la cara

y nos movemos a tanta velocidad que el aire helado nos quema las mejillas y nos sacude el pelo.

—¡Daos la mano! —grita Axel por encima del viento. Luego agarra mi mano y ponemos un pie fuera de la enorme nave andante.

Comenzamos a descender las escaleras metálicas, oxidadas y desgastadas, agarrados los unos a los otros. La mano derecha de Axel, agarra con fuerza la mía. Con tanta fuerza, que si él cayera ahora mismo en picado, mi cuerpo cediera con él. Sin embargo, me invade ahora una tranquilidad indescriptible. El aire lleva consigo un olor a libertad que saboreo. Aquí, rozando el cielo, me siento más segura que nunca.

Corvin se agarra a mi antebrazo con fuerza, dejándome suficiente libertad de movimiento como para aferrarme a la escalera. Descendemos a buen ritmo mientras el viento sigue azotándonos. A medida que continuamos bajando, el aire se vuelve más denso y pesado y el viento levanta una enorme cantidad de arena y polvo. Apesar de que parecemos estar sobre una vieja calle asfaltada. El movimiento va siendo cada vez más brusco y agresivo a medida que bajamos. Estamos muy cerca del suelo, pero me flaquean las piernas y resbalo en el penúltimo peldaño. Axel me agarra con fuerza de la cintura y si no hubiera sido por la forma en la que me sostienen sus fuertes brazos, ahora mi culo estaría en su cara. Se me encienden

las mejillas y me reincorporo aferrandome a la escalera de nuevo. Dos pasos más y pisamos el suelo.

La fuerza del impacto y el movimiento de la ciudad andante, nos impulsa con propulsión hacia atrás y acabamos rodando por el suelo. Al caer, me raspo la mejilla contra el asfalto y el ardor hace que me escueza la piel con acidez. Minutos después, la ciudad de Zafiro, de un color azul oscuro brillante, se aleja de nosotros. Hace retumbar la tierra con cada avance. Un silencio ensordecedor invade el lugar cuando la ciudad se pierde en el horizonte.

Axel se pone de pie de un salto y me tiende la mano para levantarme con un rápido y ágil movimiento. Dirige entonces su otra mano a Corvin que la agarra con recelo, pero se pone en pie al instante.

—Desde que apareciste no paro de hacer ejercicio, princesa. Me has sacado de la vida sedentaria... —Dejo que las palabras juguetonas de Axel me acaricien. Se me escapa una sonrisa.

Nos quedamos ahí, mirándonos unos segundos hasta que el carraspeo de Corvin nos sobresalta. Nos soltamos la mano al momento y me sonrojo.

—¿Dónde se supone que estamos? —Su voz es cada vez más fría y una punzada de culpabilidad me invade, sin saber muy bien por qué.

Miramos a nuestro alrededor a la vez, apesar de la calima que nubla el ambiente, colmando todo de un tono amarillo anaranjado. A la derecha de nosotros se intuyen unos edificios en ruinas. Están al menos a un par de kilómetros de distancia.

—¿Crees que llevo un mapa en el culo? —responde Axel con desprecio. Yo le dirijo una mirada reprobatoria —. Este sitio es muy grande... No sé dónde coño estamos.

Corvin tensa la mandíbula y le clava la mirada. Luego a mí, como si esperara algo de mí. Como si me recriminara: "Te lo advertí, este tipo no va a ayudarnos en nada."

—Se divisan unos edificios a la derecha, quizá deberíamos ir hasta allí y ponernos a cubierto. Pronto caerá la noche —propongo.

Los chicos toman mis palabras como una orden y sin rechistar, caminamos por el duro suelo asfaltado hacia los edificios ruinosos. Las grietas del camino, no nos permiten desviar la mirada del mismo, todo está tan desgastado que cualquier traspiés puede hacernos caer de boca. No hablamos en todo el trayecto y cuando llegamos al primer edificio, ya es prácticamente de noche. Un enorme esqueleto se planta sobre nosotros. No tiene paredes, ni puertas, ni ventanas, solo una escalera que va de abajo hasta arriba. El edificio es tan alto que en su momento, debió dominar este lugar, pero que hoy en día se presenta envejecido y desvalijado. Una

prueba más de los horrores que debió vivir esta Tierra años atrás, hasta su casi completa extinción.

Decidimos subir varias plantas, cuanto más alto estemos mejor. Más alejados estaremos de los peligros de la superficie. Hemos subido unas quince plantas y mi aliento delata el cansancio de mis piernas y mi cuerpo entero.

—Creo que aquí estaremos bien —dice Axel. Señala una estancia, que muchos años atrás debió de ser una cocina.

Nos adentramos ahí y Corvin saca de la mochila nuestros sacos de dormir y las provisiones que días atrás nos dejó el propio Axel.

—Dormiré en el suelo —anuncia Axel al percatarse de que solo tenemos dos sacos.

—De eso nada, podemos compartir. —Al instante me arrepiento de haber dicho eso. El rubor me invade las mejillas, mientras los dos se me quedan mirando —. Esto... quiero decir... —Axel se echa a reír, interrumpiendo mi ridículo parloteo.

—Tranquila, princesa. De verdad, estaremos más cómodos así —"¿Dormir con Axel? No sé si podría sobrevivir a eso."

La rotundez de sus palabras cierra la conversación. Corvin hace una hoguera en cuestión de segundos. En estos días se ha convertido en

todo un experto. Nos sentamos alrededor, formando un pequeño círculo, un trío. Dirijo mis ojos hacia Corvin, el cabello negro corto ya casi se le mete en los ojos, el menton pronunciado, marcado por la luz de la hoguera. Contemplarlo es todo un privilegio. Mis ojos viajan de nuevo, esta vez hacia Axel, el tono anaranjado del fuego da un aspecto cálido a su cabello y sus ojos verdes parecen ahora de un tono dorado. "Podría morir solo contemplando su belleza", la de ambos. "No sé qué diantres estoy pensando". Siento que empiezo a delirar. El calor se enciende dentro de mí y se me agita el pecho con cada respiración anhelante.

Corvin nos pasa una lata de legumbres a cada uno, me sobresalto con el contacto de su mano. Lo miro a los ojos mientras me la entrega y una sonrisa cálida me envuelve. Estoy a punto de arder. Siento los ojos de Axel sobre nosotros, la tensión se palpa en el ambiente, pero me cuesta adivinar si lo que siento clavado en la piel es rabia contenida o deseo visceral. Lo que sea es tremendamente intenso y asfixiante.

Calentamos las latas un poco en el fuego y comemos en silencio. Decido centrarme en la comida en un intento por relajar el ambiente. Aún me sorprende la practicidad de los alimentos de por aquí, aunque si de sabores estamos hablando, prefiero los de Armaria.

—Creo que nos debemos algunas explicaciones —dice Axel rompiendo al fin el silencio.

Ha dejado su lata a un lado y su mirada danza de Corvin a mí y a Corvin otra vez.

—Si voy a ser vuestro aliado, me merezco saber la verdad. —Sus palabras son contundentes y reclama lo que quiere, sin reparos.

Corvin y yo nos miramos y él asiente. Quizá no entraba del todo en nuestros planes contarle a Axel la verdad, pero si va a arriesgarlo todo por nosotros, lo merece. No sabe si volverá a ver a sus amigos, el tiempo que esté con nosotros puede ser crucial para ellos. Si decide quedarse con nosotros, al menos se merece la verdad.

—Buscamos un templo. —El semblante de Axel palidece.

—¿Para qué? —pregunta sin un ápice de sentimiento en la voz.

—Tenemos que volver al lugar del que vinimos. —Sus cejas se estrechan en una arrugada línea y sin apartar los ojos de mí, aprieta los dientes, reprimiendo algún tipo de emoción que no descifro.

—Explícate. —Su tono de voz es tan pragmático, que hace que me estremezca.

Por un momento, me arrepiento de lo que estoy apunto de hacer. Sin embargo, las dudas se disipan cuando Axel posa su mano sobre

la mía. Entonces, el recuerdo de aquellas visiones acude a mi mente. Es esa... “La visión”. La mano callosa acaricia mi piel, los dedos repletos de anillos, la cicatriz y ese pañuelo que la envuelve.

Lo tomo como una señal y como si las palabras me quemaran la garganta, empiezo a relatar toda la historia. Le explico la historia de nuestros Siete Reinos. Le hablo de Armaria y de Niebla. Le hablo de mi don, de Corvin, de mi padre. Le hablo de cuando llegamos aquí, del destierro, de como Corvin y yo descubrimos lo que hay después de la muerte para los habitantes del cielo. Y le hablo de Myrgala, de su revelación, de cómo nos habló de mi destino y del trato que tenemos con ella. Cuando concluyo mi relato, Axel aparta la mirada. No ha dicho ni una sola palabra desde que empecé a hablar, noto la tensión en su cuerpo y me estremezco, con un mal presagio. De nuevo, echo de menos las visiones, algo que me diga a qué atenerme. Lo que va a pasar.

—Os ayudaré —interrumpe el hilo de mis pensamientos con pesadez en sus palabras—. Pero vosotros me ayudaréis a encontrar a los chicos. —Un trato justo.

—Lo prometo —digo al instante y sin pensar. Sin saber cómo voy a cumplir mi promesa. Una promesa más. Deposito mi mano sobre la suya con recelo, pero él la recibe y la agarra con fuerza. —Somos un

equipo. —Axel no responde, continúa con la vista clavada en el fuego.

—Si me lo permitís, me retiro a dormir —dice Corvin, que no ha abierto la boca en todo este tiempo —. Gracias por tu ayuda, Axel.
—Este asiente con la cabeza, muy levemente. Acto seguido, se aleja hasta su saco, donde se recuesta entre la penumbra.

Axel y yo nos quedamos en silencio un rato más, observando el danzar del fuego. El ambiente es cálido, pero agradable y los múltiples agujeros en la fachada del edificio permiten ver el cielo exterior, dejando a la vista una multitud de estrellas que llevaba tiempo sin contemplar.

—Así que vienes de allí... —Asiento sin saber bien qué decir —
¿Sabes? Por aquí hace años que la gente perdió la esperanza, en los dioses, en el cielo, en una vida mejor... —Su voz es lastimera y pesada y por unos instantes me siento culpable. De todo ese sufrimiento que estas personas vivieron durante siglos y que yo no he podido evitar.

—Lo siento —digo con sinceridad.

—No lo sientas. Nadie elige donde nace... —Sus palabras se queda suspendidas. Una historia que no ha sido contada.

Entonces caigo en la cuenta de lo poco que sé de él. Lo poco que Axel me ha hablado de su pasado, un pasado sin duda doloroso y en el que no tiene pinta de querer ahondar, hoy no.

—Demasiadas emociones por hoy, deberíamos ir a dormir. —Nos miramos con detenimiento durante unos segundos y las mariposas que aletean en mi interior me hacen sentir más viva que nunca.

Aparto la mirada y clavo la vista en Corvin a unos metros de nosotros, dormido. Me pongo en pie, dispuesta a evitar hacer algo de lo que me pueda arrepentir. Pero Axel me agarra por la muñeca y de un tirón vuelve a sentarme en el suelo. Sus movimientos son tan rápidos que cuando me vengo a dar cuenta, sus manos están ya enredadas en mi pelo y su boca tan cerca de la mía, que su aliento me acaricia la piel.

—Mi perdición... —susurra. Cada sílaba me acaricia los labios.

Cierro los ojos, deseosa de sentirlo y echo la cabeza hacia atrás cuando su boca se posa en la mía, abriéndome los labios con la lengua. Me saborea con avidez, con desesperación. Su lengua es ágil y peligrosa y cada movimiento me sacude con oleadas de placer de abajo arriba y más abajo. Hasta el centro de mí.

Mi primer beso y “Dios ¡Qué beso!” Presa de una excitación nueva para mí, lo agarro del pelo y lo atraigo para introducir más la lengua

en su boca. Más fuerte, más rápido. Más deseo. Más calor. De un tirón de pelo me aparta de él para mirarme, tiene los ojos rojos y los labios hinchados. De nuevo, vuelve a atacar mi boca, para dejar un beso intenso con los labios apretados palpitando en mí.

—Vamos a parar esto, pelirroja o juro que no podré contenerme ...

—Su manera de llamarme, como sea que me llame, “princesa, pelirroja, Elara...” Da igual. Sus simples palabras dirigiéndose a mí, me calientan con un fuego que nunca antes había sentido.

Entonces me suelta, dejando dolor palpable en todo mi cuerpo por su ausencia. Quiero abalanzarme sobre él de nuevo, hundirme en su boca más, durante más tiempo. Pero entonces miro a Corvin, que sigue tumbando en el suelo y aparto de mí los pensamientos lascivos. No es el momento, ni el lugar de seguir con esto.

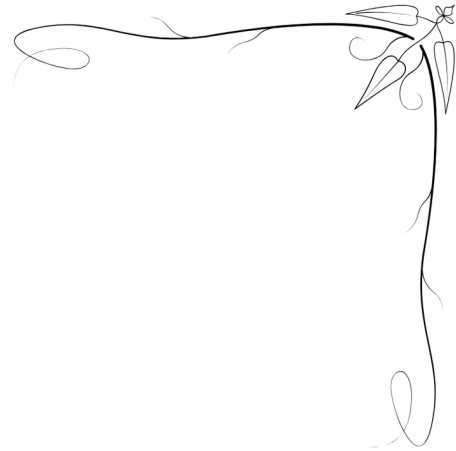
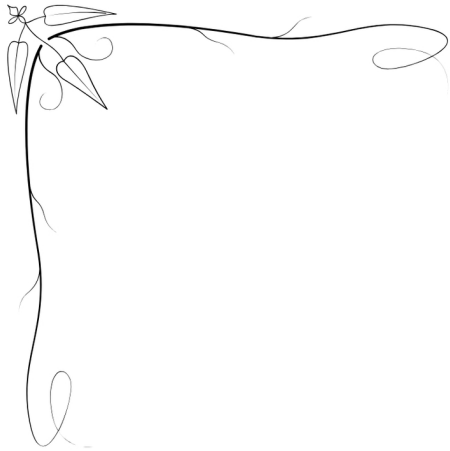
—Lo siento, yo... No sé que me ha pasado —admite Axel.

“Yo tampoco sé lo que me ha pasado. Lo que sí sé es que no quiero parar”. Pienso.

—No volverá a pasar. —Quiero negarme y creo que se me nota en la mirada —. Buenas noches, Elara. —Se despide al fin.

Acto seguido, se recuesta sobre el suelo y se gira dándome la espalda. Mi pecho vibra, tremendamente agitado por el momento.

Cuando miro de nuevo hacia Corvin, está observándome con los ojos bien abiertos.



Capítulo 20

Corvin

Me dejé vencer por el sueño y el cansancio cuando ya estaba apunto de amanecer. La luz cegadora del sol atraviesa el destartalado edificio donde nos encontramos, como la hoja de un cuchillo. Me despierto sobresaltado, con un nudo en la garganta. Axel y Elara ya se han levantado "Axel y Elara". Me recorre un escalofrío al pensar en ellos anoche y el dolor sordo me invade

lentamente el pecho, como una letal ponzoña. Al recordar cómo sus labios se posaban en los de ella, en el lugar en el que deberían haber estado los míos, el sentimiento es desgarrador. La ira y la tristeza me arrastran a un vaivén frenético y siento que me va a estallar la cabeza. Así que finalmente lo eligió a él. Al tipo rudo, al canalla sin escrúpulos, en vez de al chico bueno que daría todo por ella. “Si lo que quiere es un tipo duro, eso le daré”, mis pensamientos aturridos me nublan la mente. Se acabó el andarme con delicadezas con ella.

Me pongo en pie y comienzo a recoger mi saco, intentando moverme a pesar de las emociones que me paralizan. Ellos permanecen en silencio y si hablan algo es entre susurros, mientras yo guardo todo de nuevo en la mochila.

—¿Cuál es el plan? —pregunto, acercándome a ellos. Esforzándome fuertemente en mostrar todo el desinterés que puedo. Evitando mostrar el dolor que realmente siento.

Elara me mira y en sus ojos vislumbro una culpabilidad latente. Sus ojos aguamarina brillan tanto que parece que van a cegarme de un momento a otro.

—He oído hablar de sectas que adoran a los dioses, sé que en nuestro territorio aún queda uno de esos templos —dice Axel con toda la tranquilidad del mundo.

Una sonrisa hipócrita y fanfarrona se dibuja en su rostro. Le dirige una mirada a Elara y yo aprieto la mandíbula intentando contener el aire. Lo suelto lentamente. Un ejercicio de respiración que aprendí en mi formación militar. Un soldado debe aprender a temprar sus nervios.

—Myrgala nos habló de ir al sur. *"Hacia las laderas interminables, en la montaña donde el cielo y la tierra se tocan"*—cita Elara. Parafrasea las inquietantes palabras de aquella bruja y yo no soy capaz de sostenerle la mirada.

Mi mente sigue absorta en el beso de ellos dos. Desvío la mirada hacia Axel de nuevo.

—No hay montañas por aquí, al menos no cerca —guarda silencio unos segundos, pensativo—. Deberíamos dirigirnos hacia lo que un día fue Centroamérica, allí la Tierra aún conserva parte de su fisonomía. Las montañas, la vegetación... Algunos aseguran que allí está empezando a brotar la selva de nuevo, después de siglos de sequía... Es donde quería llevar a los chicos —añade—. A un lugar mejor.

—No hay tiempo que perder, entonces. —Me tomo sus palabras como una verdad absoluta. No nos queda otra que seguir sus consejos, que confiar en él.

Nos ponemos en marcha y comenzamos a descender el edificio en silencio. Al llegar abajo, nuestro aliento es entrecortado y el aire se siente pesado en los pulmones. Doy un rápido trago de agua, comprobando que la última de nuestras cantimploras está casi vacía. Se la paso a Elara y ella a Axel que también bebe. Observo su cómplice mirada y la ira se apodera tanto de mis músculos que me cuesta seguir caminando.

—Elara, tenemos que hablar. —Me dirige una mirada impasible, frunciendo ligeramente el ceño.

—Adelante. —Me dice, ha bajado lo suficiente la voz como para dar a entender a Axel que esto es una conversación privada. Entre Elara y yo, solo de nosotros dos.

—Voy a mear, vuelvo ahora. —Axel se aleja de nosotros lo suficiente como para perderlo de nuestro campo de visión y me vuelvo hacia Elara. Le clavo la mirada tan profundamente que casi puedo bañarme en sus ojos.

—¿Qué ocurre Corvin? ¿No te fías de él? —Aprieto la mandíbula y contengo unas irrefrenables ganas de besarla, de hacerla mía al fin, solo mía.

—No es eso. Yo... —Se me atascan las palabras en la garganta —. Quiero saber lo que soy para tí. —"Lo necesito". Ella me mira

extrañada y se aleja un poco.

—Corvin, creo que no es el momento de hablar de esto. —Parece molesta y en el fondo no la culpo. Pero sinceramente, más molesto estoy yo.

—Elara, necesito saberlo. —Mi súplica suena un tanto ridícula y me recompongo en el sitio para ablandar la rigidez de mis músculos.

—Corvin somos amigos. Eres mi mejor amigo, la persona que me ha ayudado desde el primer minuto. —No titubea al dejarme en esa posición. Solo como un amigo —¿Qué quieres saber? —Sus palabras tienen un delicado tono de disculpa, pero también de dolor y reculo al darme cuenta en la difícil tesitura que la estoy poniendo.

“Soy un imbécil”.

Soy consciente de lo tremendamente egoísta que estoy siendo en estos momentos y de que realmente, lo único que importa ahora es sobrevivir. Llegar al templo, volver a casa.

—Perdóname... —digo con un hilo de voz. Le brillan los ojos y parece estar apunto de llorar. Yo ahogo mis lágrimas en un suspiro que sale del fondo de mi garganta.

—¿Vamos? —Axel ha vuelto y se planta frente a nosotros, cortando la tensión que nos separa.

—Vamos —repito sin apartar los ojos de Elara. Tras el tenso encuentro, continuamos el camino.

Según Axel, llegar a la antigua Centroamérica nos llevará días. Demasiados días y días es igual a tiempo, un tiempo del que no disponemos. Las largas caminatas nos desgastan y acaban con nuestra energía. Sin contar con la poca comida y recursos que poseemos. A veces, da la sensación de que estamos solos en esta inhóspita Tierra y tras un par de horas caminando sin cesar, decidimos parar cuando el sol ya nos ciega y nos nubla la mente.

El rostro agotado de Elara hace que se me encoja el corazón y la miro de forma lastimera. Que tengamos que estar pasando por esto me atormenta, cada día más. La sed de venganza comienza a calarme los huesos, a apoderarse de mi mente y de mi alma. Condenándome, moviéndose como un resorte dentro de mí, como un motor que le da sentido a toda esta locura. La idea de torturar hasta la muerte al rey Thoriam, tiene ahora un sabor dulce en mis labios.

—Paremos para descansar. —Axel llama nuestra atención y me saca de mi ensimismamiento.

Llegamos a lo que parece una pequeña estación de servicio, o eso indica el desgastado cartel. El interior del edificio está saqueado y desalmado. Encontramos una puerta que da a un baño, en el que,

lógicamente no hay agua. Todo es un desastre y me siento tan frustrado que el cansancio pasa a un segundo plano.

—Voy a ver si encuentro algunos víveres por ahí —dice Axel, dejándonos solos de nuevo.

Elara y yo nos sentamos en el suelo, apoyados en unas oxidadas estanterías de metal, desgastadas y corroídas. Elara exhala un hondo suspiro y echa mano a uno de los bolsillos de su chaqueta. De ella saca un libro.

La portada y contraportada de cuero, sin nombre, ni dibujo alguno. Acaricia la pasta desgastada con la mano, llena de magulladuras. Muy atrás quedaron ya las delicadas manos de princesa.

—Pharrel me dejó este libro antes de despedirnos. —Su voz está cargada de nostalgia y entiendo la culpabilidad y la frustración que siente. Si no ayudamos a Axel a encontrarlos, quizá sea demasiado tarde para ellos.

—¿No lo has abierto? —Prefiero desviar el tema, evitando aumentar su preocupación. Ella niega con la cabeza —. Hazlo. —La animo.

Aceptando inmediatamente mi invitación, abre el libro por la primera página. Este parece estar escrito en nuestro idioma universal, pero la tinta algo corrida y las páginas desgastadas por el paso del tiempo, hacen las palabras un tanto inteligibles.

—Hace miles de años, la Tierra era un lugar sombrío y oscuro, desbordado por la escasez de recursos y sustento, la población se vió empujada hacia el escenario más desolador. Las guerras, el hambre y las penurias, conducían a nuestro planeta al más catastrófico de los finales. Sin embargo, los dioses quisieron otorgar a los seres humanos una segunda oportunidad... —La dulce voz de Elara danza en el ambiente, narrando una vieja historia que había oído miles de veces.

—He encontrado esto. —Axel irrumpe señalando un par de latas de dudosa procedencia —. Caducó hace años pero ,“lo que no te mata, te hace más fuerte” ¿no?

Esa frase me cala hondo “Lo que no te mata te hace más fuerte”. Eso era sin duda lo que nos había pasado a nosotros. Las palabras de Axel se quedan suspendidas en el aire, al darse cuenta de lo que Elara tiene entre sus manos. Sin pensárselo dos veces, se acerca hasta nosotros, arrebatándole el libro de las manos y pasando las páginas a una velocidad vertiginosa. Se detiene cuando un mapa aparece ante él.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta sin desviar la vista del libro.

—Me lo dio Pharrel. —Los ojos de Axel ahora se dirigen a Elara, la mira sin comprender.

—¿Y se puede saber por qué no te había dado por abrir el puñetero libro? —Las palabras salen de la boca de Axel de forma atropellada y yo no me puedo contener.

—Háblale con respeto. —Le clavo la mirada y aprieto los puños. Él me devuelve una mirada ensombrecida.

—¿Qué quieres ahora, perrito guardián de pacotilla? —Sus palabras me cortan como un cuchillo, burlonas.

Inmediatamente me pongo en pie para estar a su altura. “No me intimida, ni él ni nadie”.

—¿Queréis parar de mediros el ego?! —La réplica furiosa de Elara corta el ambiente —¡Ya basta! —Es tan autoritaria que me obliga a recular. La miro, ahora de pie junto a mí —. Corvin ¿Tengo que recordarte que puedo defenderme sola? —Sus ojos arden en llamas, como si el mismísimo fuego de su pelo se reflejara en él.

—Pues deberías hacerlo y no dejar que este desalmado te ponga las manos encima.

—No vuelvas a meterte en lo que hago o dejo de hacer, Corvin. — Suena tan segura y fuerte que no puedo hacer más que mirar al suelo. Me deja sin habla.

Los dos, parados, cabizbajos frente a ella, como dos niños regañados en la escuela. Ridículo y vergonzoso, pero ninguno de los dos parece tener intención de seguir alimentando la ira de Elara. Ambos nos resignamos a callar.

—Ahora, si estáis más tranquilos... —Su mirada se pasea del uno al otro, simultáneamente —. Pharrel me dio este libro antes de despedirnos. No pensé que sería algo importante, pensé que era simplemente un regalo.

—¿Y por qué Pharrel tendría algo así? —pregunto, intentando encontrar respuestas.

Nos miramos los tres, como si entre nosotros pulularan las mismas preguntas: “¿Quizá era Pharrel otro habitante de los cielos?”

Axel no responde, en lugar de eso, aprieta los dientes con visible furia en la mirada. Que uno de sus amigos le pueda haber estado ocultando esta información, estoy seguro de que le carcome por dentro.

—Esto es un mapa —dice al fin, levantando las páginas en el aire —. Por lo visto existen siete templos, ocultos en la superficie terrestre. El más cercano está al sur. Mucho más al sur de lo que me temía, tardaríamos semanas en llegar. —El ambiente se tensa aún más entre nosotros y la esperanza de volver se van disipando con cada

palabra —. No podré acompañaros sin asegurarme antes de que los Caminantes están a salvo. Esto podría llevarnos demasiado tiempo y si Corx los tiene, me temo lo peor. —Elara asiente, sin esperar siquiera mi aprobación. Tomando de nuevo las riendas de la situación.

—Llamaremos la atención de Corx. —La miramos estupefactos, esperando un argumento convincente para la locura que acaba de proponer.

—¿De qué estás hablando? —inquire Axel.

—Esperaremos que acuda a nosotros, la apresaremos y la obligaremos a hablar. —Elara no muestra un ápice de duda.

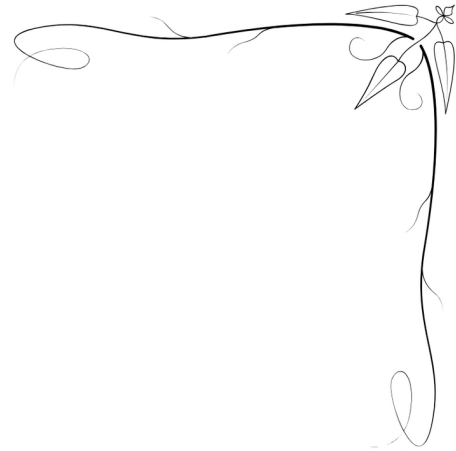
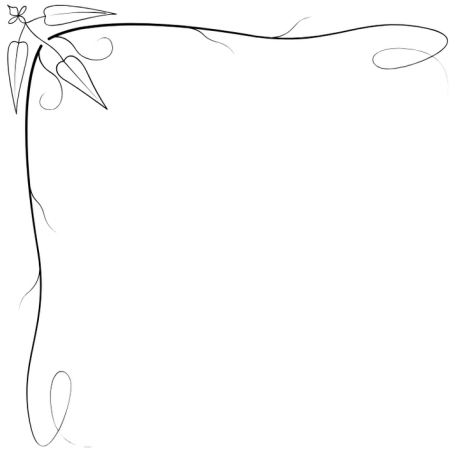
—Es una locura, Elara... —asegura Axel. Por primera vez estamos completamente de acuerdo.

—Estoy con Axel, Elara. —Él me dirige una mirada de soslayo —. Es demasiado arriesgado.

—Y peligroso —añade Axel —. No sois conscientes hasta dónde puede llegar la maldad de Corx.

—No hay otra forma. Solo ella sabe dónde están y estoy segura de que debe de estar buscándonos desesperadamente. —Las palabras

de Elara son cada vez más rotundas y convincentes —. Nos encontrará y cuando lo haga, la estaremos esperando.



Capítulo 21

Axel

El plan de Elara es una completa locura. Llamar la atención de Corx, la despiadada líder del clan de los Serpientes. Capturarla y obligarla a darnos el paradero de mis amigos. Es un completo suicidio.

“Punto número uno: ¿Cómo se supone que vamos a captar su atención? ¿Con bengalas invisibles?”

“Punto número dos: ¿Habéis pensado que Corx, obviamente, no vendrá sola?¿Cómo se supone que nos vamos a cargar a su manada entre los tres?”

“Punto número tres: Ni la peor de las torturas haría hablar a esa víbora. Es capaz de llevarse un secreto a la tumba sin remordimiento alguno. Solo por orgullo.”

Corx no le teme a nada ni a nadie. Los demás le temen a ella. Es despiadada, es retorcida y es capaz de arrebatarse el alma a cualquiera. Y lo más importante, conoce mi secreto y por supuesto, va a chantajearme con ello. No sé cómo diantres lo sabe, pero la otra noche, en su guarida, no parecía ir de farol. Lo decía completamente en serio. No habrá forma de escapar de esa situación y finalmente todos sabrán la verdad sobre mi pasado, incluida Elara.

Un nudo se instala en mi garganta con fuerza, ahogándome, casi haciéndola estallar. Todo, desde que Elara pisó esta Tierras. Toda mi vida, se ha convertido en un absoluto disparate. La revelación de la noche anterior me ha dejado más que desconcertado, casi tanto como ese jodido beso. Ese beso que me llegó hasta las entrañas, iluminando cada oscura parte de mi ser con su brillo cálido. Me había esforzado en contenerme durante demasiado tiempo, demasiados días. Separarme de ella ya había sido tortura suficiente y ahora que

de nuevo estábamos juntos, “en el mismo espacio, quiero decir”, todas esas emociones contenidas salieron disparadas.

Pero debería haberme contenido, porque la verdad sobre Elara lo ha cambiado todo y si existía un ápice de esperanza para nosotros, se había evaporado a la par que había aparecido. Lo nuestro, lo que fuera que existiera entre nosotros, era profunda e irrevocablemente imposible.

—Tendremos que hacer una fogata más grande —asegura Elara, mientras discute con Corvin los detalles sobre “la brillante manera de llamar la atención de Corx” —. Quemaremos todo lo que encontremos.

—Y entonces, moriremos intoxicados —responde Corvin a la defensiva. Su afán por protegerla es realmente enfermizo.

Habíamos llegado a este barrio abandonado hacía tan solo unas horas y al igual que el día anterior, decidimos subir a uno de los edificios. Sin embargo, esta vez, nos quedamos mucho más a la vista. “Razón número 844.503 por las que este plan es una completa locura”. Podríamos llamar la atención de cualquiera. No solo de Corx “que ya era bastante”, si no de “C-u-a-l-q-u-i-e-r-a”.

Tanto Corvin como Elara, no son del todo conscientes de cómo son las cosas aquí. Aquí la gente se mata, literalmente, por una lata de

comida y no tendrían reparo en hacerlo si nos ven en lo alto de un edificio despilfarrando los pocos recursos que quedan.

—Sigo diciendo que este plan es un disparate —insisto una vez más, sin que ninguno de los dos me haga el menor caso.

Por algún motivo, el cual desconozco, Corvin se muestra conforme con la idea de Elara. Quizá no se atreva a volver a llevarle la contraria. La tensión entre ellos, parece que fue en aumento los días que estuvieron solos. Una tensión que aún no identifico como algo negativo. Bajo la superficie, distingo una tensión puramente sexual. Cosa que, definitivamente, me disgusta.

—¿Quieres encontrar a tus amigos o no? —Elara ha tomado el papel de liderazgo y ahora no hay quien le lleve la contra. Tengo que reconocer que eso, pone en tensión partes muy específicas de mi cuerpo.

—Corx no vendrá sola ¿Cómo se supone que vamos a deshacernos de los Serpientes? —Mi inútil intento de convencimiento se desvanece en el aire.

—¿Tengo que recordarte que poseo el don de la espada? —Corvin dándoselas de nuevo de salvador. “Engreído”.

—Créeme, ese don no te servirá de nada aquí. —Le lanzo una mirada retadora y sus ojos azules se clavan en los míos —. Lo que

yo he aprendido en la calle, eso es lo que nos sirve y deberías hacerte caso —aseguro—. Los dos deberíais.

—¿De qué tienes tanto miedo, Axel? —pregunta Corvin con tono burlón. Me recompongo en mi sitio y me acerco un poco más a él, no dejo de clavarle la mirada mientras continúo desafiándolo—. Ya me libré de ellos uno vez, cuando te rescatamos en Zafiro. Créeme, podré hacerlo una segunda —asegura, me mira sin titubear.

—¿Vais a continuar con vuestro tira y afloja? —pregunta Elara, con notable cansancio en la voz. Ambos la ignoramos.

—De perder a más gente. —Mi tono es casi inaudible, pero suficiente para que ambos lo escuchen—. De eso tengo miedo.

Se hace el silencio entre los tres y el aire se vuelve entonces más pesado, cubierto por un amargo aura de tristeza. El esqueleto de hormigón que nos envuelve, parece crujir con la reverberación de nuestras respiraciones.

—Axel, confía en mí. Lo conseguiremos. —Elara deposita su mano sobre la mía con suavidad. Su contacto me quema por dentro—. Recuperaremos a los chicos ¡Y no vamos a perder a nadie más!

“Sí, a ti”, pienso, pero no soy capaz de decirlo en voz alta. La idea de perderla me atormenta desde que apareció en aquella celda. Me

había hecho a la idea de dejar atrás todo esto, de desaparecer. No volver a verla.

Hasta que apareció de nuevo. Hasta que me contó la verdad y las piezas del puzzle terminaron de encajar. Ya no se trata solo de orgullo, ya no se trata de mi estúpido miedo a enamorarme, a perder el control de mi vida por una mujer. Ahora todo ha adquirido un cariz diferente. Ahora la imposibilidad de estar juntos es algo tremendamente real y contra lo que no podemos luchar.

Elara en unos días estará en casa y yo... Yo seguiré con mi vida. Aquí. La vida para la que fuí destinado. Habré cumplido con mi misión, con la parte de un trato que jamás acepté. Todo habrá acabado.

Terminamos de montar el campamento. El edificio no es muy alto, pero lo suficiente como para que la luz de las hogueras que hemos encendido se vislumbren desde cualquier lugar en el horizonte. No hay nada más en kilómetros a la redonda. Estamos, de momento, aparentemente solos.

La noche ha caído sobre nosotros y las luces ondeantes de la hoguera, crepitan sobre las paredes desvestidas. Corvin saca una botella de whisky y es como si todas mis plegarias hubieran sido escuchadas. "¡Gracias a los dioses!"

No puede pensar en otra cosa que en el líquido ambarino que Corvin desliza por sus labios al beber a morro y sin intenciones de compartir.

—¿No piensas compartir? —Lo miro divertido.

Él culmina el hondo trago y pone los ojos en blanco antes de tenderme la botella. El dulzor sacia mis entrañas y el calor del alcohol en mi pecho, consigue calmar el vaivén de mis pensamientos.

—Tenemos que llegar a ese maldito templo. —Los ojos de Elara se mantienen fijos en la hoguera.

Su cabello arde como el fuego con cada sutil fluctuación de las llamas. Yo me pierdo en la perfección de su belleza, incapaz de responder. Aún no tengo claro cómo vamos a acortar la distancia que nos llevará semanas andando. Tenemos que conseguir unos vehículos como sea.

—Espera a que Corx no nos mate primero —digo y antes de dar otro trago, Corvin me arrebató la botella de las manos.

Bebe y acto seguido le tiende la botella a Elara, que da un profundo trago, lo que me pilla por sorpresa. “Cómo traga la princesita”. Esos pensamientos me calientan por completo, endureciendo una parte muy concreta de mi cuerpo, consiguiendo que me aprieten los

pantalones. Mientras el calor del ambiente calienta también nuestros cuerpos. Ahogo una sonrisa pícaro que se me escapa de los labios, producto de mis perversos pensamientos.

—¿De qué te ríes? —Elara me mira con una sonrisa en la cara y las mejillas sonrojadas, fruto del calor del fuego y el alcohol.

Niego con la cabeza, esquivando la respuesta. El olor a ceniza y a polvo lo invade todo. Afuera, todo se sume en un silencio inquietante. La noche es sinónimo de la soledad más extrema. Los edificios se levantan a nuestro alrededor como un cementerio abrupto de lápidas abandonadas. El recuerdo de lo que un día fue este lugar.

No soy consciente de en qué momento Elara se ha levantado. Abandonando su lugar al otro lado de la hoguera, para acomodarse junto a mí. El brillo de sus ojos se acentúa a la luz de la fogata. Paso la lengua por mis labios mientras la observo. El recuerdo de nuestro único beso acude a mi mente una vez más.

Corvin, sin perder el ritmo, se acerca a nosotros para sentarse al lado de ella. El destino parece estar escribiendo un guión que ninguno de los tres somos capaces de detener. La botella va danzando de unas manos a otras y con cada trago, la tensión se diluye en el ambiente, convertida en suaves carcajadas. La noche, nos envuelve con su peligrosa calma.

Le permito a mi mente que se despreocupe por un momento y me deleito al contemplar a Elara así, desenfadada, sonriente, mía... Mía en este instante. En mis recuerdos. Para siempre.

La noche se cierne sobre nosotros más oscura que nunca, pero gracias a la hoguera, nos mantenemos resguardados del frío. Cuando acabamos con la botella, Elara apoya su frente en mi hombro, cerrando los ojos.

—Qué bien se está aquí... No te muevas —suplica. Deja escapar un suspiro que me enciende el alma.

Todo mi cuerpo se tensa cuando Corvin y yo cruzamos nuestras miradas. La rivalidad entre nosotros parece disiparse por unos instantes. Nos envuelve un deseo primitivo y audaz. En este momento, en este instante. Sólo existe el ahora. No puedo pensar en nada más que en acariciar el cuerpo de la mujer que tengo a mi lado.

La risa de Elara flota en el aire, rozándome el cuello. Mis músculos se tensan. Cualquier pensamiento racional abandona mi mente en ese momento, cuando posa su mano sobre mi pierna. Sutil al principio, luego más firme. La excitación empieza a crecer en mí de una forma voraz. Siento la mirada de Corvin sobre nosotros con una complicidad cálida. No hay amenaza en sus ojos que nos envuelven.

—Esta noche estamos vivos... Mañana, quién sabe... —La voz de Elara irrumpe en la estancia, como una dulce melodía. Cargada de promesas.

Trago saliva dolorosamente. El alcohol sigue ardiendo en mi garganta. Levanto la vista y en ese momento mis ojos se encuentran de nuevo con los de Corvin. Dónde esperaba ver celos, ira o resentimiento, no encuentro nada de eso. Solo expectación. Algo diferente a todo lo anterior.

Elara se gira ligeramente, posando su otra mano en la rodilla de Corvin. La tensión desaparece de mi cuerpo, dando paso a algo más. El anhelo. Sus dedos se cierran sobre él con lentitud, poniéndolo a prueba, tanteando sus límites. Él no se aparta, yo tampoco lo hago.

El chisporroteo de las llamas crepita en mis oídos. El ambiente, el calor, todo es jodidamente embaucador. Y el peligro, la pérdida, todo deja de importar. Todo eso es lejano ahora, como si mi vida hubiese adquirido un nuevo significado cuando los labios ávidos de Elara se posan sobre los míos. La recibo sin contemplaciones.

Su boca roza la mía con un beso lento, dulce, cargado de un hambre contenida. Me dejo hacer mientras cada uno de mis músculos se tensa, reclamando más. Coloco mis manos alrededor de su cintura, atrayéndola hacia mí con más fuerza. Su piel arde. Ella al completo arde.

No aparta la mano de la pierna de Corvin, procede a moverla de arriba a abajo, ejerciendo la justa presión. No dejo de mirarlos. Con un brusco movimiento que me deja los labios hinchados y doloridos por la falta de contacto, aparta su rostro de mí. Me observa por unos instantes con la respiración entrecortada y en ese minúsculo espacio de aire atrapado entre nosotros, siento la electricidad de su invitación. Gira la cabeza hacia Corvin que la observa hambriento y tan expectante como yo. Su respiración entrecortada oscurece sus ojos cargados de deseo voraz. Lo desafía, buscando un permiso silencioso.

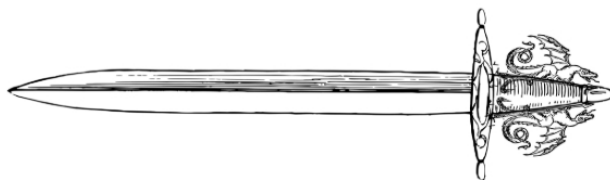
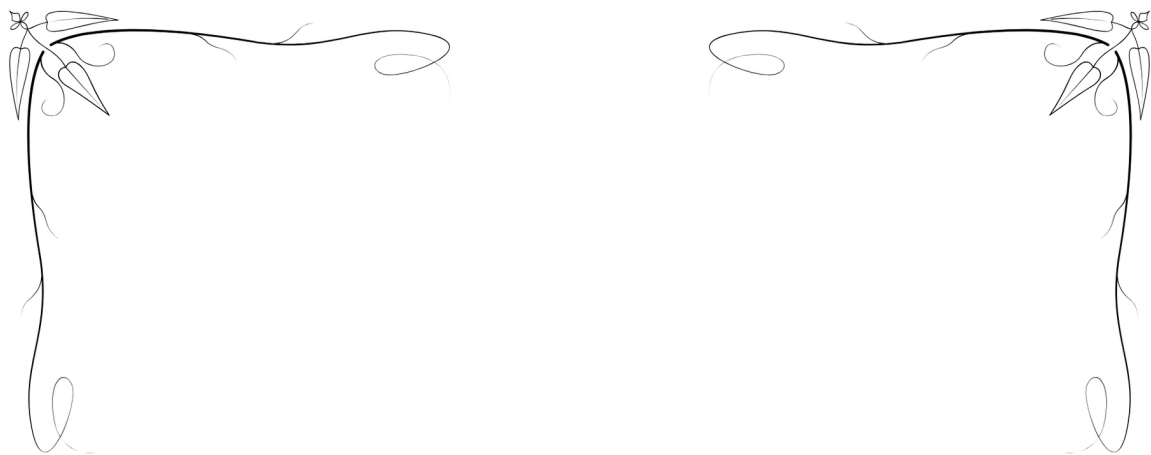
Y cuando ella lo besa, cuando sus labios se estrechan con tra los de él con la misma urgencia con la que había devorado los míos, algo en mí cambia. Se libera. Se disipan los celos, la rabia. Dejando paso únicamente a la necesidad.

Cierro los ojos, dejándome llevar por las sensaciones, que me embriagan más que el alcohol. Se me seca la boca del deseo y me muero por besarla de nuevo. Si existe entre ellos algo más que una amistad, en este momento ya no me importa.

Esto no va de amor, ni de posesión. Va sobre la vida, sobre esta noche. Sobre el ahora. Si en unos días voy a perderla, eso significa que jamás ha sido mía y nunca lo será.

El aire se vuelve aún más pesado y nos envuelve la tensión, arrullándonos a los tres. Mi mano viaja por la espalda de Elara hasta enredar mis dedos en cada mechón de su cabello. La hago girar para devolverla a mí. Corvin deja escapar una risa ronca antes de inclinarse sobre nosotros. Su aliento me acaricia la mejilla, no siento disgusto por ello. Sus manos comienzan a explorar el cuerpo de ella a la vez que las mías, rozándonos en algún momento.

En unos días perderé a Elara para siempre y si esta es mi única oportunidad de tenerla, no voy a desaprovecharla. Me siento profundamente egoísta, pero elijo esto. Esta única noche, aunque sea así, compartida...



Capítulo 22

Elara

La fogata vuelve el ambiente cálido en una nebulosa exquisita. La embriaguez por el alcohol me pone a arder el pecho y el placer que siento con cada roce, con cada beso, con cada caricia, me hace enloquecer hasta el éxtasis. No sé de qué forma hemos llegado hasta este punto, solo sé que ya es demasiado tarde para parar. Cuando los labios de Corvin rozaron los míos por primera vez, las dudas se disiparon al fin, consiguiendo que mi mente permaneciera

en silencio, por primera vez en mucho tiempo. Pero entonces, la presencia de Axel junto a mí, transformó los besos cálidos de Corvin en un deseo descontrolado por tenerlos a los dos.

Mi razón se volvió niebla y mi corazón comenzó a latir a la velocidad de un tambor.

En ese edificio en ruinas, solo existimos Corvin, Axel y yo. Tres sombras ardiendo en la oscuridad.

La boca de Axel me devora sin contemplaciones y yo me derrito sobre su cuerpo, notando la presencia de Corvin cada vez más cerca. Puedo notar como se le tensa cada músculo del cuerpo, cómo aprieta la mandíbula reprimiendo sus más oscuros deseos. Las manos de Axel se concentran en recorrer mi piel con su delicioso tacto. Lento, como si pretendiera memorizar cada centímetro de mí.

Corvin, detrás de mí, desliza sus labios por mi cuello, depositando besos suaves a lo largo de mis hombros, en cada resquicio de piel desnuda. Yo me estremezco, con cada contacto húmedo sobre mi cuello, mi clavícula... Cada roce que deposita con avidez, me recorre con un escalofrío electrizante. Avivando el deseo que crece en la parte baja de mi vientre.

—Dime qué quieres —reclama Axel, mirándome a los ojos con absoluta adoración. Su voz es ronca y salvaje. Está cubierta de

deseo.

Procedo a mirarlo desconcertada, con los labios hinchados, echando de menos los suyos. Cada roce de su piel, actúa como un incendio silencioso dentro de mí. Un incendio que avanza sin control. Sofocándome. Envolviéndome. Los labios impávidos de Corvin no se detienen.

Tengo la mente tan obnubilada que soy incapaz de contestar, incapaz de reaccionar con coherencia "¿Qué quiero?" Me pregunto. La excitación crece en mi sexo, que palpita rozando la fina tela de mi ropa interior. Nunca había experimentado algo así, nunca había sentido estas irrefrenables ganas de acostarme con alguien. Y entonces me giro y miro a Corvin.

Sus ojos azules danzan con la luz del fuego, convirtiendo en ámbar el brillo ansioso de su mirada. Desearía con todas mis fuerzas tener otra botella de whisky a mano, necesitaba estar más borracha para lo que estábamos a punto de hacer.

Sin apartarme lo suficiente de Axel, vuelvo a la boca de Corvin. Primero con cuidado y luego ansiosa. Sin saber de qué parte de mi ser proviene toda aquella seguridad, solo sé que quiero dejarme arrastrar por ella hasta quemarme. Movida por saciar mis necesidades, me adentro en su boca, mi lengua recorre sus labios y

su sabor dulce me embriaga aún más. Lo miro a los ojos y sus pupilas destellan cuando se encuentran con las mías.

—¿Quieres esto? —Me atrevo a preguntar con un hilo de voz.

Axel. En él no existen reparos ni pudor a la hora de reclamar lo que quiere. Axel habrá estado con mil chicas antes que yo, pero Corvin... Corvin es el chico bueno, el que hace siempre lo correcto y el que solo actúa dejándose llevar por la razón. El dejarse llevar de esta manera, no entra para nada dentro de sus cánones.

Me sorprende cuando asiente, aún muy rígido y se adentra en mi boca con avidez de nuevo. Sus músculos se relajan cuando sus labios vuelven a los míos. Calentando todo mi cuerpo, humedeciéndome ahí abajo hasta volverme loca. Mi respiración errática y entrecortada, se entremezcla con el aliento de Corvin, mientras las manos de Axel continúan recorriendo mi cuerpo. No puedo pensar, sólo dejarme llevar por una urgencia salvaje, que me hace arquerarme entre ellos. Abandonarme a las sensaciones.

Los cálidos labios de Axel se depositan en mi cuello, calentándome aún más. Su impávida lengua me humedece hasta las entrañas y sus dientes dejan mordiscos suaves que me endurecen los pezones. Corvin desliza los dedos por mi cintura contoneando la línea de mi cadera, sin apartar sus labios de los míos. Las caricias de Axel en cambio, son más directas. Más firmes. Asciende de forma segura por

mis muslos, sosteniéndome de la misma forma que alguien sostendría algo preciado. Algo que no quiere perder.

Me encuentro totalmente extasiada cuando Corvin se aparta de mi boca para mirarme. Axel hace lo mismo y puedo apreciar como las miradas de ambos se encuentran, relajando la tensión entre ellos. Después de verlos enfrentados tantas veces, verlos tan distendidos ahora, es tranquilizador a la vez que hermoso.

—Elara ¿Quieres hacerlo? —pregunta. La voz de Axel es tranquila y segura. Si no me estuviera agarrandon, juro que caería de forma estrepitosa, debido al acaloramiento que siento.

—¿Con los dos? —Corvin es quien pregunta esta vez. Todo rastro de preocupación o enfado en su voz ha desaparecido —. No tienes que hacerlo si no... —Lo miro, enredándome en la intensidad de su mirada, que se torna de destellos ámbar a la luz de las llamas.

Puedo sentir el peso de su contención, la lucha creciente entre su autocontrol y la necesidad imperiosa de ceder. Al mirarnos entiendo que desde esta noche, ya nada volverá a ser como antes.

“¿Es esto lo que quiero? ¿Hacer el amor con los dos?”. La excitación nubla tanto mi mente, que asiento atolondrada, consciente de lo estúpida que debo parecer ahora mismo. Las mejillas se me encienden de la vergüenza, al pensar en lo que estamos a punto de

hacer. Nadie me había explicado cómo debían ser los encuentros entre una mujer y un hombre. Pero por suerte, siempre fui lectora y muchos de esos libros me ayudaron a saber de qué se trataba esto.

—Dilo, Elara. —Una petición, casi una súplica. La voz de Axel suena más segura que nunca, es ronca y me arranca un suspiro. Me giro para mirarlo a los ojos —. No va a pasar nada si no lo confirmas, convencida. —Observo las numerosas tonalidades verdes de sus ojos y me pierdo en ellos por completo. Me tranquiliza.

—Quiero hacerlo —respondo tímidamente casi sin aliento.

—Si en algún momento quieres que paremos solo tienes que pedirlo.

—La familiaridad de su voz me hace preguntarme de nuevo, con cuántas mujeres habrá hecho esto antes. Desecho los pensamientos intrusivos que se arremolinan en mi mente y continúo mirándolo casi sin pestañear —¿Es tu primera vez, Elara?

—Sí. —Mi voz suena tan tenue... Me muero de vergüenza al reconocer que ningún hombre me ha tocado antes. Y ahora, estoy deseosa de que lo hagan ellos dos.

Axel sonrío contra mi cuello, un roce que me eriza de pies a cabeza.

—No pienses —me ordena suavemente —. Solo déjate llevar. —Sus dedos trazan líneas invisibles sobre mi piel.

Y me dejo llevar. Corvin se quita la chaqueta de piel y la deja en el suelo, comienza a desabotonarse la camisa. Me sorprende su decisión, su excitación es ahora más evidente que nunca. Axel le sigue y ambos me observan mientras se desvisten. Me pregunto si debería hacer yo lo mismo, pero estoy tan paralizada que soy incapaz de moverme.

—Tendrás que quitarte todo eso para lo que vamos a hacer. —Axel me mira de arriba a abajo con picardía. Sus ojos de animal salvaje me devoran. Deposita un beso apretado sobre mis labios.

Cuando me vengo a dar cuenta, cuatro manos recorren mi cuerpo de arriba a abajo. Desvistiéndome, dejando mi piel libre de cualquier trozo de tela harapiento. Ambos dejan besos y lengüetazos a su paso, en cada lugar que antes estaba cubierto. El contacto hace que me estremezca, que arda en llamas. Estamos muy cerca los tres, tanto, que sus alientos se enredan sobre mi piel.

El olor de Axel a madera y a una mezcla de especias exóticas. El olor de Corvin a fuego, a miel, a algo demasiado familiar, a Armaria. Ambos me besan las mejillas y el cuello. Extasiada, echo la cabeza hacia atrás, depositando mi nuca en el hombro de Corvin. Este me ayuda a recostarme sobre su cuerpo, entonces siento su miembro en mi espalda. Tan duro que casi me atraviesa. El calor me arde en las mejillas y evito la mirada de Axel, cuando éste recorre mis muslos.

Me estremezco cuando las manos de Axel me separan las piernas. El anhelo y el deseo irrefrenable no me dan tiempo a pensar en lo que está a punto de ocurrir. Solo quiero que suceda. Mi sexo húmedo y caliente, listo para él. Lo miro a los ojos, que me devuelven fuego en la mirada.

—Voy a devorarte —asegura en un tono amenazante que hace que se me contraiga cada músculo del cuerpo.

Cierro los ojos y me dejo hacer. Las manos de Corvin se pasean por mis pechos. Luego, se acaricia el miembro con una mano. Axel se acerca con cuidado al centro de mi placer y yo arqueó la espalda en el momento que su lengua me atraviesa, separándome los labios para introducirse en mí. Sus lengüetazos son descargas eléctricas sobre mi cuerpo. Comienzo a gemir. Nunca en la vida pensé que podría sentir tanto placer.

Mientras la boca de Axel continúa dedicándome lametazos juguetones, Corvin se aparta con cuidado, dejándome recostada sobre el nido que ahora forman nuestras ropas. Se coloca a un lado de mi, de rodillas y me acaricia la cara hasta subirme la barbilla, obligándome a mirarlo. Sus ojos reclaman mi boca con deseo. Colocó su miembro frente a mi, agarrándolo con fuerza.

—Chupa —ordena, sin ápice de duda en la voz. Lo miro a los ojos. Todo rastro del niño bueno acaba de desaparecer, ahora solo lo

mueve el deseo.

Inhalo un hondo suspiro y obedezco dejándome llevar por el ansia que me quema en las venas. Me la meto en la boca y disfruto del sabor carnal hasta que la saliva corre por mi barbilla. Una y otra vez, dentro y fuera. La excitación es tan grande que me siento lista y abierta para recibir lo que sea. Axel introduce un dedo dentro de mí con movimientos lentos pero directos, ya me siento plena cuando introduce otro, que se desliza sin apenas resistencia y no hace falta mucho más. En ese preciso instante, estallo. Pierdo la conciencia y la razón, mientras el calor me atraviesa en oleadas de placer. Los gemidos salen disparados de mi garganta. La lengua de Corvin devora mis pezones endurecidos mientras me deshago por completo. Éxtasis, puro éxtasis.

Me recuesto sobre el suelo y todo se ralentiza por un momento, mientras recompongo mi respiración, entre jadeos. Si pensaba que no podía sentir más placer, me equivocaba. Lo que acaba de pasar ha encendido cada una de mis terminaciones nerviosas, hasta hacerme delirar.

Axel se coloca encima de mí y deposita un suave beso en mis labios, que vuelve a encender la mecha que arde en mi interior.

—¿Quieres que te lo haga, pelirroja? —Su mirada arde hundiéndose en mí. Miro a mi derecha, dónde Corvin me mira con deseo, aún

acariciándose el miembro.

—Los dos —digo sin escrúpulos. Quiero probarlos a los dos y no me avergüenza reconocerlo.

La sonrisa socarrona de Axel me sonroja de nuevo. Intercambia una mirada con Corvin que no consigo descifrar.

—¿Quieres que sea el primero? —Asiento, prácticamente sin moverme y abro más las piernas para recibirlo —. Puede que te duela un poco, iré con cuidado. —Vuelvo a asentir. Los nervios se aremolinan en mi estómago, ante la expectativa.

Lentamente, se coloca en mi entrada y poco a poco se va deslizando dentro de mí, abriéndome por completo. Un gemido gutural sale del fondo de mi garganta y rezo a todos los dioses que conozco para que esta sensación de plenitud no acabe nunca.

Se va moviendo, poco a poco, entrando y saliendo de mí con movimientos delicados pero certeros y pronto, quiero más. Su miembro es más de lo que esperaba y con su dureza, me atraviesa como una estaca. “Si lo de antes no era el infierno, ahora acabo de bajar para quemarme”.

Axel continúa con su ritmo frenético, Corvin nos observa deseoso. Tocándose, cada vez más rápido. Se percata de que lo observo y mis ojos se cruzan con los suyos en el momento en el que, de una sola

estocada, Axel consigue que vuelva a precipitarme hacia el abismo. Deshaciéndome entre sus manos. Exploto, esta vez de forma más intensa. Mis paredes lo aprietan para no dejarlo ir, aspiro su aliento sobre su boca, mientras él no deja de bombear dentro de mí. Entonces se aparta de forma precipitada y sale de mi interior dejando un gran vacío en su lugar.

Cuando me quiero dar cuenta, es Corvin el que ha colocado su cabeza entre mis muslos. Lame y absorbe mi sexo aún palpitante, devorándome con su impavida lengua. No me da tregua. Sus lametones se aseguran de encender de nuevo cada poro de mi piel con un incesante placer.

—¿Quieres que te lo haga, princesa? —Su pregunta suena más sensual que nunca.

Desde lo más profundo de mí, nace el deseo de que me posea de forma frenética y hasta la extenuación.

—Sí, por favor. —Alcanzo a decir con voz suplicante, justo antes de que se introduzca en mí con ligera destreza.

Sus movimientos suaves y sensuales, acarician mis entrañas. Pero yo necesito más. He llegado a ese punto de no retorno, en el que mi cabeza y mis sentidos ya no tienen cabida. Me convierto en un animal que busca desesperadamente su placer. Comienzo a

moverme deseosa de él, de que se introduzca más dentro de mí, más profundamente. Axel me agarra por el cuello, devorándome la boca, justo antes de introducir su miembro donde hace unos segundos estaba su lengua. Él sabor salado y dulce a la vez me embriaga. Empuja más profundamente cada vez, hasta el fondo de mi garganta. Es tan grande que me llena la boca por completo y ya no puedo centrarme en otra cosa que en él. Tengo que contener una arcada y eso parece excitarlo aún más. Extasiada, comienzo a lamer frenéticamente cada parte deliciosa de su carne, desde la punta hasta el tronco y al revés. Tan excitada, que no he reparado en que los movimientos de Corvin se han ralentizado.

—Voy a... —Y culmina dejando escapar un gruñido grave y jadeante de entre sus labios.

Se derrama encima de mí. Dejando chorros de su placer, calientes, sobre mi abdomen. La sensación hace que mi excitación crezca aún más. Axel no se contiene y al observar mis jadeos impulsivos, sale de mi boca con fiereza. Con el dorso de la mano me limpia la comisura de los labios, y vuelve a besarme con todo ese anhelo contenido. Con un ágil movimiento me coloca sobre las rodillas, el rubor ya no solo está en mis mejillas, me recorre todo el cuerpo al encontrarme en esta posición. Completamente expuesta, completamente suya.

De una sola estocada, me penetra nuevamente. Yo ahogo un grito en lo más profundo de mi garganta. Dejo que me atraviere una y otra vez, con todo su ser. Hasta que me alcance la locura. El sonido de nuestros cuerpos chocando, sudorosos, aumenta el calor de la situación. Podría morir de placer.

—Ahora voy a acabar contigo y después me voy a correr ¿Dónde lo quieres, princesa? —Sus palabras sucias y lascivas, bastan para que me deshaga de placer nuevamente.

El orgasmo me arrastra y soy incapaz de pensar nada coherente. Me reclino sobre el suelo, mientras Axel sigue moviéndose, agarrado a mis caderas. El hormigón desnudo me araña la mejilla pero casi no lo siento. Pienso entonces en Corvin y abro los ojos en su dirección, este nos observa recostado cerca de nosotros. Su mirada es lujuriosa y provocadora hasta la extenuación. Nunca antes lo había visto así.

—¿Dónde lo quieres? —repite Axel con un gruñido contenido. Siento que está apunto de terminar.

—En la boca... —digo, sin pensar en nada más que en la absoluta excitación que siento.

Todas las escenas obscenas que he leído en mis libros acuden a mi mente. Mis palabras lo hacen acelerar aún más y continúa

embistiéndome como si el mundo fuera a acabarse ese día. Como si nuestro tiempo se acabara y las agujas del reloj no pararan de repicar en su cabeza.

De pronto, sale de mí, dejando un enorme vacío en mi interior. El sexo me palpita y escuece con un ardor incómodo, sin embargo, estoy tan extasiada por estas nuevas sensaciones, que podría hacer esto toda la noche. Sin parar. Axel me hace girar y casi no le da tiempo a introducirla en mi boca cuando se abandona al placer dentro de mí. Sus fluidos me llenan y se me escurren por los labios. Gran parte de él, va a parar directamente a mi garganta. Su sabor es dulzón y masculino, nunca había sentido nada igual.

Lo miro a los ojos mientras me agarraba del pelo, de forma provocadora y trago el resto. Nos sostenemos la mirada un rato. Se ha vaciado dentro de mí de una forma tan extenuante que me hace enloquecer por completo, arrebatándome la poca cordura que me queda. Nuestras ardientes miradas conectan de tal forma que ya casi no soy capaz de sentir la presencia de Corvin a nuestro lado. El pecho se me abre con un sentimiento nuevo y desconocido. En este momento, sé que estoy justo donde quiero estar.

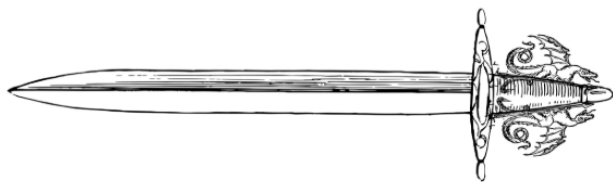
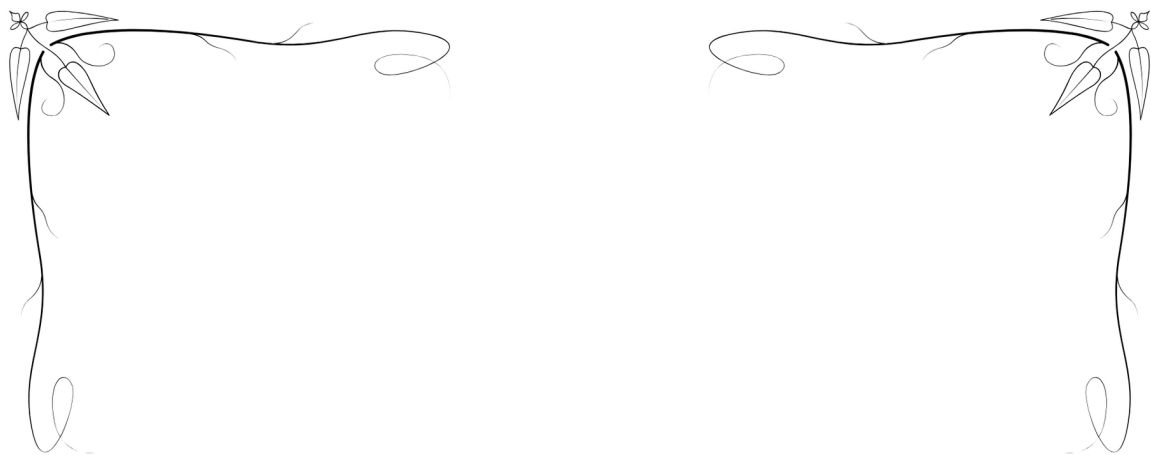
Nos tumbamos sobre el frío hormigón, exhaustos. Deposito la cabeza sobre su duro y esculpido pecho. Las llamas de la hoguera danzan a nuestro alrededor, proyectando sombras que se entrelazan

al igual que nuestros cuerpos. El calor del fuego se mezcla con el de nuestras pieles. Jadeantes. Observo a Corvin, recostado un poco más alejado y aún no soy capaz de dar una explicación a lo que acaba de pasar entre nosotros tres.

En este momento, no puedo creer que Axel no se trate en realidad de un mismísimo dios. No hay nada más allá, no existe el mundo fuera de este instante. En el qué las líneas entre el deseo y la necesidad se han difuminado por completo, para liberar lo que por tanto tiempo habíamos contenido. Cada caricia es un pacto silencioso, cada jadeo un eco que conecta nuestras almas. Para siempre. En el recuerdo, en la memoria.

Me abandono a la ensoñación por unos instantes.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero, cuando abro los ojos de nuevo, Corvin ya no está.



Capítulo 23

Elara

Todavía con el calor de sus cuerpos enredado en mi piel, mi mente flota en una absoluta sensación de embriaguez que nada tiene que ver con el whisky. Mis labios continúan hinchados por sus besos y el cabello se me pega a cada centímetro de piel sudorosa. Cuando unos ensordecedores ruidos, seguidos de bruscos golpes rasgan la quietud del ambiente, me despierto de golpe.

Abro los ojos rápidamente. Agitada, noto entonces el frío de la noche que reemplaza la sensación de calidez anterior. La hoguera se ha extinguido. A pesar de la oscuridad, distingo una serie de figuras que se ciernen sobre mí. No puedo evitar aplacar un grito de terror en el fondo de mi garganta.

Un poco más lejos, distingo el rostro maquiavélico de Corx a la luz de otra de las hogueras, aún llameante. Mi estrés va en aumento cuando veo a Corvin y a Axel, maniatados por los desdichados secuaces de la líder de los Serpientes. Le clavo la mirada con un odio desenfrenado que sale de lo más profundo de mí y por primera vez, soy realmente consciente de lo que ambos significan para mí. “No puedo perderlos ahora”. Sin pensarlo dos veces, me pongo en pie, corro hacia ella y me abalanzó sobre su cuerpo como una gata en celo. Le arañó la cara con las uñas. Su piel se retuerce bajo mis garras, resquebrajándose como una fina capa, frágil. Corx me tira del pelo para apartarme, haciéndome recular. El dolor que siento en la nuca no va a detenerme. Varias manos me agarran y tiran de mí con fuerza y sé que estoy perdida. Me han atrapado.

—¡Suéltalos! —Ahogo un grito desesperado y soy consciente de que en este momento ni siquiera me preocupa mi propio bienestar.

Por un momento soy consciente de que la ropa cae sobre mí de forma desordenada, al igual que la de Axel y la de Corvin. Eso, unido

a nuestras caras de extenuación, delata lo que acabamos de hacer.

—¿Te acuestas con los dos? Y yo que pensaba que solo eras una niña ingenua... —La voz aguda de Corx se me clava en la sien, junto con las desagradables voces de sus compinches que le ríen las gracias —. O quizá solo eres una cualquiera con suerte.

Tengo una maraña de emociones anudada en el estómago y solo deseo desesperadamente acallar su voz de una maldita vez.

Caigo en la cuenta de que seguía agarrándome del pelo cuando me suelta bruscamente. Caigo sobre el suelo, raspándome las rodillas. Dos de sus hombres me han maniatado, a pesar de oponer resistencia con todas mis fuerzas. Son demasiado fuertes.

—No podrás decir que la niñita inexperta te la mama mejor que yo...

—Su lengua despiadada se dirige a Axel. Con una de sus largas uñas clavada en su barbilla, lo atrae hacia su boca.

—Me la cortaría antes de volver a tocarte —escupe Axel con desprecio. No puedo evitar soltar una pequeña risa que intento ocultar sin éxito.

—No me des ideas... —A pesar de la oscuridad de la noche, alcanzo a ver como se le oscurecen las pupilas, inundadas de maldad “¿Qué habrá hecho Axel para enfadarla tanto?”

No puedo parar de pensar en que Axel tenía razón, atraerlos hasta aquí fue una completa locura y un plan sin fundamento. No contamos con medios suficientes para contener a esta gente. Todo ha sido un claro suicidio y ahora, no tenemos escapatoria.

—Ya te has divertido bastante ¿No te parece? —Su voz está llena de desprecio, lo que me reafirma una vez más que la historia de estos dos guarda un retorcido pasado —¿Dónde están mis amigos?

—¿Qué dónde están? —El timbre de su voz vibra con una indignación fingida —¿Acaso has olvidado nuestra última conversación? —La nuez de Axel se mueve al tragar saliva y se oscurece su mirada, clavándola aún más en su enemiga.

A pesar de encontrarse maniatado y agarrado por dos de sus secuaces, se reincorpora de forma brusca, haciendo a los hombres tambalearse. Con un grácil movimiento se zafa de los brazos de ambos, para colocarse frente a frente ante Corx.

—¿Dónde están? —repite y pese al ritmo pausado de su voz, sus palabras suenan como una terrible amenaza. Un escalofrío me recorre el cuerpo y no puedo apartar la mirada de ambos.

—Muertos. —Corx suelta una risotada que le hace vislumbrar los afilados colmillos. En ese momento, solo puedo pensar en que su aspecto es el de una verdadera víbora.

—Repite eso. —La voz de Axel es profunda y sé que no está titubeando, aunque por dentro esté rompiéndose de dolor.

—Están muertos... —repite entonces con voz provocadora y sosegada. Los ojos de Axel se incendian en llamas.

Antes de que los dos tios vuelvan a por él, escupe en la cara de Corx, quien acalla su risa chillona de golpe. Yo me estremezco. Si es verdad lo que dice, Axel acaba de perder a sus amigos. A su grupo. A su familia.

Definitivamente, subestimé a esta víbora despiadada. La congoja se me arremolina en el pecho. “No puede ser, no pueden estar muertos”.

—Tú sí que estás muerta Corx. —Su amenaza es tan real y profunda que me hiela la sangre y por primera vez entiendo de verdad el temor y respeto que pueden llegar a tenerle a este chico.

Los tipos lo vuelven a colocar de rodillas, no sin antes darle un puñetazo en la cara para dominarlo. Me estremezco al oír el sonido sordo del golpe y no puedo evitar apartar la mirada.

—Estoy bromeando... Relájate, hombre. — Se muestra decepcionada, como si se arrepintiera de no haber cumplido con sus amenazas —. Están cautivos, lejos de aquí, pero a buen recaudo. — Me estremezco de nuevo al pensar en los chicos encerrados en a

saber qué siniestro lugar. Pero, por otro lado, saber que siguen vivos supone un gran alivio.

—Corx, si no me dices ahora mismo dónde están, te juro que...

—¿Qué? —responde amenazante —¿Qué hará el principito descarriado? —En ese momento el rostro de Axel palidece, hasta el punto de parecer que se ha convertido en piedra.

La cabeza empieza a darme vueltas “¿Principito descarriado? ¿A qué se refiere?” Me doy cuenta de que Corvin tiene la vista fija en mí, nuestros ojos se encuentran y sin hablar, parecemos estar haciéndonos las mismas preguntas. No puedo evitar la tentación de preguntar.

—Axel, ¿A qué se refiere? —Mi voz es tan débil, que en cualquier momento podría echarme a llorar.

—Elara, no le hagas caso, es otra de sus artimañas. —La desesperación en su voz, alimentan en mí un ápice de esperanza, pero en el fondo no puedo evitar pensar que hay algo muy grande que me ha estado ocultando.

—¡Oh! ¿No se lo has contado? Yo que pensé que erais íntimos... — De nuevo, la irritante voz de Corx inunda mis oídos y mi pecho con una rabia desenfrenada —. Ya es hora de sepa la verdad ¿No crees, Axel? —Su tono sádico y despiadado me hiela la sangre.

La voz de Corx queda interrumpida cuando uno de sus secuaces cae al suelo redondo. Me doy cuenta de que se trata de uno de los que mantenía agarrado a Corvin. Este se encuentra al lado de ese cuerpo inerte, blandiendo un arma blanca ensangrentada con la que hace unos segundos ha atravesado a aquel. Se gira para atacar al siguiente y no me da tiempo a preguntarme cómo ha conseguido desatarse antes de que todo se convierta en un auténtico caos.

Axel se libera con un movimiento violento, haciendo que los dos hombres que lo sujetaban choquen torpemente. Su puño vuela hacia uno de ellos, haciéndolo estallar contra su mandíbula con un crujido seco.

Corvin, por su parte, se convierte en un torbellino de acero a la leve luz de las llamas. Luces y sombras. Su cuchillo, brilla vívidamente antes de enterrarse en la carne de otro de nuestros enemigos. Se enzarzan en la pelea de unos contra otros y el sonido de los cuerpos chocando se mezcla con los gruñidos. Mis opresores también acuden a la batalla. No puedo desaprovechar la oportunidad.

Aún con las manos atadas, me pongo en pie y voy directa hacia Corx, le asisto una patada en la entrepierna, que intuyo que con las bota debe de haberle dolido bastante. Ella se retuerce en el suelo y me tumbo encima de ella con todo mi cuerpo, presionándole la cara contra el frío y áspero hormigón.

—Se te acabó el jueguecito ¡Zorra! —Por primera vez en mi vida, me invade una sensación de poder y adrenalina desconocidas.

Había entrenado para luchar muchas veces, pero nunca me había enfrentado a alguien porque mi vida corriese peligro.

Ella se lamenta bajo mi cuerpo, gritando y suplicándome que pare. Sigo haciendo fuerza con mi cuerpo, aplastándola fuerte contra el suelo. La rabia me ciega de tal forma, que casi no soy consciente de que alguien me ha desatado las manos y tira de mí para ponerme en pie. Axel me gira para ponernos cara a cara, mientras Corvin maniata a Corx con una de las gruesas cuerdas que antes inmovilizaban mis manos.

—Elara, ya basta. —La voz de Axel es tan rotunda que me hace despertar del ensimismamiento. Soy incapaz de replicar.

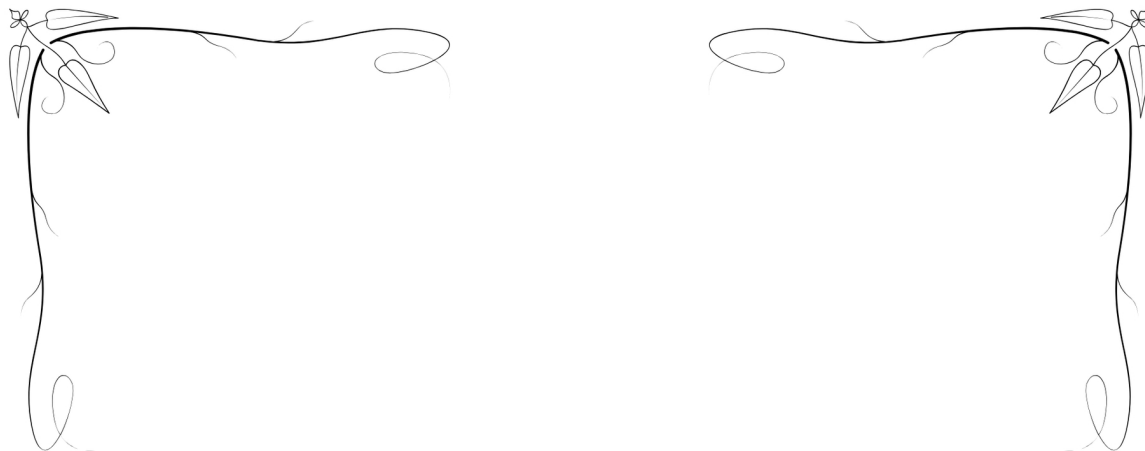
Me agarra fuertemente de los hombros y me zarandea. Me alcanza su mirada cristalina, dejándome sin palabras por un momento.

Miro a mi alrededor, los Serpientes ahora no son más que un amasijo de carne y sangre a nuestro alrededor. A pesar del fuego, un frío helador invade la estancia de una forma aterradora. Miro a Axel, está cubierto de sangre y magulladuras, pero no parece estar herido. Dirijo mi mirada a Corvin que se está vendando un corte en el antebrazo.

—Se acabó, estás a salvo. —Axel me calienta con sus palabras como una balsa de antídoto reconfortante. Dirijo de nuevo la mirada a Corx —. No nos dará más problemas.

Entonces se aparta de mí y arrastra a Corx hacia la oscuridad. Su silueta imponente, su espalda rígida. No titubea, mientras los quejidos lastimeros de su víctima reverberan en la estancia una y otra vez. No hay rastro de duda, de compasión. La conduce lejos de nosotros, lejos de nuestra vista, para que no podamos ver ni oír lo que va a hacer con ella. Y me pregunto, mientras el frío me hiela la sangre, cuántas veces habrá hecho esto antes. Si Axel es capaz de hacer daño a una mujer maniatada y reducida, sin ningún tipo de compasión “¿Qué otras cosas no sería capaz de hacer?”

Caigo al suelo desvanecida y el mundo empieza a darme vueltas. Siento náuseas. Cuando soy consciente de todo cuanto me rodea, vomito en el frío suelo. El whisky me viene a la mente y me arrepiento de haber probado una gota de ese despreciable licor. Cuando los brazos de Corvin envuelven mi cuerpo, abandono mi mente al placer de la negrura y el vacío. No sin antes preguntarme una vez más sobre el oscuro secreto de Axel.



Capítulo 24

Axel

Seis años antes

La noche es más oscura que de costumbre o quizá es que hace tanto que no atravieso los muros del castillo, que mi percepción se ha visto alterada. Demasiada calma. Demasiado silencio. Las calles de la ciudad empedrada, envueltas en esa tan característica niebla, que envuelve todo con su olor húmedo y boscoso.

Camino con sigilo, como si en cualquier momento algún asaltante pudiera reconocerme. Me he colocado una de las gruesas capas de lana del armario de mi padre, negra como la noche. Negra como mi alma rota. Buscando poder ocultarme lo máximo posible del ojo ajeno.

A mi lado, una figura empieza a caminar. Sus pasos me sobresaltan y encorvo aún más la espalda, fingiendo una joroba propia de una vejez prematura, al tiempo que me cubro la cara con la capa. Cuando la figura pasa por mi lado, puedo ver que se trata de una anciana bruja, paseando con su gato negro. No hay peligro. "De momento", pienso.

Los años de cautiverio autoimpuesto me han convertido en una persona desconfiada y recelosa. La muerte temprana de mi madre y el asesinato de mi padre, años después, me dejaron marcado con el resentimiento y el recelo que se cierne sobre nuestra familia. En silencio, durante años, fui preparándome. Trabajando en mí mismo, en mi plan de venganza. Mi plan para encontrar respuestas a unas preguntas que no me había atrevido a formular antes.

Durante años, mi madrastra se encargó de mi educación básica y yo, como buen "hijo", me encargue de prepararme en otras artes, menos convencionales. El hijo predilecto que toda madre quisiera tener. Aunque nunca he sido capaz de profesarle amor.

Trabajé durante años en crear una máscara, un personaje irreal, sumiso, estoico. Una personalidad sin un ápice de corazón ni sentimiento y quizás, en parte, para protegerme a mí mismo del dolor de convivir con la máxima responsable y culpable de la muerte de mi padre. Si mi padre no se hubiese casado con ella, hoy él estaría aquí. Y no es que estos años no haya tenido tiempo para la diversión, para el placer... Pero han sido difíciles, los más complicados de mi vida.

Me adentro en un callejón estrecho y aparentemente sin salida. Hasta aquí no llega la luz de los candiles. Tengo que encender la antorcha que llevo anudada al cinto, para ver mejor el mapa arrugado y desdibujado en mi mano izquierda. La humedad del ambiente, unida al fuego de la antorcha me llena la frente de perlas de sudor.

Impaciente, vuelvo a escudriñar el sucio y raído pergamino, que un secuaz de la reina me ha dado a cambio de unas pocas monedas. Su alteza debería prestar más atención a quiénes tiene al lado. No cabe duda, es aquí.

Sigo caminando hasta el final del callejón y guardo el mapa de nuevo en el bolsillo. Con la mano que me queda libre, comienzo a palpar la pared con desesperación. Con los dientes, me arranco el guante que me cubre la mano izquierda, para palpar con mayor

sensibilidad. Estoy a punto de rendirme cuando en la esquina superior derecha, hay un ladrillo que no es como los demás. Lo aprieto con cuidado y este cede sin miramientos. Un temblor rocoso hace vibrar la pared y a mí con ella. Agudizo mis oídos intentando captar los sonidos a mi alrededor. Adelantándome a los posibles peligros.

Abro bien los ojos y una sonrisa de medio lado se dibuja en mi rostro cuando la pared se desliza hacia la izquierda, dejando un pasillo sombrío a la vista. Sin pensarlo mucho y antes de tener tiempo para arrepentirme, me introduzco en él. El muro vuelve a su sitio a mi espalda, con un golpe brusco. Sin permitirme pensarlo dos veces, sin oportunidad alguna de escapar. El estruendo hace que la antorcha se apague y me lleva unos segundos acostumbrarme a la oscuridad.

El olor a humedad y a subsuelo me inunda las fosas nasales. Me muevo arrastrando los pies, con una mano sobre aquella desgastada pared. Intentando situarme en el espacio. Pruebo a volver a encender la antorcha, haciéndola deslizar por el muro con rapidez, pero por algún extraño motivo, esta se niega a prender.

Es entonces cuando ante mí, una luz fría y azulada se vislumbra, como una luciérnaga perdida. Tardo unos segundos en darme cuenta de que intenta marcarme el camino. Esta luz parece tener

vida. Una pequeña bola luminiscente y azulada, como si de una estrella caída del mismo cielo se tratase. Nunca he visto nada igual.

Sin dudarlo mucho, la sigo. Hasta mis oídos llega lo que parece un pequeño murmullo en su dirección. La luz ilumina el camino, aunque aquí dentro no hay nada que ver, sólo un estrecho pasillo que se enrosca como una serpiente. A derecha e izquierda, un laberinto sin salida, que parece no tener final.

No sé cuánto tiempo llevo recorriendo este lugar, cuando la luz se para, en un punto en el que las paredes parecen ensancharse. La luz comienza a crecer, cegándome con su resplandor y tengo que apretar los ojos para no quedarme ciego ahí mismo. Cuando el brillo cede un poco, me armo de valor para abrirlos de nuevo, con cuidado. La bola de luz se encuentra ahora en el centro de una sala, encerrada en una especie de bola de cristal, girando sin parar como si una cascada de agua invisible la moviera. Me acerco con paso temeroso y cuando estoy casi a la altura de ella, tres figuras emergen desde la periferia de la circular habitación. “Moiras, aquí estáis”.

—*Muchacho... ¿Qué te trae por aquí?* —La voz gutural y chillona de una de ellas rompe el silencio de la estancia, consiguiendo que me estremezca con cada sílaba.

—*No te hagas la sorprendida querida, si ya sabríamos que vendría...*

—responde otra de ellas, lo que inicia un compendio de carcajadas.

Sus perturbadoras risas me recorren por dentro con un escalofrío y por primera vez desde que salí del palacio, me arrepiento soberanamente de haber llegado hasta aquí.

—*Nosotras lo sabemos todo...* —dice la tercera.

Tal y como mencionan los libros, las tres son ciegas. Sus ojos blancos centellean bajo la luz de aquella esférica luz en el centro de la estancia.

—Por eso estoy aquí...Para hallar respuestas... —Intento que mi voz suene segura, aunque no sé si lo consigo.

—*Toma asiento* —pide la de enmedio y tras de mí, aparece una silla, que anteriormente no estaba ahí. Obedezco.

—*¿No quieres esperar a recibir tu don?¿Qué edad tienes?* — Reflexiono unos segundos sobre aquella pregunta. Lo tengo claro.

Claro que quiero recibir mi don, pero esperar... Dos años más de espera, suponen dos años más de fingir una persona que no soy, de estar cautivo en una vida que no quiero.

—Tengo dieciséis años señora —respondo y en la oscuridad puedo ver los dientes afilados de una de ellas. Los deja a la vista con una

sonrisa.

Las moiras también han tomado asiento.

—*¿No quieres esperar?* —vuelven a preguntar a la vez.

—No puedo esperar —respondo con contundencia.

—*Bien...* —Se cierne sobre nosotros el silencio. Se detienen, incluso, los sonidos de los que no era consciente —. Veamos tu futuro.

La luz se hace más grande y comienza a girar estrepitosamente. Las tres moiras dirigen sus manos hacia la esfera y sus ojos se abren aún más, blancos como la leche.

—*¡Haz tus preguntas!* —gritan simultáneamente.

—¿Cuál será mi don? —Silencio. Gutural silencio. Como si aquellas tres ancianas intentaran escuchar las respuestas de un lugar "más allá".

—*Hacer ver lo que no es. Las sombras, la astucia, el engaño... ESE SERÁ TU DON.* —La profundidad de aquellas voces me hacen estremecerme y no logro entender del todo el significado de aquello —*¡Siguiente pregunta!* —La rabia contenida en sus voces me sobresalta.

—¿Seré rey algún día? —Silencio de nuevo —¿Seré rey?—repito, temiendo que no me hayan escuchado.

Las moiras parecen estar atentas a otra voz, a otras palabras, unas que yo no puedo oír.

—*Reinarás... Si logras sobrevivir a tu propio destino...* —Sigo sin entender el significado de todo eso. La cabeza me da vueltas, colapsado por una información que soy incapaz de procesar —. *Una pelirroja será tu perdición...* —“¿Una pelirroja?”

La mente me da aún más vueltas.

—*Quisiste conocer tu futuro y ese privilegio conlleva un precio...* — Las mujeres bajan las manos y de repente, aquella esfera de luz azulada se apaga.

El silencio y la oscuridad reinan en la estancia por unos segundos. Se me hielan las venas y estoy a punto de echar a correr por donde he venido. Pero la luz vuelve a encenderse. Esta vez, con un color rojo brillante en su interior.

—*Para volver a nacer, tendrás que morir.*

En ese momento, el terror me paraliza. Me levanto de un salto, haciendo caer la silla de madera tras de mí con un golpe seco. Las voces guturales de las tres moiras retumban en mi cabeza una y otra

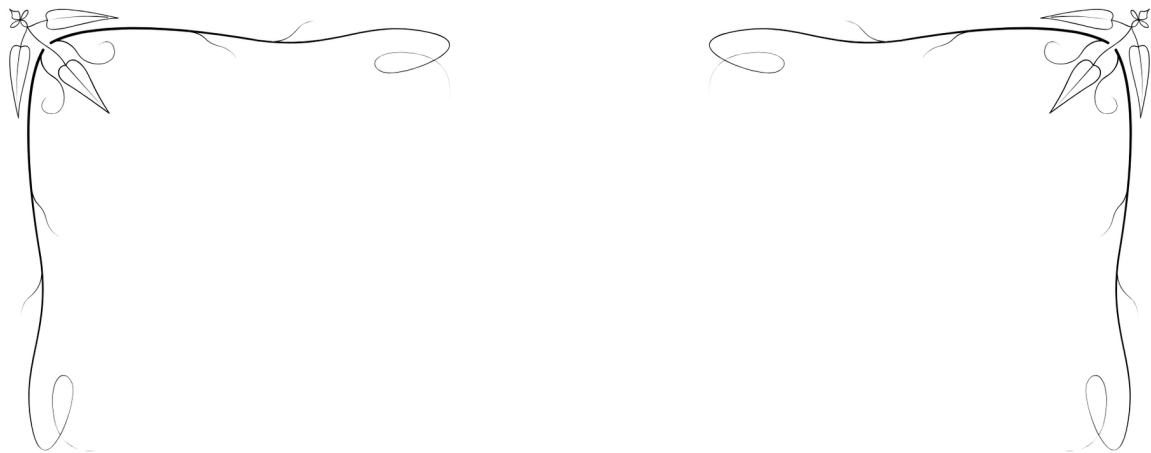
vez con un oscuro eco. “*Para volver a nacer, tendrás que morir*”. No quiero morir, es lo último que quiero. No sin haber vengado a mi padre.

Comienzo a caminar, dando pasos hacia atrás. Retrocedo en busca de una salida que sé perfectamente que no existe. Solo he dado un par de pasos cuando noto la frialdad del muro tras de mí. “No recordaba que aquella habitación fuese tan pequeña”. Caigo en la cuenta de que se está reduciendo por momentos.

—*¡Entra en el pozo!* —gritan las tres —*¡Entra en el pozo!* —repiten una y otra vez.

Unas garras invisibles me arrastran hasta aquel pozo que acaba de aparecer. Algo frío y viscoso, como tentáculos poderosos se enroscan en mis tobillos, convirtiéndome en un monigote inerte. Arrastrándome sin piedad. Lucho, intento resistirme, pero esa fuerza inhumana hace inútiles mis esfuerzos por sobrevivir. Me obliga a introducirme en la oscuridad, hasta el cuello. Mi cuerpo se hunde más y más. Las tres moiras me observan, clavando fijamente sus ojos inertes en mí. Inmutables. Las lágrimas me recorren las mejillas, mientras el miedo me oprime el pecho. “No quiero morir. No ahora, no así...”

—*Encuéntrala.* —Son sus últimas palabras. Después de eso, oscuridad.



Capítulo 25

Axel

Presente

Arrastro a Corx hasta un lugar apartado de Elara, Corvin y la ristra de cadáveres que hemos dejado hace tan solo unos minutos. Preso de la ira que me reconcome en mi interior, la agarro con fuerza del antebrazo. Ella opone poca resistencia, parece agotada. Observo su rostro ensangrentado, cortesía de Elara al estamparla contra el suelo

hormigonado. Una semilla de orgullo crece en mi pecho, no puedo evitar que se me escape una sonrisa de medio lado.

Aún no sé bien qué hacer con ella, si me dejo llevar por el impulso que siento en las venas, la despellejaría viva. He sido demasiado permisivo con ella. No me gusta que jueguen conmigo y Corx lo ha estado haciendo demasiado tiempo "¿Quizá se acercó a mí en su momento porque sabía la verdad? ¿Ese era su maquiavélico plan? ¿Ascender?"

Aprieto la mandíbula hasta que un agudo dolor se me instala en la sien. Rechino los dientes cuando, de un rápido movimiento, hago girar a Corx, haciéndola estallar contra la pared de hormigón visto.

Nos encontramos en un estrecho y angosto pasillo, rodeados de paredes agrietadas y muros desgastados, recubiertos de moho. El aire es tan denso aquí, que el olor a óxido y a sangre seca me penetra las fosas nasales y me revuelve las entrañas. Estamos lo suficientemente lejos. Aquí, en la penumbra, nadie podrá oír lo que tenga que decir.

Ahora mismo, está completamente indefensa, sin sus asquerosos secuaces, sin movilidad en sus afiladas garras, siento incluso algo de lástima por ella. Lástima porque yo no querría estar en su lugar. Cara a cara con el rencor. Con mi ira letal.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Su sonrisa despiadada sigue ahí, quiero decirle que eso no ayuda a templar mis nervios.

—Siempre han habido rumores... —Se relame la sangre que se le escurre por la mejilla y yo me estremezco solo de recordar que alguna vez esa lengua recorrió mi cuerpo.

—¿Te acercaste a mí por eso? —Finge una cara de sorpresa y me entran ganas de vomitar.

—¿Estás dolido, Axel? —Dejo escapar una sonrisa frente a la osadía de su pregunta.

—Tu no cambias nunca ¿eh? —le recrimino, sin miramientos —. Acabo de asesinar a todo tu clan y sigues pensando solo en tí.

—Hoy en mí y mañana en mí. —Hace una breve pausa y las pupilas se le oscurecen —. He tenido que aprender a sobrevivir. —En eso, ciertamente, nos parecemos.

Recuerdo la historia que me contó sobre su pasado, cómo su familia la dejó de lado cuando ya no les fue útil. Intento no desviarme del tema, siento que me deslizo suavemente entre sus garras.

—Responde a mi pregunta, ¿Desde cuándo lo sabes? —Vuelvo a desviar la atención a la conversación que me interesa. Ahora mismo,

solo puedo pensar en rescatar a los chicos. De otro modo, Corx ya estaría muerta.

—Como te digo, siempre han habido rumores... Un chico misterioso que apareció de la nada. Solo, sin familia y que en poco tiempo se hizo con un clan de los más temidos de por aquí ¿Quién no iba a sospechar?

—Si estás pensando en ascender, siento decirte que eso no depende de tí. —Son los dioses quienes deciden esas cosas.

—Así que es cierto... Al menos tu amigo Hogee no murió en vano. — Una oleada de terror me inunda de la cabeza a los pies. “Hogee ¿muerto?”.

La cara de estupefacción me delata. Hogee es la única persona que realmente conocía mi secreto, pero estoy convencido de que jamás hablaría. Doy un puñetazo en la pared muy cerca de su cara y la gravilla sale disparada. Algunos restos se le clavan en la piel, ya maltratada. Emite un gesto de dolor y aprieta los ojos retirándome la mirada.

—Eso no es cierto. —Me separo de ella. Me tiembla todo el cuerpo y me flaquean las rodillas solo de pensar que lo que esta arpia acaba de decir pueda ser verdad —¡Deja de jugar conmigo, hija de puta! — Veo todo rojo.

—¡Oh! Claro que es cierto. —La maldad vuelve a brillarle en los ojos —. Lo torturamos para que nos diera información, tu paradero. Fue difícil hacerlo hablar. —Su voz se convierte en un susurro venenoso, apenas audible —. Pero hasta el más leal cede en una situación así. —Vuelve a relamerse, dejando a la vista sus colmillos afilados.

—Hogee jamás... —“Me traicionaría”. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—Después de que hablara, dejó de sernos útil. —Sonríe y sus ojos revelan algo más. No hay duda, solo puro placer. Es peor de lo que imaginaba —. Dejamos su cuerpo tirado en un desguace tecnológico, dudo que salga de ahí. Probablemente ya no sea más que polvo.

Su provocación acaba con cualquier ápice de cordura que queda en mi. El dolor me enciende entero. Sus palabras arden en mi interior, quemándome como las brasas. Un zumbido sordo se instala en mis oídos y una punzada me taladra la sien. Soy incapaz de contenerme más. Me abalanzó sobre ella y cuando me vengo a dar cuenta, mis manos ya rodean su cuello. Su pulso acelerado palpita bajo la yema de mis dedos. Aprieto con rabia las dos manos alrededor de su cuello hasta la extenuación. Su resistencia va cediendo ante mí. Sus ojos se van tornando a un color rojo escarlata y veo el propio reflejo

de mi dolor en ellos. Aflojo un poco mi fuerza. No quiero matarla... Aún no.

—Me llevarás hasta los Caminantes. —Me concentro en el timbre de mi amenaza —. Se acabaron los juegos, Corx. —No titubeo —. Si no lo haces te mataré. —Suelto su cuello y segundos después aún noto como sus venas palpitan en mis manos —. Te aseguro que no será algo rápido. Pienso disfrutar de ello.

Comienza a toser y se encorva con la cabeza gacha en busca de aire. No quiero ni pensar en Hogee, en los demás, en cómo será su estado. Tengo que encontrarlos, aunque sea lo último que haga.

De nuevo, la arrastro hasta nuestro asentamiento. Esta vez de forma más brusca. Elara me mira con el rostro desencajado, como si acabara de ver al mismísimo demonio en acción. Puede ver en mi rostro la furia contenida y frunce el ceño en una mueca de dolor lastimero. Ahora mismo no puedo permitirme pensar en ella, no puedo permitirme cargar con más culpa. Le retiro la mirada.

Dejo caer a Corx de rodillas frente a ellos, sigue respirando dificultosamente. Comienzo a dar vueltas por la estancia, intentando aclarar mis pensamientos. Me seco el sudor de la cara con el dorso de la mano y me dirijo decidido a Corvin.

—Hay que limpiar este desastre, nos vamos. —Mi voz suena autoritaria —. Hay que encontrar a los chicos cuanto antes. —Actúo como siempre he hecho con los Caminantes, como un líder.

—Ese no era el trato —dice el chico cuando ya me estoy alejando y le doy la espalda.

—No me toques los cojones, tú también —escupo. Doy pasos agigantados, hasta ponerme frente a él.

—¡Basta! —grita Elara a mi espalda, con la voz impregnada de sufrimiento.

Ahora mismo debe estar arrepintiéndose de todo lo que me ha entregado hace tan solo unas horas.

—Corx nos llevará hasta los ellos. Después os llevaré al templo —rujo con contundencia, Corvin me observa aún dubitativo.

—Corvin, no podemos dejar a los chicos a la deriva. —Elara intercede. Lo mira a los ojos con una complicidad silenciosa. “Probablemente lo de antes los haya unido aún más”, pienso. “Pero eso ya no es asunto mío” —. Los rescataremos y luego volveremos a casa. —Su voz suena calmada y persuasiva. Ojalá yo tuviera esa templanza.

—Cuanta más gente lo sepa, más riesgo correremos. Esto solo nos retrasará aún más —dice refiriéndose a mis amigos con desdén, mostrando cero empatía.

—Corvin... —Elara se acerca a él, le posa una mano en el brazo.

Cuando lo mira a los ojos, una punzada de celos se me clava en el estómago. Luego, me mira a mí por un instante y sus ojos me recorren como un bálsamo. Vuelve a mirar a Corvin.

—Con Axel y los demás de nuestro lado, no nos pasará nada —asegura. Corvin aún se muestra dubitativo, frunciendo el ceño.

Finalmente, agacha la cabeza y asiente, algo más convencido. Una preocupación menos.

—Hogee ha muerto —digo y cuando las palabras salen de mi boca, aún soy incapaz de creerlo. Elara se lleva las manos a la boca. Corvin sigue con la cabeza gacha —. Obra de Corx. —Mis propias palabras se me clavan en la garganta, como cuchillos —. No le hagáis daño, nos llevará hasta los chicos. Luego... Ya veremos.

Elara asiente, pero veo como el fuego crece en su mirada, del mismo color que su precioso cabello. Se dirige a Corx decidida y sin pensarlo dos veces le escupe en la cara. La agarra del pelo para ponerla a la altura de su mentón. Corvin y yo observamos la escena

ensimismados, incredulos, ante una princesita que ya no se deja doblegar. “Esa es mi chica ¡Joder!”.

—Aquí empieza tu cuenta atrás. Se acabó el hacer daño Corx, estás muerta. —No titubea en ninguna de sus palabras, pero Corx no se amedrenta fácilmente. Y contraataca con una sonrisa viperina.

—¿Vas a ayudarlo a pesar de haberte mentido todo este tiempo? — Me quedo inmóvil, contemplando la escena, esperando el siguiente movimiento antes de actuar.

—Habrá tenido sus motivos para...

—Axel viene de los cielos. —La voz de Corx rompe el silencio de la habitación, atravesándolo. Hiriente. El tiempo se detiene.

Elara da un paso atrás como si acabara de recibir un golpe bajo. Su mirada, antes llena de determinación, ahora es puro desconcierto. Los ojos se le anegan de lágrimas. Abre la boca, quizá en busca de palabras, quizá en busca de oxígeno. No dice nada. Observo cómo cambia el temblor de sus rodillas por la rigidez de sus músculos. Lo peor no es ser el motivo de su furia, sino de su decepción.

—Es un caído, como tú. —Continúa su parloteo. Me quedo clavado con los pies en el suelo.

—Eso no es verdad. —Elara niega con la cabeza. Ni siquiera se pregunta cómo Corx lo sabe.

Se vuelve para mirarme. Yo soy incapaz de decir nada. Bajo la cabeza. Al mismo tiempo noto la mirada de Corvin clavada en mí.

—¿Nos has mentado? —pregunta él, fanfarrón.

—Puedo explicarlo... —Las palabras se me atascan en la garganta.

—¡No! —Elara me interrumpe, plantándose delante de mí —. Dijimos que nada de mentiras ¿recuerdas? Prometimos que seríamos sinceros. —Las lágrimas se agolpan en sus ojos —. Esto explica muchas cosas, no sé cómo no me di cuenta antes. —Veo el dolor reflejado en su rostro, un dolor que me absorbe por completo.

Un dolor desconocido para mí... El profundo miedo a perderla.

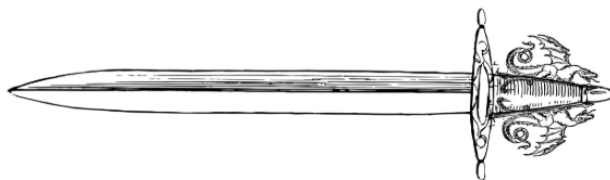
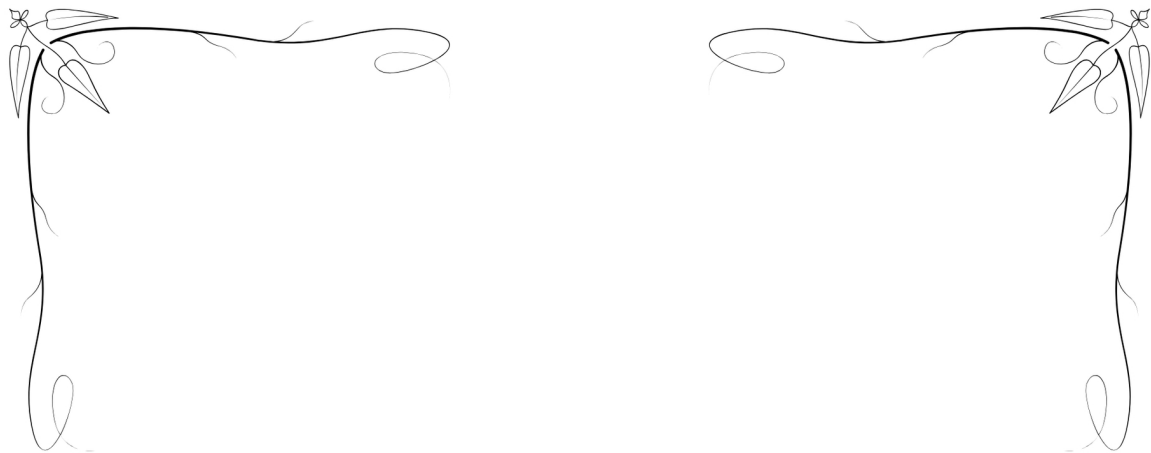
—Lo siento. —Es lo único que alcanzo a decir. Lo único que me merezco, suplicar perdón.

—Te ayudaremos a rescatar a tu grupo y tú nos llevarás al templo. No tengo nada más que hablar contigo. —Acto seguido se posiciona al lado de Corvin.

—Volvamos a casa. —Las palabras de Corvin ponen punto y final a la conversación.

Corx continúa observando la escena que ha montado, con una sonrisa en la cara. Me siento demasiado destruido como para volver a encararla. Corvin rodea a Elara en un abrazo, protegiéndola del villano. Protegiéndola de mí.

Me quedo allí, viendo como se alejan. No me volteo, no puedo. Si lo hago sé que lo que veré no me gustará. Tiro de Corx de nuevo para que se reincorpore y finalmente, ponemos rumbo a nuestro destino.



Capítulo 26

Elara

Me ha mentido. El dolor, la decepción, una cosa tras otra... Se me clava en el alma y siento que ya no puedo confiar en nadie. Traicionada por mi padre. Traicionada por mis amigos. Engañada por la persona en la que pensaba que más podía confiar.

Caminamos alejándonos del edificio en llamas, mientras este borra el rastro de destrucción que hemos dejado a nuestro paso. Como si las

propias llamas pudieran consumir también los recuerdos de la noche anterior. Un ardor amargo se me instala en el estómago cuando acuden a mi mente.

La cueva donde Corx tiene ocultos a los Caminantes de las cenizas, se encuentra a un día de camino, según la información que nos ha dado. Hemos estado caminando en silencio desde entonces. Al caer la noche, nos adentramos en un bosque, muy cerca ya de la cueva. Agotada por el esfuerzo del día, el poco sustento alimenticio y el dolor que siento en todo el cuerpo, "sobre todo en el alma", caigo rendida al sueño pronto. Corvin se acurruca a mi lado y su abrazo cálido y familiar me reconforta tanto que duermo del tirón toda la noche.

El amanecer tiñe el cielo de tonos anaranjados. Los árboles en esta zona depuran algo más el aire, por lo que la calima no es tan intensa y se respira mejor. Nos acercamos hasta la cueva que al principio parece estar vacía. El silencio nos envuelve cuando ponemos los primeros pasos en la oscura cavidad y me temo lo peor. Que Corx nos haya mentado, que los chicos no estén aquí. Que sea otra emboscada. Trago saliva mientras continuamos avanzando en la penumbra. Unos sonidos ahogados nos alcanzan y juro por los dioses que nunca antes he sentido tanto alivio. Sonidos lastimeros, quejidos y sollozos débiles se filtran entre las sombras hasta dar con

nuestros oídos. Los rostros amordazados de los chicos nos muestran la verdad. Corx no mentía esta vez, nos ha conducido hasta ellos.

Al adentrarnos en el oscuro agujero, lo primero que hago es contar cuantos son. Busco desesperada el brillo vivaracho de los ojos de Hogee, temiendo que Corx no haya mentido en eso tampoco.

Tim y Jake se ponen de pie de un salto al vernos aparecer. Fruncen el ceño al ver que Corx nos acompaña. Tienen los ojos hinchados como si llevaran días llorando y sin dormir “¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que probaron bocado por última vez? ¿Y agua?” Me estremezco. En una esquina, Pharrel está sentado sobre una piedra, aparentemente tranquilo. Como si en realidad llevara tiempo esperando nuestra llegada. Los malhechores que custodian a los prisioneros, empuñan sus cuchillos hacia nosotros violentándonos. Corx con un gesto de cabeza les indica que bajen las armas.

—Vienen conmigo —deja escapar la arpía y ellos ceden al instante ante las palabras de su jefa..

Me sorprende que no haya intentado librarse de esta. Continúo alerta e intento no perderla de vista. Por primera vez, se la ve resignada, parece haber aceptado su destino. O quizá esté tramando otra de sus artimañas y nos tenga preparada otra trampa. Se me tensa todo el cuerpo solo de pensarlo y miro a todos lados para

asegurarme de que no hay nadie más en esta cueva. La cavidad parece estar llena únicamente con nuestra presencia.

Entonces, pienso en Luke. Como era de esperar, él no está aquí. Nos despedimos en la ciudad de Rubí. Un escalofrío me recorre la columna vertebral al recordarlo. Mi cuerpo se estremece al pensar en su rostro pálido, las vendas cubriendo su herida, sus palabras aferrándose a la vida. Su sed de venganza aún cegando sus ojos. Solo espero que haya podido sanarse y que se encuentre bien.

Tres, solo tres de los Caminantes de las cenizas. Cuatro contando a Axel. No hay rastro de Hogee.

—Suéltalos, ahora mismo. —Las palabras de Axel son serenas, pero la amenaza late en cada sílaba.

Corx lo mira altiva y acto seguido da la orden a sus perros guardianes para que los liberen. Todo se convierte en un amasijo de abrazos y llanto. Los gemelos se lanzan sobre mí, hablando a toda velocidad. Intento pescar alguna que otra palabra suelta, sobre las peripecias que han sufrido estos días, aunque me es difícil. La oscuridad, sólo salpicada por la luz de unas antorchas nos envuelve. Mi cuerpo sigue tenso ante la posible amenaza.

—Si hubieras visto como me zafé de esos tíos... —dice Tim.

—¿Qué dices. idiota? Fui yo el que te desató las manos... —responde Jake.

—Sí, pero por tu culpa nos volvieron a atrapar —reprocha Tim de nuevo, yo reprimo una carcajada.

—Porque eres idiota. A ti te atraparía cualquiera. —Los chicos se enzarzan en una de sus cotidianas discusiones.

Los rostros salpicados de mugre y suciedad, el pelo enmarañado y alguna que otra herida adornando sus joviales rostros.

—¿Estáis bien? —Mi voz es dulce.

Los agarro a los dos a la vez por los hombros y ellos asienten, borrando la diversión de sus rostros. Nos abrazamos de nuevo y sus lágrimas me mojan el cuello de la camiseta.

Se me escapa una sonrisa al ver que pese a la odisea que han vivido, siguen siendo los mismos. Corx habla con sus dos compinches y momentos después estos salen de la cueva tal y como había acordado con Axel. Sigo sorprendida con que haya cumplido a rajatabla con su palabra. Parece rendida o quizá solo es un teatro para conseguir el perdón de Axel.

—Señorita Elara. —La voz profunda de Pharrel devuelve mi atención hacia él. Su gesto es siempre elegante.

De los chicos parece que él se llevó la peor parte. Tiene un ojo morado y sangre seca en la nariz. Tampoco ha pasado desapercibida para mí su nueva cojera. Me entristece verlo así, una persona tan tranquila y correcta, magullado por los golpes. Ensuciado, ensombrecido. Sus gafas también han desaparecido y sin ellas puedo observar en el tono plateado de sus ojos, una luz diferente.

—Pharrel, siento mucho lo que habéis tenido que sufrir. —Me agarra las manos.

—Ahora estáis aquí, eso es lo que importa. —Se gira entonces hacia Axel —. Se llevaron a Hogee. —Axel no responde, se limita a observarlo con una solidez inquebrantable.

Unos pasos retumban en el eco de la rocosa estancia. Todos nos giramos al notar la presencia de alguien más en la cueva. Mis ojos se iluminan al contemplar el rostro maltratado de Luke, lleno de cicatrices y moratones. “Está vivo”, respiro con alivio y parece caminar correctamente, recuperado tras la dolorosa herida en el abdomen con la que le vi la última vez.

—¡Luke! —Los gemelos son los primeros en acudir hasta él.

Tras los pertinentes abrazos y saludos varios, su mirada se clava en Corx.

—¿Qué hace ella aquí?

—Saldar su deuda —responde Axel.

No puedo evitar mirarlos a todos. Los gemelos bajan la mirada y Pharrel apoya una de sus manos en la espalda de Luke, con la vista cansada. La tensión continúa creciendo en una vorágine casi asfixiante.

—Entonces es cierto, Hogee ha... —No me salen las palabras. Me doy cuenta de que estoy siendo terriblemente entrometida.

—Lo confesó —dice Axel, dirigiéndome una mirada rápida.

Me negaba a creerlo, hacerme a la idea de no volver a ver a Hogee nunca más. Sin embargo, Axel... Él parece demasiado acostumbrado a este tipo de dolor.

Luke da un paso atrás incrédulo, se tambalea, como si un golpe de verdad, físico, le hubiese alcanzado. Vislumbro el dolor en su mirada que poco a poco se va transformando en ira. Aumenta su sed de venganza, amenazando con estallar. Aprieta los puños hasta que los nudillos se le ponen blancos, la furia contenida. Los fragmentos de la historia de Luke me vienen a la mente, la pérdida de su familia. La muerte de Hogee acaba de sumarse a la ecuación, como una losa más en su pesada mochila. La sombra de Corx que siempre ha estado presente... Comienza a caminar hacia ella, decidido.

—Ha llegado el momento de que tú y yo saldemos cuentas pendientes. —Sus palabras rasgan el ambiente. La inquina con la que las suelta, revela años de rencor.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunta Axel y entonces ,me siento perdida en esta historia.

—En Rubí, hablé con la bruja. —“Myrgala” —. Su clan asesinó a mi familia, Ax.

Las palabras salen disparadas de su boca, como llamaradas de fuego.

Se me eriza la piel y siento que me voy a desvanecer de un momento a otro. Corvin me agarra antes de que eso ocurra, rodeándome con sus fibrosos brazos. Se me parte el corazón al pensar en el rastro de dolor que esta mujer ha ido dejando a su paso, a lo largo de los años.

—No sé de que me hablas, ha habido tantos... —Se excusa —. Mi familia tuvo la culpa, ellos... —Se muestra diferente, ni un ápice de su habitual y despreciable jugueteo.

—Solo tenía siete años cuando tu familia, me los arrebató. —Se le quiebra la voz y puedo sentir el dolor de Luke en mis entrañas.

—Supéralo entonces, pasó hace mucho tiempo. —El desdén de sus palabras parecen cuchillos clavándose en su piel. Luke se abalanza sobre ella y agarrándola del pelo la pone a la altura de sus ojos.

—Chicos, salgamos de aquí. —Ordena Axel, yo asiento, pero no puedo apartar los ojos de Luke.

Este mira a Axel, que le otorga un permiso que no le ha pedido, dejándole vía libre para completar su venganza. Una venganza tejida, urgida durante años dentro de su se. Alimentada por el dolor y la desesperanza de encontrar un final distinto.

Obedecemos a Axel y todos salimos de la cueva. Todos, menos Luke y Corx. Me estremezco solo de pensar en el horror y la tortura a la que será sometida esa mala pécora, bajo las manos de Luke. En cómo quedará el alma de este chico después de esto, irreconocible, irreparable, destruida por completo. Me llevo las manos a los oídos para amortiguar el sonido de los gritos que están a punto de llegar. Corvin me atrae más fuerte hacia su pecho y su firmeza y calor hacen que me sienta un poco más protegida. Noto la mirada de Axel sobre nosotros, pero no me importa. No me importa lo que piense, no después de haberme mentido como lo hizo. El dolor aún me palpita en el pecho. La desconfianza es ahora un nuevo componente en nuestra inusual relación.



Dos horas después, Luke sale de la cueva. Todos estamos fuera, un poco más apartados de la entrada. Sentados en círculo, en silencio desde entonces. Tiene el rostro salpicado de sangre.

No volví a escuchar la voz de Corx. Debió de acabar con ella rápido y sinceramente me alegro de ello. Es mejor así. Esa mujer no se merecía ni un pedacito de su alma, ni una pizca más de su tiempo. Luke tiene los ojos rojos, parece haber estado llorando todo este tiempo. Me gustaría acercarme a él, pero entiendo que ahora mismo solo quiera estar solo.

—Yo habría sido más cruel —dice Axel con voz áspera—. Pero Luke siempre ha sido un buen chico.

—Me tranquiliza saber que no ha sucumbido a su sed de venganza.

—Me mira y asiente, dejando que el silencio nos envuelva de nuevo.

Fijo la vista en el horizonte frente a nosotros. La extensa llanura que se esboza por delante. No puedo creer que esa arpía haya desaparecido para siempre, que su sombra al fin, vaya a dejar de atormentarnos.

—Una vida no puede devolver todas las que se ha llevado—dice Corvin de pronto. Me sorprende escucharlo, interviniendo en esta conversación.

Como si a pesar del dolor, las mentiras y la desconfianza, la conexión forjada la otra noche entre nosotros siga latente. Muy en el fondo. Los recuerdos golpean mi mente y agacho la cabeza para ocultar el creciente rubor de mis mejillas.

—Pero aplaca el dolor, aunque sea momentáneo —responde Axel, como si fuera un experto en la materia. Como si ese oscuro secreto suyo, ocultara mucho más de lo que parece. La venganza pulula por sus ojos, que continúan clavados en el horizonte.

Se cierne un crudo silencio sobre nosotros durante un instante. Hasta que vuelve a hablar el líder de la manada.

—Ahora que estamos juntos de nuevo, casi todos... —Arrastra un breve silencio. La atención de los chicos repara en él —. Quiero rendir un homenaje a Hogee. —Su mirada se dirige al cielo, como si de alguna forma pudiera encontrar su rostro entre las nubes.

Sabe perfectamente que él no está allí, que no puede. Que ese hombre que algún día fue su amigo, ya no está. Sin más, sin segundas oportunidades como tuvimos nosotros. A ellos no se les da otra opción.

—Hogee, fuiste un hermano para mí. —Traga saliva tan fuertemente que lo hace audible —. Me acogiste cuando no tenía a nadie más. Fuiste mi hombro donde llorar, me enseñaste a luchar, a defenderme con uñas y dientes, a no rendirme... —Un nudo se me forma en la garganta. Por muy enfadada que esté con él, no me gusta verlo así. Ser testigo de su dolor —. El primer caminante... —Su voz se quiebra un poco con esas últimas palabras.

Un dolor intenso me invade el pecho y solo pienso en moverme hasta él. Secarle las lágrimas, abrazarlo... En vez de eso, continúo sentada en el suelo con las piernas recogidas sobre el pecho. Paralizada.

—Hoy te toca volver a lo que siempre fuiste —continúa—. Libre, convertido en cenizas. Hogee, gracias por estos años de lealtad incondicional, de enseñanzas, de momentos. —Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano y verlo así, de pronto, tan vulnerable, me parte en dos —. Por siempre, amigo, te querré.

Su voz se va apagando y los sollozos sonoros de los gemelos suben hasta la copa de los árboles. Nos invade aún más la penumbra del bosque y los rugidos de una tormenta amenazan con estallar. El cielo se vuelve oscuro, las nubes grises se arremolinan en el cielo, ya no se divisa el horizonte.

Me seco las lágrimas con la mano, sin apartar la mirada de Axel. Que acto seguido se levanta y se va. Pharrel tiene la mirada taciturna clavada en los árboles, en las hojas que se agitan con el bramido del viento, como si allí pudiera encontrar el alma pérdida de su amigo.

Luke tiene el rostro empapado de lágrimas y la mirada vacua. Como si Corx le hubiese arrebatado todo lo que le quedaba, vaciándolo por completo. Ya no queda nada del chico al que conocí. La venganza lo era todo para él, su motivo para seguir viviendo. Después de esto, desconozco qué será de él.

La lluvia comienza a calarnos, la ropa, el cabello, las entrañas. Corvin mantiene sus brazos a mi alrededor, noto su respiración agitada y sé que también está luchando por no dar rienda suelta a sus lágrimas. Me pongo en pie zafándome de sus brazos y sin pensarlo mucho, sigo a Axel. Me adentro en la arboleda dónde aún se oye el crujido de sus devastadas pisadas. Lo encuentro a solo unos metros, a la altura de un lago. Enjuagándose la cara.

—Axel.. Yo... —Quiero decirle que lo siento, qué siento su dolor, que lo entiendo. Que yo también sé lo que es perder a gente en el camino.

Todo mi rencor hacia él se disipa, porque lo único que quiero ahora mismo es consolarlo. Asegurarme de que esté bien, de que este dolor no vaya a consumirlo como durante años lo hizo conmigo. Pero

no puedo hablar. Las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, son insuficientes. Dirige sus ojos hacia mí. Se acerca y desde la distancia, incluso, puedo sentir su respiración entrecortada. Las gotas de lluvia le resbalan por la frente y le empapan el cabello.

Sus ojos vidriosos me escrutan, se clavan en los míos. Yo le devuelvo la mirada con todo lo que estoy conteniendo dentro. Doy unos pasos hacia él o quizá es él el que se acerca más a mí. La lluvia ahora es torrencial, la ropa se me pega al cuerpo. Me cala los huesos. Los árboles rugen a nuestro alrededor y se balancean entre alaridos. Se abalanza sobre mí. Sobre mis brazos. Y me besa, sus labios se pegan a los míos con fiereza, con necesidad, con urgencia. Yo no puedo hacer más que deshacerme en su boca, buscando aliento con cada bocanada. Sus manos recorren mi cuerpo, acomodándose en mi pelo, en mis mejillas. Donde una lágrima traviesa se ha escapado de mis ojos, la limpia con los labios, para seguir besándome. La lluvia nos envuelve como un manto, no sentimos el frío mientras nuestros cuerpos arden. El recuerdo de sus manos, sus besos, su boca recorriéndome entera, me nubla la mente y solo puedo desearlo. Una y mil veces desearlo.

—Elara, lo siento —dice con su frente apoyada en la mía cuando nuestros labios se despegan—. Siento no haberte dicho la verdad. Este secreto ha sido mío durante tantos años... Tenía miedo... —Lo veo, veo ese miedo en su mirada y no puedo más que asentir.

—Siento lo de Hogee —digo con un hilo de voz, aún compungida.

—Era el mejor —dice retirándose un poco para mirarme.

—Lo sé —respondo.

Nos quedamos unos segundos en silencio, solo abrazados, junto aquel lago.

—Tenemos que continuar —dice al fin y yo asiento.

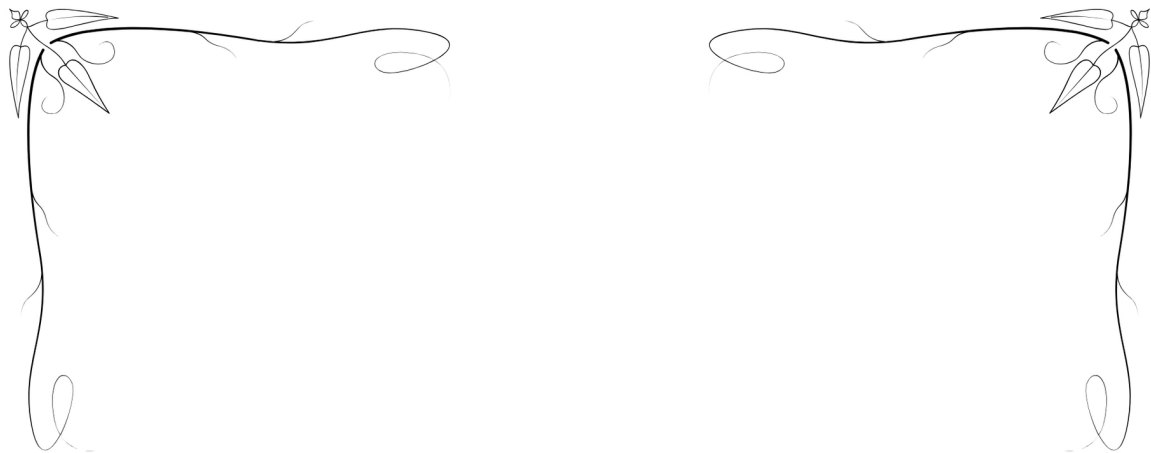
El pensamiento sobre lo que nos espera, hace que me estremezca. La etapa final del viaje, un último empujón y estaremos en casa.

—¿Crees que Luke estará bien? —pregunto con la preocupación latente en la voz.

—Lo estará, con el tiempo —asegura con total convicción. Entiendo a lo que se refiere. Estas cosas llevan tiempo.

Me gustaría preguntarle mil cosas más. Sobre su pasado, sobre su historia, pero sé que no es el momento. Ahora es momento de que el dolor sane, de que viva con calma la pérdida de su amigo.

No decimos nada más, nos separamos y agarrados de la mano, volvemos a caminar hacia el claro. Instintivamente, nos soltamos cuando la mirada de Corvin se cierne sobre nosotros. Me siento en un *deja vu* que no tiene final.



Capítulo 27

Axel

La lluvia ha cesado al fin, lo que deja el cielo despejado como hacía tiempo que no lo veía. Las estrellas brillan en el firmamento, trayéndome el dulce aroma de mi hogar consigo. Lo que me hace pensar en Pharrel. Dirijo la mirada a mi derecha, donde se sienta con las piernas cruzadas a mi lado.

—Pharrel, tenemos que hablar. —No me he olvidado del libro.

Tras comer unos ratones que hemos cazado en el bosque, los chicos ya han repuesto fuerzas y ahora se encuentran durmiendo junto a la hoguera. Todos se han ido a dormir, excepto Pharrel y yo, como si él esperase esta conversación tanto como yo.

—Sabía que no lo dejarías pasar. —Sus palabras confirman mis sospechas.

—Me has mentido. —Observo con frialdad.

—Nunca te he mentido. Te he ocultado información. —Exhala un hondo suspiro antes de proseguir —. Al igual que tú.

—¿Sabías que yo venía de arriba? —Asiente. Las preguntas aletean por mi mente, desordenadas —¿Desde cuándo?

—Desde siempre —admite. Su confesión me hace removerme en el sitio.

—¿Por qué no dijiste nada? —Mi voz suena seca, áspera. Tengo que tragar agresivamente saliva para no ahogarme de la propia ansiedad.

—Si querías contármelo, acudirías a mí. —La tranquilidad en su voz, ilumina sus ojos plateados, con una luz casi cegadora.

—Tú tampoco quisiste contármelo a mí —le recrimino, una vez más.

Las palabras salen de mi boca con desdén, aunque no era esa mi intención.

—Cuando me pediste que me uniera a tí, a tu grupo ¿Por qué lo hiciste? —Tiene la vista clavada en el horizonte y las llamas danzantes de la hoguera iluminan su rostro afilado.

—Por el libro —admito y se me encienden las mejillas en una mezcla de ira y vergüenza.

—¿Sabías lo que contenía? —La voz de Pharrel sigue siendo calmada.

—Nunca te separabas de él. Debía ser algo importante, pensé que podría darme las respuestas que yo necesitaba. —Estoy siendo sincero, quizá cómo nunca antes. No quiero perder a ningún amigo más.

No me gusta el curso que ha tomado la conversación, me irrita y me decido a tomar las riendas. Estoy acostumbrado a mentir, por triste que parezca. A ocultarme, a utilizar la información a mi conveniencia. Decir la verdad, mostrar mis sentimientos, mis intenciones, me hace sentir terriblemente expuesto. Vulnerable.

—No te lo tomes a personal, Axel. Todos tenemos secretos... — Siento sus palabras como un puñetazo directo en mi ego.

—¿Cómo lo conseguiste? —pregunto, curioso.

—No lo sé, simplemente... Aparecí aquí con él. —Parece sincero.

—¿Por qué no me lo diste? Sí lo sabías. —Aprieto la mandíbula, sin apartar los ojos de él.

—Porque no eras tú a quien debía dárselo. —Sus palabras hacen que varias piezas encajen en mi puzzle mental. Respuestas. Se me hiela la sangre en las venas y una gota de sudor frío se derrama por mi cicatriz en la frente.

—Eras habitante de Niebla. —No hace falta preguntar, solo afirmo. Él se limita a asentir, con rotundidad.

—Pharrel, el hechicero. Así me conocían en Niebla. —Trago saliva trabajosamente, a la espera de que mi amigo me cuente toda la historia.

No quiero presionarlo, aún así, estoy deseoso de obtener respuestas.

—Mis poderes eran variados. La capacidad para crear hechizos, conjuros, tener visiones... La gente acudía a mi para intentar arreglar sus miserables vidas. —Los ojos se le ensombrecen un poco más con cada palabra, los recuerdos de una vida pasada destellan en su mirada —. No estoy orgulloso de las cosas que hice, Axel. Utilicé la magia negra, magia prohibida...

Siento el dolor a través de su voz y me estremezco. No necesito que diga nada más para entender a lo que se refiere.

—Jugué con algo muy peligroso, fuerzas superiores, que ni tu ni yo conocemos... —Su mirada aún fija en el horizonte. No me atrevo a volver a mirarlo, entonces. —. Y por eso estoy aquí. Me gané la muerte. —Su voz se apaga en un último suspiro, antes de volver a renacer —. Tuve una última visión antes de morir, los videntes lo llamamos: “La última llama”. Vi a una chica pelirroja, vi como le entregaba el libro... —Hace una pausa prolongada, que me tensa un poco más los músculos, si cabe. No sé bien qué decir, qué más preguntar.

La noche continúa envolviéndonos, cálida, oscura. Las llamas de la hoguera parecen arder con más intensidad a medida que avanza la conversación. No puedo pensar en nada, con la mente totalmente bloqueada, porque son tantos los pensamientos que se arremolinan dentro de mi mente que no me atrevo a ponerlos en orden.

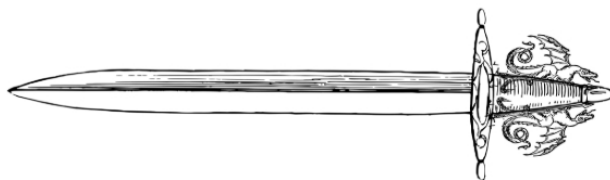
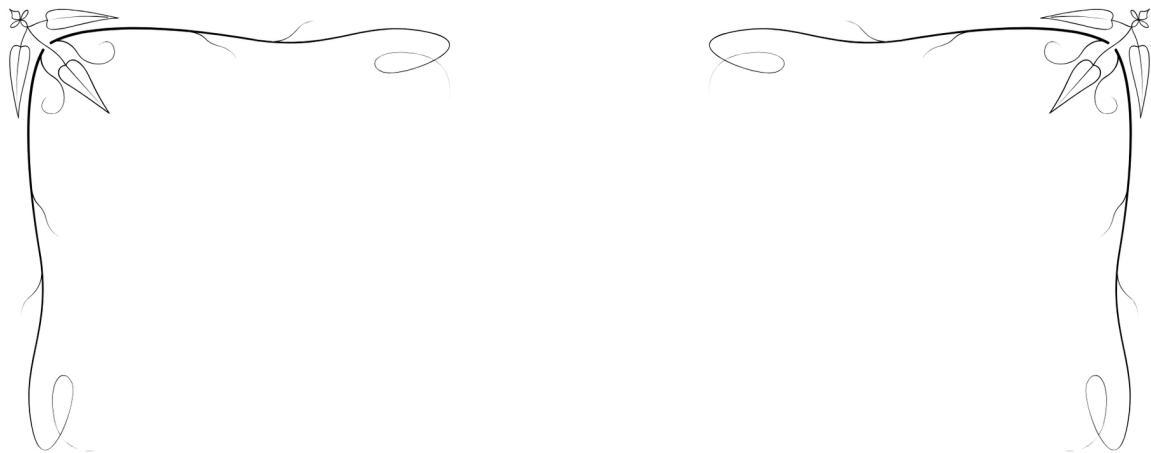
—Entonces aparecí aquí y durante años mi única misión fue esperarla a ella. Encontrarla y darle el libro. No sé si esto es una forma de redimirme, solo sé que tenía que hacerlo. Conseguir el perdón para volver a casa. —Trago saliva, sintiendo el peso de sus palabras —. No podía arriesgarme. —Asiento cuando deja de hablar

—. Todos nosotros formamos parte de algo más grande, Axel. Algo que solo los dioses conocen.

Nos quedamos un rato en silencio, viendo crepitar las llamas en la hoguera. Mi mente no para de dar vueltas a la confesión de Pharrel y a su vez, su historia da por fin sentido a la mía. A mi muerte, que durante años sentí absurda e injusta. Todo estaba hilado, todo estaba tejido, de una forma tan siniestra y estudiada que era imposible que los simples humanos nos diésemos cuenta de ello. Del funcionamiento de nuestro mundo. De nuestro papel en el destino, mucho más allá de nuestras propias elecciones y necesidades.

Todo, siempre, había girado en torno a ella. Yo llegué aquí con la misión de encontrarla. Era mi destino, eso dijeron las Moiras: "*Encuéntrala...*" Sus voces aletean ahora en mi mente. Y esta revelación solo me hace preguntarme una cosa. Dirijo mi mirada en su dirección y la observo dormir plácidamente sobre el suelo húmedo. Tan cerca de la hoguera, que sus mejillas rojizas ahora se muestran un poco ennegrecidas por el hollín. Sus pecas danzan al ritmo de la cálida luz y su pelo la envuelve como un atardecer. Me estremezco al comprobar que la estaba observando con demasiado... *Deleite*. Los recuerdos de su piel, de su cuerpo enredado con el mío, me taladran la mente. Un sentimiento nuevo crece en mi pecho, hinchándolo y luego, el miedo.

“¿Quién eres realmente, Elara?”



Capítulo 28

Elara

A pesar de la aspereza del suelo, esa noche podría haber caído una bomba a centímetros de mí y sé que no me habría despertado. Me siento agotada, las emociones se arremolinan en mi interior como una nube de tormenta.

Corx está muerta y con su marcha, se disipa uno de nuestros problemas, quizá el principal. Ahora, por fin, puedo centrarme en lo

que realmente quiero, volver a casa. Dejar atrás este horrible lugar que arrasa con todo, que solo deja destrucción y dolor a su paso. Miro a Axel y entiendo entonces, con una certeza aplastante, que nuestros corazones rotos serán un daño colateral de todo esto. El final de nuestra historia llegará en unos días.

No puedo olvidar sus mentiras. Que durante todo este tiempo, me haya ocultado algo tan importante, me arde en el pecho y lo peor de todo es que jamás tuvo intención de contármelo. La confianza que yo sentí hacia él, al contarle mi historia, todo sobre mí pasado, jamás fue recíproca. Solo fue una ilusión. Si hubiera sabido la verdad, todo hubiese sido diferente. Sin embargo y pese al dolor del engaño, que me pesa en los hombros, ya es imposible ocultar lo que siento. Lo quiero, lo deseo, quizá lo amo.

Sentimientos que no nacen en mí cuando miro a Corvin. En cierto modo me duele. No puedo negar que aquella noche con los dos fue... Simplemente perfecta y el recuerdo aún me deleita las entrañas. Pero mis sentimientos son claros y a Corvin no lo amo. Lo quiero, sí, pero como a un amigo. El placer y el amor son cosas muy diferentes y yo lo he aprendido a base de bien. Debería ser sincera con él, antes de que sus falsas ilusiones sigan ensombreciendo nuestra amistad. Pero "¿Con Axel?"

La duda se retuerce en mi estómago, enroscándose como una serpiente “¿Debería decirle lo que siento? ¿Y sí él no siente lo mismo? ¿Y si me ama y eso hace la despedida aún más dolorosa?” El pequeño destello de esperanza que apareció el día anterior, con la revelación de su verdadera procedencia, parece desvanecerse entre las dudas. Si existe alguna posibilidad de que Axel pueda ascender junto a nosotros, no las tengo todas conmigo.

Cuando despierto, la hoguera aún humea débilmente entre los rescoldos. Todos continúan durmiendo a mi alrededor. Todos, menos Luke.

El silencio nos envuelve, como un susurro. Me duele la cabeza de tanto pensar, no me da tregua. Decido dirigirme al lago para asearme antes de continuar nuestro camino. La sombra de un cuerpo casi inerte se cruza en mi camino.

—¿Cómo estás? —pregunto con suavidad. El rostro ensombrecido por la culpa, pesa en el semblante de Luke.

Una fuerza invisible parece estar tirándole de los hombros hacia abajo, hundiéndole más los pies en la arena. No responde.

Me acerco y aunque se estremece por mi repentino contacto, no puedo evitar darle un abrazo. Tiro de su cuerpo para apoyar su cabeza con delicadeza sobre mi hombro. Está rígido y a través de

sus poros puedo sentir como se escapa su dolor. Un hondo suspiro abandona su cuerpo y los hombros se le van relajando un poco más con cada exhalación, soltando la culpa.

—Nada como un buen abrazo —le digo, sin separarme de él y noto de nuevo algo de tensión en su cuerpo tras mis palabras.

—Gracias, Elara. —Se aleja de mí y se recoloca las vestiduras. Luke es un chico de pocas palabras, por lo que esas dos significan mucho para mí.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Esa arpía ya se había cobrado demasiadas vidas...—Mis palabras son sinceras, pero llevan ocultas un resquicio de rencor, aún latente.

El dolor por Hogue aún me quema en el pecho. Se me humedecen los ojos al acordarme de él.

—No me siento mejor ¿sabes? —Habla despacio y con la voz apagada. Nunca lo había visto tan bajo de energía —. Llevaba años planeando mi venganza y ahora... —Se humedece los labios agrietados y mira al cielo, buscando respuestas que nadie más tiene —. Me siento vacío, es como si... No fuera suficiente. —Sus ojos se oscurecen un poco más.

Vuelve a mirarme y una débil sonrisa se dibuja en su rostro.

—Ojalá alguien me hubiera dicho esa típica frase: “La venganza no va a devolverte a tu familia” —parafrasea. El tono lastimero de su voz consigue que me estremezca de nuevo.

—¿Puedo preguntar qué les pasó? —Ya lo estoy haciendo. Mi pregunta es demasiado inoportuna y me arrepiento al instante —. Lo siento, yo... Solo si necesitas hablarlo con alguien, que sepas que aquí estoy —digo.

—Tenía siete años, vivía con mis padres y mi hermana en la ciudad de Onix.

Comienza a hablar al instante y mi mente divaga con el nombre de esa ciudad. Onix, otra de las ciudades itinerantes. La imagino de un color negro brillante. Me pregunto cuántas más habrá.

—Teníamos una pequeña taberna —continúa —. Mi madre servía comida casera y mi padre tocaba la guitarra cada noche para entretener a los clientes. —Traga saliva trabajosamente, antes de seguir con su relato.

Lo miro con atención y dispongo una mano sobre la suya, para hacerle saber que está a salvo. Que no tiene que fingir conmigo. Esto le rompe y es algo completamente normal. Lo invito a sentarnos en el suelo, al lado del embalse de agua estancada. Los

mosquitos revolotean a nuestro alrededor y el día comienza a clarear despejando las intensas nubes del día anterior.

Los hombros de Luke se relajan antes de seguir con su relato.

—No teníamos mucho, pero era feliz. —Una muy leve sonrisa se dibuja en su cara —. Mi hermana, Evangeline, era dos años mayor que yo. Jugábamos a inventar historias ¿sabés? Tierras inhóspitas y aventuras épicas, yo solía ser el malo. —Un nuevo amago de sonrisa se escapa de sus labios, pero es de lo más amargo. Me quedo inmóvil, mirándolo —. Nunca habíamos salido de Ónix, así que ese era nuestro hogar. Nuestro lugar seguro.

Lo comprendo al instante, algo parecido me había pasado a mí con Armaria. El dolor nos envuelve a los dos mientras los recuerdos pululan por nuestra memoria descosida. Puede que no fuera perfecto, pero era un hogar.

—Una noche, en nuestra taberna, entró un grupo demasiado escandaloso. Estaba acostumbrado a ver borrachos y grupos de maleantes, aunque Onix era una ciudad tranquila por aquel entonces. Pero... Nunca había visto un grupo como ese... — Cabizbajo, su mirada ensombrecida se pierde en la nada más absoluta, preso de unos recuerdos demasiado dolorosos —. Daban golpes, robaban a nuestros clientes y bebían del barril de cerveza a morro. Mi hermana y yo nos escondimos en el almacén pegado a la

barra, tras unos estantes. —Capto el sonoro movimiento de su nuez al tragar. Devuelvo mi mirada hacia él —. Temblábamos, mi hermana me estuvo intentando tranquilizar todo el tiempo. Mi padre se encaró a la pareja que parecían los líderes del clan. —“Los padres de Corx”, entiendo, pero decido no interrumpirle para preguntar—. Ella era de tez morena y llevaba el cabello trenzado, idéntica a su hija, a Corx... —Su confirmación disipa mis dudas.

—¿Ella estaba allí? —inquiero. Él asiente antes de continuar.

—Reparé en ella, pero los recuerdos de esa noche están muy difusos. No fui capaz de recordarla cuando la volví a ver. No hasta que Myrgala me habló de ella.

La mención a la bruja consigue que me estremezca de nuevo. Lo miro a los ojos invitándolo a continuar su relato. Él me dedica una sonrisa débil antes de hacerlo.

—Amenazaron a mi padre y le exigieron todo lo que tenía. Dinero, joyas, provisiones... Les daba igual, lo querían todo. —Su mirada vuelve a perderse en la negrura de sus recuerdos —. Hay gente egoísta, Elara. Hay gente a la que no le importa si el de al lado muere, aunque a tí te sobre. Hay gente capaz de hacer cualquier cosa... —Su voz se va apagando y los ojos le brillan por las lágrimas contenidas.

—Si quieres podemos dejarlo...

—Mi padre se negó. —Me interrumpe, sigue su relato, firme como una vela —. Nunca he conocido a nadie con tanta tenacidad. Mi madre, harta de ver los golpes que le propinaban, echó mano a la caja para sacar el poco dinero que teníamos. Se habrían ido, si no hubiese sido por el bote. —Trago saliva a la espera de la tragedia que está por venir —. Mi padre escondía un bote con nuestros ahorros, era todo lo que teníamos. Nuestro salvavidas si el barco se hundía. Los Serpientes no eran tontos, así que los amenazaron. El dinero que les entregaron les supo a poco. Agarraron a mi madre. — Su voz se quiebra y sus ojos, en ese momento, se muestran completamente vacíos —. La violaron, delante de todos, mientras golpeaban a mi padre y lo obligaban a mirar. —Las lágrimas acuden a mis ojos con cada cruda palabra.

El pecho se me encoge, haciéndose más estrecho, mientras las palabras de Luke salen a borbotones de su boca. Como si llevara años deseando contarle, deseando soltarlo. Implacables. Dolorosas. Hirientes.

—Mi hermana estaba muy nerviosa, se sacudía en nuestro escondrijo mientras yo intentaba agarrarla... Escapó, se me escapó y no pude retenerla... —Su llanto desconsolado amortigua sus palabras. Yo me quedo inmóvil, mirándolo, sin saber que hacer. Qué

decir en un momento como este —. Le hicieron lo mismo. Ella no paraba de gritar.

Vacío, sus ojos son el más completo vacío. Su alma se había roto aquel día. Se había quedado allí, en esa taberna. Lo atraigo hacia mis brazos y nos quedamos un buen rato así. Llorando, abrazados, hasta que sus sollozos se van calmando y el sonido del viento sobre las hojas rasga el ambiente.

—Lo siento muchísimo, Luke. —No sé qué más decir. Él asiente, separándose un poco más de mí, para mirarme.

—Me quedé en mi escondite, presa del pánico. Inmóvil. No fui capaz de reaccionar ante lo que estaba viendo... —Se le rompe la voz —. No hice nada, Elara. No hice nada.

—No fue tu culpa ¿Me oyes? —Mi voz también suena rota, quebrada.

—No. Ya no... —Nos quedamos unos segundos en silencio, con la vista clavada en la superficie del estanque. Tras una honda inspiración, continua —. Mi padre fue el primero en morir, cuando atraparon a mi hermana, se volvió loco... Le metieron un tiro en la cabeza. Uno de los tipos encontró el resto del dinero, así como el resto de nuestras provisiones... Parecía que se iban a ir, pero mi madre se rebeló contra ellos, luchó. La quitaron de enmedio, rápido. Corx le rebanó la garganta a mi hermana.

Lo veo todo, lo siento todo. El horror, la pérdida, la ira... Lo entiendo. Yo nunca había tenido una familia, pero si hubiera tenido una, como Luke, hubiera movido cielo tierra para vengarlos.

—Durante años, su rostro estuvo borroso en mi memoria, como si se tratara de una maldición. —Con los ojos enrojecidos por las lágrimas, no desiste en darme a conocer su historia —. La serpiente estaba por todos lados. En la hoja de los cuchillos, en las vestiduras, en los cinturones, llevaban tatuajes... La serpiente me persiguió durante años. Ahora lo entiendo todo.

—¿Cómo sabía ella quién eras tú? Que buscabas venganza... — pregunto al recordar las últimas palabras que le dirigió, parecía segura de porqué la buscaba.

—Cuando conocí a Axel ellos ya estaban enemistados. Me uní a los Caminantes para dar con los causantes de mi dolor. No soy estúpido, por supuesto, tenía mis sospechas —dice—. Tenía que asegurarme de que había tenido algo que ver y si no, encontrar al verdadero culpable. Una noche, la engañé. La embauqué y me la llevé a la cama, pero no la toqué. Cuando la tenía ante mí, suplicante por complacerla, le conté mi historia. —Una carcajada oscura escapa de su boca—. Ni se inmutó. Como si las vidas de mi familia no significaran nada para ella... Unos simples cadáveres más a su espalda. Entonces, empezó la cacería. Le daría tregua, tiempo y un

día acabaría con ella, si es que era culpable. Por supuesto ella no iba a decírmelo, por lo que decidí recurrir a otros métodos.

“A la magia negra”

—No tuvo suficiente castigo. No sufrió lo suficiente, no como yo, como mi hermana, como mi madre, como mi padre... —Coloco una mano en su regazo, sin saber cómo consolarlo después de tanto dolor.

—Tú jamás serás como ella. —Sonríe débilmente.

Me pregunto qué sería de los padres de Corx, no hay ni rastro de ellos. La arpía parecía ser la única jefa del clan. Me pregunto si la venganza de Luke terminará aquí o aún le quedan pasos que dar.

—¿Y los padres de Corx?

—Muertos. Axel me contó que murieron hace unos años, después de abandonar a su hija, la dejaron amarrada en una cueva. —Sus ojos siguen teniendo ese tinte de oscuridad —. No sé como consiguió salir de ahí, pero después de eso, ningún Serpiente fue capaz de llevarle la contraria.

Trago saliva. Me quedo un rato pensando en todo eso. Sin duda, Corx fue una persona que sufrió, pero eso no justifica la forma en la

que canalizó su dolor. El trauma no es excusa. Todos hemos sufrido, pero no todos infringimos ese mismo sufrimiento.

—Gracias por escuchar mi historia. —Asiento, agradecida a él por compartirla conmigo.

—Lo que hiciste fue justicia —digo—. Ahora se acabó.

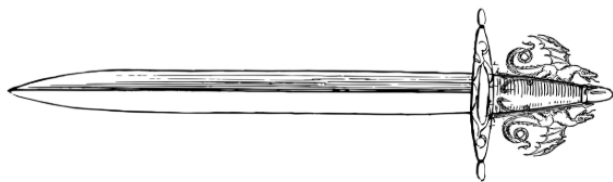
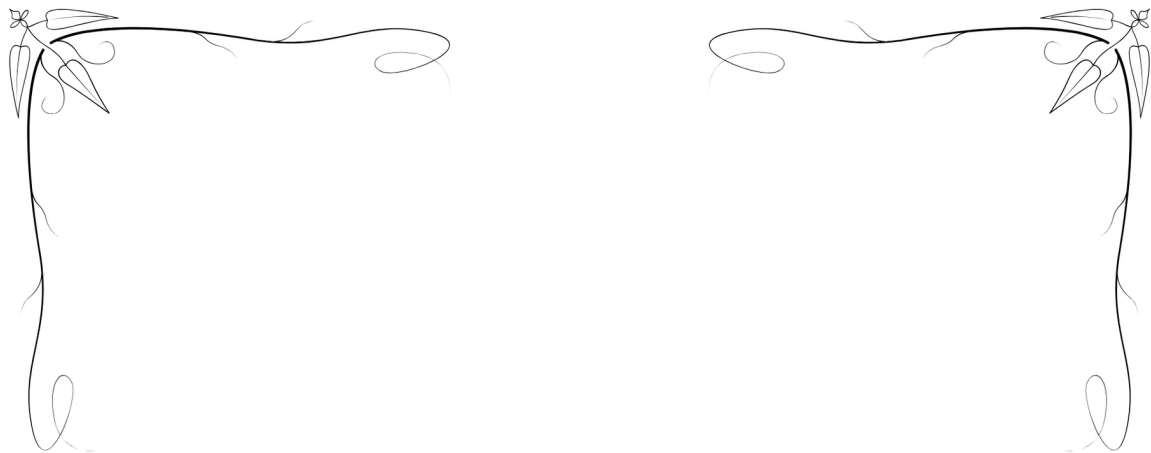
—Y antes de irse tuvo que cobrarse la vida de Hogee. —Veo la culpabilidad aparecer de nuevo en su rostro—. Si hubiera acabado con ella hace años... —Su voz divaga nuevamente por su mente.

—¡Eh! —Le agarro de la barbilla, obligándolo a mirarme—. No es tu culpa —sentencio, mirándolo a los ojos de un marrón oscuro intenso, casi negros.

El viento azota los árboles a nuestro alrededor y el silencio deja calma en nuestra cabeza y nuestros corazones por un momento.

—Nunca conocí a mi madre —digo— y hace no mucho, perdí también a mi padre. —Clavo la vista en el agua de aquel calmado lago, en cada ondulante vibración que se dibuja en la verdosa superficie—. Sé lo que es sentirse solo en el mundo —confieso, en un intento de hacerlo sentir acompañado en su dolor.

Luke simplemente asiente y me agarra la mano. Tras unos segundos más de silencio, nos ponemos en pie para volver al asentamiento.



Capítulo 29

Elara

Cuando llega el momento de ponernos de nuevo en marcha, Axel se acerca a mí, titubeante. La conversación con Luke me ha dejado el cuerpo frío y una horrible y punzante sensación en el pecho.

—Elara... —Su voz es casi un susurro—. Siento que te debo unas cuantas explicaciones. —Noto cierto recelo en el timbre de su voz.

Me sorprende verlo así, desde que lo conocí siempre se ha mostrado demasiado hermético, con sus sentimientos, con sus pensamientos... Y tenerlo ahora así, parado frente a mí. Expuesto. Como un libro abierto deseando ser leído.

—No te preocupes de eso ahora, hablaremos en otro momento — digo, tranquilizándolo. Sus hombros se relajan de manera automática mientras asiente.

Es una conversación pendiente que los dos anhelamos, pero necesito que nos demos el espacio y el lugar de estar solos para poder hablar sin interrupciones, sin malos entendidos. Ya no. Poso una mano sobre su antebrazo y la dureza de sus músculos me hace recordar como se enredaban esas manos en mi cuerpo. Se me encienden las mejillas y él sonríe al notar ese nuevo atisbo de color.

—Estás muy guapa cuando te sonrojas. —De repente, parece tímido, como si no estuviera acostumbrado a este tipo de "flirteo".

—Cállate —le digo, dándole un pequeño empujoncito para hacerlo caminar.

Corvin nos observa desde cierta distancia. Al encontrarme con su mirada, agacha la cabeza y continúa un rato ahí parado, sin moverse. Apoyado sobre una roca que usa como asiento. Se me

rompe un poquito el corazón y mis pies caminan hacia él irremediablemente.

—Ya queda poco para estar en casa —digo con una sonrisa en la cara, intentando romper el enorme bloque de hielo que se levanta entre nosotros.

Él me responde con una risotada irónica.

—No cantes victoria —dice eludiendo a todas las peripecias que nos han llevado hasta aquí.

—¿Crees que los dioses se enfadarán? Ya sabes, por... Querer volver... —Mis palabras salen de mí en un hilo de voz , temerosas. Verbalizo mis propias dudas. Siempre he tenido temor a las represalias —. Me preocupa estar incumpliendo su voluntad.

—Ya escuchaste las palabras de Myrgala, tienes que seguir tu destino. —Asiento.

Las palabras de Corvin, esa forma tan cálida y familiar de reconfortarme, me dan la seguridad que necesito.

—¿Qué pasará entonces? —inquiero.

—¿Cuándo? —pregunta él.

—Cuando volvamos. —Me refiero a él, a nuestra amistad.

"¿Querrá volver a Armaria?" Yo pertenezco a Niebla, pero él no
"¿Nos tendremos que separar o vivirá en Niebla conmigo, como un
fugitivo?"

—No lo sé. —Se remueve en el sitio con cierto nerviosismo—. Ya
pensaremos en eso —dice, como si me hubiese leído el
pensamiento.

Deposita una mano reconfortante en mi brazo y luego, se aparta
para reunirse con el resto. Hemos pasado por mucho. Yo misma he
pasado por mucho y es difícil mantenerse seguro sobre las
decisiones que vas a tomar cuando el futuro es tan incierto. No sé
qué me espera en Niebla, ni siquiera sé si realmente podré regresar.
Estoy dejando mi futuro en manos de las palabras de una bruja ,
que también fue expulsada. Pero parecía tan segura de que podría
hacerlo, de que tenía que hacerlo... No se equivocó con Luke.

Se me arremolinan las dudas en el estómago y me siento
nuevamente empujada hacia un final que no sé si es el que
realmente quiero.

Me recompongo un poco tras la conversación y después de una
honda respiración, me acerco a los demás. Axel está hablando con el
grupo. Me encanta verlo así, sus palabras siempre son alentadoras.
Parece tener siempre las respuestas. La seguridad necesarias para
afrontar los problemas que se le presenten. Me pregunto cuál sería

su don antes de llegar aquí. Es sin duda, el mejor líder que los Caminantes de las cenizas podrían tener.

—De acuerdo, chicos... —Traga saliva antes de seguir hablando—. La pérdida de Hogee ha sido un duro golpe para todos. Guardaremos siempre en nuestros corazones todo lo que fue para nosotros... —Su voz se va apagando con cada palabra. Observo a los gemelos, que se agarran la mano el uno al otro, compungidos—. Pero debemos seguir adelante y lo haremos por nosotros, por él. No podemos defraudarlo. Hogee siempre luchó por protegernos y ahora, debemos seguir haciéndolo, los unos a los otros.

Los gemelos empiezan a aplaudir de manera efusiva, el resto le seguimos. Con un gesto de la mano, Axel nos hace callar. Se acaricia el mentón con la mano, como buscando las palabras adecuadas para lo que tiene que decir. El ceño fruncido, las cejas arrugadas enmarcando sus ojos verdes. Me deleito contemplándolo.

—Nuestra misión ahora es acompañar a Elara y a Corvin hacia un templo, al sur del continente. No tenemos mucho tiempo, ya se han retrasado bastante. Debemos buscar la manera de llegar allí cuanto antes. —Se recompone y relaja la tensión de sus hombros. Dirige su mirada directamente a mí, luego mira a Pharrel—. Los escoltaremos hasta allí. Han arriesgado su vida por salvarnos. —Luke sonríe, me coloca una mano reconfortante en la espalda y cuando creo que ya

ha terminado, Axel vuelve a hablar —. Al igual que yo, Corvin y Elara vienen de los Siete Reinos, en los cielos. —No titubea —. Probablemente hayáis escuchado alguna que otra leyenda sobre ello... Todo es real. Siento haberos ocultado esa información.

Se extiende un tenso silencio que se va transformando en un débil murmullo. No ponen en duda a su líder.

—Vamos a ayudarlos a volver a casa —sentencia.

—¿También vas a volver Axel? —pregunta Tim con tono lastimero. Contraigo los dedos de los pies esperando esperanzada su respuesta.

—No os voy a dejar —asume, contundente —. Acompañaremos a Elara... Y a Corvin, para que puedan volver a casa. —Los ojos de Axel se clavan en los míos y una punzada de dolor se me instala en el pecho. Me cuesta hasta respirar.

Así qué es verdad... Finalmente, cuando lleguemos al templo, nos separaremos. Trago saliva y me hago un pequeño ovillo mientras me rodeo mi propio cuerpo con los brazos. Desecho toda esperanza de que la historia entre Axel y yo, lo que sea que estuviera empezando, pueda llegar a algo más. "*Es tu destino*", dijo Myrgala. Y es que a veces el destino es caprichoso y no siempre se mueve por nuestros propios deseos.

Salimos del bosque después de una hora de caminar entre los árboles. Los chicos están más callados que de costumbre, la sombra de la muerte de Hogee aún se cierne sobre ellos. Camino con Axel al lado y Corvin y Luke nos siguen muy de cerca. Cuando el tramo de árboles y maleza llega a su fin, vemos una serie de edificios en ruinas levantarse en el horizonte. Mucho tiempo atrás, cumplirían una función importante en aquella ciudad desaparecida. Los edificios están cubiertos de vegetación, es como si la naturaleza buscara siempre formas nuevas de sobrevivir. De renacer.

—En realidad esto es una buena señal. —La voz de Axel me sorprende.

—¿Qué?

—La vegetación... La vida. —Su sonrisa es plácida y tranquila ahora. Como no la había visto antes —. Parece que la vida está volviendo a este lugar, quizá en algún momento tengan la oportunidad de redimirse. —Ha dicho “tengan”, como si no se sintiera parte de este lugar. Ya no tiene que esconderse —. Ojalá pudiera decir que la era de la escasez ha llegado a su fin, pero por desgracia, la avaricia del ser humano siempre lo destruye todo... No tardarán en acabar con esto también. —Su voz se va apagando y yo reflexiono un poco sobre sus palabras.

Caminamos en dirección a los destruidos edificios y barremos las desoladas calles con la mirada. No sé siquiera qué estamos buscando. A lo lejos, visualizamos cuatro vehículos de ruedas grandes y dentadas. Son como los carros que se usan en Armaria para transportar ganado o mercancía, pero su aspecto es muy diferente. Axel nos hace guardar silencio y nos indica que nos ocultemos en una esquina tras un muro “¿Cuál es el plan? ¿Robar esos vehículos?”

—Cómo caídos del cielo... —La voz de Axel es solo un susurro—. Quedaos aquí, voy a comprobar que no haya peligro.

—Voy contigo. —Ofrezco sin pensar. Impulsiva.

Él no intenta disuadirme, se limita a asentir y me tiende la mano, que se la agarro con fuerza. Al sentir su tacto, todo mi cuerpo se calienta.

Caminamos agazapados, rodeando el muro de ladrillos a nuestra espalda. No parece haber nadie cerca. “Bueno, si estos vehículos no son de nadie, no estamos robando ¿no?”

—¿Enserio te preocupa que estemos robando? —Como si acabara de leerme la mente, Axel da en el clavo. En el hilo justo de mis pensamientos.

—¿Cómo sabías que estaba pensando... Eso?

—Es evidente. —Seguimos hablando en susurros—. Estás temblando. —Pongo los ojos en blanco, mientras seguimos caminando hacia los cuatro vehículos.

Cuando estamos lo suficientemente cerca, podemos comprobar que no hay nadie dentro de ellos. Tampoco en los alrededores.

—A quién sean que pertenezcan, parece que no están por aquí —dice Axel. Mira a izquierda y derecha para asegurar su información—. Se habrán quedado sin combustible y los habrán desechado. Es difícil encontrar de eso por aquí.

Seguimos examinando los vehículos y de un salto, Axel se introduce en uno de ellos. Son descapotables, lo que nos facilita acceder a ellos. Me indica con una mano que me siente a su lado. Yo, me mantengo cautelosa. Continúo de pie, parada. Observándolo a unos metros de distancia. Todo está en silencio, un silencio tan absoluto y devastador que parece que estamos completamente solos en esta tierra...

—¡Oh! ¡Pues arranca! —exclama con sorpresa, tras hacer girar una llave. Nuestros oídos se llenan con el rugido de la máquina “¡Magia!”—. Le quedará poco combustible... Tendremos que parar a hacer más. —Con un silbido sonoro, indica a los chicos que se acerquen.

Se acercan entonces a nosotros, avanzando de manera prudente .

Parece que no hay peligro. Respiro tranquila y me dirijo entonces hacia Axel. Pero, como todo en esta nueva realidad, no podía ser tan fácil. El silencio se quiebra de golpe.

Un grupo de hombres se cierne sobre nosotros, agarran a Axel de los brazos y del cuello, obligándolo a salir del coche arrastras. Nerviosa, quiero moverme, pero antes de que pueda darme cuenta, también me han agarrado. Me colocan los brazos a la espalda.

Nuestros chicos comienzan a correr hacia nosotros.

Desde las profundas sombras del edificio, aparece un chico joven, cuyo rostro me es familiar. Sus ojos achinados, su vestimenta de cuero, sus tatuajes...

Nuestra primera noche solos en Rubí, la chica del pelo rosa... "Lena". La salvé de las garras de este tío. Los recuerdos se arremolinan en mi mente. Quizá debería haberme ahorrado aquel puñetazo.

—¡No me lo puedo creer! —exclama con una entonación demasiado teatral —¿Quién tenemos aquí? La zorrita pelirroja. Te lo advertí y aún así te has atrevido a volver a desafiarme.

—¡Suéltala, *Hijo de puta!* —El grito de Axel corta el aire.

—¿Es tu novio? Aquella noche estabas con otro... —dice mirando a Corvin —. Has aprendido muy bien de tu amiguita, Lena.

Está tan cerca de mí, que puedo sentir su asqueroso aliento y sin pensarlo dos veces, le escupo. Después de esto no me van a quedar ni siquiera modales.

El tipo se limpia la saliva del rostro con una sonrisa bobalicona.

—Así que pretendías robarme y encima me tratas así...—Mira al suelo, preso de una sarcástica risa. La ira le ensombrece cada vez más los ojos, de una total oscuridad. Aquel día no tuve el placer de presentarme —dice como sí se le acabara de olvidar todo lo anterior. En ese momento me doy cuenta de que estoy ante un verdadero psicópata —. Mi nombre es Prince, por eso soy el rey de por aquí — dice con los brazos abiertos, girando sobre sí mismo de forma teatral —. Dime tu nombre para que podamos tutearnos.

—No te mereces el sonido de su nombre en tus labios —escupe Axel. Su voz resuena en el ambiente y uno de los hombres que lo agarran, le propina un puñetazo en el estómago que lo invalida durante unos segundos.

Se me contrae el estómago.

—¡Callate! —advierte el tipo.

—Soy Elara —respondo con un tono serio y apacible.

—Elara... —Prince se recrea, pronunciando cada sílaba de mi nombre como si le supiera dulce. Se coloca de nuevo muy cerca, sin temor a que vuelva a escupirle en su repugnante rostro —. Qué pena que no nos hayamos conocido en otro momento. Tú y yo... Podríamos haberlo pasado muy bien juntos... —Me roza la mejilla con los dedos y yo me estremezco ante el contacto.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando recuerdo la historia de Luke. Lo que le hicieron a su madre, a su hermana. El temor se apodera de mí en el momento en el que Prince me agarra del cuello y presiona sus asquerosos labios contra los míos. Cuando su lengua rozan mi boca, siento náuseas y creo que estoy apunto de vomitar. Sacando fuerzas de dentro de mi ser y sin dejar que el miedo me paralice, le golpeo fuertemente con la rodilla en la entrepierna. Prince suelta un grito ahogado. Cae al suelo doblándose por la mitad por el dolor del impacto.

—Atrévete a tocarla y mis ojos serán lo último que veas antes de que te arrebate la vida con mis propias manos. —La voz de Axel no contiene ni un ápice de temblor. Es oscura y sensual.

Sé defenderme sola, pero no puedo negar que su manera de hacerlo, como si se le fuera la vida en cada amenaza, es devastadora.

Sus hombres tardan unos segundos en reaccionar, lo suficiente para que el caos estalle.

—¡Elara! —Mi nombre atraviesa el aire. Axel me mira mientras forcejea intentando escapar de sus captores.

Todo se vuelve un amasijo, de puños, gritos y patadas a mi alrededor. La agresividad de la pelea levanta una gran cantidad de polvo que se me mete en los ojos. Mi instinto de supervivencia toma el control y me rebelo propinándole un cabezazo al tipo que me tiene agarrada. El impacto contra su nariz es seco y la sangre que derrama, pronto, me salpica la cara. El punzante dolor por el golpe, me nubla la vista unos segundos. Deja escapar un quejido de dolor antes de soltarme.

Las voces y jadeos se entremezclan con el sonido de los golpes. Unos contra otros. Corvin ha derribado a uno de los atacantes y lo golpea sin piedad contra el suelo. Luke se abre paso entre nuestros enemigos con una precisión letal.

—¡Axel, el coche! —grita Tim desde la distancia.

Entre el barullo y los gritos, Axel se libera al fin. De un empujón, tira al suelo al tipo que lo retenía y disparado, corre en dirección al vehículo más cercano. De un salto, cae en el asiento del conductor y

hace girar la llave sin perder más tiempo. Tardo unos segundos en reaccionar.

—¡Elara! —me llama, de nuevo.

Y yo no me lo pienso. Corro en su dirección.

El sonido del motor me alerta de que nos queda poco tiempo. Doy un salto y me acomodo en el asiento delantero. En el asiento trasero, Corvin y los gemelos se apresuran a subir.

Pharrel se ha adueñado de otro de los vehículos, junto a Luke y están listos para partir.

—¡Vámonos! —La voz de Axel rasga el ambiente antes de acelerar.

—¡Rápido! ¡Vienen más! —grita Luke desde el otro vehículo.

Seguimos a nuestros amigos. Los gritos y blasfemias del grupo nos persiguen. Los alaridos desgarrados de Prince quedan atrás mientras continuamos acelerando. Nos lanzan piedras, varas de metal y escombros. Vuelan en nuestra dirección. Axel maniobra con destreza para evitarlos.

—¡Agachaos! —nos alerta.

Obedecemos. Nuestros enemigos continúan lanzándonos proyectiles sin descanso. Axel sigue conduciendo de forma frenética. Nunca he

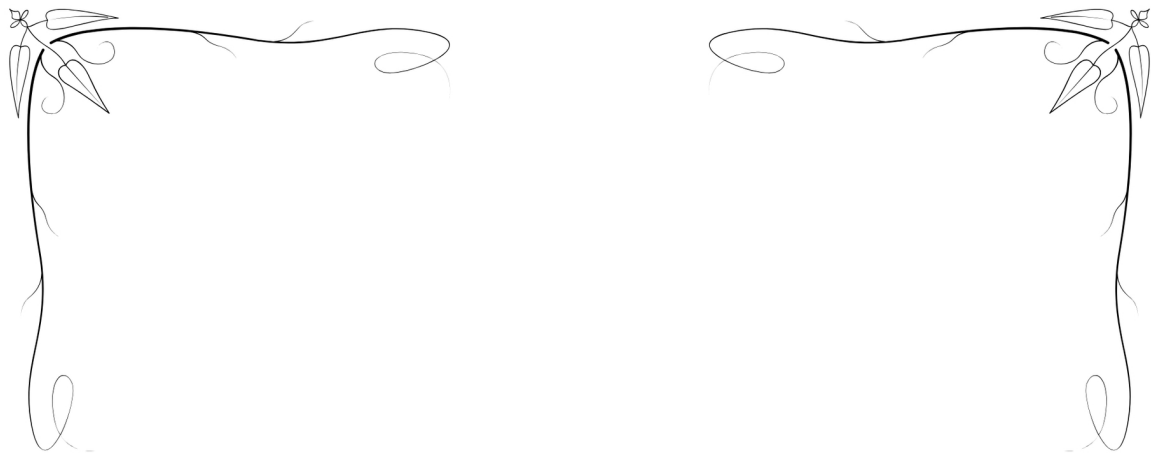
sentido tanta velocidad. Será lo equiparable a montar en un dragón. El viento me despeina y me azota la cara.

Segundos después, aquel caos es solo un murmullo. Nos hemos alejado lo suficiente como para no oírlos, pero sabemos que tienen dos vehículos más. No tardarán en alcanzarnos, aunque les llevemos ventaja.

—No sé cuanto combustible nos queda, el indicador está roto —dice Axel—. Hay que darse prisa.

El vehículo corta el viento, desplazándose a una velocidad vertiginosa. El pelo se me arremolina sobre el rostro y el polvo levantado a nuestro paso forma una nube espesa y anaranjada que nos impide ver con claridad. Delante de nosotros, el vehículo de Pharrel y Luke se distingue con dificultad. Hemos avanzado bastante, pero el rugido de dos motores más a nuestra espalda nos alerta de la inminente amenaza.

—¡Que comience la carrera! —Axel me mira con una sonrisa en los labios. Acto seguido, pisa el acelerador.



Capítulo 30

Axel

La arena y el polvo que levantan las ruedas al pasar, me inunda las fosas nasales. Con una mano y sin soltar el volante, me coloco el pañuelo que llevo al cuello, cubriéndome la boca y las aletas de la nariz. Tomo un poco de aire sin dejar de pisar el acelerador. Los ojos se me resecan con las virutas de arena en suspensión. Lo que obliga a mis lágrimas a desparramarse por mis mejillas, intentando limpiar

el desastre. Corremos con el viento, los gritos de ira de Prince y sus amigos nos acompañan. Pisándonos los talones. Nos están dando caza.

Aparto la mano derecha del volante para colocarla en el muslo de Elara, tenso por la adrenalina. Ella me agarra la mano, sin dejar de mirar hacia atrás, asegurándose de que nuestros enemigos siguen a cierta distancia.

Huele a combustible quemado y el rugido de los motores rasga el asfalto. Desde uno de los vehículos de atrás, alguien toca la bocina, lo que nos alerta de que el tiempo se nos agota. Están demasiado cerca. Temo que en cualquier momento el combustible se acabe o el viejo motor deje de funcionar. Miro a Elara de reojo.

—En mi mochila hay una pistola. —Me mira con sus ojos verdes aguamarina, cristalinos, abiertos de par en par —. Elara, cógela... Confío en tí —le aseguro y le aprieto más la mano.

En el asiento trasero, Corvin blande un cuchillo. Lo observo por el espejo retrovisor, está incorporado en dirección a nuestros rivales. Capto como los gemelos sacan sus armas y las cargan. Dos revólveres desgastados y una pistola del calibre 45. Preparados para defendernos, para sobrevivir una vez más.

Un estruendo me devuelve la vista hacia el frente de forma abrupta. El coche de Pharrel y Luke ha cogido un bache, que a la velocidad a la que vamos, le hace tambalearse y avanzar unos cuantos metros sobre las ruedas izquierdas. Elara ahoga un grito cuando giro el volante bruscamente, evitando el socavón de la carretera. El peso del vehículo nos hace derrapar un poco, pero consigo estabilizarlo y seguir adelante.

Los silbidos y gritos de guerra de nuestros adversarios se nos clavan como cuchillos en la espalda. Entonces, el sonido metálico de balas chocando contra el metal de la desgastada carrocería, nos sobresalta. Nos están disparando.

—¡Agachaos! —alerto a mis compañeros.

E, piezo a conducir prácticamente tumbado sobre el asiento. Los gemelos les disparan de vuelta, sin descanso. Se agachan tras cada ráfaga, para protegerse y en ocasiones, solo dejan fuera la mano para seguir atacando.

—Elara, tienes que disparar. Apunta cuando estén un poco más cerca. —Ralentizo el ritmo.

Nos pisan los talones, casi puedo sentir su presencia detrás. La miro a los ojos.

—Puedes hacerlo ¿Me oyes? —Ella asiente sin pestañear y agarra el arma. Su mirada es pura determinación.

No se me pasa por la cabeza relegarla de esta tarea. Podría encomendársela a Corvin, está acostumbrado a pelear. Pero confío en ella. Sé que puede hacerlo. Le confiaría a ella mi vida, sin dudarlo.

Se pone de rodillas en su asiento y apuntando hacia ellos, comienza a disparar. Repite el proceso, dispara y se agacha. Los movimientos de Tim, Jake y Elara, se mueven al compás como en una melodía de muerte y oscuridad. Corvin está rezagado bajo el asiento delantero derecho. Cuando llega su momento, se pone de pie de un salto y con un fuerte impulso, aterriza sobre la carrocería del vehículo que está más cerca de nosotros.

—¡Corvin!i ¿Qué haces?! —El grito desgarrador de Elara me golpea los oídos.

El ruido de las balas se entremezcla con el de la hoja del cuchillo, blandiendo la carne. El coche justo detrás de nosotros se ralentiza y el vehículo de Prince lo adelanta sin miramientos. Colocándose en paralelo a nosotros. Nos ha alcanzado.

Entonces Pharrel también pierde velocidad. Se coloca justo delante de ellos cerrándoles el paso. Los tenemos acorralados.

—¡Elara dispara! ¡Ahora! —Entre lágrimas llenas de ira, Elara dispara al conductor del vehículo justo a su lado.

Sus gritos desgarradores y la fuerza que emana de su interior, convierten su cabello en puro fuego. Mi chica arde en llamas.

Hemos perdido de vista a Corvin y el vehículo que quedó rezagado. Es imposible, verlos con la nebulosa de polvo y tierra a nuestro alrededor. Tim y Jake saltan al vehículo de nuestra derecha. Sin titubeos y con varios tiros, se cargan a los tíos en el asiento trasero. El forcejeo, la neblina y la velocidad me impiden ver lo que está pasando al cien por cien.

Cuando el coche a nuestro lado comienza a dar volteretas en el aire, implosionando al aterrizar en el suelo, se me para el corazón.

—¡No! ¡Los chicos están ahí! —La voz de Elara, desgarrada, acelera aún más mi pulso.

Voy levantando el pie del acelerador y poco a poco, piso el freno. Antes de que el coche se detenga por completo, Elara ya ha saltado del vehículo.

—¡Elara! ¡Cuidado!

Mis palabras se quedan suspendidas en el aire y el tiempo se ralentiza cuando una explosión hace saltar todo por los aires. Elara

sale volando hacia atrás debido a la honda expansiva.

Me quedo paralizado con las manos aún pegadas al volante. Lo agarro con fuerza de forma que mis nudillos están completamente blancos. Veo todo a cámara lenta. Pharrel y Luke corren en su dirección, Tim y Jake salen arrastrándose de la parte de atrás del vehículo en llamas. Elara está tirada en el suelo, el rostro lleno de magulladuras.

—¡Elara! —El grito de Corvin me devuelve a la realidad.

Salgo disparado del vehículo y corro hacia ella. Me pitan los oídos y el fuerte mareo me sacude haciéndome tropezar.

Pharrel le sostiene la cabeza entre las manos. No lo pienso, lo aparto y coloco las mías en su lugar. De rodillas a su lado. “No, no, no”. Cuando Corvin llega hasta nosotros con el brazo sangrando y el rostro lleno de cortes y golpes, se queda parado a sus pies. Parece esculpido de mismísima piedra.

—Otra vez no... —Sus palabras van acompañadas de un gemido y se arrodilla para ponerse a su altura, en el suelo. No pasa desapercibido para mí cómo le agarra la mano. Esto siempre ha sido entre él y yo.

Pharrel nos trae un poco de agua y vuelve con los gemelos, a los que Luke ya está atendiendo. Deposito el cuello de la cantimplora en

los rojizos y agrietados labios de Elara.

Rezo a todos los dioses a los que un día deshonre, para que no se la lleven. “No ahora, no por favor”. El ardor en mi pecho crece más y más. El dolor se hace cada vez más evidente, asfixiante. Elara aún no abre los ojos.

Mi princesa, mi pelirroja, la única mujer a la que he amado “¿Cómo no he podido darme cuenta antes?” Me cuesta respirar y no me avergüenzo cuando las lágrimas brotan por mi rostro y me mojan la cara.

—No llores como si estuviera muerta —dice Corvin sin mirarme, con los dientes apretados.

Bajo mis manos y poso dos dedos en su cuello. Su pulso es cada vez más lento. La desesperación se apodera de mí y actúo sin pensar en nada más. Me la llevo a los brazos y noto la debilidad de su cuerpo. Con su rostro pegado al mío, empiezo a sollozar. Ahogando gritos desesperados.

Corvin le ha soltado la mano y hunde el rostro en las manos, ocultando su dolor. El resto de los chicos nos rodean. Tim cojea de una pierna, apoyándose en su hermano.

—Elara por favor... Por favor, no te vayas...—No me importa sonar ridículo. No me importa parecer un niño, en estos momentos. No

puedo dejar que se vaya. Ella no —. Elara, te quiero —digo muy pegado a su oído, para que nadie más pueda oirlo.

Noto como se estremece bajo mis brazos, soltando un pequeño quejido. Se remueve antes de abrir los ojos enrojecidos.

—Creí que nunca lo ibas a reconocer —suelta, con una sonrisa pícara.

La aprieto más contra mi y le doy un beso intenso en los labios.

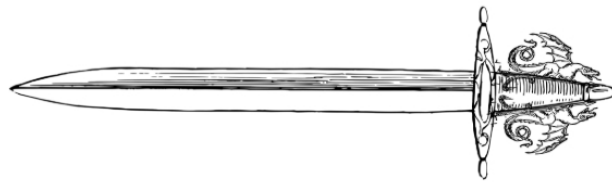
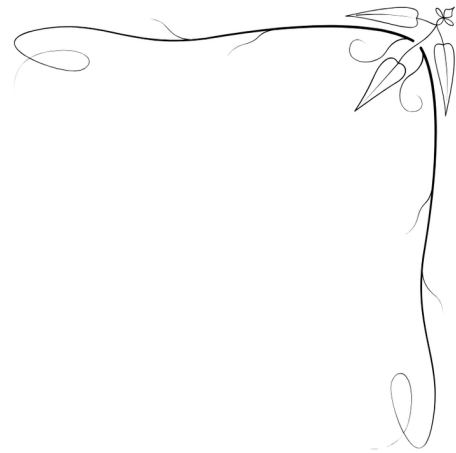
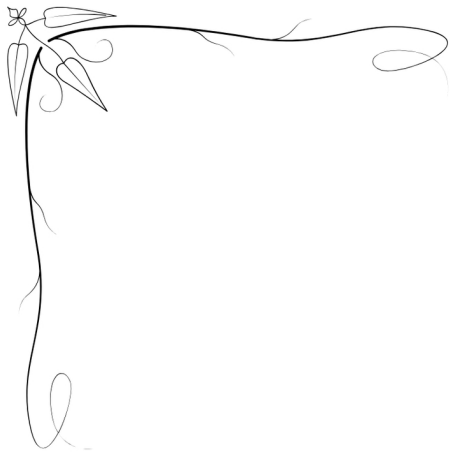
—¿Te encuentras bien? —Me aparto un poco para mirarla a la cara.

—Estoy un poco mareada. —Su voz sale aún débil de entre sus labios. Aspera, seca, pero viva.

Pharrel me aparta y se arrodilla para examinarle las heridas más de cerca.

Me pongo en pie aún con las rodillas temblando y el miedo se apodera de mí al ser consciente de los sentimientos que me han llevado hasta aquí. Si la princesa vuelve a casa se acabó. Otra perdida y esta vez, una que no sé si podré soportar.

Un sonoro golpe me distrae del hilo de mis pensamientos. Corvin se desploma con un impacto seco a pocos metros de mí.



Capítulo 31

Elara

Acomodamos a Corvin en el asiento de atrás y conducimos frenéticamente en busca de auxilio. Pharrel le ha hecho un torniquete con un trozo de tela de su capa. El brazo no paraba de sangrar por la herida de bala. Por suerte, solo le ha rozado la piel, pero no le ha atravesado. Le quedará una fea marca después de esto, pero Corvin no va a morir aquí.

Aún me duele la cabeza por el impacto de la caída. La explosión levantó mi cuerpo por los aires para luego dejarlo caer. Se me nubló la vista, me golpeé la cabeza y no recuerdo nada de lo que pasó después. Me duele todo el cuerpo y sigo sintiendo el calor de los brazos de Axel a mi alrededor, aunque ahora sus manos estén al volante. Después del momento que hemos vivido, después de escucharlo verbalizar que me quiere, la incertidumbre por lo que está por pasar, duele más si cabe. Mi cuerpo, mis entrañas, todo mi ser me piden que no me separe de él. Pero sigue ocultándose demasiadas cosas sobre su pasado y me da miedo enfrentarme a ello. No sé si puedo confiar en él al cien por cien. Sin embargo, no puedo evitar aferrarme a esa pizca de esperanza. Ese halo en la oscuridad, que alumbra un futuro para nosotros dos. "Me quiere" y al pensar en ello me remuevo en mi asiento.

Delante nuestra, Pharrel conduce su vehículo con los gemelos en el asiento de atrás. Parece que Tim se ha hecho daño en una pierna, pero tras una rápida inspección por parte de Pharrel, no tiene huesos rotos.

Luke le sujeta la cabeza a Corvin en el asiento de atrás. Nuestras miradas se cruzan a través del espejo y con sus ojos me transmite la serenidad que necesito.

El corazón me va a mil por hora mientras suplico a los dioses que Corvin salga de esta. No sé si conservo el derecho de pedirles algo, pero lo intento.

Nos movemos a bastante velocidad. Hemos dejado el desierto atrás y la polvareda ahora es más débil. Pasan algunas horas hasta que nos adentramos en un bosque de edificios abandonados. Axel para el coche y seguidamente, Pharrel hace lo mismo.

—Nos estamos quedando sin combustibles, si no paramos ahora nos quedaremos tirados en la carretera —informa Axel.

—Te ayudaré a fabricar más —añade Luke.

—¿Cómo lo hacéis? —pregunto, curiosa.

—Quemamos basura, todo lo que encontremos. Hace unos cuantos siglos los coches se movían con derivados del petróleo o incluso electricidad, pero hubo un gran apagón y la Tierra se quedó sin energía. —Asiento ante las explicaciones de Axel, sin comprender del todo algunos términos —. No es lo habitual tener coches como estos. Son unas antiguallas, la gente se buscó formas de hacerlos funcionar, para poder desplazarse. —Hace una pausa —. Aunque la mayoría se suben a una ciudad en movimiento y no se bajan jamás. —Sonríe de medio lado y yo asiento, agradeciendo la información —. No hay tiempo que perder —dice de pronto —. Llevad a los chicos

adentro. Elara, ayuda a Pharrel con los heridos. —Mirándome, me agarra la mano y deja un suave beso sobre los nudillos—. Vuelvo en un rato. —Su mirada se clava en mis pupilas y creo que suelto un suspiro.

Entramos en uno de los edificios y subimos las escaleras, con Corvin a cuestas. Jake ayuda a su hermano Tim y Pharrel y yo transportamos en volandas a Corvin. Llegamos a lo que, tiempo atrás, debió ser un despacho. Dejamos a Corvin sobre la mesa con cuidado y Pharrel corre hasta nuestra mochila a buscar el botiquín.

La última vez que estuvimos en un lugar así llegué a pensar que no lo contaría. El entumecimiento de mis músculos me impide moverme. Observo a Corvin que se remueve en sus sueño, el sudor frío le cae sobre la frente.

—Pharrel creo que tiene fiebre. —Asiente y al instante, saca un botecito de pastillas. Las deposita en su boca y con un poco de agua, lo obliga a tragar.

—Debería comer algo o el efecto de las pastillas puede hacerle más daño.

—¿Cómo conseguís los medicamentos? —pregunto. Él me sonríe y noto cierto halo de diversión en su mirada.

—Tenemos nuestros contactos... Llevamos años sobreviviendo por estos lares, siendo temidos por muchos, haciendo y deshaciendo a nuestro antojo. No nos amoldamos a las reglas Elara, nunca lo hemos hecho. Solo pensamos en sobrevivir. —Yo asiento, entendiendo que no quiera darme más explicaciones.

Las manos de Pharrel se mueven rápidas mientras desinfecta la herida y procede a coserla con una ágil destreza. Me pregunto si su antigua profesión tenía algo que ver con esto. Curar a la gente. Lo que me hace plantearme cómo llegó a estar en esta situación, vagando sin destino por una tierra inhóspita, sin recursos, sin un hogar fijo. Siempre a las expectativas de sobrevivir...

—¿Cómo se te da tan bien esto? —Sonríe.

—Siempre he sido el curandero del grupo —admite orgulloso—. Digamos que en otra vida, me dedicaba a mezclar elementos para crear antídotos, mejunjes y cosas así. Se me daba bien. —Entiendo que no quiere hablar del tema, así que lo dejo estar, aunque sus respuestas me dejan pensando—. Ahora dejémoslo descansar, para que se recupere.

La venda le sube por el hombro, cubriéndole hasta la clavícula y le baja por el brazo hasta el codo. Ha tenido suerte de que la bala solo le haya rozado. “Si le llega a pasar algo, yo...” Me duele pensar que Corvin no sea consciente de lo importante que es para mí. Aunque

mi corazón pertenezca a otra persona, el cariño que siento por él es tan grande, que ahora mismo preferiría estar yo en su lugar. Nunca había tenido un amigo. El aislamiento que sufrí durante años me impidió establecer ningún tipo de relación cercana con nadie y cuando Corvin apareció... No sólo me salvó de aquella celda, de mi cautiverio. Me dio un hombro en el que llorar, una oportunidad de ser escuchada. Apoyo incondicional sin esperar nada a cambio. Me dio su lealtad, su palabra... Y ahora siento que he sido tan egoísta con él, incapaz de darle ni una cuarta parte de lo que él me ha dado a mí. No sé qué pasará cuando volvamos a los Siete Reinos, pero lo que tengo claro es que Corvin debe estar conmigo. Lo quiero en mi vida.

Me acerco para darle un beso suave en la mejilla, la frente ya no le arde y me retiro para dejarlo descansar. El contacto de su piel bajo mis labios hace que me venga a la mente aquella noche. Esa noche en la que nos abandonamos al deseo, en la que solo existimos nosotros tres. Sigue resultándome atractivo, es un chico exageradamente guapo y no puedo negarlo, en algún momento he pensado en repetir lo que sucedió aquel día. Pero no sería justo, no para él, no para nosotros. Para nuestra amistad.

Pharrel está terminando de colocarle la venda a Tim y me siento al lado de ellos en el suelo. Ambos tienen el rostro ennegrecido, lleno de cortes y magulladuras, pero están bien. Sanos y salvos.

—Habéis tenido suerte. —Tim asiente, sin dejar de mirarme.

—Ahora solo puedo pensar en el hambre que tengo —dice Jake y yo suelto una carcajada.

—Desde que te conozco siempre tienes hambre. —Ambos reímos.

Apesar de su aspecto flacucho y esmirriado, Jake es el más glotón del grupo. Miro a los tres pensando en cuánto me dolerá despedirme de ellos. Ahora, más que la primera vez. Sabiendo que los dejo en este lugar, abandonados a su suerte. Sabiendo que tarde o temprano esa suerte puede cambiar y quizá su destino sea distinto al de hoy.

—Los chicos tardarán aún unas horas con el combustible —añade Pharrel —. Yo me quedaré con los heridos ¿Por qué no váis tú y Jake a buscar algo de comer? —Asiento, es lo menos que puedo hacer.

En silencio nos ponemos en marcha y empezamos a barrer la zona. Jake camina cabizbajo.

—He pasado mucho miedo hoy ¿sabes? —Los gemelos son los más jóvenes del grupo, pero sin duda, su entereza y madurez siempre ha sido admirable —. No miedo por mí, si no de perder a mi hermano. —Se me encoge el corazón al oírlo.

Él sigue sin mirarme, con la vista clavada en sus pies.

—Lo entiendo, yo también he sentido miedo —reconozco.

—Mi hermano y yo hemos estado solos desde antes de que pueda recordar. No recuerdo a mis padres en ningún momento de mi vida, no sabemos nada de ellos. —Una ola de desolación me sacude el alma.

—Sé lo que es... —Pienso en mi madre. En que lo único que sé de ella es gracias a mis visiones y no sé hasta que punto todo eso es real. Ahora mismo, dudo de todo. Le poso una mano en el hombro intentando reconfortarlo —. Lo siento.

—Pasamos nuestra infancia con algunas familias de acogida, la mayoría de ellos nos pegaban, nos obligaban a robar o nos prostituían... —Su voz se va apagando más y más con cada palabra —. Este mundo es muy oscuro, Elara. Tienes suerte de haberte criado en otro lugar.

Trago saliva fuertemente y la culpabilidad se me clava, como una punzada en el corazón. Sin poder imaginar los horrores que estos dos críos han debido de soportar.

—Cuando encontramos a Axel, fue algo así como nuestro salvador. Acabábamos de escapar de un señor que nos maltrataba. Preferíamos vivir en la calle que seguir trabajando para él. —Su mirada se pierde en los dolorosos recuerdos —. Desde entonces

hemos estado a sus servicio, pero no como sus subordinados. Somos como una familia. Axel nos dio lo que nunca habíamos tenido y nos enseñó a sobrevivir, no sabes cuanto le agradecemos eso. —Me abalanzo sobre él para abrazarlo y siento como sus hombros y su cuerpo entero se relajan con mi contacto.

—Os admiro muchísimo Jake, vuestra entereza después de todo lo que habéis pasado es asombrosa. Sé que os irá bien, sea dónde sea. Os lo merecéis. —Me separo un poco de él para sonreírle y me mira a los ojos. Es un poco más bajo que yo, así que mira hacia arriba.

—Os echaré de menos Elara, a Corvin también. —Sonríe —¿Crees que Axel también querrá volver? —Los ojos se le inundan un poco. “Hace días que me pregunto lo mismo”, quiero responder. Pero me quedo callada.

—Él jamás os dejaría. —Casi cruza la tierra entera para encontrarlos. No los va abandonar y soy consciente ahora, de una manera tan real y tangible que... Sé que lo nuestro es más imposible que nunca.

Caminamos un rato hasta llegar a lo que tiempo atrás debió ser una especie de tienda. Saqueamos lo poco que encontramos. Algunas latas de conservas y paquetes caducados hace años. Pero no hay otra cosa mejor. En el camino de vuelta, nos cruzamos con Axel y Luke que están llenando el depósito de los coches. Ambos tienen el rostro y las manos totalmente ennegrecidas.

—Jake sube a llevarles la comida —digo. El chico asiente y se pierde escaleras arriba.

Con las manos en los bolsillos me acerco a Axel. Él, tras colocar el tapón del depósito del vehículo, se limpia las manos en un trozo de tela lleno de mugre.

—Estás hecho un desastre. —Sonrío divertida y él me devuelve una mueca burlona.

—No te acerques mucho a mí. Ahora mismo soy extremadamente tóxico. —Y no sé si el comentario va con segundas intenciones.

—Debería decir que siempre lo has sido. —Bromeo.

Verlo sonreír me ilumina el alma un poquito entre tanta negrura. Quiero hablar con él, muchas cosas, pero tampoco quiero presionarlo y no sé si yo misma estoy preparada para hacerlo. Me regodeo un poco más en esta instantánea y fugaz tranquilidad.

—Os dejo un rato solos, tortolitos. —Luke se aleja entre risas, avanza con grandes zancadas hacia el edificio.

—Nuestra aventura está apunto de acabar —digo, en un intento vago de que me confíe sus intenciones o que se sincere un poco

más en cuanto a sus sentimientos. Sobre algo en lo que respecta a nosotros. No sé si todo eso importa ya.

—Sí... —Carraspea. Como si mis palabras le pillaran por sorpresa —. Creo que en un par de días, con estos trastos, habremos llegado al templo. —Da un golpe en la carrocería desgastada del vehículo, apartándome la mirada. Me acerco más.

—Axel... —Su nombre me deja un regusto amargo en el paladar. Aleteo las pestañas en busca de aliento, muy cerca de su cara. Tanto, que el olor a aceite me invade las fosas nasales —. Ya no sé si quiero volver —confieso y yo misma me sobresalto ante las palabras.

Acabo de verbalizar algo que era incapaz de admitir.

Me mira a los ojos que destellan inundándome con el verde cristalino de su mirada. Sé que estoy siendo tremendamente egoísta al decirle esto, al condicionarlo de esta forma. Pero es que, cuando lo miro, me siento como en un prado apacible, uno que no conozco, en el que nunca antes he estado. Embriagada por la calma que me produce haber soltado por fin lo que llevo pensando días, le sonrío ampliamente.

—Tienes que volver. Este lugar no es seguro para tí. —Con voz grave, su nuez se mueve arriba y abajo cuando traga saliva.

—¿Quién lo dice? Allí arriba nadie me quiere —admito, sin pensar en nada más.

Las palabras de Myrgala. "*Mi destino*". Todo deja de importarme ahora.

De nuevo me vuelvo impulsiva. Egoista.

—Eso no lo sabes —asegura. Tan seguro, que una pizca de curiosidad me nubla la mente.

—Pareces saberlo con certeza. —Sabe cosas, lo sé. Lo siento en cómo aparta la mirada de mí, como si no quisiera terminar de revelarme toda la información que posee.

—No te mereces esta vida. —Evade mi pregunta una vez más, pero todo se me olvida en el momento que entreabre la boca para pasarse la lengua por el labio inferior.

La cercanía con Axel hace que me olvide de todo cuanto nos rodea. Da un paso más, acercándose a mí. Su mirada me atrapa, como si sus ojos verdes fueran un refugio para el caos. Me dejo llevar, en una mezcla de adrenalina, miedo y deseo contenido. Y en este momento me daría igual estar en el mismísimo infierno, solo quiero

perderme en su boca. Me abalanzo sobre él para devorarlo sin contemplaciones. Me da igual la suciedad, la mugre, el sudor y la sangre seca pegada a nuestros cuerpos. Solo puedo pensar en el deseo que me invade, que me atormenta desde aquella noche que por primera vez me tocó, me hizo suya. Sus manos ávidas de deseo, me recorren el cuerpo atrayéndome más hacia él. Más cerca. Nos besamos con desesperación, su lengua devora mi boca, alimentándose de mí, de nosotros. La humedad va siendo más latente en mí, lo deseo tanto que podría hacérselo aquí mismo, sobre el coche.

—Deberíamos parar.

—No quiero parar —confieso y de un empujón, lo hago entrar en el vehículo. Sin parar de besarlo.

Axel se acomoda en el asiento de atrás y yo me coloco encima de él. Con tanta entrega, con tanta impaciencia, que solo pienso en su carne hundiéndose en mí, una y otra vez. Con fuerza, con rudeza, con entrega. Me recorre con las manos, colocando una de ellas en mi trasero, la cual utiliza para pegarme más a él. Noto su dureza entre mis piernas y casi me deshago ahí mismo.

—Nos van a ver —dice en un susurro. Yo dirijo la mirada a las ventanas rotas del edificio frente a nosotros.

—Pues vayamos a un sitio más privado —digo con la respiración entrecortada.

Nada más me importa y si este es el tiempo que tenemos, no pienso desaprovecharlo. Sin pensarlo mucho y con un rápido movimiento, Axel se coloca en el asiento delantero para conducir y yo me siento a su lado. No me quita la mano de los muslos. Esa mano fuerte y firme sobre mí, me hace apretar los muslos, buscando algo de alivio en esa fricción. Una forma inútil de saciar mi deseo.

Conduce unos metros hasta un lugar algo más oscuro. La noche ha caído mientras nos besábamos, sin que ni siquiera fuéramos conscientes. La luna en lo alto del cielo, tan lejos desde este lugar, que me recuerda una vez más la fugacidad de este momento. Porque pronto se hará de día y ya no quedará nada más... Por mucho que mis sentimientos me cieguen, todo esto no es más que una ilusión. Mi lugar está ahí arriba. Mi castigo siempre será haberlo perdido.

—Está tan bonita como tú —dice mirando el brillante satélite y después a mí. Devolviéndome al momento presente, mientras me agarra de la barbilla —¿Sabes? Sus cráteres me recuerdan a tus pecas. —Sonrío.

Con un rápido movimiento se coloca en el asiento de atrás de nuevo y me tiende una mano, para ayudarme a acomodarme a su lado.

—¿Por dónde íbamos? —inquire con voz grave, dejando besos suaves en mi cuello. Rápidos y exigentes.

Como el coche es descapotable, empiezo a sentir el frío de la noche en mi piel. Axel lo nota, se quita la capa y me cubre con ella. Después, sigue desnudándose. Solo iluminado por la luna y las estrellas, me muestra su reluciente miembro. Ahogo un gemido en mi garganta al recordar la sensación de tenerlo en mi interior.

—¿Quieres probar? —Asiento, sin habla. Sin aliento.

Me dirijo a él y con las manos, acaricio su suavidad. No sé bien lo que estoy haciendo, acerco su miembro a mi boca y comienzo a dar besos suaves que lo hacen estremecerse. Los besos se convierten en lametones, de la cabeza hasta abajo y otra vez hasta la punta. Noto mi humedad deseando ser liberada y presa del deseo, lo introduzco en mi boca. Una, dos, tres estocadas. Empiezo a mover la cabeza a gran velocidad. Sus gemidos me inundan los oídos y su excitación me acelera y me calienta cada vez más. Paro, la saco de mi boca y lo miro a los ojos. El deseo chisporrotea como llamas en sus ojos verdes y entonces, me recuesto en el sillón, esperando ser complacida.

Axel vuelve a besarme impávido y se recuesta sobre mí. Una mano rápida se escapa por dentro de mi pantalón, hasta llegar al foco de mi humedad. En círculos, comienza a acariciar el punto más

profundo de mi placer. Arqueo la espalda por el contacto, presa de la excitación. Quiero más, necesito más.

—No sabes cuanto deseaba tenerte solo para mí. —Vuelve a devorarme el cuello.

Mi mente repara en Corvin, en lo que hicimos los tres aquella noche. Pero no se compara a esto, a todo lo que estoy sintiendo ahora. Disfruté, sí. Pero lo que Axel me hizo sentir hoy y aquel día, esa extraña y mágica conexión, supone más. Mucho más. De lo que podría ni siquiera soñar.

Con su cuerpo pegado al mío, comienza a desnudarme, dejando solo la capa a mi alrededor. Su cuerpo calienta el mío y mantiene su miembro sobre mí, amenazando con entrar. Estoy excitada e impaciente a más no poder.

—Por favor... —suplico con voz lastimera —Hazlo ya. —Él sonríe con malicia.

Eso le excita y se le iluminan los ojos ansiosos.

Me devora los pechos, jugando con mis pezones, pellizcandolos con los dientes. Se me eriza la piel y muevo las caderas para hacer más intensa la fricción contra su cuerpo. Cuando me agarra y comienza a introducirse en mí, lentamente, no puedo evitar soltar un sonoro

gemido que consigue envolvernos. Una ola de placer se acomoda en mi cuerpo mientras me acostumbro al tamaño.

Y comienza a hacérmelo, a introducirse en mí, entrando y saliendo, más y más. Una y otra vez, llevándome a la locura. Lo necesito más adentro. Presa del placer, lo aparto de mí y lo obligo a sentarse en el sillón, luego me coloco a horcajadas sobre él y ahora soy yo la que toma las riendas.

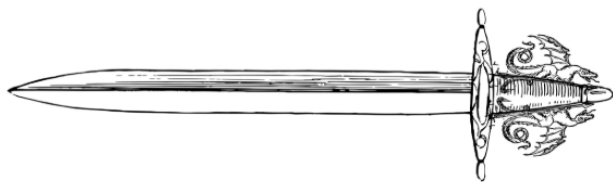
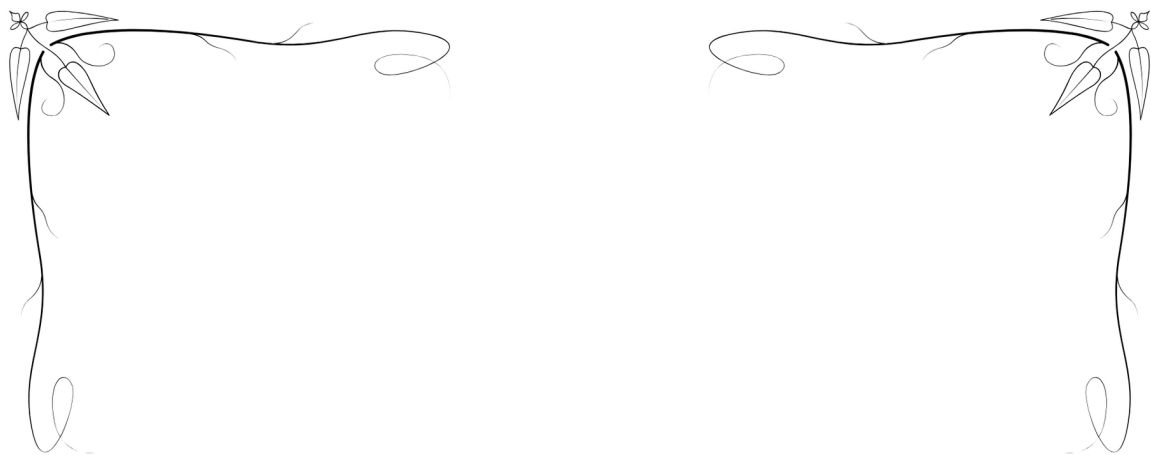
La capa ha caído a nuestro alrededor, pero no me importa, ya no siento frío. Me muevo por puro instinto, por puro anhelo. Comienzo a botar sobre él. Mis caderas se mueven a un ritmo vertiginoso que no soy capaz de controlar. Sus dedos se acomodan entre nosotros para acariciarme mi punto más sensible. Ese punto de electricidad es lo que necesitaba para hacerme estallar en mil pedazos.

—¡Axel! —grito su nombre y me pitan los oídos, cuando, tras el orgasmo, todo mi cuerpo se relaja.

No tarda mucho más. Segundos después, sale de mí y se derrama sobre nosotros. Mojándome el vientre y los muslos. Sudorosos y agotados pego la frente a la de él. Un delicado beso convierte el momento en algo aún más íntimo, más especial.

—Elara...Yo... —Una confesión. Unas palabras se quedan suspendidas en el aire.

—Yo también. —Es todo lo que puedo decir.



Capítulo 32

Elara

A la mañana siguiente, la realidad me golpea como si fuese un saco viejo. El recuerdo de la noche anterior aún arde en mi cuerpo, como si sus manos continuaran acariciando cada centímetro de mi piel. Un encuentro para nada planeado, en el que nuestros cuerpos se dejaron llevar por las ansias y el deseo. Un deseo, que se fue apaciguando con algo más. El calor en el pecho me quema y me doy

cuenta de que mis sentimientos por él son cada vez más fuertes, más intensos. Más difíciles de ignorar.

Sus palabras suspendidas en el aire, no dejan de revolotear por mi cabeza “¿Quería decir que me quería, como ya había hecho en aquel momento, cuando pensó que me había perdido? ¿Quería decirme que me echaría de menos? ¿Quería pedirme que me quedara?”

Una despedida, que quizá no tuvo valor de pronunciar. Aún nada está claro y las dudas pesan demasiado sobre mis hombros. La conversación que no nos atrevimos a tener, por miedo a perder lo que teníamos. El ahora. Ese instante en el que solo eramos nosotros dos, sin secretos ni mentiras a la espalda. Solo Elara y Axel.

De vuelta al edificio donde se encontraban los chicos, fuimos sin hablar. Cuando llegamos, todos estaban dormidos. Todos, excepto Corvin. Me alegró verlo despierto, sin embargo, cuando me acerqué para comprobar cómo se encontraba, se giró sobre la mesa dándome la espalda. Nos había visto volver juntos. En plena noche y estaba dolido.

Si tengo que volver a casa con él, no quiero que lo hagamos peleados. El eco de una conversación pendiente me quema en la garganta. Necesito decirle tantas cosas, explicarle tanto. Lo último que quiero es hacerle daño y sin duda, lo estoy haciendo de la peor manera, con el silencio.

Dos días en la carretera. Dos días más de hambre, sed y silencio. Al principio el trayecto fue tranquilo, aunque algo en el pecho continuaba pesándome, como una losa.

El sonido de las ruedas sobre el desgastado asfalto, el crujir de la carrocería atravesando el aire, nos envuelve con una monotonía hipnótica. Terriblemente lenta.

El tiempo parece detenerse, el viento pesado en la cara me impide mantener la vista constantemente en el camino. El sol sigue ardiendo en lo alto, incesante. Sin descanso.

A pesar de la aparente calma que rodea nuestro silencio, la tensión flota en el ambiente, recordándonos que nos dirigimos a un punto de no retorno. El fin de todo. El principio de nuestra nueva vida.

Corvin decide acompañar a Pharrel y Luke en su vehículo. Yo acompaño a Axel en el asiento delantero, con Tim y Jake en los asientos traseros. Tener a los chicos cerca me ayuda a distraerme de la rutina y el aburrimiento, con sus canciones y habituales juegos.

Intento distraerme observando el paisaje, cuando este poco a poco, empieza a ser menos angosto. Dejamos atrás el desierto y nos internamos en una zona húmeda, rodeada de árboles y vegetación. Aquí el aire huele a musgo y se puede sentir el clima fresco en el rostro.

La primera noche en la carretera está a punto de caer. Hacemos una parada junto a un arroyo. Luke y los demás se acercan al agua para refrescarse. Corvin no me dirige la palabra. Mantiene conmigo una distancia prudente y una expresión endurecida como si se sintiera traicionado.

No me atrevo a hablar con él, a pesar de que nuestras miradas se cruzan de vez en cuando, mantenemos un duelo silenciosamente agotador.

Intento mantener las distancias también con Axel, lo último que quiero es que todo salte por los aires. Estoy exhausta y solo puedo pensar en que todo acabará pronto. Fuera como fuese, todo acabaría pronto.

Axel revisa el mapa, agarrando el libro por el lomo desgastado, su dedo anular pasea por la superficie de hojas amarillentas. Me acerco entonces curiosa.

—¿Falta mucho para llegar?

Aprovecho que Corvin se ha echado un rato para acercarme a él y me recuesto en el hombro de quien roba la mayor parte de mis pensamientos. Me siento al instante terriblemente culpable.

No paro de pensar en que, pase lo que pase, finalmente perderé a las dos personas más importantes para mí. Ya no hay vuelta atrás.

Axel gira su rostro para mirarme, su perfil iluminado por los últimos rayos de sol.

—Otra noche más. Por la mañana deberíamos llegar al templo. —
Asiento sin fuerzas para esbozar ni una palabra de despedida. Aún no.

Su mirada se encuentra perdida entre la maleza.

Las palabras siguen revoloteando a nuestro alrededor sin llegar a verbalizarse. El amargo sabor de la despedida me arde en el paladar. No hay más que silencio durante unas horas. La noche nos envuelve con su manto. Imparable.

Pharrel sugiere que acampemos junto al camino para retomar la marcha cuanto antes, nada más amanezca. Encendemos una hoguera, manteniendo la guardia alta. Intentamos resguardarnos lo suficiente para evitar ser vistos. La mañana llega pronto y el rocío fresco me moja la cara.

La segunda jornada transcurre de nuevo sin sobresaltos. La montaña se vislumbra ahora suave en el horizonte. A medida que nos acercamos, el nudo en mi estómago me aprieta más y más. El final está cerca.

De nuevo llega la noche. Acampamos en un hermoso claro, donde las enredaderas suben por los árboles y el suelo nos cubre de hierba hasta las rodillas. El paisaje ha cambiado tanto que da la sensación de estar en otro lugar. El aroma es más fresco y puro aquí, incluso el calor del día, parece diluirse entre las ramas de los árboles y la maleza ligera.

Nos arremolinamos alrededor de la hoguera y las voces de los chicos se entremezclan con el crepitar de las llamas. Pharrel cuenta una historia de brujas y dragones. Corvin ríe, con su sonrisa apagada. Axel mantiene la vista clavada en el fuego.

—Deberías ir a dormir —digo, observando las ojeras pronunciadas que le enmarcan los ojos verdes y el rostro afilado a la luz de la lumbre.

No hemos probado bocado en días, al menos el agua no nos ha faltado. Pero el cansancio es evidente y terriblemente exasperante.

—Podría decirte lo mismo —concluye.

No respondo, estoy demasiado agotada y la mente no para de darme vueltas. Me recuesto a su lado mientras observo el cielo nocturno. Las estrellas, ya tan cercanas, son mi abrigo esta noche.

El tercer día, conducimos hasta la base de la montaña. El paisaje ha cambiado casi por completo. Los árboles se han vuelto más altos, los

senderos más estrechos y pronunciados. El sol se filtra a duras penas entre los árboles y la humedad hace el calor tan asfixiante, que las perlas de sudor corren por mi rostro sin descanso.

El templo comienza a vislumbrarse en lo alto de la montaña. A partir de ahora, debemos subir a pie. Bajamos de los coches, con los ojos clavados en la cima de aquella cumbre.

Antes de esto, nunca había salido de Armaria, de las murallas del castillo. Ahora los viajes se han vuelto algo recurrente en mi día a día. Mi curiosidad y deseo de conocer han crecido. Si tengo alguna certeza, ahora mismo, es que no quiero quedarme atrapada siempre en un mismo lugar. Viajar entre los reinos no está prohibido, pero no es lo habitual, solo los comerciantes o los reyes suelen tener ese privilegio. Si vuelvo, “cuando vuelva”, me corrijo. No quiero perderme nada. Quiero descubrir por entero cada uno de los Siete Reinos que conforman nuestro mundo. Me siento deseosa de conocerlo todo. No quiero volver a sentirme encerrada, atrapada, como en aquella mohosa celda.

Al pie de la montaña, unas escaleras de mármol conducen al templo. Con una cantidad de escalones incontables, que dejan exhausto solo con mirarlas. En lo alto, el templo se yergue como un palacio de piedra ennegrecida. Un mármol oscuro, lleno de vetas doradas que confieren a la estampa un halo aterrador. Una indescriptible

sensación de tranquilidad me invade cuando pongo un pie en el primer escalón, como si llevara toda la vida esperando para estar aquí, en mi hogar.

Tim no se encuentra en condiciones de subir la montaña, todos lo sabemos. Continúa teniendo el pie hinchado, según Pharrel se trata de un esguince. Nos despedimos de los gemelos abajo. Todos dejamos escapar algún sollozo, siendo conscientes de que muchos de nosotros no nos volveremos a ver jamás.

—Es el final del camino para algunos —anuncia Axel, mirando a los hermanos.

Hago un esfuerzo por contener las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Los ojos de Tim están vidriosos y su rostro algo pálido. Me mira, esperando la despedida.

—Supongo que aquí es dónde nos despedimos —dice Jake rasgando el silencio.

Soy incapaz de mirarlos, a ninguno de ellos. Nos fundimos en abrazos silenciosos y esta vez no hay lágrimas desesperadas, solo vacío. Me giro para comenzar el ascenso, con la certeza de que nunca más volveré a pisar esta Tierra. Cuando ponga un pie en ese templo, un pedazo de mi historia se quedará aquí para siempre. Mi destino me aguarda.

Los primeros tramos resultan sencillos, la escalera se alza rodeando aquella montaña, que cada vez, va siendo más y más empinada. La falta de oxígeno por la altura hace que me ardan los pulmones.

—¡Y luego habrá que bajar! —se queja Luke.

—Bajar siempre es más fácil —apunta Pharrel con voz serena.

A medida que ascendemos, la inclinación es cada vez más cruel. Como si esto se tratara de una prueba más de los dioses, para atestiguar la valía de aquellos que se atreven a desafiar sus decisiones. Mis piernas parecen de plomo, con cada pasao, son más y más pesadas. “Sube la montaña”, me repito. “Sube la montaña”. Una y otra vez. Sin descanso. No puedo rendirme, no ahora que el final está tan cerca. Mi destino, la verdad sobre mi pasado. Todo lo que me aguarda detrás de aquellos muros.

Luke se tambalea en uno de los peldaños y Pharrel lo agarra evitando una desastrosa caída. Tardamos horas en llegar a la cima. Axel a la cabeza, apenas muestra signos de cansancio. Se mantiene siempre fuerte, siempre adelante. Nunca he conocido a nadie tan tenaz.

Pone un pie en el suelo de baldosas doradas sobre las que se yergue el templo y me tiende una mano para ayudarme a subir aquel último escalón. Sus dedos están helados.

El viento aquí arriba hace el ambiente gélido. Siento las pestañas rígidas, congeladas. El paraje es amargo, las vistas desde aquí hacen de la Tierra un lugar aún más desolado, mustio y sin vida. La selva que hemos atravesado no son más que retazos que salpican la llanura. Pero al final del horizonte, más hacia el sur de dónde nos encontramos, como en una línea casi imperceptible, la selva asoma como un remanso de vida. Como un sueño entre tanta desolación.

Cuando pongo el último pie arriba, miro hacia atrás para asegurarme de que hemos llegado todos bien. Permanecemos en silencio, pero si hubiéramos querido comunicarnos, el sonido del viento no nos lo habría impedido.

—¿Tienes miedo? —le digo a Corvin, son las primeras palabras que cruzamos en días. Mantengo la vista clavada en el edificio pétreo que se dibuja ante nosotros.

—Sí. —Mi pregunta parece pillarle por sorpresa, pero no titubea al responder. Me mira a los ojos ahora y una leve sonrisa se dibuja en su rostro cubierto de mugre y suciedad —. Me preocuparía más si no lo tuviera.

Asiento y respiro hondo mientras los sentimientos siguen pesándome en el pecho. Cuando vuelvo la vista al frente, tres encapuchados se personan frente a nosotros. Sus túnicas negras les cubren hasta los

pies, lo que da la sensación de que estén flotando. “Porque es solo una sensación ¿verdad?”

Me estremezco al recordar las similitudes con aquellas moiras. El día de mi muerte. Axel me agarra la mano izquierda instintivamente, no sé si presa de su propio miedo o porque nota lo asustada que estoy. El corazón me late a mil por hora cuando los encapuchados se acercan más a nosotros.

—Solo los caídos pueden pasar —“¿Los caídos?¿Es así como nos llaman?”

Mi mente divaga sin remedio.

Nos miramos los unos a los otros. Corvin se coloca a mi derecha y Axel y él se miran. Desafiantes, manteniendo el silencio. Pharrel justo detrás mío, Luke da un paso hacia atrás.

—Luke —lo llamo, él solo asiente.

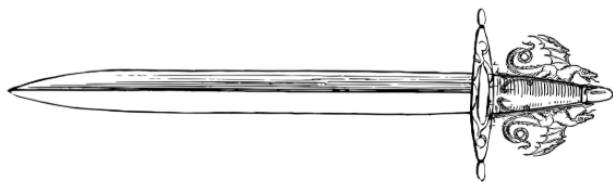
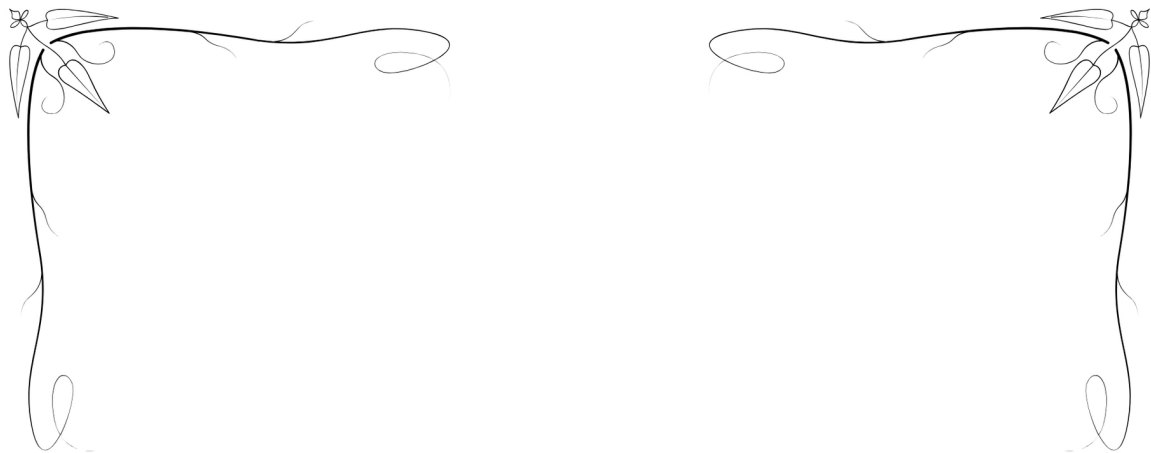
—Todo irá bien —dice con la voz rota.

Luego miro a Pharrel, que no parece inmutarse por nuestra inminente despedida. Una sonrisa se esboza en su cara. Entonces todo cobra sentido de una forma brutal. El libro, su halo misterioso, su apariencia divina... “En otra vida...” Dijo la otra noche. Todas las piezas encajan en este preciso instante.

—Pharrel... ¿Tú? —Él se limita a asentir. Gesto que repite Axel cuando dirijo la mirada a él. Ya lo sabía.

La sensación es de sorpresa y a la vez no. Como si en el fondo siempre hubiera sabido que Pharrel no podía pertenecer a este mundo.

Nos damos las manos en el momento que las descomunales puertas de marmol y onix se abren. Los tres encapuchados se pierden en el interior y nosotros tras ellos. Ha llegado la hora, de conocer mi destino.



Capítulo 33

Elara

El interior del templo es aún más estremecedor. La estancia, tan amplia que siento reverberar mi respiración. Un lugar que sin duda no pertenece a esta tierra. Un lugar más parecido a lo que siempre había conocido, a los Siete Reinos. Pero con un aire de oscuridad y melancolía que nada tiene que ver con Armaria... Si no más bien, con Niebla.

Las paredes están recubiertas de marmol y onix. Las vetas doradas corren por cada uno de los azulejos como si lloviera oro. Las columnas cilíndricas, tan altas como los árboles de mi reino y en su copa, capiteles de estilo corintio, ricamente decorados. Sin embargo, si fijo mi atención en aquellos motivos decorativos, todo es siniestro. Desde los temas vegetales, demasiado puntiagudos, hasta las monstruosas caretas que los recubren. Figuras diabólicas, aladas, que me miran con unos ojos salpicados de rubíes.

Sin ventanas que dejen pasar la luz del sol. La penumbra, tenuemente alumbrada por lámparas de aceite y altos candelabros. Las velas alumbran las paredes y algunas cuelgan del techo. Las observo preguntándome si en realidad están flotando. Todo es tan mágico y sobrecogedor, que es imposible que este lugar se encuentre en medio de esta tierra desolada. Manchada por la desesperación humana y la escasez.

Continúo apretándoles las manos, a Corvin a mi derecha y a Axel a mi izquierda. Soy consciente de la fuerza que estoy ejerciendo, cuando Corvin se remueve un poco. El sudor que produce nuestro contacto me hace aflojar la tensión. Lo miro. Sé que está pensando lo mismo que yo. Esto es lo más parecido que ha visto a nuestra casa en días. Los ojos le brillan a la luz de las velas y creo que los míos chisporrotean también al ritmo de la danza de las llamas. Axel, sin embargo, se mantiene sereno, demasiado. Como si este entorno

fuera demasiado familiar para él. La incertidumbre de lo que está a punto de pasar me golpea. Pharrel sigue nuestros pasos muy de cerca, pero es tan sigiloso, que apenas si noto su presencia.

La figura encapuchada camina hacia el centro mismo del templo. Nosotros, lo seguimos instintivamente, aunque no nos haya dado ningún tipo de indicación. Miro a ambos lados y puedo percatarme de la presencia de más figuras. Nos rodean. Estas salen de detrás de las columnas, como si se despegaran de las paredes. Todos encapuchados. Todos con un halo siniestro que los envuelve. Unos rostros ocultos que nos impiden personificarlos, saber si se tratan de hombres o mujeres, ancianos o jóvenes...

El final del templo es abovedado, como las iglesias Renacentistas que tantas veces vi en mis libros. En la cabecera, una escultura colosal del dios Erebus, "El dios de la muerte". El dios creador del Reino de Niebla. Frente a él, dando la espalda al resto del templo, tres sillones. Tronos, cuyo tamaño es ridículo al lado de aquella monumental estatua de piedra y bronce. El Dios sostiene en su mano derecha una manzana, en la izquierda, un bastón en forma de segadora, que se apoya en el suelo. El rostro ensombrecido, la cabeza encapuchada. La imagen es a la par aterradora y amenazante.

Cuando llegamos al altar, me percaté de que en vez de una mesa, hay un pozo. Un pozo que parece estar vacío. Me estremezco al recordar la última vez que vi algo así. El día de mi muerte, el día que vine a parar aquí.

La figura se gira para mirarnos y en ese momento, se descubre la cara. Apartándose la capucha que ahora reposa sobre su espalda, un tanto encorvada. El resto de figuras a nuestro alrededor repiten el procedimiento. Me sorprende que al menos, en apariencia, lucen como seres humanos, completamente normales. Hombres y mujeres, jóvenes y algunos ancianos, pero sin duda, rostros que podría haber visto en cualquier otro lugar.

La que se encuentra frente a nosotros es una mujer anciana. Su rostro arrugado como un pergamino. Sus ojos, de un azul cristalino y el pelo de un blanco brillante. Tan blanco, que sus cejas han desaparecido con el paso del tiempo. Lo que le confiere un aspecto aún más pálido a su rostro.

—Os estábamos esperando.

Instintivamente, suelto las manos de ambos chicos a mi lado.

No sé por qué lo hago. La voz de aquella siniestra mujer me sobresalta, sacudiéndome de arriba a abajo.

—Empezaremos la ceremonia con una adoración a nuestro Dios — dice entonces, agachando la cabeza.

—¿Ceremonia? —La voz de Axel es tan vaga, que lo miro para comprobar que se encuentra bien. La señora no responde a su pregunta.

Nos conduce hasta la cabecera de la iglesia y nos indica que nos arrodillemos frente a la colosal escultura pétrea. Lo hacemos sin rechistar, Axel es quien se muestra más reticente. Lo miro, intentando indicarle con la mirada que se esté calmado. No sé si lo consigo.

Aún no sabemos quien son esta gente y si realmente son capaces de hacernos volver a casa o se tratan de simples devotos. Me pregunto hasta qué punto su fanatismo podría tener que ver con sacrificios o algo por el estilo. Hasta qué punto estamos a salvo ahora mismo. Lo mejor es seguirles la corriente y obedecer.

Desde el fondo de la sala, un cántico comienza a sonar y algún tipo de instrumento, un órgano quizá, retumba en las paredes. La anciana se sienta en el trono, justo en frente de la estatua. Las otras dos sillas también se llenan. A la izquierda una muchacha joven, no mucho mayor que yo. Es guapa, su rostro pálido queda enmarcado por su oscura y brillante melena. Parece que su piel lleva siglos sin ver la luz del sol. A la derecha, un hombre, con el rostro ya maduro,

unos cuarenta años a lo sumo. Sus rasgos son afilados y parece estar esculpido por el mismo artífice que esculpió al dios.

El cántico va en aumento y los demás se van acercando, arrodillándose a nuestro lado. El eco hace que la melodía infernal, resuene una y otra vez, hasta el infinito. El sonido es grave y las palabras, indescifrables para mí. Parecen pertenecer a una lengua antigua, desconocida. Me doy cuenta de que estoy temblando cuando Axel posa una mano en mi rodilla, buscando tranquilizarme. Le rozo la mano antes de volver de nuevo la vista a la anciana. Sus ojos han perdido aquel bonito color azul, ahora son blancos por completo. Mientras ella, con la boca abierta y el rostro desencajado sigue pronunciando esas palabras como un conjuro infernal.

—*Mortis Dei...* —"Dios de la muerte".

De pronto, como si mis oídos se agudizaran, empiezo a comprender esas palabras, pronunciadas en un idioma obsoleto.

—*Ex tenebris surge...* —"Levántate desde las sombras" —. *Atrium aeternitatis aperi.* —"Abre el portal de la eternidad".

Mi cabeza no es capaz aún de procesar lo que escucho y cuando me doy cuenta, siento que mis ojos se han ido iluminando. Corvin me mira con el rostro desencajado por el miedo.

—Tienes los ojos blancos —susurra. Yo sigo viendo con total normalidad. Quizá con mayor claridad que antes.

—*Vos umbrarum tuam potestatem invocat...* —"La voz de las sombras invoca tu poder", continúan las voces.

Todo está cubierto por una resplandeciente luz celestial, que me impide distinguir a mis amigos, a las personas a mi alrededor. La luz lo invade todo.

—*Nos sumus instrumenta tua...* —"Somos tus instrumentos" —. *Accipe vitam et dona noctem aeternam.* —"Toma esta vida y otorga la noche eterna".

Cualquier ápice de luz se apaga. Todo se vuelve oscuridad y el tiempo se convierte en aturdimiento. Una nebulosa incesante que me impide pensar o razonar, ser del todo consciente de lo que está ocurriendo. Como aquella sensación embriagadora del whisky, pero triplicada, multiplicada por mil.

Cuando la consciencia vuelve a mí, estamos los cuatro alrededor de aquel pozo siniestro. Corvin, Pharrel, Axel y yo, en ese orden. Llevo puesta una túnica de color blanco, no se en qué momento me la han colocado, o si he sido yo la que lo ha hecho. Todo rastro de mis anteriores vestiduras ha desaparecido. Me siento limpia, de suciedad, tanto por fuera como por dentro. Como si me hubiera

llevado horas sumergida en una enorme bañera, mi piel está ahora suave y reluce delicada.

Pharrel lleva puesta una túnica oscura y su aspecto también se ve ahora mucho más limpio. Sin embargo, tanto Axel como Corvin conservan el mismo aspecto que justo antes de entrar al templo. Ambos me miran fijamente, con las cejas enarcadas. Soy incapaz de entender lo que está pasando.

—Ha llegado la hora... —La voz de la anciana suena a ultratumba.

El pozo empieza a llenarse, con un líquido negro y espeso, girando sin parar, en espiral. La muerte, mi muerte, al igual que el "renacimiento", debe ser así. Para volver, debemos adentrarnos en ese pozo. Entonces lo entiendo.

—El destino de los Siete Reinos dependen de tí. Solo tú puedes devolverles la paz y la gloria perdidas. —Algo se me encoge en el pecho ante las palabras de la anciana. Cada sílaba retumba en mi cabeza con rotundidad.

—¿Yo? —pregunto, absorta —No sé qué debo hacer.

—Lo sabrás —responde ella —. Debes elegir.

—¿Elegir? —La miro sin comprender a qué se refiere "Qué debo elegir ¿Irme o quedarme?"

—Sabrás cuál es la elección correcta. Mira dentro de tí. —“Mira dentro de tí”

Pharrel irrumpe el hilo de mis pensamientos, cuando se desnuda dejando caer la túnica alrededor de su cuerpo, con los ojos blancos. Iluminando aquella penumbra, se introduce en el pozo. Absorto, conducido por una fuerza superior que lo empuja. No puedo creer lo que estoy viendo. Permanezco inmóvil, hasta que su cuerpo desaparece bajo aquella agua negra por completo. Me remuevo ansiosa y los ojos de Axel se cruzaron con los míos, aprieta la mandíbula, pero su rostro parece sereno. Asiente con la cabeza como para indicarme que todo está bien. Yo sigo sin comprender del todo lo que está pasando. Miro a Corvin que me devuelve una mirada con la misma inquietud, terriblemente aturdido.

Miro dentro de mí, cierro los ojos y busco las respuestas que aquella mujer me ha pedido. Miro en mi interior, tan adentro, que encuentro una pequeña pizca de luz que salpica mi pecho. La agarro con las manos de forma imaginaria y con la mente, la conduzco hasta mi cabeza. Hasta mi frente. Siento como esta se transforma en un ojo, idéntico a cualquiera de los míos. Este ojo se articula, se mueve y pestañea. Se abre de par en par. En ese momento lo veo todo con claridad.

El poder dormido vuelve a mis venas. La clarividencia se abre paso en mi mente, en mis ojos. Las lágrimas corren por mi rostro.

Y lo veo. Veo el trono de Niebla vacío. Veo una batalla campal. Veo sangre derramada y muerte. Y entre la multitud, la niebla y la oscuridad, lo veo. Veo a Axel junto a mí, con una armadura oscura que le recubre el pecho. Su cuerpo se mueve entre las sombras, el corazón me late en los oídos. Su mirada está encendida en medio del caos de la destructiva batalla. Luego su beso... *Urgente*, como si el mundo se resquebrajara a nuestro alrededor. Puedo sentirlo, tan vívido, tan real, que me estremece. Creo que mi mente me falla cuando la veo a ella. Su cabello rojizo se mueve como un faro en la oscuridad. Hermosa, una diosa eterna. Mi madre. Está cubierta de llamas, el fuego ardiente sale de ella y no parece afectarle. Su imagen me llena de un amor y un anhelo que duele y de repente... Regreso.

Abro los ojos para encontrarme con los de Corvin, aturridos. Me observa con desesperación, y en ellos siento su preocupación.

—¿Estás bien? ¿Qué has visto? —Aún perturbada, no sé qué responder.

Axel continúa observándome un poco distanciado. La seguridad de su mirada me hace sentir serena de pronto, como nunca en mucho tiempo.

—¿Y bien?¿Qué eliges? —inquire de nuevo la anciana —¿Vas a luchar por salvar nuestros reinos o vas a abandonarnos a la destrucción? —Sin entender aún del todo aquellas palabras, trago saliva. Me palpitan las sienes.

Cómo yo, alguien que siempre se había mantenido tan insignificante, ahora podría ser una pieza crucial para nuestra salvación. Mi respiración agitada se ralentiza y aunque continuó temblando, por un momento lo tengo claro. Si tengo que elegir, por supuesto, elijo luchar.

—Elijo luchar. —Mi voz suena rotunda y sin titubeos. Rasga el silencio.

Me tiemblan las manos. El suelo comienza a temblar bajo nuestros pies.

—Entra en el pozo —me indica. Mis pies se mueven solos.

Ahora Axel también lleva una túnica, no sé en qué momento ha ocurrido. Tiene aspecto limpio como yo y sus heridas y rasguños se han curado. Miro a Corvin, que no parece haber cambiado. En ese momento lo entiendo todo.

—Quiero que me acompañen los dos —digo, intentando que mi voz suene autoritaria.

—Esa no es tu decisión —responde la sacerdotisa.

—Pero... —Quiero rechistar, cuando la ira de aquella señora me escupe como el fuego de un dragón.

—¡Entra en el pozo! —Sus palabras me sacuden y el terror me hace avanzar.

Me giro y continuó moviéndome hacia el pozo. Las manos de Corvin me toman desprevenida, haciéndome girar de nuevo. Agarrándome me mira a los ojos.

—Elara... —Sus labios pronunciando mi nombre se me clavan en el estómago. Me sacude. No cabe en mí un ápice más de dolor.

—Corvin, yo... No quiero dejarte. —Mi voz se entrecorta y las lágrimas se escapan de mis ojos con vehemencia.

—Tienes que ir. Tienes que salvar nuestros reinos, lo que sea que tengas que hacer... —Las lágrimas se agolpan también en sus ojos y traga saliva para evitar llorar.

—Nunca olvidaré lo que hiciste por mí, Corvin... Todo. —No sé qué más decir.

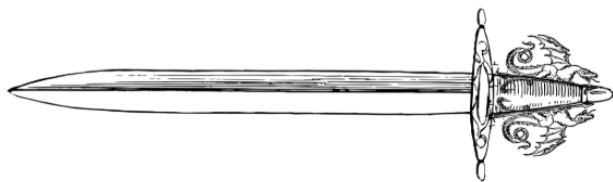
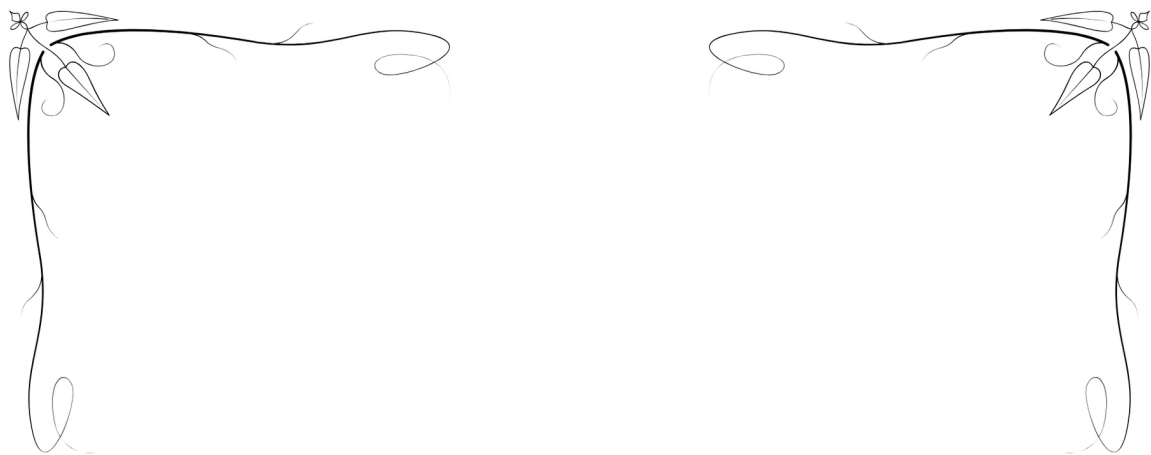
Cualquier cosa sería completamente insuficiente para expresar lo que siento en este momento. Nuestro distanciamiento, las heridas que nos hemos hecho en este tiempo. Todo deja de importar cuando

me besa. Un suave beso en los labios, cuyo contacto devuelve el calor a mis mejillas. Un beso de despedida, que se instala en mi pecho, reescribiendo un final para nuestra historia. Todavía mirándolo, me quito la capa que me cubre, que cae a mis pies y me introduzco en el pozo sin pensar. El agua es caliente en contacto con la frialdad de mi cuerpo casi inerte. Los ojos de Axel se pasean por mi cuerpo desnudo y descansan en mis ojos anidados de lágrimas. Al mirarlo, me arde el pecho.

Como un resorte, Axel se acerca para darme la mano y gritar mi nombre mientras la oscuridad de aquel pozo continúa tragándome.

—¡Elara! ¡Elara! —La voz de Axel, gritando mi nombre, es lo último que puedo escuchar.

La negrura me arropa, se apodera de cada parte de mi cuerpo y de mi alma. Me quedo dormida en el balanceo de aquel espesor. Como si hubiesen pasado solo unos segundos, abro los ojos. Estoy en el Reino de Niebla.



Epílogo

Elara

Abro los ojos pesarosamente. Me duele la cabeza, me martillea con insistencia la sien. Parece que llevo durmiendo horas, pero a la vez, tengo la sensación de que hayan sido solo unos segundos. Largos e intensos. Siento el cuerpo más ligero, pero también pesado y contundente. Como si todo lo que pasó en la Tierra hubiese sido solo un mal sueño. Ahora soy plenamente consciente de mi cuerpo, siento cada poro, cada vena, cada órgano trabajando para hacerlo

funcionar, cada músculo, en reposo o en movimiento. No era consciente, de que se sintiera así, estar aquí, en los reinos celestiales. No hasta mi muerte.

Estoy tumbada sobre el frío suelo de mármol y me reincorporo poco a poco hasta que me quedo sentada en el mismo suelo. Miro a mi alrededor. La oscuridad del cielo a través de las puntiagudas ventanas reflejan la noche más oscura que haya visto jamás. En ese momento, sé que estoy en Niebla.

Oigo a alguien removerse a mi lado, me giro rápidamente para ver a Axel incorporarse lentamente con una mano en la frente.

No lo pienso, me abalanzo sobre él. La desesperación por haberlo perdido me consumía. Sus gritos desesperados los tengo aún clavados en mi mente.

Me mirá aún aturdido y sus labios se posan sobre los míos ansiosos, su boca me devora y la lengua se desliza por cada rincón, llenándome y haciéndome sentir completa. Un gemido se escapa del final de mi garganta, mientras lo rodeo con los brazos.

—¿Axel? —Una voz, familiar y a la vez extraña, interrumpe nuestro momento.

Me aparto de él para ver con mis propios ojos a la mujer de mi visión. La preciosa pelirroja que tantas veces imaginé en mis sueños.

—Eyndra. —La familiaridad en el tono de Axel al dirigirse a ella me desconcierta hasta el punto de paralizarme.

Se pone en pie y automáticamente me tiende una mano para que yo haga lo mismo.

En ese momento, me alegro de que nuestra desnudez haya desaparecido. Una armadura de color negro recubren nuestros cuerpos. Cuero, latón, eslabones, correas y hebillas. "Como en mi visión". Todo en perfecta sintonía para conformar la vestimenta típica de Niebla. Los ojos de la mujer, de "Eyndra" se posan en los míos y frunce el ceño antes de volver a mirar a Axel.

—¿Quién es ella? —pregunta. Su voz es tan melodiosa como imaginaba, con un tono agudo salpicado de misterio.

—Es Elara —responde —y si mis sospechas son ciertas, es tu hija. — Su afirmación me desconcierta aún más. No puedo articular palabra, no me da tiempo.

Los brazos de mi madre me envuelven y aprietan contra ella. Sentir su contacto por primera vez, por segunda, no lo sé... Se siente como cuando encuentras algo que llevaba tiempo perdido. Como si la pieza del puzzle que faltaba terminara de encajar. Mi corazón late desbocado y me abandono a sus brazos, a sus sollozos y lamentos. Mis lágrimas se escapan y me dejo acunar.

—Mi niña... —Su voz lastimada me arropa, pero salgo del ensimismamiento del momento.

Tenemos mucho de lo que hablar y quiero respuestas.

—Tenéis muchas cosas que contarme. —Miro a Axel ahora.

No sé hasta qué punto lo que me ha estado ocultando podría suponer un antes y un después entre nosotros. En nuestra relación que aún ni siquiera había empezado a fluir.

—Tienes razón, hija... —Mi madre se aparta —. Tomad asiento, estaréis agotados. —Nos invita a sentarnos en unos sillones de cuero que rodean una mesa de cristal ovalada.

Tomo asiento en un sillón único frente a Axel. Nos separa la mesa de cristal. Mi madre sentada a mi izquierda, entre los dos.

—¿De qué os conocéis? —Ya he esperado bastante para obtener respuestas. Es como si llevara toda la vida dormida y ya es momento de despertar.

—Eyndra es mi madrastra —responde Axel, con el cuerpo encorvado hacia delante y las manos entrelazadas en el regazo —y la causante de la muerte de mi padre. —Sus palabras me golpean los huesos. Eyndra lo mira desafiante y juro que en los ojos oscuros le salpican llamas.

—Técnicamente, eso no es así... —replica ella, con el rostro marmóreo y afilado.

—¿Es tu madrastra y mi madre? —Me pongo en pie golpeando aquél asiento de piel —¿Desde cuándo lo sabes? —Solo miro a Axel, la furia me arde en la mirada.

Él no responde. Trago saliva tan fuerte que pierdo la audición por unos instantes. Tengo el cuerpo tan rígido que podría resquebrajarme en este momento.

—Toma asiento, Elara. —Ella intenta calmarme, dirige una mano hacia mí, que retiro.

—Explícame qué está pasando. —La desesperación, las mentiras, todo se agolpa en mi mente, impidiéndome pensar.

—Siéntate —repite. Respiro hondo antes de obedecer, resignada a recibir las respuestas que necesito. Que merezco.

—Necesito toda la verdad. Ya. Sin mentiras. —Mis ojos se posan en Axel y los retiro con brusquedad en el momento que los suyos se me cruzan en el campo de visión.

—De acuerdo, te lo explicaré todo, pero tienes que calmarte —inquieta mi madre con una voz melodiosa, convincente. Yo asiento —. Empezaré por el principio.

Se acomoda en su asiento y entrelaza las manos en su regazo, buscando quizá las fuerzas o las palabras adecuadas para lo que tiene que decir.

—Aunque mi rostro ahora esté algo ensombrecido por las arrugas y mis pecas hayan perdido su color, tiempo atrás fui una muchacha de Niebla. No tenía nada que ver con la realeza, mi padre era curandero, un brujo que engañaba a la gente por algo de dinero. Dinero que luego usaba para pagar sus vicios... —Su voz está empañada de nostalgia —. Su ambición era grande, así que, cuando a los dieciocho años recibí mi don, un don inusual...Decidió venderme. —“Un don inusual”, tal y como me había pasado a mí. Repito sus palabras mentalmente.

—¿Te vendió?¿A quién? —Quiero saber.

—Al rey —responde ella.

—A mi padre —continúa Axel. No lo miro, aún no.

—Su esposa había fallecido en el parto... —La voz de Eyndra se va apagando con cautela.

Entonces miro a Axel, que tiene la vista fija en sus manos, mientras se restriega los dedos intentando limpiar una suciedad invisible. Está hablando de su madre.

—El rey era un hombre bastante mayor para mí y ya tenía a Axel, no había ningún motivo por el que tener que casarme con él, salvo mi poder. —Me estremezco ante la revelación.

Axel había crecido sin madre, al igual que yo, sin embargo, él había tenido a la mía. No sé ni qué sentir “¿Celos?¿Envidia?¿Dolor?” Sin duda, mucho dolor.

—¿Puedes decirme cuál es tu don? —La miro, a sus ojos oscuros como la noche, tan diferentes a los míos.

Su rostro cubierto de pecas y sus rasgos algo maduros le confieren un aspecto imponente. Incluso más preciosa que en mis visiones, que en mis sueños.

—El fuego. Soy la diosa del fuego. —Un escalofrío me recorre ante su afirmación.

—¿Has dicho diosa? —pregunto aún más aturdida. Ella asiente.

—Es un poder muy inusual, controlar el fuego. Literalmente, puedo arder en llamas sin quemarme a mí misma. Es un poder que cualquiera querría poseer, un arma privilegiada.

—¿Eres una diosa? —insisto. Necesito respuestas sobre eso

—Como te digo, el fuego no me quema, las heridas tardan segundos en cicatrizar hasta desaparecer, la sangre nunca se derrama de mi

cuerpo... Soy inmortal. —Trago saliva ante la revelación y mi mente solo puede pensar en si eso tendrá algo que ver conmigo —. El día que recibí mi don, la voz de Erebos me habló al oído. “*Diosa del fuego*”, no me dijo nada más. —Su poder se ensombrece ante la tristeza de sus ojos.

—Continúa el relato por favor —la apremio.

Aún necesito respuestas sobre Axel. Se me revuelven las tripas ante el pensamiento y la duda.

—Me casaron con un hombre viejo, al que no amaba...

—Deberías lavarte la boca antes de hablar de mi padre. —La voz de Axel atraviesa a mi madre como un cuchillo y a ella se le enciende la mirada.

Ahora entiendo lo de las llamas. Ella se agarra al reposabrazos del sillón con tanta fuerza, que casi lo atraviesa con los dedos.

—Conocí a Thoriam una noche. Estaba de paso. Venía a hacer unos intercambios comerciales o al menos, eso fue lo que me dijo. Entonces era el príncipe heredero, era joven y guapo. El hombre más atractivo que había conocido nunca. Me prometió llevarme con él a Armaria.

—Espera eso está... Prohibido —acuso. Ella se limita a asentir, cabizbaja.

—Me enamoré perdidamente. Pequé, sí. Mi pecado, fue enamorarme. —Su voz se va apagando y la desolación va consumiendo sus pupilas.

Sus ojos se inundan de lágrimas con cada declaración. Oírla hablar de amor hacia el hombre que me lo había negado toda la vida, me hace estremecerme por completo.

—Fuiste una sucia ramera infiel y por tu culpa ¡Mi padre está muerto! —La voz de Axel está llena de odio y resentimiento contenido. Es tan afilada como despiadada. Nunca lo había visto así.

—Axel, déjame continuar, por favor... —suplica mi madre, conteniendo un sollozo.

—Axel, te recuerdo que estás hablando de mi madre. Ten un poco de respeto o te largas —le digo, sin titubear.

Él se remueve en el asiento ante mi autoritaria petición. Necesito entender lo que está pasando y aún no sé si puedo confiar en Axel, no después de haberme ocultado la verdad tanto tiempo. Entonces, Eyndra continúa.

—Te engendramos. Nunca antes había hecho el amor con nadie. Mi matrimonio con el rey de Niebla era un simple trato comercial... Como te digo, yo no era más que un arma y él quería tenerme cerca. —Traga saliva sonoramente, antes de continuar—. Una noche, el rey nos pilló, saliendo de los jardines. Thoriam decidió retarlo a un duelo.

—¿Un duelo? —pregunto, cada vez más aturdida con cada revelación.

—Sí. Un duelo a muerte en el que el premio era yo. —Sus ojos cada vez vislumbraban más y más tristeza—. Thoriam procedía de Armaria, era el futuro rey, tenía todas las de ganar... Y ganó. —Siento a Axel removerse de nuevo en su asiento.

“Mi padre mató al suyo”. Si realmente siempre supo quien era yo, en este preciso momento, empiezo a comprender muchas cosas de su actitud. Todo entre nosotros acababa de cambiar. El dolor me arde en el pecho y soy incapaz de mirarlo.

—Pero yo ahora era reina y no podía abandonar el trono de Niebla. Thoriam me hizo creer que volvería a por mí, así que esperé. Hasta que llegó la noche de tu nacimiento. Fue algo difícil, pero al final, llegaste a este mundo sana y salva. Desde que te vi supe que serías especial... Una preciosa niña de rizos cobrizos y ojos verde aguamarina. —Su mente parece haberse perdido en los recuerdos y

una sonrisa cálida se vislumbra en su rostro —. Aún recuerdo tu olor y la calidez de tu cuerpecito en mis brazos. Llevo toda mi vida soñando con ello.

Sus dedos rozan mi mejilla calentándola. Una lágrima cae de mi ojo y ella la para en seco.

—Tu padre llegó, te arrebató de mis brazos... —Su mirada se ensombrece —. Acababa de dar a luz, estaba dolorida, aunque mi cuerpo se recuperaba rápido. Había estado al borde de la muerte. Esta vez el proceso de curación fue más lento, me sentía débil, pero intenté luchar por tí... —Sus lágrimas ruedan por su rostro de forma agresiva y la desesperación del recuerdo la envuelve.

Se me encoge el corazón al ver tanto dolor en su historia. Al tener al fin la verdad sobre mi origen, las respuestas a las preguntas que durante años me había formulado. Ella no me abandonó, simplemente me perdió.

—Me confesó que había matado a su padre mientras dormía... Ahora él era el rey. —Trago saliva, cegada por la maldad de mi padre —. Necesitaba una heredera. Grité, sabía que eso era un delito, un pecado prohibido, una ofensa hacia los dioses... No me quiso escuchar, había cincuenta por ciento de posibilidades de que la jugada le saliera bien. Si tu don era otorgado por el dios de Armaria,

nadie sospecharía de lo que habíamos hecho. Nadie sabría nunca de nuestro imperdonable pecado.

Años de exigencias y preparación para el don, el que él quería que tuviera, "maestra de dragones". Todo tenía un porqué. Él quería, necesitaba, que mi don fuera de Armaria, que su pecado no quedara al descubierto.

—Pero no se salió con la suya —digo.

—Eres vidente —responde ella.

—¿Cómo lo sabes? —No dice nada más.

Axel se mantiene en silencio a nuestro lado. No pierde detalle de la conversación.

—Te juro que si en el momento que se te llevó, hubiera tenido mis poderes a punto, lo habría hecho arder a llama viva. —Sus lágrimas siguen inundándole las mejillas, pero se secan al instante al contacto con su piel ardiente. Ahora es rabia lo que le llena la mirada —. Cuando supe que te había quitado la vida... Jamás pensé que llegaría tan lejos. —Baja la cabeza triste y yo la rodeo con mis brazos, aspirando el aroma que jamás pensé que olería.

—Pensé que habías muerto —le digo.

—¿Eso te dijo él? —Asiento con pena —. Elara, te juro que habría ido a buscarte. Tuve dieciocho años para hacerlo y te aseguro que me arrepiento cada día de haber sido tan cobarde... Todo esto podría haber desencadenado en una guerra y no sé que otras consecuencias terribles si los dioses lo hubiesen descubierto todo.

—Ahora estoy aquí. —La miro a los ojos, ignorando por completo que Axel sigue a nuestro lado, en la misma sala. Ambas reparamos en él al mismo tiempo.

—Crié a Axel durante los años siguientes —dice secándose las lágrimas —, me volqué en él. Intenté darle lo mejor de mí.

—Jamás has sido, ni serás mi madre —responde Axel con el rencor que le carga la voz.

—Su odio siempre le ha cegado, nunca me quiso. Siempre me culpó por la muerte de su padre y sé que en el fondo tiene razón. —Ahora, lo mira a él —. Nunca te lo he dicho pero... Lo siento.

—Si no te hubieras acostado con otro, mi padre aún seguiría aquí. — El odio le quema la garganta, es evidente.

—Si no me hubiera acostado con otro, Elara tampoco estaría aquí. — Su respuesta atraviesa la sala —. Creo que también tenéis cosas que explicarme vosotros dos. —Nos mira a ambos ahora.

Es evidente que ha sido testigo de nuestro beso, de nuestra cercanía. Axel y yo cruzamos una mirada fugaz.

Me duele demasiado lo que veo en sus ojos, pero las revelaciones que se suceden son tan abrumadoras que soy incapaz de hacer ni decir nada. Lo siento, como nuestra historia, nuestro destino, siempre ha estado entrelazado. Entretejido como un hilo invisible. Peor, empañado de dolor, de sombra y de muerte. Axel retira la mirada en el momento que el rubor acude a sus mejillas.

—Dejemos los reproches para otro momento —digo —Axel, ¿Cómo acabaste en la Tierra? —Eyndra posa su mirada en mí, alarmada por lo que acabo de decir.

—¿Habéis estado en la Tierra? —Yo asiento —. Pero si ahí ya no queda... Nada... —La voz de mi madre se quiebra por unos instantes.

—Seis largos años, sí... Y mirá por dónde ¡Aquí estoy! —dice Axel con tono sarcástico.

—Axel desapareció una noche —dice Eyndra reconduciendo el relato, mientras lo mira fijamente. Su voz suena ahora extremadamente serena. —Movilicé a todo el mundo para encontrarlo, mis ejércitos... Aquí y en otros reinos, no había rastro de él.

—¿Cómo acabaste allí, Axel? —pregunto de nuevo.

—Es una larga historia —dice él poniéndose de pie de golpe.

Comienza a caminar por la estancia, el suelo de mármol retumba a su paso.

—Lo importante es que he vuelto y voy a recuperar el trono —dice dirigiéndose a mi madre con una mirada desafiante.

—Me temo que eso no es posible. —Esta se pone en pie también —. Aún soy la Reina de Niebla y además... Ahora, está ella... Elara. — Sus palabras hacen que la estancia se vuelva enormemente fría. Más que antes . —El trono está entre vosotros dos.

Los ojos de Axel se oscurecen de ira. Me mira, pero en su rostro solo puedo ver el deseo golpeteando por salir al exterior, extenuado por el miedo y el dolor, el rencor... Yo y Axel enfrentados por un trono "¿Es eso lo que quiero?" Es mi destino, Myrgala me lo había dicho... La sacerdotisa, en aquel santuario, me había pedido que eligiera, que eligiera luchar. Salvar nuestros reinos. Se me hiel la sangre al comprender que cada uno de mis pasos, de mis decisiones me han llevado hasta aquí. A cumplir mi destino. Debo ocupar el trono de Niebla "¿Pero a qué precio?"

Cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo, siento como el abismo crece entre nosotros. Ya no parece existir ese deseo, nuestra olvidada complicidad. El peso del dolor y la muerte es más fuerte.

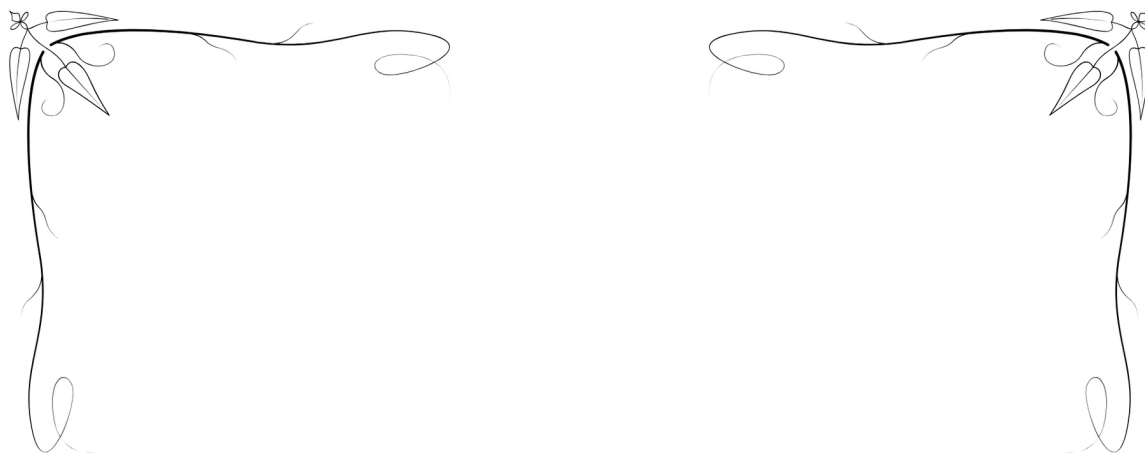
Las mentiras, los secretos, nos dan alcance como una sombra cerniéndose sobre el recuerdo de nosotros, de lo que fuimos. La piel me arde bajo su mirada, juzgándome por un destino que yo no he elegido. Aparto los ojos antes de que pueda ver mi duda en ellos.

Se mueve con una calma calculada y con dos amplias zancadas se pone frente a mí. Sus ojos son ahora dos pozos oscuros repletos de ira.

—Entonces, que comience la guerra. —Su voz se me clava en la piel, desgarrándome.

Anunciando que ya nada volverá a ser igual entre nosotros. Todo es distinto ahora y el futuro incierto nos aguarda.

CONTINUARÁ ...



Agradecimientos

¡Guau! ¿Por dónde empezar? Adentrarme en esta historia ha sido una completa locura. Llevaba años sin escribir cuando lo hice. Autopubliqué mi primer libro en Amazon en el año 2016, sin expectativa alguna, más que compartir una historia que había escrito a ratos y sin mucha pretensión de nada. Los resultados me pillaron por sorpresa. Conseguí una enorme cantidad de ventas durante el primer mes y si no me hubiese dejado influenciar por la sociedad, aquella que siempre te grita que no lo conseguirás, quizá hubiese seguido por ese camino. Durante los años siguientes, fueron muchas las historias que se me pasaron por la cabeza, muchas que empecé a escribir y acabé dejando a medias. Algunas jamás verán la luz.

Pero hubo un momento, que lo cambió todo. En el que necesitaba dar un cambio a mi vida porque mi situación laboral me estaba haciendo tremendamente infeliz. Y ,simplemente, pasó.

Mi memoria rescató una historia. En 1964 Ron Herron, arquitecto miembro de Archigram, propuso *The Walking City*, una ciudad utópica que se desplazaba como si de una nave se tratase. Conocí esta teoría estudiando historia del urbanismo en la universidad y aún recuerdo las anotaciones que tomé ese día, los dibujos que decoraron los márgenes de mi cuaderno. Desde ese momento, supe que tenía que escribir algo relacionado con eso. Este estudio me inspiró para crear las ciudades errantes que aparecen en la novela, como Rubí o Zafiro. Pero lo que empezó siendo un mundo distópico y futurista, pronto, se acabó convirtiendo en algo mucho más grande.

En 2024 retomé la lectura activa y por primera vez, me adentré en el género del *romantasy*, tan popular actualmente. Simplemente me fascinó. Mi mente comenzó a volar. El *romantasy* tenía todo lo que necesitaba, la mezcla perfecta de romances intensos, aventuras, fantasía épica y giros de guión asombrosos.

Y así fue como nacieron *Los Siete Reinos de Paz y Gloria*, una saga que pretendo que le dé al lector todo lo que busca. Esta primera historia se resolverá en una bilogía, pero mi mente siempre está

abierta a seguir creando, así que ¿Quién sabe si en el futuro nos volvamos a encontrar con alguno de estos personajes?

Estos agradecimientos van para tí, lector, por darme la oportunidad de acompañarte con un ratito de lectura. A todos los que en las redes sociales (@los7reinosdepazygloria) os habéis mostrado entusiasmados con esta historia. A aquellos que comenzásteis a leerla en Wattpad.

A mi pareja por ser mi máximo apoyo y mi motor para seguir. A mis lectores beta, que me acompañaron en el proceso.

A mi familia y a todos los que han confiado en mí. Gracias, gracias, gracias.

Nos vemos en los cielos.

Patricia.

Próximamente,

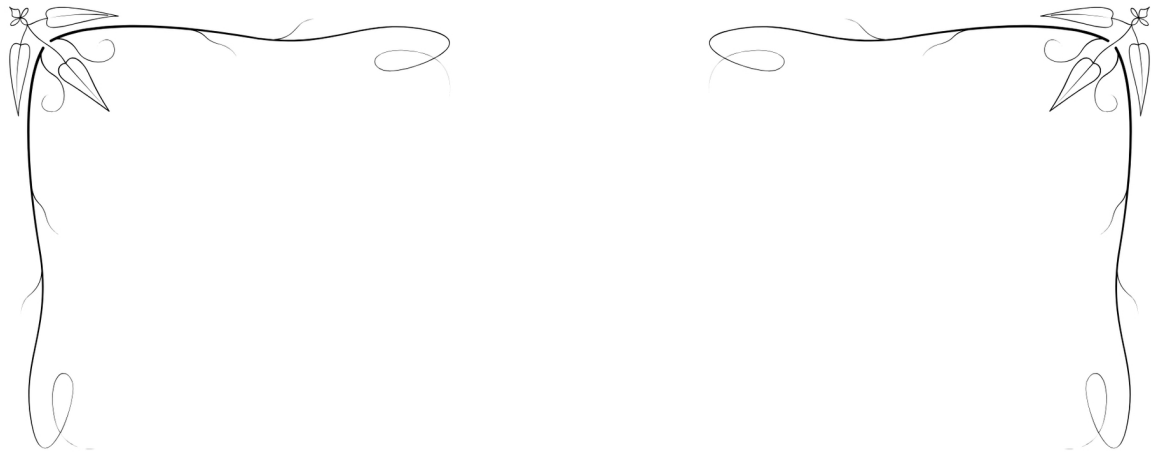
Descubre la Segunda Parte.

LOS SIETE REINOS II

TRONO
DE

NIEBLA
Y
OSCURIDAD

PATRICIA LEÓN



Sinopsis Trono de Niebla y Oscuridad

En los Siete Reinos el amor y el pecado van de la mano.

Elara, nació marcada por una traición divina. Hija de un error que nunca debió existir, ha cargado con una culpa que no le correspondía. Ahora, se enfrenta a un destino que jamás eligió. Cuando descubre que su madre es la Reina de Niebla, deberá enfrentarse a una realidad para la que no está preparada.

Axel, es el legítimo heredero al Trono de Niebla. Siempre lo ha tenido claro, la venganza ha sido su motor para vivir. Pero ahora, todo ha cambiado.

Amarla podría condenarlo.

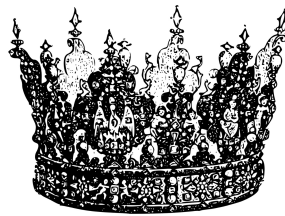
Perderla será un sacrificio que no está dispuesto a asumir.

Se han convertido en enemigos. Rivales. Títeres del destino.

Tendrán que competir por el trono en unas pruebas de sucesión que amenazan con ser las más despiadadas de la historia.

Mientras la sombra del Rey Thoriam y de otros nuevos enemigos, se cierne sobre ellos.

Elara luchará por descubrir quién es en realidad. La tentación y el deseo podrían llevarla a perderlo todo. Y la batalla final, está a la vuelta de la esquina.



Sobre la autora



Soy autora española de romance contemporáneo y *romantasy*. En mis libros encontrarás historias de amor donde la magia y el destino se entrelazan. Novelas de romance donde las heridas más oscuras te enseñan a resurgir de tus cenizas. Historias con amores intensos y decisiones imposibles, moviéndome siempre en esa fina línea entre el sacrificio y el amor.

En 2016 publiqué ***Alba***, mi primera novela de romance, que consiguió conectar con numerosos lectores en España y

Latinoamérica. Esto marcó el inicio de mi camino como escritora. Años después, regresé con la publicación de una nueva novela romántica contemporánea: ***5 bodas para el Sí quiero***. Una comedia romántica en la que me propuse crear personajes intensos y provocar en los lectores, emociones que dejan huella. Con esta novela, pude confirmar algo que ya sabía: Escribir no fue solo una etapa más en mi vida. Escribir es parte de lo que soy.

Actualmente, trabajo en mi saga de fantasía romántica: ***Los Siete Reinos de Paz y Gloria*** una historia de *romantasy* con la que descubrí que me apasiona construir universos desde cero, donde el romance sigue teniendo un gran peso. Una saga donde los personajes deben enfrentarse a aquello que más temen. Amores imposibles, dioses ancestrales, tensión emocional y magia. Sobre todo, mucha magia.

Mis novelas están disponibles en **Amazon**. Son libros pensados para aquellos lectores que disfrutan de historias con raíces profundas, personajes fuertemente marcados por su pasado y mundos repletos de secretos y amenazas. Pero sobre todo, mis libros son para quienes creen que, incluso en la oscuridad, pueden encontrar un rayo de luz.

Porque al final, siempre regreso a ese lugar. Donde el amor es la fuerza capaz de desafiarlo todo.

Querido lector, esto solo acaba de empezar.



@patryl



@patryleon



Otros libros de la autora



Una comedia romántica sobre bodas
¡Al puro estilo de los 2000!

